



DÍA 5

UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBIE

NICK CLAUSEN

Carne Muerta

Día 5

Copyright © 2021 Nick Clausen

Edición en español 2024

Traducido por Beatriz Palomares.

El autor hace valer sus derechos morales sobre esta obra.

Por favor, respete el arduo trabajo del autor.

Si no lo hace, los zombis se comerán su cerebro.

CONTENIDO

LIBRO GRATIS

DÍA 5

1. UNO

2. DOS

3. TRES

4. CUATRO

5. CINCO

6. SEIS

7. SIETE

8. OCHO

9. NUEVE

10. DIEZ

11. ONCE

12. DOCE

13. TRECE

14. CATORCE

15. QUINCE

16. DIECISÉIS

17. DIECISIETE

18. DIECIOCHO
19. DIECINUEVE
20. VEINTE
21. VEINTIUNO
22. VEINTIDÓS
23. VEINTITRÉS
24. VEINTICUATRO
25. VEINTICINCO
26. VEINTISÉIS
27. VEINTISIETE
28. VEINTIOCHO
29. VEINTINUEVE
30. TREINTA
31. TREINTA Y UNO
32. TREINTA Y DOS
33. TREINTA Y TRES
34. TREINTA Y CUATRO
35. TREINTA Y CINCO
36. TREINTA Y SEIS
37. TREINTA Y SIETE
38. TREINTA Y OCHO
39. TREINTA Y NUEVE
40. CUARENTA
41. CUARENTA Y UNO
42. CUARENTA Y DOS
43. CUARENTA Y TRES
44. CUARENTA Y CUATRO

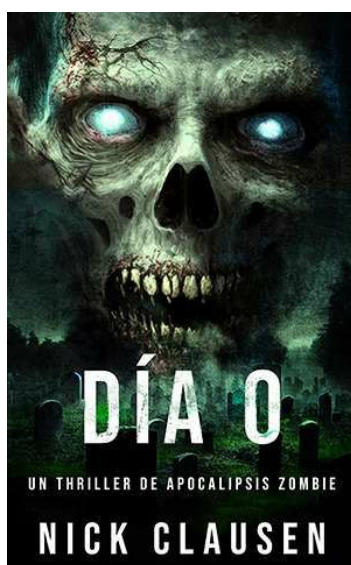
45. CUARENTA Y CINCO

46. CUARENTA Y SEIS

47. CUARENTA Y SIETE

48. CUARENTA Y OCHO

LIBRO GRATIS



Descubra cómo empezó todo

Lee *Día 0* gratis ahora.

Disponible solo en nick-clausen.com/dia0

DÍA 5

Lo siguiente ocurre el miércoles 30 de julio en Dinamarca

UNO

—¿Cariño? —Se escucha la voz de mamá, en algún lugar cercano—. ¿Cariño, estás despierta?

Christine no puede abrir los ojos; está demasiado cansada. Y el suave y bajo ronroneo de un motor cercano no ayuda. El sonido también le recuerda dónde están; no en casa, sino en el coche. Toda la familia. En medio de la noche. Qué extraño.

Christine recuerda vagamente que estaba durmiendo en casa en su cama esa misma noche, cuando las cosas todavía eran normales, más o menos normales, mejor dicho. Mamá la había arropado como siempre, leyendo un capítulo de uno de los cuentos de hadas de H. C. Andersen que Christine tanto ama. No recuerda haberse dormido, pero debió hacerlo, porque de repente, papá irrumpió en la habitación, encendiendo las luces y sacando ropa del armario de Christine.

—Despierta, cariño —le dijo con una sonrisa apresurada, no del todo genuina—. Necesitamos hacer un pequeño viaje.

—¿Ahora mismo? —preguntó Christine, sentándose y entrecerrando los ojos por la luz—. Pero es de noche, —papá.

—Lo sé, es un poco extraño, pero tenemos que irnos —le dijo papá, amontonando la ropa en una bolsa de deporte y cerrándola con la cremallera—. Vamos, vámonos.

Extendió su mano, y Christine estaba a punto de tomarla cuando oyó un sonido en la ventana. Era casi como si alguien arrastrara los dedos por el cristal. También se oyó un gemido, como el de alguien en apuros.

—¿Quién es—? —estaba a punto de preguntar, cuando papá le agarró la mano y la interrumpió.

—Está bien, cariño, no te preocupes. Alguien está jugando por ahí.

Había algo en la voz de papá que Christine no podía identificar, pero le sembró una pequeña sensación de inquietud en el estómago. Una sensación de preocupación. ¿Papá estaba asustado?

Papá no podía estar asustado; él no le teme a nada.

Entonces, las cosas se pusieron aún más extrañas.

Mientras su papá la arrastraba por el pasillo, donde las luces también estaban encendidas, se encontró con la vista de Anton ya de pie, todavía en pijama, con el cabello desordenado, los ojos abiertos y confundidos.

Mamá salió del baño en ese momento, metiendo algo en una bolsa. —De acuerdo, creo que tengo todo —le estaba diciendo a papá, hablando muy rápido—. Cepillos de dientes, cargador del teléfono, sacos de dormir, el inhalador de Anton. ¿Me falta algo?

—¿Qué hay de la comida? —preguntó papá.

—Me llevé el atún y las galletas. Llené dos botellas grandes de agua. No sé si será suficiente.

—Está bien. Podemos parar en una gasolinera y conseguir más. Pónganse los abrigos, niños. Nos vamos de viaje.

—¿Adónde va...? —empezó Anton, pero papá lo interrumpió igual que a Christine.

—No hay preguntas, Anton. Por favor, sólo haz lo que te pido.

Normalmente, Anton podría haber decidido discutir, después de todo, ya tenía siete años y acababa de entrar a lo que mamá llama la “fase de los siete años”, pero aparentemente, Anton también pareció percibir el rastro de miedo en la voz de papá, y simplemente se puso su abrigo. Christine hizo lo mismo, mientras papá desbloqueaba la puerta y la abría.

—Quédense aquí sólo un segundo, ¿de acuerdo? —dijo, mirando rápidamente hacia atrás—. Voy a buscar el coche.

Christine sintió la mano de mamá en su hombro, y miró hacia arriba. —¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué tenemos que hacer un viaje?

Mamá la miró, parpadeando, luego sonriendo. —Es sólo por diversión. Será como unas vacaciones. ¿Recuerdas cuando fuimos de campamento? Bueno, esto es lo mismo, sólo que no lo planeamos realmente, sólo... decidimos ir.

—¿En medio de la noche? —preguntó Anton, y ahora Christine pudo escuchar ese viejo y familiar tono de desafío en la voz de su hermano—. ¿No podría esperar hasta la mañana?

—No —dijo madre, y cuando Anton le preguntó por qué, no respondió.

Entonces papá regresó, haciéndoles señas, diciéndoles en voz baja que se dieran prisa, que se subieran al coche, y al salir de la casa, Christine se sorprendió al encontrar que papá había conducido el coche hasta la puerta principal y lo había estacionado justo debajo de las escaleras para que no tuvieran que caminar más de unos pocos pasos. Sólo olió el aire fresco y limpio de la noche antes de que todos estuvieran dentro del coche, mamá en el asiento delantero y Christine y

Anton en el asiento trasero. Papá se puso al volante y salió rápidamente del camino de entrada, girando hacia la calle, conduciendo mucho más rápido de lo que normalmente lo haría, y Christine notó que revisaba constantemente el espejo retrovisor, como si tuviera miedo de haber olvidado algo atrás.

Anton preguntó varias veces a dónde iban, pero ni mamá ni papá respondieron, y finalmente, Anton sólo sacó su teléfono y comenzó a jugar.

Christine no tenía un teléfono, le había preguntado a su madre cuándo podría tener uno, y ella le había dicho que cuando cumpliera seis el próximo mes. Eso era mucho tiempo para Christine. Así que simplemente se resolvió a mirar por la ventana, mirando las farolas deslizándose y los céspedes oscuros y las casas igualmente oscuras detrás de ellas. Sólo unos pocos coches también estaban conduciendo por razones desconocidas; aparte de eso, la ciudad parecía estar dormida.

Christine comenzó a cabecear, cuando vio algo extraño.

Ocurrió justo cuando se detuvieron en un semáforo en rojo. Un movimiento llamó su atención, y vio a un anciano cruzando la calle. No estaba usando la acera, sino que caminaba por el medio de la carretera. Había algo raro en la forma en que caminaba; parecía arrastrar una pierna, como si la tuviera herida, y sus brazos estaban extendidos, como si estuviera alcanzando algo. Entonces, cuando entró en la luz de uno de los postes, Christine lo vio mejor, y podría jurar que había algo oscuro manchado en toda la camiseta blanca del hombre, como Nutella o algo así.

En ese momento su madre también notó al hombre y soltó un jadeo.

—¿Qué? —preguntó papá alarmado, y, siguiendo la mirada de mamá, susurró—: ¡Mierda! — Entonces condujo a través del cruce, acelerando tan rápido que Christine fue empujada hacia atrás en su asiento.

—¡Papá! —exclamó Anton—. ¡Las luces todavía estaban en rojo!

—Lo sé —murmuró papá, revisando los espejos nuevamente.

—¡Es ilegal pasar un semáforo en rojo!

Papá no respondió.

—¿Papá? ¿No me oíste? —insistió Anton—. Dije que es ilegal...

—¡Lo sé! —gritó papá, haciendo que todos, incluso mamá, saltaran en sus asientos—. Lo sé — repitió más suavemente, mirando rápidamente a Anton en el espejo—. Lo siento, hijo, no me da cuenta de que las luces estaban en rojo. Por suerte, no pasó nada. ¿De acuerdo?

Anton pareció demasiado sorprendido para responder.

Mamá se giró en su asiento. —Está bien, papá sólo está un poco cansado. Todos lo estamos. Trata de dormir, ¿de acuerdo?

Anton sólo asintió y arrecostó su cabeza.

Mamá miró a Christine y sonrió. La sonrisa sólo estaba en sus labios; no llegó a sus ojos. — ¿Estás bien, cariño?

Christine asintió.

Entonces mamá se giró y encendió la radio. Encontró una estación que tocaba música muy suave y bajó el volumen al mínimo.

Christine miró a papá, sus manos inquietas en el volante. Y de repente, recordó haber visto a papá así antes. Fue la vez que Anton se enfermó mucho con fiebre y casi no podía respirar debido a su asma, y papá tuvo que llevarlo al hospital. Papá tenía miedo en ese entonces. Miedo de que Anton pudiera morir. No lo dijo, pero Christine lo entendió después.

Y esta situación parecía inquietantemente similar, excepto que Christine no podía decir de qué tenía miedo papá esta vez. Anton no estaba enfermo, ni mamá ni Christine.

Pero estaba bastante segura de que tenía algo que ver con quienquiera que estaba fuera de su ventana en la casa. Y el viejo en el cruce. Papá lo vio. Y fue entonces cuando decidió pasar el semáforo en rojo. Papá nunca haría tal cosa.

Christine siguió dándole vueltas hasta que sus párpados se hicieron pesados y sus pensamientos comenzaron a desvanecerse. Lo último que vio fueron las luces de la ciudad desvaneciéndose, mientras salían a la autopista, ahora sólo acompañados por las estrellas en el cielo negro.

Y ahora...

—¿Cariño? —La voz de mamá es insistente.

Christine finalmente logra levantar los párpados. El coche se ha detenido, las puertas están abiertas y Anton no está. En cambio, mamá está inclinada, mirándola con una leve sonrisa.

—Bien, estás despierta. Necesito que salgas del coche, cariño.

—¿Estamos... estamos ahí? —pregunta Christine, bostezando.

—Sí, bueno, no. Ahora tenemos que subir al barco.

Christine frunce el ceño. —¿Qué?

—Vamos a navegar —explica mamá—. Vamos, por favor. Necesitamos apurarnos.

Christine se pelea con el cinturón, lo abre y sale del coche. Se frota los ojos y mira a su alrededor. No reconoce el lugar al principio, porque sólo ha estado aquí unas pocas veces en su vida, y nunca de noche. Pero el olor del agua y el hecho de que mamá mencionó un barco le ayuda.

Los barcos están alineados ordenadamente a lo largo de los muelles, todos amarrados a postes separados. Algunos son más grandes que otros. El agua es negra y casi completamente tranquila,

sólo pequeñas olas haciendo que el barco se mueva suavemente arriba y abajo. En algún lugar sobre el agua, una gaviota grita estridentemente.

Mira a un lado y ve a Anton arrastrando una bolsa de deporte. Más adelante está papá, hablando con otro hombre que tiene la misma altura, pero con barriga.

—¿Es... el tío Kent? —pregunta Christine mientras mamá saca la última maleta del coche, luego cierra la puerta.

—Sí. Vamos ahora, cariño.

Caminan hacia papá y el tío Kent, que están hablando en voz baja. Christine capta algo de la conversación.

—... no he visto a ninguno, pero no se puede ser demasiado cuidadoso —dice el tío Kent.

—... sólo es cuestión de tiempo —dice papá, con voz sombría—. ... vi al menos tres pasando por la ciudad... se están propagando como el fuego.

—¿De quién están hablando? —pregunta Anton, dejando caer la bolsa en el suelo—. Son las personas enfermas, ¿verdad? De las que hablan en la tele.

Christine se alegra de que lo haya preguntado, porque ella también quiere saber.

—No es nada, hijo —dice papá, desestimándolo—. No te preocupes por eso.

—¡Deja de decirme eso! —insiste Anton, y para sorpresa de Christine, puede notar que Anton está a punto de llorar—. ¡Quiero saber qué está pasando! ¿Por qué estamos aquí en medio de la noche? ¿Adónde vamos?

Papá lo mira, y por un momento, Christine teme que vuelva a gritarle a Anton. Luego su expresión se suaviza, y mira a Christine también. —Supongo que es mejor que ambos lo sepan.

—Voy a arrancarla —dice el tío Kent, subiendo al barco y empezando a desatar una cuerda que sujeta el barco al muelle.

Christine está muy confundida por eso, y está a punto de preguntarle a mamá quién es "ella"—¿el tío Kent consiguió una novia? ¿Está ella en el barco ahora mismo? ¿Y por qué necesita arrancar?

Pero antes de que pueda preguntar, papá mira a mamá, extendiendo los brazos. —¿Se lo dirías tú?

—Claro. Toma esto.

Papá toma la maleta de sus manos y sigue al tío Kent al barco. Empieza a ayudarlo a desatar las cuerdas.

Mamá se agacha frente a ellos, y tanto Christine como Anton la miran con anticipación.

—De acuerdo, escuchen. ¿Vieron las noticias, verdad? Donde hablaban de la enfermedad que se está propagando en Viborg.

—Está en Aarhus también ahora —interrumpe rápidamente Anton—. Eso fue lo que dijeron.

Mamá asiente. —Los policías y los soldados trataron de mantenerla en Viborg, pero se salió, y ahora... ahora papá y yo decidimos que sería mejor salir de la ciudad por un tiempo. Sólo hasta que los policías y los soldados controlen las cosas. ¿De acuerdo?

—¿Entonces, dónde nos vamos a quedar? —pregunta Anton.

Mamá toma una respiración profunda. —Nos vamos a Inglaterra.

—¿Inglaterra? —exclama Anton.

—¡Sssh! —Mamá mira a su alrededor rápidamente—. Baja la voz, por favor. Nadie puede saber que nos vamos.

—¿Por qué no? ¿Es ilegal?

—No, es sólo que... es mejor así. No queremos llamar la atención. Otras personas podrían tener la misma idea.

—¿Pero por qué nos vamos tan lejos como a Inglaterra? —pregunta Anton—. ¿No podríamos quedarnos fuera de Aarhus en algún lugar? En la casa de la abuela, tal vez? ¡Ella vive en Struer —no hay personas enfermas allí!

—Podríamos —admite mamá, mirando hacia el barco—. Y papá y yo hablamos de eso. Pero decidimos que es mejor salir de Dinamarca por completo.

—¿Por qué? —demanda Anton.

—Porque tal vez no podrán evitar que se propague fuera de Aarhus, así como no pudieron hacerlo en Viborg —dice mamá.

Anton está a punto de preguntar algo más, cuando mamá rápidamente agrega: —Probablemente sea sólo por unos días. Volveremos antes de que te des cuenta. Hasta entonces, nos quedaremos en un pequeño motel acogedor en Inglaterra. Será agradable, ya verás. Tienen comida deliciosa, y podemos dar paseos por el bosque. Y la gente habla inglés, como estás aprendiendo en la escuela, Anton —mamá está sonriendo ahora—. Tal vez puedas entender lo que dicen algunos de ellos. ¿No sería genial? Podrás practicar, y una vez que volvamos y comience la escuela de nuevo, serás mejor en inglés que cualquiera en la clase.

Anton sonríe vagamente, ya que la perspectiva de presumir ante sus amigos aparentemente le atrae.

—Pero, mamá —pregunta Christine—, ¿qué pasará con todas las personas que se quedan en Dinamarca? ¿Se van a enfermar todos?

La sonrisa se desvanece del rostro de mamá mientras mira a Christine. —No lo sé, cariño. Algunos de ellos podrían.

—¿Qué hay de Alma? ¿Y de Ida? ¿Y Freja? ¿Se enfermarán todas?

—Sí —agrega Anton—, ¿y qué pasa con la abuela?

Mamá sacude lentamente la cabeza. —Lo siento, pero no lo sé. Nadie lo sabe. Algunos de tus amigos podrían enfermarse, pero estoy segura de que los doctores encontrarán alguna medicina que funcione pronto, y entonces podrían curar a todos de nuevo. Y no te preocupes por la abuela. La cuidarán bien en el asilo; está segura allí.

Se escucha un bajo y tosco rugido detrás de ellos, mientras el motor del barco comienza a cobrar vida.

—Vamos, es hora de irnos —dice mamá, llevándolos hacia el barco.

Justo cuando están a punto de cruzar la tabla que va del muelle al barco, Christine oye a alguien gritar. Viene de detrás de ella, y no está tan lejos. Se da la vuelta para mirar, pero no puede ver nada en el muelle oscuro.

—¿Qué demonios fue eso? —dice Anton.

Mamá aparentemente ni siquiera nota que está maldiciendo, porque no lo regaña; sólo lo agarra del brazo y lo tira al barco.

Luego, se vuelve hacia Christine y extiende sus brazos. —¡Ahora tú, cariño! ¡Vamos!

Christine camina sobre la tabla cuando hay otro sonido detrás. Esta vez, no es un grito sino más un gruñido. No puede evitar girar la cabeza de nuevo, y eso hace que pierda el equilibrio.

Mamá se inclina y la agarra, levantándola al barco. Christine mira hacia atrás y sólo tiene tiempo para ver a una mujer delgada que no lleva más que una bata. Sale tambaleándose de la oscuridad, dirigiéndose directamente hacia el barco. Su piel es terriblemente gris, y sus ojos están vueltos hacia el cielo negro, mostrando nada más que blanco. Su boca está abierta y gime como si tuviera algo atascado en el fondo de su garganta, algo pegajoso.

—¡Mierda santa!

La voz de papá. De repente está frente a Christine, pateando la tabla justo cuando la vieja se sube a ella. No se mueve al principio, pero luego papá patea fuerte, y se desliza de lado. La señora desaparece, y Christine oye el chapoteo cuando cae al agua.

—¡Arráncala, Kent! —grita papá de una manera que Christine nunca había oído antes.

En algún lugar, Anton está llorando, haciendo preguntas sobre la señora. Mamá respira rápidamente en el oído de Christine, susurrando algo que Christine no puede entender. Papá le grita al tío Kent, quien le responde desde la cabina del barco.

Entonces, el motor ruge fuertemente y el barco se lanza hacia adelante con un tirón, haciendo que mamá tropiece y grite, y tanto ella como Christine sin duda habrían caído si papá no las hubiera atrapado.

Anton, por otro lado, no tiene tanta suerte. Christine lo ve caer hacia atrás y desaparecer por la borda. Hay otro chapoteo.

—¡Nooo! —grita mamá, haciendo que la cabeza de Christine retumbe—. ¡Se cayó! ¡Cógelo, Steffen! ¡Coge a Anton! ¡Está en el agua! ¡Detén el barco, Kent!

—¡Mierda! —grita papá, corriendo al lugar donde Anton cayó. Se inclina sobre la barandilla, extendiendo la mano. El barco se ha detenido nuevamente.

Christine puede oír a Anton chapoteando y gorgoteando. Sabe nadar, pero no le gusta.

—¡Agárrame la mano, Anton! —dice papá—. ¡Agárrala!

Luego gime y se echa hacia atrás y la cabeza de Anton aparece, con el cabello pegado mojado a la frente, los ojos abiertos de shock, los labios temblando.

—¡Oh, gracias a Dios! —grita mamá cuando papá sube a Anton de nuevo al barco—. ¿Estás bien, cariño? ¿Estás bien?

Anton parece incapaz de hablar, así que sólo asiente mientras se aferra a papá como un ratón mojado.

—Mierda, lo siento por eso. ¿Lo tienes?

Se escucha a Kent decir, mientras asoma su cabeza por la puerta de la cabina.

—¡Sí! —grita papá—. ¡Estamos bien! ¡Sácanos de aquí!

Kent asiente, desaparece de nuevo, y un segundo después, el barco comienza a moverse otra vez—un poco menos repentino esta vez. Navegan alejándose del muelle, y mientras Christine mira hacia atrás, piensa que puede distinguir a alguien corriendo allí. También hay voces, y alguien grita de nuevo. Se da cuenta de que está temblando por completo. También mamá. Y Anton también, pero eso probablemente sea principalmente porque está empapado.

—Vamos abajo y vamos a secarte —dice papá, su voz un poco menos tensa pero aún temblando ligeramente—. Eso estuvo cerca...

Bajan unos cuantos escalones que llevan al interior del barco. Hay sorprendentemente mucho espacio, nota Christine; cuatro camas, una pequeña cocina y una mesa de comedor.

Papá pone a Anton en una de las camas y le ayuda a quitarse la camisa y los pantalones mojados.

Mamá suelta a Christine para ir al armario en la esquina y abrirlo. Saca un conjunto de ropa que parece un poco grande para Anton. Pero se la pone de todas maneras.

—Ahí tienes —dice mamá, apretándolo—. ¿No es mejor?

—Yo... la vi —murmura Anton.

—¿A quién viste, cariño?

—La vieja. En el agua.

Mamá y papá se miran. Luego miran a Anton.

—Ella vino por mí —sigue Anton, mirando sus manos—. Ella estaba, como, moviéndose por el agua...

La mano de mamá va a su boca.

Papá se aclara la garganta. —¿Te... te tocó, campeón?

Un momento de silencio mortal dentro de la cabina. Luego, Anton sacude la cabeza.

Mamá exhala un suspiro tembloroso de alivio. Papá cierra los ojos por un segundo.

—Bien —murmura—. Entonces estamos bien. —Respira profundamente y lo repite—: Estamos bien.

Para Christine, suena como si tratara de convencerse a sí mismo.

Personalmente, Christine nunca se ha sentido tan mal en su corta vida.

DOS

—Pensé que eras un buen chico, Dennis.

Las palabras resuenan a su alrededor en la sala de estar vacía, pero Dennis no ve a el viejo Niels por ningún lado; sin embargo, reconoce su voz. También reconoce dónde está: de vuelta en la casa de Esther.

Pero, ¿cómo puede estar el viejo Niels aquí? Después de todo, Viejo Niels está muerto. Mamá lo mató. Dennis lo vio. Estaba justo allí.

A juzgar por la tenue iluminación, debe ser de noche. Hay un silencio inquietante en el aire. Dennis puede oír su propia respiración entrecortada. Tiene miedo, pero no sabe exactamente por qué. Algo está mal. Muy mal. No sólo aquí, sino en todas partes. El mundo está ardiendo.

—Dios mío. ¿Qué le has hecho a esa niña?

Dennis gira sobre sí mismo y mira hacia la puerta del dormitorio. Está abierta. Una luz tenue y parpadeante sale de allí.

Dennis no quiere ver lo que está pasando allí, pero no puede evitarlo; sus pies se mueven solos, llevándolo más cerca del dormitorio, y luego su mano se extiende y empuja suavemente la puerta.

El dormitorio parece haber estado fuera de uso durante décadas: montones de polvo en las tablas del suelo agrietadas, telarañas colgando del techo, el papel pintado despegándose en los bordes, revelando la pared de ladrillo debajo.

El único mueble es la vieja cama en el centro de la habitación. En el alféizar de la ventana, una sola vela negra está ardiendo, lanzando su resplandor naranja por toda la habitación.

Una figura yace en el colchón desnudo de la cama, con los brazos y las piernas extendidos a los lados, y el cuello doblado hacia atrás.

Es la niña. La nieta de Esther. ¿Cómo se llamaba? Nadia.

—Esa no es Nadia.

Dennis mira hacia la ventana. Afuera, en la oscuridad, ve a mamá mirando hacia adentro, sus ojos fijos en la niña en la cama, su expresión severa. Ella sacude la cabeza lentamente, luego repite: —Esa no es Nadia.

Dennis mira de nuevo a la niña.

Su rostro está blanco, su boca abierta y sus ojos cerrados. De sus pálidos labios corre un rastro de sangre seca, aunque es tan oscura que a Dennis le parece más alquitrán.

Sin embargo, sabe que es sangre. Recuerda cómo mamá y Esther hicieron que la niña la bebiera.

Mira de nuevo hacia la ventana, pero ahora mamá ha desaparecido. Entonces, de repente, una voz sisea en su oído: —¡Sé que robaste mis conejos, maldito ladrón!

Dennis gira, al menos lo intenta, pero es más un giro largo y lento, ya que el aire a su alrededor de repente se ha vuelto espeso como el barro, dificultando el movimiento.

Cuando finalmente logra girar por completo, se encuentra cara a cara con lo que una vez fue el viejo Niels, pero ahora es una máscara de horror.

La piel cuelga en hilos, manchada de azul, ya que la carne debajo ha comenzado a pudrirse. En los mechones de cabello blanco todavía visibles en el cráneo hay pequeñas pedazos de tierra. Los ojos son blancos y no tienen iris, pero miran fijamente a Dennis. El viejo Niels, que obviamente ha estado muerto durante mucho tiempo, abre la boca para revelar una fila de dientes rotos y marrones y una lengua morada y seca.

—Pensé que eras un buen chico, Dennis —susurra, inclinando la cabeza, haciendo que más tierra se desprenda de su cráneo—. ¿Cómo pudiste dejar que ella hiciera esto?

—Yo... yo... no quería... no pensé que ella... yo... yo...

Dennis lucha por sacar las palabras, pero es inútil, su garganta se aprieta, estrangulando sus cuerdas vocales, dificultándole la respiración.

El viejo Niels no parece notarlo. Levanta la mano y se rasca la mejilla como Dennis lo había visto hacer muchas veces cuando estaba vivo. Esta vez, sin embargo, las uñas se hunden en la piel, arrancando grandes trozos, revelando el hueso de la mandíbula debajo.

Sin embargo, no parece dolerle a el viejo Niels, ya que sigue rascándose.

Dennis nota que la mano también está llena de tierra, y finalmente se da cuenta de por qué el viejo Niels está tan sucio.

Se desenterró a sí mismo. Se despertó y se desenterró de su tumba.

Dennis quiere gritar, quiere huir, quiere llamar a mamá, pero no puede hacer nada de eso. Sólo puede quedarse allí y ver cómo el viejo Niels se desgarra la cara.

—Lo siento —croá Dennis, lágrimas cálidas rodando por sus mejillas ahora, y de repente es capaz de sacar las palabras—. Lo siento mucho, Niels. Siento haberte enterrado, y siento haber robado tus conejos, y siento que mamá te mató, estoy seguro de que no quería hacerlo, es sólo que no tenía otra opción, y también siento lo de la niña, no se suponía que pasara, nada de esto se suponía que pasara, querían ayudarla, intentaron traerla de vuelta a la vida, pero no así, no así en lo absoluto. ¡Y lo siento mucho! ¡Lo siento mucho por todo!

Dennis cierra los ojos por un momento, esperando que el viejo Niels diga algo, pero cuando Dennis vuelve a mirar, el viejo Niels ha desaparecido. En su lugar, hay un ruido detrás, y Dennis se da vuelta para ver a la niña sentada en la cama, extendiendo sus pequeñas manos para agarrarlo, gruñendo y escupiendo sangre fresca de su boca.

Dennis grita y retrocede tambaleándose, golpeando la pared justo cuando un estruendo retumba en la habitación y la niña baja de la cama y va hacia él, y Dennis se acurruca en la esquina y trata de alejarse aún más, pero está atrapado, y luego hay otro estruendo, aún más fuerte esta vez, el sonido llenando sus oídos, ahogando los gruñidos hambrientos de la niña mientras se lanza hacia él, y Dennis grita con todas sus fuerzas, agita los brazos y trata de quitarse a la niña de encima, pero puede sentir sus manos toqueteándolo por todas partes, y hay otro estruendo, luego la voz de mamá muy cerca: —¡Dennis, por el amor de Dios, despierta! ¡Estás soñando!

Dennis ve cómo la niña se transforma en el rostro de mamá mientras el dormitorio de Esther desaparece a su alrededor.

Dennis parpadea frenéticamente, tratando de recuperar el aliento. Mamá está sentada en su litera, sujetándole las muñecas, mirándolo intensamente en la tenue luz. —¿Estás despierto?

—Creo que sí —croá Dennis.

Mamá lo suelta, y Dennis se limpia las mejillas, que están mojadas por las lágrimas. Mira a su alrededor y al principio no tiene idea de dónde están. Luego recuerda. Están en la casa de Holger. En el búnker secreto subterráneo.

—Escúchame, Dennis —comienza mamá, cuando es interrumpida por un estruendo cercano, exactamente como los de su sueño, y por un momento no está seguro de haber despertado realmente.

—¿Qué fue eso? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Alguien está disparando un arma afuera.

—¿Por qué? ¿A qué le están disparando? ¿Quién es?

—No lo sé. Yo también acabo de despertarme. Ven conmigo.

Mamá se levanta y sale de la habitación, todavía con su camisón blanco. Dennis duerme con su camiseta desgastada de Timón y Pumba, que mamá quería que tirara hace mucho tiempo, pero le gusta tanto que la convenció de dejarle conservarla.

Se levanta y la sigue hasta la sala principal del búnker, donde las luces están encendidas.

Mamá va a la computadora y mira la pantalla dividida que muestra todas las diferentes habitaciones de la casa de Holger. Algunas de las cámaras también están colocadas afuera, y Dennis nota de inmediato movimiento en la que está en la esquina, que muestra el patio.

Todavía es de noche, pero el patio está iluminado por los faros de lo que parece una camioneta estacionada en el centro. Una figura está de pie en la caja de la camioneta, mientras que varias otras (los muertos, que han estado rondando la casa) están rodeando la camioneta por todos lados.

De repente, un pequeño destello blanco.

Luego, un cuarto de segundo después, otro estruendo llega a los oídos de Dennis desde arriba.

—Oh —dice, mirando la pantalla. Nunca ha visto ni oído un arma fuera de las películas, por lo que le toma un momento juntar las piezas—. Creo que acaba de disparar un arma, mamá...

—¿Cómo lo hago más grande? —dice mamá, moviendo el cursor por la pantalla.

—Creo que es ese de allí —le dice Dennis, señalando un pequeño símbolo cuadrado en la esquina.

Mamá hace clic en él, y la ventana se agranda a tamaño completo. Ahora, Dennis puede ver al tipo en la caja de la camioneta blandiendo un rifle, que apunta a uno de los muertos, y luego un destello aparece.

La persona muerta se desploma.

—Está... los está matando —murmura Dennis, sin saber si estar aterrorizado o emocionado—. ¡Los está matando de verdad, mamá!

—Lo veo —murmura mamá, sin apartar los ojos de la pantalla—. Pero, ¿por qué?

Dennis ni siquiera ha considerado los motivos del tipo, y sinceramente, no le importa. Está asombrado de ver que pueden matar a los muertos de verdad.

Otro destello, otro estrépito, otra figura se inclina hacia atrás y cae en la grava, sin moverse. Sólo quedan tres de ellos. El tirador parece estar recargando el rifle. Sus movimientos son impresionantemente calmados, como si estar rodeado de muertos queriendo comérselo no le causara ningún estrés.

—Tiene que ser un policía —dice Dennis, mirando a mamá—. ¿No crees? O tal vez un soldado.

—Parece un civil —dice mamá, todavía observando la pantalla de cerca—. Y el coche no es un vehículo militar.

—Pero... ha venido a ayudarnos, ¿verdad?

Mamá no responde. En cambio, se levanta justo cuando el tipo en la pantalla dispara dos veces en rápida sucesión, seguidos por los estrépitos. Sólo queda una persona muerta de pie ahora.

—¿Adónde vas, mamá? —pregunta Dennis mientras mamá se dirige a la salida que conduce al túnel hasta el dormitorio de Holger.

Ella se da la vuelta y lo mira. —Voy a hablar con él. Averiguar qué quiere. Quédate aquí.

—Pero...

—Cierra la puerta cuando me vaya, y no la abras para nadie más que para mí. ¿De acuerdo?

Mamá no espera una respuesta, simplemente se gira y sale del búnker, cerrando la puerta de golpe detrás de ella.

Dennis va y desliza el cerrojo en su lugar.

Luego vuelve a la pantalla. Necesita orinar urgentemente, lo que suele pasarle cuando está ansioso. Pero no quiere perderse lo que está pasando.

En las imágenes del patio, no hay mucho movimiento ahora. Alrededor de la camioneta, los muertos están esparcidos en la grava, algunos boca abajo, otros boca arriba. El tipo que les disparó todavía está de pie en la caja de la camioneta, el rifle colgado casualmente sobre su hombro, la otra mano en la cadera. Está mirando hacia la casa, y parece que podría estar diciendo algo, Dennis no puede decirlo con certeza.

Entonces, nota otro símbolo en la parte inferior de la pantalla. Es un altavoz con una cruz sobre él. Está bastante seguro de que eso significa Mudo. Sin pensarlo mucho, Dennis mueve el cursor y hace clic en el símbolo.

Inmediatamente, una voz sale por los altavoces, clara y nítida: —... ¿estás ahí, Holger? ... ¡Oye, hombre, acabamos de ayudarte a deshacernos de todos estos idiotas, lo mínimo que puedes hacer es hablar con nosotros!

—¿Nosotros? ¿Qué quiere decir con nosotros? —susurra Dennis para sí mismo, justo cuando la puerta del conductor de la camioneta se abre y otro tipo sale.

—¡Oye, Holger! —grita el conductor hacia la casa—. No venimos a hacerte daño de ninguna manera. Sólo queremos hablar, ¿de acuerdo?

Un momento de silencio, mientras los hombres aparentemente esperan una respuesta. Cuando no llega ninguna respuesta, el tipo con el rifle extiende el brazo: —¡Escucha, no tenemos toda la noche para esto! ¡Si estás ahí, que sé que lo estás, sal y hablemos!

—Tranquilo, Silas —oye Dennis que dice el otro tipo en voz baja, mirando al tipo en la caja de la camioneta—. No podemos ser confrontativos, ¿recuerdas? Lo asustaremos. No es normal.

—¿Pero qué le está tomando tanto tiempo al idiota? —responde el otro tipo en un susurro—. No me digas que durmió con todos esos disparos que hice.

—Probablemente sólo está...

El tipo se interrumpe, y ambos hombres giran la cabeza al mismo tiempo para mirar la casa, como si detectaran algo que Dennis no puede ver ni oír. Parece que están mirando la ventana del segundo piso, la que mamá le indicó a Dennis que empujara el cadáver de Holger la noche anterior.

—¿Qué quieren?

Oye la voz de mamá. Dennis siente un alivio. Mamá se encargará de la situación.

—Sólo queremos hablar —dice el tipo sin el rifle, acercándose a la casa, teniendo cuidado de no pisar a ninguno de los muertos.

—No tenemos nada de qué hablar —dice mamá.

—¿Está Holger ahí?

—Holger está muerto.

—Oh —dice el tipo, encogiéndose de hombros—. Siento mucho escuchar eso.

—No tenemos nada de qué hablar —repite mamá—. Por favor, váyanse de la propiedad.

—Espere, señora —interviene el tipo con el rifle—. No nos iremos hasta que hablemos con ustedes. Nos deben eso. —Hace un gesto hacia los muertos, luego mira hacia arriba, a mamá.

Un momento de silencio.

—¿De qué quieren hablar? —pregunta mamá—. No los dejaremos entrar, si eso es lo que piensan. Y en cuanto al favor que nos acaban de hacer, estoy segura de que la casa volverá a estar rodeada al amanecer.

—Eso es precisamente —dice el tipo sin el rifle, y a Dennis le parece que está sonriendo de manera invitante, aunque es difícil decirlo con la luz del coche—. Necesitarán a alguien que mantenga a raya a los muertos. Y nosotros necesitamos un lugar seguro donde quedarnos. Podemos ayudarnos mutuamente aquí.

—No lo creo —dice mamá—. Nos las arreglaremos sin ustedes.

—Escuchen, conocíamos a Holger —dice el tipo con el rifle, ahora saltando de la camioneta—. Crecimos a sólo unos kilómetros de aquí. Soy Silas, por cierto, y este es mi hermano Jonas. Nuestra mamá todavía vive por aquí, a un par de casas por el camino. Volvimos tan pronto como escuchamos lo que estaba pasando. Queríamos ayudarla, pero no pudimos volver a salir del área, así que ahora necesitamos encontrar otra solución. Y luego nuestra mamá nos contó sobre el rumor del lugar seguro, en el subterráneo de Holger. Por eso estamos aquí; queríamos hacer un trato con Holger.

—Bueno, como dije, Holger está muerto —responde mamá desde fuera de la pantalla—, y no estamos interesados en un trato. Ahora, por favor, váyanse.

Los hombres intercambian una breve mirada, como si ambos esperaran que el otro dijera algo más.

—Espera —dice el tipo sin el rifle (Jonas), levantando una mano. —¿Qué le pasó a Holger? ¿Lo mordieron?

Hay una breve pausa.

—No —dice mamá—. Murió en un accidente.

—¿Qué accidente?

—Tuvo una caída desagradable.

—Eso suena extraño —dice el tipo con el rifle (Silas).

Su hermano le agarra el brazo, como para decirle que se calle.

—Si no me creen —dice mamá—, pueden verlo ustedes mismos. Está justo ahí frente a ustedes.

Los hombres miran hacia abajo. Ambos fijan la vista en algo justo fuera de la pantalla. Jonas da un paso adelante y se arrodilla.

—Mierda, realmente es él —dice—. Tú... le disparaste a Holger.

—¡No lo hice! —exclama Silas.

—Entonces, ¿por qué tiene una herida de bala abierta en el cuello?

Silas se acerca a su hermano y se arrodilla junto a él. —Eso no es de una bala, idiota. Eso lo hizo un cuchillo. Alguien lo apuñaló.

Como si la misma idea se les ocurriera a ambos hermanos a la vez, ambos se levantan y miran hacia arriba.

—Se ha ido —dice Jonas.

—¡Oiga, señora! —grita Silas—. ¡Vuelva!

—No quiere hablar más —dice Jonas.

—Al diablo que no quiere. ¡Pero ella mató a Holger!

—Lo sé, ¿qué vas a hacer al respecto? —Se gira hacia el coche—. Vamos, hombre.

—¿Nos vamos? —exclama Silas, extendiendo los brazos—. ¿Eso es todo? ¿Alguna loca llegó primero y mató al pobre idiota, y simplemente nos vamos?

—¿Qué más podemos hacer? ¿Ves esas rejas en las ventanas? Probablemente sea imposible entrar allí.

—Tal vez no —dice Silas, bajando la voz mientras se acerca a su hermano. Comienzan a hablar entre ellos en voces demasiado bajas para que Dennis las escuche.

Un golpe detrás de él lo hace saltar y girarse.

—¡Soy yo, Dennis! —La voz de mamá llama desde la puerta—. Por favor, abre.

Dennis se apresura a dejarla entrar.

Ella cierra y traba la puerta detrás de ellos.

—Mamá, creo que están planeando entrar a la fuerza —dice Dennis señalando la pantalla—. No pude oírlos bien, estaban hablando muy bajo, pero...

—Está bien, Dennis —le dice, poniendo una mano en su hombro—. No hay forma de que puedan entrar aquí. Incluso si irrumpen en la casa, este lugar sigue siendo seguro.

—¿Estás segura? —pregunta Dennis, queriendo creer a mamá.

—Estoy segura. Holger lo diseñó de esa manera.

Dennis se muerde el labio. —Descubrí que también hay audio, mamá. En el sistema de vigilancia. Te oí hablar con ellos.

Los ojos de mamá se agrandan un poco, luego mira la terminal y se acerca para examinarla más de cerca. Dennis la sigue.

—Eso es inteligente —dice mamá—. Puso micrófonos también.

—Mira, se están yendo —dice Dennis.

Los hombres están subiendo a la camioneta y dándose la vuelta. Salen rápidamente del camino de entrada.

—¿Qué te dije? —dice mamá, sonriendo.

—¿Pero qué pasa si vuelven?

—Sólo hay una entrada, y la puerta es de acero blindado.

—Pero... ¿y si traen algo como, una bomba o algo así, para volarla?

—Incluso con un cartucho de dinamita, lo único que lograrían sería colapsar el túnel.

—¿Pero y si...?

—Basta, Dennis.

El tono de voz de mamá cambia levemente, y Dennis sabe que la conversación ha terminado.

—Vuelve a dormir, necesitas descansar. Todavía faltan un par de horas para el amanecer.

—¿Y... y tú? —se atreve a preguntar Dennis—. ¿Vas a dormir también?

—En un rato —dice mamá sin mirarlo y sin explicar más.

Dennis sabe que es mejor no preguntar más.

Regresa a la habitación del búnker, baja la iluminación de los focos y se mete debajo de la manta. Mira la pared, pensando que probablemente no volverá a dormir, a pesar de lo exhausto que está.

Quizás eso sea lo mejor, después de todo; volver a dormir probablemente signifique volver a las pesadillas que lo han acosado constantemente, desde lo que sucedió en la casa de Esther.

«Ese lugar probablemente sea imposible de entrar».

«Tal vez no».

Las voces de los hombres se repiten en su cabeza. La forma en que se susurraron entre ellos todavía lo molesta, y teme que vuelvan, a pesar de lo que mamá dijo sobre la seguridad del búnker de Holger.

—Tal vez no —susurra Dennis para sí mismo, parpadeando y sintiéndose somnoliento después de todo, ahora que la adrenalina está saliendo de su sangre—. Tal vez no sea seguro aquí —murmura y bosteza—. Espero que no vuelvan...

Sin saberlo, se queda dormido.

TRES

Es un viaje de sólo veinte minutos, pero hoy, esos veinte minutos se sienten más como veinte horas.

Su madre está con ella, sentada en el asiento del pasajero. Normalmente, estaría charlando mientras teje. Hoy, la pequeña mujer de cabello gris sólo mira por la ventana, en silencio.

El tráfico es sorprendentemente escaso, al menos en este lado de la autopista; el otro carril, el que va hacia el sur, está lleno de coches que pasan.

«¿Adónde van?» piensa Josefina. «¿A Alemania? ¿A algún lugar aún más lejano?»

No hará ninguna diferencia. Esta cosa ya se ha extendido a través de las fronteras, y seguirá haciéndolo. Josefina lo sabe, y sospecha que la mayoría de las personas en los coches también lo saben. A pesar de las caras tranquilizadoras que siguen mostrando en las noticias. Doctores, políticos, personal militar, todos ellos tranquilos, asertivos, prometiendo que todo está bajo control, asegurando a la gente que esto pronto terminará, si todos se mantienen tranquilos y siguen las instrucciones, que siguen repitiendo cada cinco minutos en la radio.

—Manténgase en el interior.

—Manténgase alejado de otras personas.

—Si tiene alguna marca de arañazo o mordida, repórtelo inmediatamente al hospital local para aislamiento.

Si las cosas realmente están bajo control, piensa, apretando un poco más el volante, entonces, «¿cómo dejaron que la infección llegara a una residencia de ancianos?

¿No deberían los ancianos, los enfermos y los frágiles ser los más protegidos?»

Hubo rumores sobre varias instalaciones de cuidado, siendo invadidas por la infección. Incluso ha oído hablar de un jardín de infantes siendo afectado. La mera idea de niños pequeños

muriendo por esta horrible cosa es demasiado, y nunca ha estado más agradecida de no haber tenido hijos propios.

En sus años más jóvenes, todavía jugaba con la idea de tener hijos de vez en cuando, pero desde que cumplió cuarenta y cinco el invierno pasado, y aún no se ha casado, decidió dejar de lado esa idea y enfocarse en sí misma.

También estaba el hospital en Viborg siendo “cerrado”, esa fue la declaración oficial de lo que había sucedido, de todos modos, aunque las imágenes que vio en Facebook sugerían que había sido más bien una masacre. Personas infectadas por todas partes, soldados tratando de mantenerlos dentro del edificio, armas y helicópteros, coches chocados y cadáveres esparcidos por las calles. Era como una escena sacada directamente de una película de desastre.

Josefine nunca había imaginado que experimentaría algo así, no en su vida. Dinamarca siempre había sido graciosamente salvada de cualquier catástrofe natural, y las guerras y conflictos en los que habían estado involucrados habían tenido lugar muy lejos, en el Medio Oriente o los Balcanes. Incluso la Segunda Guerra Mundial y la gran pandemia de gripe sólo habían causado dificultades menores en comparación con muchos otros países.

Quizás por eso esto comenzó aquí. Se podría decir que lo merecíamos. Con tanta mierda en el mundo, era inevitable que nos tocara a nosotros tarde o temprano.

Se da cuenta de lo sombríos que son sus pensamientos, y hace un esfuerzo por cambiar su actitud.

Necesita mantenerse positiva. Por ella misma, y por su mamá. Y por su papá, sobre todo.

Casi han llegado.

El viaje más largo de la vida de Josefine finalmente está llegando a su fin. Y lo que la espera probablemente será la experiencia más difícil de su vida.

Toma una respiración profunda mientras gira hacia el estacionamiento frente al edificio de ladrillos rojos. Se ha instalado una carpa blanca frente a las puertas de vidrio, y varios vehículos médicos están estacionados alrededor de la entrada. Una persona, Josefine ni siquiera puede decir si es un hombre o una mujer, está caminando alrededor con un traje de materiales peligrosos.

Esta será la última vez que lo vea.

Ha tratado de prepararse mentalmente durante el último año, desde que lo internaron. Las personas de su edad no viven mucho con la demencia tan avanzada. Y, sin embargo, era tan difícil, imposible en realidad, imaginar una vida sin su papá con ella. Él había estado allí toda su

vida, después de todo, y Josefina había esperado en secreto que él siguiera estando allí para siempre.

Es hora de crecer, se dice a sí misma mientras estaciona el coche. Ya eres una adulta. ¿No te enseñó a ser valiente? Bueno, este es tu momento de demostrarlo.

Gira la llave y apaga el motor.

El silencio cae sobre el coche.

Su mamá sigue mirando por la ventana, aunque la vista está bloqueada por un arbusto.

—Bueno, ya estamos aquí —dice Josefina, forzando una sonrisa—. ¿Estás lista, mamá?

Su madre parpadea, la mira, sus ojos grises están distantes por un momento, soñadores. Luego sonríe con frialdad y asiente. —Estoy lista, cariño. ¿Y tú?

—Tan lista como se puede estar, supongo.

Tan pronto como salen del coche, se encuentran con una mujer baja y severa con el pelo recogido en un moño apretado y la parte inferior de la cara cubierta por una mascarilla. También lleva guantes de goma y una tablet.

—¿A quién vienen a ver? —pregunta sin siquiera saludarlas.

—Per Rasmussen —dice Josefina—. Recibimos una llamada de que si queríamos verlo...

—Justo a tiempo —la mujer la interrumpe, tocando la pantalla, luego señalando hacia el edificio—. Acaban de informarnos que estarán aquí en quince minutos, evacuando el lugar.

—¿Evacuando el lugar? —repite Josefina—. ¿Qué significa eso?

—Necesitan ir por la parte trasera —dice la mujer, gesticulando en la dirección, ignorando por completo la pregunta—. Un hombre les indicará cómo...

—Perdone —dice Josefina—. ¿Qué quiere decir con que el lugar será evacuado?

La mujer la mira con impaciencia, como si la pregunta fuera demasiado obvia para merecer una respuesta. —Las autoridades están cerrando el lugar. Eso significa que vendrán a recoger a los infectados, y los que aún están en las primeras etapas probablemente se quedarán aquí en aislamiento hasta que lleguen a la etapa paralítica.

—¿Qué... qué les pasa entonces?

La mujer se encoge de hombros. —No podría decírselo. No me dicen más de lo que necesito saber.

—¿Al menos sabe adónde los llevan?

—Tendrán que preguntarles a ellos. Lo siento, pero tengo que irme. —La mujer se da la vuelta y se marcha hacia la carpa. Justo antes de desaparecer de la vista, se detiene, se vuelve y dice:— Por la parte trasera. Él las está esperando.

CUATRO

Mille siente el pánico creciente como una rata atrapada dentro de su pecho, retorciéndose y mordisqueando para salir.

Ella también está atrapada, y aunque tiene espacio para moverse, se siente claustrofóbica.

Está en un ferry. En el mar. La trampa definitiva. No hay adónde escapar.

Su madre la agarra por el codo y la arrastra por las escaleras del barco, haciéndola sentir como una niña indefensa de nuevo.

Torben avanza penosamente delante de ellas, jadeando por el esfuerzo de subir los escalones, y detrás de ellas hay un grupo de otros pasajeros dirigiéndose a sus camarotes. Mille nota las miradas en sus rostros. Todos tienen algo en común, algo justo bajo la superficie.

Mille lo reconoce; es miedo. Nadie a bordo de este ferry está aquí porque están de vacaciones, eso está claro. Todos son refugiados que previeron lo que iba a venir e hicieron un esfuerzo por salir del lugar mientras podían.

Y ahora.

Ahora podrían ser algunos de los primeros en caer.

Porque Torben está infectado, y probablemente sea cuestión de minutos en lugar de horas antes de que se convierta.

El viaje a Suecia tomará al menos tres horas.

Eso es tiempo más que suficiente para que todo el infierno se desate.

—Mamá —intenta Mille de nuevo, sin realmente esperar ser escuchada—. ¡Mamá, por favor, escúchame!

Su madre le tira del brazo con más fuerza mientras Torben toma una curva y deja la escalera.

—Es aquí —resopla, limpiando el sudor de su labio superior con una lengua morada—. Cubierta 13. Necesitamos encontrar el camarote B55.

—Esto es un terrible error —dice Mille, esta vez dirigiéndose a Torben—. ¡Necesitamos advertir a la gente, necesitamos sacarte del ferry!

—Tonterías —murmura Torben, dándole apenas media mirada—. Te dije, estaré bien. Sólo necesitamos encontrar nuestro camarote... —Mira a su alrededor mientras habla, luego, aparentemente viendo un cartel, se dirige por el pasillo.

Mamá arrastra a Mille antes de que pueda idear otra objeción. Mille mira por la fila de ventanas que dan al calmado y negro mar Kattegat con el amenazante cielo azul oscuro sobre él.

Y en algún lugar más allá del horizonte, aún demasiado lejos para ver, está Suecia. El doble de habitantes que Dinamarca. Fronteras con Noruega y Finlandia, y, un poco más al este: Rusia.

El país más grande del mundo.

El pensamiento es casi suficiente para que las rodillas de Mille se doblen mientras es arrastrada por su madre.

La situación es mucho, mucho más grave de lo que Mille pensó al principio. En Dinamarca, la infección podría contenerse, ya que el país está rodeado por el mar en tres lados.

Si la infección llega a Suecia, sin embargo, no habrá absolutamente ninguna posibilidad de detenerla. Tendrá un pase libre para extenderse por todo el mundo.

Y ahora mismo, Mille es la única consciente del riesgo.

Torben toma otra curva y señala un pasillo más pequeño con muchas puertas a cada lado. — ¡Lo encontré! ¡Por allá!

—Genial —suspira mamá con alivio—. ¿Crees que tienen algo para limpiar tu herida en el camarote?

—Si no, tendremos que pedir algo.

—¿No lo entiendes? —grita Mille, de repente llena no sólo de horror, sino de una furia creciente. Se suelta del agarre de su madre y mira a Torben—. ¡Es demasiado tarde! ¡Desinfectarla no servirá de nada! ¡Lo he visto suceder! ¡Una vez que te muerden o te rasguñan, no hay forma de...

Mamá la interrumpe con una bofetada de su palma derecha.

Mille parpadea sorprendida y mira a su madre, quien le apunta con un dedo entre los ojos. — ¡Tú te callas ahora! ¿Me oyes? ¡No quiero oír una palabra más de ti!

Mille sólo la mira, sintiendo su mejilla comenzar a hincharse y arder. Ve los músculos bajo el ojo izquierdo de su madre temblar y sus labios temblar. Ve miedo, ira y arrepentimiento todos mezclados. Y finalmente ve a su madre completamente como la recuerda: una adulta sólo en cuerpo, pero un cuerpo navegado por alguien infinitamente frágil y débil, una víctima constante

de las circunstancias, tambaleándose a ciegas por la vida, tratando de evitar el dolor pero encontrándolo una y otra vez, obligándola a esconderse más dentro de sí misma, acobardándose detrás del maquillaje barato y el alcohol y la fuerza pretendida de algún imbécil a quien llama su novio.

Y en tres segundos, algo cambia completamente dentro de Mille. Se siente sobre todo como crecer de golpe. Su nivel de ansiedad cae en picada. Los pensamientos temerosos se disipan, permitiéndole ver claramente. La solución la llena mientras respira profundamente.

—Lo siento, mamá. Lo siento por todo. De verdad lo siento.

La expresión de mamá se suaviza con las palabras, y comienza a hablar en un tono más cálido: —Oh, cariño, está bien. Sólo necesito que dejes de...

—Siento que tu vida sea un desastre. Y que constantemente te estés hiriendo a ti misma y a las personas a tu alrededor. Entiendo que no lo haces a propósito. Pero no puedo seguir siendo parte de esto.

Mille se siente casi tan sorprendida como su madre por las palabras que salen de su boca. Sacude la cabeza suavemente.

—Voy a advertir a la tripulación ahora. Necesitan hacer que el ferry regrese. Eso es lo único correcto.

—No —dice mamá, obviamente tratando de recuperar algo de la fuerza que había logrado reunir pero que ahora ha perdido por completo—. No, no puedes hacer eso...

—No harás tal cosa —interviene Torben, poniéndose entre Mille y su madre—. Vienes con nosotros y te mantendrás callada como te dijo tu madre.

Extiende una mano gorda para agarrar a Mille, pero ella retrocede rápidamente, saliendo fácilmente del alcance de Torben.

Él la mira con sorpresa e ira. —Ven aquí, niña...

—No —dice Mille, sacudiendo la cabeza una vez, luego le da la espalda y corre por el pasillo.

CINCO

Ver a su padre a través de la ventana es mucho más fácil de lo que temía. De hecho, se parece sorprendentemente a sí mismo. El cabello blanco y delgado peinado hacia atrás, las habituales zapatillas marrones en sus pies. Su cabeza está de lado y parece que está durmiendo.

Lo único diferente en él son las vendas en su codo izquierdo. Eso, y las correas alrededor de sus muñecas y tobillos, atándolo a la cama.

—Oh, Dios —susurra su madre—. Lo han atado. ¿Por qué lo han atado así?

—Es una cuestión de seguridad —le dice Josefina—. Para que no... lastime a nadie más.

—Oh, Dios —dice su madre de nuevo, sacudiendo la cabeza—. ¿Podemos al menos entrar?

—No creo que...

Antes de que Josefina pueda detenerla, ella agarra la manilla de la puerta de la terraza y trata de girarla. Está cerrada.

El sonido hace que su padre gire la cabeza y la mire directamente. —¿Josie? ¿Eres tú?

—Sí, papá —dice ella, y no puede evitar sonreír—. Soy yo. Mamá también está aquí.

Su padre entrecierra los ojos y levanta ligeramente la cabeza de la almohada. —Oh, hola, querida. No te vi ahí.

—Hola, Per —dice la madre de Josefina, su voz ya comenzando a temblar—. ¿Cómo te sientes, amor?

—Bueno, he estado mejor, para decirte la verdad —dice el padre de Josefina, rompiendo en una sonrisa, luego en una tos.

—No puedo soportar verlo así —le dice su madre en voz baja, apretando su brazo—. Esperaré en el coche hasta que termine.

Josefina la agarra con fuerza. —Al menos dile adiós, mamá.

Los labios de su madre comienzan a temblar. Luego respira profundamente, y dice con calma: —Dile tú de mi parte. Se libera y se aleja.

Josefine la mira, atónita, preguntándose cómo se puede conocer a alguien durante cuarenta y cinco años y aún sorprenderse cuando actúan como siempre han actuado.

—¿A dónde fue tu madre?

Josefine mira de nuevo a su padre. Ha dejado de toser, pero hay un hilo de saliva en la comisura de su boca.

—Ella... tenía que ir al baño de damas —miente Josefine.

—Oh, eso es típico —resopla él—. Tiene la vejiga de una niña de cuatro años, tu madre. No puede estar en un coche durante media hora, sin pedirme que me detenga para que pueda hacer pis.

Hace al menos diez años desde que el viejo Per Rasmussen ha estado al volante, pero Josefine sólo sonríe.

—Hablando de eso —continúa él—, ¿cómo va el viaje? No puedo creer que hayas venido hasta aquí para verme.

—Lo hago todos los fines de semana, papá. No es gran cosa, ya te lo dije.

—Deberías haberte quedado en casa. Pasado tu tiempo de manera productiva en lugar de verme tirado aquí.

Josefine todavía está tratando de discernir cuánto es consciente su padre de la situación. Sorprendentemente, está muy lúcido en este momento; al menos sabe que está en el asilo, pero ¿también sabe lo que sucedió esta mañana? ¿Recuerda haber sido arañado por uno de los otros ancianos? ¿Tiene una pista de que la mayoría de ellos ya están muertos y que sólo le quedan horas de vida?

—¿Por qué no entras? —pregunta su padre—. No te quedes ahí afuera.

—Yo... no puedo, papá.

—¿Por qué no? No habrás empezado a fumar, ¿verdad? Eso rompería el corazón de tu viejo padre, ya sabes.

—No, es sólo... las reglas...

—Ah, al diablo con sus reglas. Esta habitación es mía, y yo decido quién entra. Vamos, entra, cariño.

Josefine decide que probablemente él no comprende la magnitud de la situación. Si supiera que había una pequeña posibilidad de infectarla, nunca le habría pedido que entrara.

—Me encantaría entrar, papá, pero... —Sus ojos caen sobre la puerta de la terraza mientras habla. La ventana justo al lado está entreabierta; lo suficiente como para que pueda deslizar su mano dentro y alcanzar la cerradura.

—¿Pero qué? —pregunta su padre, tosiendo de nuevo.

Josefine toma una rápida decisión. Una que muy bien podría sellar su destino. Pero la toma de todos modos. Anoche escuchó en las noticias que la infección probablemente se propaga sólo a través de la sangre, como el SIDA. Así que mientras no toque su herida, debería estar bien.

Desliza su mano por la ventana abierta y desbloquea la puerta de la terraza.

Al entrar en la habitación, nota inmediatamente el olor a fiebre. El aire es cálido, agrio y salado. Y al acercarse a la cama, nota las perlas de sudor en la frente de su padre. Sus mejillas están rojas y sus ojos están hinchados.

—¿Tienes calor, papá? ¿Quieres que te traiga algo fresco para beber?

—Eso sería maravilloso —dice él, sonriéndole.

Ella toma su taza de la mesa y va al pequeño baño, llena la taza con agua helada y vuelve con él.

Al ver la taza, él intenta instintivamente alcanzarla, pero la correa detiene su brazo. Él la mira, frunciendo el ceño.

—Déjame ayudarte —dice rápidamente Josefine, sosteniendo la taza en sus labios.

Su padre cierra los ojos y bebe profundamente, vaciando la taza. Después, suspira. —Señor, eso era justo lo que necesitaba.

«¿Cuánto tiempo ha estado acostado aquí sin que nadie lo revisara?»

Josefine no está demasiado sorprendida, sin embargo. Incluso en los mejores momentos, los asilos tienen la reputación de estar con poco personal, y ahora, bajo estas circunstancias locas, con todo desmoronándose...

—Entonces, ¿cómo van las cosas? —pregunta su padre, sonando dolorosamente alegre, como si tomara esto como cualquier otro miércoles ordinario.

—Las cosas están... bien —dice Josefine, forzando una sonrisa—. Ya sabes... lo de siempre.

—Vamos, ¿desde cuándo le mientes a tu viejo padre? —dice él, inclinando la cabeza—. Puedo decir que algo te molesta, querida. —Él le guiña un ojo y baja la voz—. Oye, puedes decírmelo. Honestamente, está bien. Probablemente lo olvidaré para mañana.

Josefine estalla en risas que rápidamente se convierten en sollozos. Y se da cuenta allí mismo que, en realidad esperaba durante todo el camino aquí, que su padre hubiera tenido uno de sus malos días, que no estuviera realmente aquí, porque esto, ver y escuchar a su verdadero padre, el

que ha conocido durante tanto tiempo, cómo puede recordar, y luego tener que despedirse de él, es demasiado.

No puedo soportar verlo así, piensa luego, dándose cuenta inmediatamente de que el pensamiento habló con la voz de su madre, y eso es suficiente para que deje de llorar. No. No lo abandonaré. Y no será un desastre lloroso, tampoco. Él se merece algo mejor.

Mira a su padre a los ojos. Él está esperando pacientemente a que ella hable.

—Es malo, papá —comienza—. Y creo que sólo está comenzando. Creo que podría volverse realmente, realmente malo. Tal vez irreparable.

—Oh, vamos, nada es tan malo. Haces que parezca el fin del mundo.

—Temo que podría ser —susurra Josefina.

—Vaya —murmura su padre—. ¿Es realmente tan malo?

Ella asiente. —Lo es. Y no tengo idea de qué hacer, papá. Pronto seremos sólo mamá y yo, y ya la conoces, ella no enfrentará la realidad sin importar cuánto le grites.

Josefina se da cuenta demasiado tarde, de que acaba de decirle a su padre que está muriendo, pero eso no parece afectarlo. Tal vez él sabe más sobre la situación de lo que deja ver, porque simplemente se encoge de hombros.

—No puedes salvar a todos, querida. Especialmente a los tercios como tu dulce madre. No me malinterpretes, es el amor de mi vida, pero no puedes obligar a las personas a entrar en razón, ni siquiera a las personas que amas. Sólo tienes que intentar hacer lo mejor, y lo que será, será, ¿verdad?

—Verdad —acuerda Josefina, limpiándose discretamente una lágrima con el pulgar. Suerte que decidió no usar maquillaje hoy, o su rímel estaría corriendo ahora.

—¿Recuerdas cuando esta horrible enfermedad comenzó a afectarme? —continúa su padre—. Bueno, casi destruyó a tu madre. Quiero decir, sólo con mirarla pensarías que ella era la que acababa de ser diagnosticada. Yo tenía que ser el que se mantuviera fuerte, por los dos, ¿sabes? Tenía que decirle que todo estaría bien. Que habíamos tenido una buena vida, que ahora no era el momento de estar tristes. Quiero decir, es casi codicioso, ¿sabes? Esta cosa de querer vivir hasta los cien y nunca enfermarse, ¿quién eres tú para exigir eso de la vida? ¿Por qué no enfocarte en todas las cosas buenas que has recibido en su lugar? Te digo, eso es en lo que paso mis días pensando ahora, en los días que puedo, al menos. —Él sonríe brevemente, luego se pone serio de nuevo—. Lo que trato de decir es, tienes lo que se necesita, querida. Y nadie puede quitártelo.

Josefina asiente y baja la mirada, sintiéndose como una niña pequeña, como siempre se siente cuando su padre le da consejos.

—Gracias, papá —susurra. Y antes de que pueda pensar en detenerse, extiende la mano y toma la suya.

Está caliente y húmeda, pero él la aprieta con sorprendente fuerza.

Permanecen en silencio durante un minuto más o menos. Es casi como si muchas cosas pasaran entre ellos, sin ser dichas. Todas las palabras que quería decir simplemente la abandonan y flotan. Y siente que su padre entiende todas ellas.

Cuando Josefina lo mira de nuevo, sus ojos están cerrados, su boca ligeramente abierta. Su respiración se ha vuelto más profunda y ruidosa. Parece que está durmiendo. Pero luego abre los ojos de repente, la ve y sonríe.

—Hola, querida.

—Hola, papá.

—Debí quedarme dormido. —Su voz es notablemente más débil.

—Está bien. Puedes dormir si estás cansado.

—No te oí entrar. ¿Dónde está tu madre? ¿No está contigo hoy?

—No, ella...

—Entonces, ¿cómo van las cosas?

Josefina traga, dándose cuenta de que su papá se ha ido. —Bien, papá. Todo bien.

—Bueno, me alegra oírlo.

Él sonríe, parpadea, luego parpadea una vez más, y esta vez, no vuelve a abrir los ojos.

SEIS

Al regresar al pasillo principal, Mille encuentra que la corriente de pasajeros arrastrando equipaje y a miembros más jóvenes de la familia se ha vuelto más delgada, ya que la mayoría parece haber encontrado sus camarotes.

No tiene idea de dónde encontrar a los miembros de la tripulación o incluso cómo identificarlos, así que empieza a caminar rápidamente hacia lo que considera ser la parte delantera del barco.

Ahora puede sentir el ferry moviéndose bajo sus pies y, al mirar por las ventanas, el agua deslizándose le confirma que se dirigen mar adentro.

«Si no los hago regresar a tiempo y saco a todos del barco, nos convertiremos en un Titanic zombie...»

El pensamiento la hace acelerar el paso. Llega a un área de comedor con un buffet, pero está cerrado y no hay nadie allí.

Continúa hasta encontrar otra escalera y decide bajar un piso, cuando alguien dobla la esquina y casi choca con ella.

—¡Uy! —exclama un chico alto, joven y desgarbado—. Lo siento, no te vi.

Está hablando en sueco y sonriendo a Mille por sólo un segundo antes de apartarse para dejarla pasar.

No puede tener más de treinta años y tiene un caso grave de acné. Pero lleva un chaleco de color burdeos con el logotipo de la compañía de ferry en el pecho.

—¿Trabajas aquí? —pregunta.

—Sí, claro.

—Gracias a Dios. Necesito tu ayuda.

—Claro, ¿qué puedo hacer por ti?

Mille no está acostumbrada a escuchar sueco, pero es lo suficientemente parecido al danés como para captar lo que está diciendo, ayudada por su tono y expresión facial.

—Es muy importante —dice, bajando la voz mientras algunas personas suben las escaleras y pasan a su lado—. Hay una persona infectada a bordo del ferry. Es el novio de mi madre. Tiene el virus del que están hablando en las noticias, ¿has oído hablar de él, verdad?

Incluso antes de que pueda responder, la cara del chico le dice con absoluta claridad que está más que consciente de lo que está hablando.

—Oh, no —dice—. ¿Estás segura? Quiero decir, nos dijeron que revisaron a las personas antes de embarcarlas...

—A nosotros no nos revisaron en absoluto —dice Mille, sacudiendo la cabeza—. No sé, llegamos en el último minuto, tal vez nos pasamos de largo.

El chico suelta lo que debe ser una maldición en sueco, luego mira por el pasillo y se muerde el labio. —Esto no es bueno. Esto no es bueno en lo absoluto...

—Lo sé —dice Mille, casi lista para llorar de alivio porque alguien le cree, y porque ahora al menos puede compartir la mitad de la carga en los delgados hombros de este chico. ¿Qué hacemos? Debemos hacer que regresen, ¿verdad?

Él asiente. —Creo que necesitamos ir directamente al capitán con esto.

—¿Directamente al capitán con qué?

Mille se da vuelta al escuchar la voz en danés, que es tan ronca que se sorprende al encontrar que pertenece a una chica sólo unos años mayor que ella. Su corte de cabello es corto y lleva un chaleco que combina con el del chico.

—Charlotte —dice el chico—. Esta mujer acaba de contarme una muy mala noticia.

—¿Oh? —dice la chica, mirando de él a Mille—. ¿Y cuáles es?

—Hay una persona infectada en el ferry —le dice.

—¿Infectada? —repite la chica, frunciendo el ceño—. ¿Con qué? Antes de que Mille pueda responder, la comprensión aparece en la cara de la chica. —¡Oh, mierda! Dime que no es ese virus de la rabia...

—Lo es —dice Mille con gravedad—. No se ha convertido todavía, pero sospecho que lo hará dentro de una hora.

—Joder —dice la chica, mirando a su alrededor como buscando la salida más cercana.

—Necesitamos advertir a Sorensen de inmediato —dice el chico, a punto de irse, haciéndoles señas a ambas—. Vengan conmigo.

—¡No, espera! —exclama Charlotte.

El chico parpadea. —¿Por qué?

La chica lanza otra mirada alrededor, como para asegurarse de que nadie más esté a su alcance auditivo, luego se aleja de las escaleras.

Mille y el chico la siguen, inclinándose mientras ella les hace señas para que se acerquen y susurra con una voz ronca que huele a café rancio: —Necesitamos pensar esto bien. Si vamos y le decimos al capitán, ¿qué crees que pasará?

El chico se encoge de hombros. —Él dará la vuelta, por supuesto. No se nos permitirá desembarcar en Suecia cuando alguien a bordo esté...

—Exactamente. Pero, ¿qué te hace pensar que se nos permitirá desembarcar de nuevo en Dinamarca?

El chico parpadea.

—No se nos permitirá —dice la chica—. Estaremos en cuarentena en el mar. No hay forma en el infierno de que alguna vez desembarquen un barco que contenga el virus en cualquier lugar.

El chico se muerde el labio. —Puede que tengas razón... no había pensado en eso.

—Entonces, ¿y si podemos aislar a la persona? —interviene Mille—. Todavía está bastante saludable, no creo que sea contagioso todavía. Podríamos hacer que lo encierren en algún lugar donde no pueda tener contacto con nadie, ¿no?

El chico frunce el ceño. —Creo que eso sería contrario a la ley marítima. No puedes detener a alguien a menos que esté amenazando con hundir el barco o...

—¡Oh, joder con tu ley marítima! —gruñe Charlotte—. Esto es una maldita emergencia. Todo el país ya está en confinamiento. Estoy segura de que nos dejarán encerrarlo.

—Pero eso tendrá que ser decisión del capitán —continúa el chico—. Necesitamos llevar esto a él de inmediato, cuanto antes mejor, para que pueda contactar a las autoridades y averiguar qué se debe hacer.

—¿Y para cuando eso se decida? —pregunta Charlotte, con los ojos muy abiertos ahora—. ¿Y encuentren a este tipo? ¿Sabemos siquiera dónde está? —Gira la cabeza para mirar a Mille.

—Ehm, camarote B55, justo por el pasillo —dice Mille, señalando.

—¿Y qué pasa si no está cuando vengán por él? ¿O está muerto? Podría estar muerto mientras hablamos, ¿no?

—No creo que...

—¡Esta maldita cosa se está propagando como loca! —continúa la chica, sin prestar más atención a Mille, pero mirando de nuevo al chico—. Sería mejor sellar toda la cubierta...

—Eso condenaría a un montón de personas sanas —dice Mille.

—Y aún así, sería decisión del capitán —repite el chico.

Charlotte no parece escuchar; se está pasando la mano por el cabello repetidamente y comienza a murmurar. —Mierda, lo sabía... lo supe cuando dijeron que las fronteras podrían cerrarse... Debería haber llamado enferma, pero pensé que sería más seguro llegar a Suecia y quedarme allí hasta que esto se calme... y ahora mira.

—Estoy segura de que encontrarán una manera de lidiar con esto —dice Mille, tratando de llegar a la chica, que parece estar a punto de entrar en pánico—. Incluso si ponen en cuarentena el barco, probablemente nos dejarán a los que no estamos infectados salir y regresar a...

—¿A dónde? —exclama Charlotte, mirándola—. ¿A Dinamarca? ¿Dónde la mierda ya está corriendo salvajemente? No, no nos dejarán ir a ningún lado. Estaremos atrapados en este barco.

—Podrían dejarnos salir —argumenta el chico—. Quizás nos hagan pruebas o algo primero, pero estoy seguro de que no dejarán a tres mil personas varadas aquí afuera.

La chica rechina los dientes y le dice enseguida: —No pudieron lidiar con eso en tierra, ¿por qué diablos piensas que podrán en un barco lleno de gente? La única diferencia es que aquí afuera, no hay a dónde correr.

—De acuerdo —dice Mille, tratando de mantener la calma—. No quieres llevar esto al capitán, ¿verdad?

—No, no quiero. Porque si lo hacemos, cerrarán todo y estaremos a merced de lo que decidan. Quiero decir, tal vez lo controlen, bien, te concedo eso, hay una posibilidad. Pero, ¿estás dispuesto a arriesgar tu vida por eso?

—¿Qué sugieres que hagamos entonces?

Charlotte piensa por un segundo, haciendo crujir su mandíbula. Luego dice con firmeza: —Nos largamos. Lanzamos un bote salvavidas y nos largamos del barco lo antes posible.

—Eso sería cobarde —dice Mille antes de poder evitarlo—. No podemos dejar al resto de la gente aquí sin saber el peligro.

—Está bien, entonces los llamamos, una vez que estemos lo suficientemente lejos.

El chico está a punto de decir algo, pero Mille lo interrumpe alzando la voz.

—Déjame decirte algo. Ya abandoné un autobús lleno de mis compañeros de clase. ¿Sabes qué les pasó? Están muertos. Todos y cada uno de ellos. No voy a abandonar de nuevo a nadie.

—Está bien, juega a ser el héroe —suelta la chica—. Pero yo me voy.

—Charlotte, espera —dice el chico, pero Charlotte ya ha girado para irse y corre escaleras abajo.

Mille mira al chico, y él la mira a ella.

—¿Aún quieres decírselo al capitán? —pregunta Mille.

El chico ya no parece tan seguro. —Tal vez... deberíamos asegurar al hombre primero. Ya sabes, sólo para no arriesgarnos a que infecte a alguien más.

Mille asiente. —Es una buena idea. —Y cuando el chico está a punto de correr por el pasillo, ella le agarra del brazo—. Espera. Es mejor que lo haga yo sola.

Él la mira. —¿Estás segura? Quiero decir, ¿qué pasa si él no... está de acuerdo?

—Definitivamente no lo hará. Por eso debemos ser sigilosos al respecto. Si ve a alguien más que a mí, se pondrá frenético.

—Está bien, bueno... aún podría ir, y quedarme atrás. Y si necesitas ayuda, me llamas.

Mille asiente. —Eso está bien. Vamos.

Mille está a punto de correr cuando el chico le extiende la mano. —Por cierto, me llamo Iver.

Ella sonríe y toma su mano. —Hola, Iver. Soy Mille.

SIETE

La habitación queda completamente en silencio. Es como un vacío. Como si los sonidos nunca hubieran existido.

Josefine observa a su padre tomar su último suspiro antes de que su pecho deje de subir y bajar.

Y luego se queda sentada allí por un minuto, aún sosteniendo su mano, sintiendo el calor abandonarla.

Algo comienza a moverse en el fondo de su mente, algún pensamiento insistente diciéndole que retire su mano, que se aleje de la cama, que salga de la habitación.

Al principio, el pensamiento la molesta, pero luego se da cuenta de que es simplemente su mente tratando de protegerla, y decide seguir su consejo.

Aprieta su mano una última vez, luego se levanta y da un paso atrás.

Y en ese preciso momento, se escucha un ruido de llaves, un chasquido de una cerradura, y luego la puerta de la habitación se abre bruscamente. Un hombre, al menos Josefine supone que es un hombre, juzgando por su altura, todo vestido con lo que parece un traje espacial médico, la mira desde la puerta.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —exclama, su voz distorsionada por la máscara de respiración—. ¡No se permite la entrada a las habitaciones de los pacientes!

—Es mi padre —dice ella, como si eso explicara algo.

—Cristo, estamos tratando de mantener a la gente a salvo —murmura, luego se acerca a la cama, su traje susurrando y silbando—. ¿Per? —exclama—. ¿Per Rasmussen? ¿Puedes oírme?

—Se ha ido —oye Josefine decirle al hombre con el traje de materiales peligrosos—. Murió hace menos de dos minutos.

El hombre la mira, y puede distinguir sus ojos a través del vidrio protector. Es más joven de lo que pensaba. Aproximadamente de su misma edad. —Realmente no deberías estar aquí —le

dice, y esta vez, la voz es casi compasiva.

Y Josefina sabe que tiene razón. Pero no quiere irse.

—Estoy bien —dice ella—. Voy con él.

—¿En serio?

—Sí. Me dijeron que un familiar podía ir.

—Sí, pero...

Josefine nunca averigua qué viene después de "pero", porque el hombre con el traje es interrumpido por un ruido gutural que viene de su padre.

Su pecho se sacude hacia arriba, y por un segundo, a Josefina le parece que ha comenzado a respirar de nuevo, pero luego se da cuenta de que es simplemente su cuerpo convulsionando, mientras sacude la cabeza de un lado a otro y trata de levantar los brazos y tirar de las piernas hacia arriba. Las correas lo detienen. En su lugar, arquea el cuello y la mira directamente.

Josefine pensó que estaba preparada para verlo así. Pensó que los años de demencia, la habían acostumbrado a mirar su rostro y ver a un extraño.

Pero esto...

Esto es diferente.

No es un extraño el que la mira desde esos ojos vacíos. No es nadie. Es una cosa muerta. Y por mucho que Josefina quiera sentir lástima y dolor por la cosa atada a la cama, no encuentra nada más que horror en su corazón.

La cosa muestra sus dientes grises y gruñe.

Josefine automáticamente da un paso atrás.

—El paciente en la habitación 14 acaba de convertirse —dice el hombre con el traje, y cuando Josefina lo mira confundida, lo ve hablando por un walkie—. Necesito que dos de ustedes vengan y me ayuden a asegurarlo. —Luego, mira a Josefina—. Realmente no necesitas estar aquí para esto.

—Está bien —le dice su voz—. Quiero hacerlo.

El hombre la mira un momento más, luego se encoge de hombros. —Como quieras. Pero te lo advertí.

Abre un pequeño maletín médico que Josefina no había notado hasta ahora y saca una jeringa y una botellita. Incluso con los grandes guantes puestos, logra preparar la jeringa sin problemas; obviamente está entrenado para hacerlo.

—¿Qué le estás dando... a él? —pregunta Josefina, dudando en la última palabra, temerosa de incluso referirse a la cosa en la cama con un pronombre.

—Es un sedante —responde el hombre—. No le hará daño, pero no podrá moverse durante unos cuatro a seis minutos.

Josefine respira hondo. Primero las correas y ahora una inyección forzada. De alguna manera, eso es lo que encuentra más aterrador de todo esto: el hecho de que los asilos están tratando a las personas como reclusos en una prisión de máxima seguridad. O como personas psicóticas en un manicomio de los años 20.

La puerta de la habitación se abre y dos trajes más entran, trayendo una camilla y lo que parece ser una camisa de fuerza. Miran a Josefine, pero no hacen preguntas. Después de coordinarse brevemente entre ellos, los tres hombres toman posiciones alrededor de la cama, donde la cosa muerta sigue luchando y gimiendo, tratando de atacar a cualquiera.

—¿Listos? —pregunta uno de ellos—. Lo doy ahora.

Clava la aguja en el muslo interno de la cosa que era el padre de Josefine hace unos minutos, empujando rápidamente el líquido claro en el cuerpo.

El efecto es casi inmediato.

Los espasmos se reducen y los gemidos mueren. Los ojos lechosos se cierran a medias y la boca deja de morder.

—¡Está bien, hagámoslo!

Los hombres trabajan como si lo hubieran hecho al menos una docena de veces antes; trabajando juntos como un equipo. En noventa segundos, el cuerpo ha sido desatado, levantado, vestido con la camisa de fuerza y colocado en la camilla. Luego aseguran otro conjunto de correas de cuero alrededor de los hombros, el pecho y la cintura.

Se apartan y observan a la cosa atada a la camilla mientras hace unos pocos intentos débiles de mover sus extremidades sedadas y aseguradas.

—Buen trabajo —dice uno de los hombres, dejando escapar un suspiro discreto de alivio—. No va a ir a ninguna parte.

—¿Está listo el otro paciente? —pregunta otro de ellos.

—Sí, la cargamos en el helicóptero hace veinte minutos. El tranquilizante debe haber desaparecido ahora, así que probablemente esté viva y pateando.

—Entonces llevemos a este hombre allá afuera antes de que despierte también.

Van a abrir la puerta de la terraza y ruedan la camilla afuera. Al pasar junto a Josefine, que está de pie junto a la pared, observando en silencio, uno de los hombres, el primero, se detiene y la mira. —¿Vienes o qué?

OCHO

Mille regresa al pasillo B y encuentra la puerta número 55 abierta. Desde adentro, puede escuchar a su madre y a Torben hablando.

—¡Ay! —exclama Torben—. Ten cuidado, eso duele como el infierno.

—Se supone que debe doler —le dice la madre de Mille—. Así es como sabes que funciona.

Mille empuja la puerta hasta abrirla por completo y entra en el abarrotado camarote. Hay cuatro literas y una sola ventana estrecha al fondo, dejando entrar el crepúsculo temprano y verdoso.

Torben está sentado en una de las literas, con la cabeza inclinada hacia un lado, la camisa desabotonada mostrando un pezón marrón y peludo.

La madre de Mille está ocupada limpiando el rasguño justo encima de su clavícula, que luce rojo brillante, con un montón de papel higiénico mojado. En su otra mano tiene una botella de lo que parece ser clorhexidina.

Torben ya parece tener fiebre; su frente está perlada de sudor y sus mejillas están rosadas. Además, el aire en el camarote es sofocante y húmedo.

«Está muriendo aún más rápido de lo que temía», piensa Mille, sintiendo su estómago apretarse.

Torben hace una mueca y está a punto de decir algo cuando nota a Mille. —Oh —gruñe—. Ella ha vuelto.

Mamá gira la cabeza, ve a Mille y su cara se queda en blanco. —¿Qué haces aquí? Pensé que ibas a hacer que el ferry diera la vuelta...

—Mamá —dice Mille—. ¿Puedo hablar contigo afuera por un momento?

—Estoy ocupada —responde fríamente su madre.

Mille mira a Torben, y él le devuelve la mirada con una mueca. —¿Qué? —ladra.

—Te ves terrible.

Torben aparta la mano de la madre de Mille mientras ella intenta seguir limpiando el rasguño.

—No empieces de nuevo. Estoy bien, es sólo un maldito rasguño, y ha sido desinfectado a fondo.

—Señala con un dedo gordo a Mille—. ¡Lárgate de aquí! No te necesito aquí para ser un dolor en el culo.

Mille responde con voz calmada: —Obviamente tienes fiebre.

—No, no la tengo —se burla, sacándose la camisa y abanicándola—. Sólo tengo calor. Hace mucho calor aquí. Maldición, cariño, tráeme una Coca-Cola, ¿quieres?

—Claro —dice la madre de Mille.

Torben le lanza una última mirada triunfante a Mille.

Mille simplemente se da vuelta y sale del camarote. Mira por el pasillo para ver a Iver de pie al final. Él le envía una mirada de interrogación, y Mille sacude la cabeza. Él se aparta de la vista.

Su madre se le une un momento después, cerrando la puerta con suavidad detrás de ella, justo después de decirle a Torben: —Volveré en un santiamén, cariño.

—Date prisa —gruñe Torben—. Me estoy quemando.

La madre de Mille la mira desafiante. —Entonces, ¿así es como vas a jugar? Actuando como una adulta conmigo.

«Alguien tiene que hacerlo», piensa Mille, pero guarda el pensamiento para sí misma. En su lugar, dice: —No puedes volver ahí. Estará muerto dentro de media hora. Probablemente antes.

—¿Vas a dejar de decir esas tonterías...?

—Por favor, créeme, mamá —dice Mille, sorprendiendo a ambas al extender la mano y tomar la muñeca de su madre suavemente—. No será seguro para ti estar con él. Tan pronto como muera, no te reconocerá. Sólo querrá atacarte.

Una serie de emociones diferentes pasan por el rostro de su madre. Luego, se decide por el disgusto y libera su brazo. —No tienes forma de saber lo que le pasará a Torben. Es fuerte como un toro. Lo superará.

—No, mamá. No lo hará. Nadie puede superarlo.

—Torben puede —su madre le espeta, acercando su rostro al de Mille—. Lo verás.

Luego pasa justo junto a ella.

Mille se queda allí por un momento, considerando sus opciones.

«Necesito asegurar la puerta».

Mille mira alrededor. Unas puertas más abajo, un carrito con suministros de limpieza está estacionado. Sin embargo, la puerta del camarote se abre hacia adentro, lo que hace imposible

bloquearla desde este lado. Pero la mirada de Mille cae en el rollo de cable de extensión colgando del carrito, y reacciona sin pensar.

Corre hacia el carrito y lo arrastra de regreso a la puerta 55, colocándolo justo contra la puerta. Es lo suficientemente ancho como para no pasar por el umbral. Mille agarra el cable, lo enrolla unas cuantas veces alrededor de la manilla, luego lo asegura firmemente al carrito.

Justo cuando aprieta un nudo firme, oye pasos pesados desde el otro lado, y luego la manilla se gira y alguien tira de la puerta. Sólo se abre media pulgada antes de que el cable tire del carrito contra el marco de la puerta.

—¿Qué demonios...? — se escucha la voz de Torben desde adentro. Otro tirón se ve en la puerta. Luego, la cara de Torben aparece en la rendija, un ojo inyectado en sangre mirando al carrito. Luego, el ojo se fija en Mille, y la mirada se vuelve gélida. —¿Qué diablos crees que estás haciendo? ¿Dónde está tu madre?

—Es importante que te mantengas fuera de contacto con...

—¡Abre esta puerta de inmediato!

La manilla se tira violentamente hacia atrás, tan fuerte que por un momento Mille está segura de que algo cederá.

Pero el cable de extensión aguanta, y también la manilla. El carrito golpea las paredes cuando Torben tira de la manilla de nuevo, aún más fuerte. Aún así, el bloqueo funciona.

Mille está a punto de irse, cuando la puerta del camarote vecino se abre y una mujer asoma la cabeza. —¿Qué está pasando? Estamos tratando de dormir.

Mille ve a la mujer mirando al carrito que sirve como barricada improvisada, y su expresión se oscurece.

—¿Por qué hay alguien encerrado en ese camarote?

Torben tira de la manilla de nuevo, y Mille no tiene idea de qué decirle a la mujer.

Luego, de repente, Iver se pone frente a ella y se dirige a la mujer en voz baja: —Hola, y disculpa la molestia. El pasajero en el camarote 55 está posiblemente infectado y contagioso. Necesitas quedarte dentro de tu propio camarote. Por favor, no le digas a nadie. La situación está siendo atendida.

Mille está asombrada de lo calmado y autoritario que suena Iver, hablando con una autoridad que no había percibido en él antes.

La mujer parece tomarlo muy en serio, porque sus ojos se agrandan inmediatamente. —¿Es... es ese virus del que están hablando?

—No lo sabemos todavía —miente Iver sin pestañear—. Pero no queremos correr riesgos. El doctor verá a la persona muy pronto. Lo mejor que puedes hacer es quedarte dentro de tu camarote hasta nuevo aviso.

La mujer asiente, mira de nuevo al carrito, luego de nuevo a Iver. —Está bien —susurra. Luego cierra la puerta y la tranca.

—Bien hecho —lo elogia Mille, e Iver sonríe brevemente—. Vámonos.

—¡Vuelve aquí! —grita Torben, su voz ya sonando tensa y ronca—. ¡Abre esta puerta! Cuando te ponga las manos encima, jovencita, ¡no te gustará! ¡Te lo juro! Luego, rompe en una tos desagradable.

Mille e Iver están a punto de irse cuando una voz chillona suena desde atrás: —¿Qué diablos estás haciendo?

Mille gira para ver a su madre parada allí, una Coca-Cola en la mano, mirándola boquiabierta, con los ojos muy abiertos de incredulidad.

—¿Te has vuelto completamente loca? Torben está enfermo, necesita atención médica. ¿Y lo estás encerrando? ¿Y quién eres tú? —mirando a Iver—. ¿Le dijiste a la tripulación sobre Torben? ¿Cómo te atreves?

—Torben está infectado, mamá —dice Mille—. No puede tener contacto con nadie. Es sólo cuestión de tiempo antes de que...

Su madre obviamente no está escuchando. Incluso mientras Mille habla, pone la Coca-Cola en el carrito y se dispone a desatar el cable.

Mille le agarra la muñeca con fuerza y la aparta. —¡Deja de hacer eso! —grita, mirándola directamente a los ojos—. ¡Escúchame! Por última vez: ¡no puedes dejarlo salir! Pondrá en peligro a todos en este barco.

—Pero... necesita ayuda... —balbucea su madre, aparentemente sorprendida por la repentina ira de Mille, y como siempre hace cuando no puede intimidar a alguien, recurre a su actitud de niña herida—. Es cruel encerrarlo así...

Torben sigue tosiendo y golpeando la puerta.

—Es demasiado tarde, mamá. Lo siento. De verdad lo siento.

Los labios de su madre comienzan a temblar.

Mille siente una punzada inesperada de simpatía, y extiende la mano para tomar las manos de su madre. —Escúchame, mamá. Voy a ir con Iver a hablar con el capitán ahora. Ellos decidirán qué hacer.

—¿Lo... lo curarán?

Mille niega con la cabeza. —No pueden.

Su madre comienza a llorar.

—Pero... estoy segura de que harán todo lo posible para aliviar su malestar —continúa Mille, ofreciendo lo que probablemente sea una mentira piadosa—. Necesitamos tu ayuda, mamá. ¿Estás escuchando?

Su madre la mira a través de ojos llorosos. —¿Qué?

—Necesitas quedarte aquí y vigilar la puerta. Asegúrate de que nadie pase e intente abrirla. ¿De acuerdo? Es muy importante. —Señala la puerta. Torben ha caído en silencio del otro lado ahora. Mille dice muy firme: —Si esa puerta se abre, muchas personas morirán. ¿Me escuchas?

Mantiene la mirada de su madre, viendo la lucha en su rostro. Luego, asiente con resignación.

—Bien —dice Mille, sonriendo vagamente—. Gracias, mamá. Sabía que podía confiar en ti.

Su madre asiente de nuevo, evitando mirarla a los ojos.

Antes de poder detenerse, pone sus brazos alrededor de su madre y susurra: —Estás siendo muy valiente. Sé lo difícil que es. Perdí a mi mejor amiga hace sólo dos días. Estaba justo allí. Yo... sé cómo se siente.

Se aleja suavemente, y su madre solloza, asiente de nuevo, pero aún no mira a Mille a los ojos. Mille aprieta su brazo y susurra: —Mantente fuerte hasta que vuelva, mamá.

Luego se aleja, haciendo una seña a Iver para que la siga. Le cuesta un esfuerzo no mirar atrás.

NUEVE

—¡Te dije que era una muy mala idea! ¿No te lo dije? —La voz de Malthe es aguda de shock, cortando la música que suena a todo volumen desde los altavoces.

Aksel lo ignora, concentrándose en la carretera y en los muchos obstáculos en forma de personas muertas vivientes tambaleándose de un lado a otro, agarrándose desesperadamente al coche.

—Eres un imbécil, ¡tenías que hacerlo, ¿verdad?! —sigue Malthe, pasándose las manos por el cabello engominado—. ¡Y ahora mírate! ¡Tu mano está hecha mierda!

Se inclina y agarra la muñeca de Aksel.

—¡Suéltame! —gruñe Aksel, manoteando a Malthe, lamentándolo al instante, ya que el movimiento le provoca un dolor en la mano dañada.

—¡Ugh! —chilla Malthe y se aparta—. ¡Me has manchado de sangre, imbécil! Esta es mi mejor camisa.

—Entonces mantén tus jodidas manos para ti mismo —murmura Aksel, parpadeando para quitarse el sudor de los ojos y aferrándose al volante mientras desvía el Mercedes para evitar por poco a una mujer muerta con un pecho fuera de su camiseta sin mangas, y no un mal pecho, nota Aksel en ese momento.

—Oye, ¿viste a esa tía? —gruñe Eli desde el asiento trasero—. ¡Estaba medio desnuda!

—Pensé que estabas inconsciente —comenta Malthe mirando hacia atrás a Eli—. Después de que te bebiste ese último ron, estaba seguro de que estarías fuera toda la noche.

—No, de ninguna manera —dice Eli, levantándose del asiento.

Aksel nota en el espejo retrovisor cómo la cabeza de Eli se balancea de un lado a otro, sus ojos están nadando en sus cuencas. Eructa y se ríe. —Podría tomarme otra cerveza. ¿Tenemos más?

—Creo que ya tuviste suficiente —dice Malthe.

—A la mierda contigo, mamá —sonríe Eli, extendiendo la mano—. ¡Dame una! O empezaré a patear tu asiento.

Malthe se agacha, toma otra lata de la caja y la lanza por encima del hombro. —¡Toma, atrapa! —¡Ouch! ¡Me diste justo en la maldita nariz!

Malthe suelta una carcajada, y Aksel no puede evitar sonreír a pesar del dolor en su mano al ver a Eli en el espejo, frotándose la nariz, mirándola bizqueando, como un maldito personaje de dibujos animados.

—Oye, ¿qué era eso de una mujer desnuda? —pregunta Eli.

—No lo sé, ¡dínoslo tú! —exclama Malthe—. ¡Tú fuiste quien la mencionó!

—Ah, claro. La vi por la ventana. Tenía un pecho fuera.

—‘Un pecho’ —repite Malthe—. ¿Cuántos años tienes, cinco? Se llaman tetas. O melones. O cualquier cosa menos tetas, en serio.

—Yo las llamo como me salga de las tetas —gruñe Eli y abre la lata—. El punto es que estaba fuera.

—¿Estaba muerta?— dice Malte

—¿Eh?

—Te pregunté, ¿estaba muerta?

—No, estaba caminando.— responde Eli

—Eso no significa que no estuviera muerta —dice Malthe sombríamente.

—¿De qué carajos hablas? —pregunta Eli, bebiendo su cerveza y derramando la mitad sobre su camisa—. Oye, ¿dónde estamos?

—En Aarhus, imbécil borracho. ¿Olvidaste? Querías ver zombies de la vida real, así que vinimos aquí.

—¿Todo el camino desde Fredericia? —pregunta Eli sinceramente.

—Sí, y dormiste la mayor parte del viaje. Así que disfruta de la vista, porque nos estamos yendo de nuevo.

Justo entonces, Aksel toma la autopista y acelera. La cantidad de personas muertas disminuye drásticamente, al igual que la cantidad de autos abandonados en la carretera, lo que le permite poner el coche en cuarta y pisar a fondo.

—No, espera —dice Eli, girándose en el asiento para mirar hacia atrás—. ¿Por qué nos vamos ya? ¡Quiero ver más!

—Porque a Aksel lo mordieron —dice Malthe, mirando la mano de Aksel e inmediatamente, como si recordara la seriedad de la situación, su voz se vuelve aguda de nuevo—. Quiso chocar

los cinco con uno de ellos, y lo atrapó como un maldito cocodrilo; casi le arranca la mano de un mordisco.

—¡Mierda santa! —exclama Eli—. ¿Es cierto, Axe?

—Está exagerando —murmura Aksel, levantando su mano derecha para que Eli la vea—. Se ve peor de lo que es.

En realidad, no es así; se ve exactamente tan mal como una herida de mordedura en la mano, puede verse. Hay un corte profundo y con bordes irregulares entre su dedo medio y el anular, haciendo que parezca que alguien intentó partir su mano en dos. Sus primeros tres dedos están relativamente intactos, pero los otros dos se llevaron la peor parte: los dientes del zombie pelaron la piel hasta el hueso en el dedo anular, y la uña del meñique está completamente ausente.

—¡Mierda santa! —repite Eli—. Parece que la metiste en una maldita licuadora.

—Ni siquiera duele —se encoge de hombros Aksel, colocando la mano de nuevo en el volante. Ya está pegajoso de sangre, y algo de ella ha goteado en el asiento. ¿Qué importa a este punto de todos modos? Su padre va a hervirlo vivo por tomar el coche sin permiso, por no mencionar conducirlo borracho.

—Vas a morir —dice Eli, mirándolo con los ojos muy abiertos—. Vas a convertirte en un zombie.

—Cállate la puta boca —dice Aksel.

—¡Es verdad! —grita Eli—. ¿No jugaste *Dying Light*? Vas a morir y despertarás de nuevo. Así es como funciona. Una vez que te muerden, no hay forma de salvarte.

—Excepto cortándote la mano —comenta Malthe.

Aksel lo mira de reojo. —Jódete.

—Lo digo en serio —dice Malthe, enviándole su mirada más sincera—. Creo que deberíamos hacerlo.

—Creo que deberías chupártela tú mismo.

Eli suelta una carcajada. —¡Ojalá pudiera!

—¿No podré tocar la batería con una puta mano, verdad? —dice Aksel, mirando a Malthe.

—A la mierda eso, ¿no preferirías vivir? —dice Malthe, levantando los brazos—. Hay cosas más importantes en la vida que tocar música, ¿sabes?

—Para mí no las hay.

—Tengo que estar de acuerdo con Axe en esta —dice Eli—. No sabría qué carajo hacer con mi vida si disolvemos la banda.

—Están locos —dice Malthe, sacudiendo la cabeza—. Dejaría la banda en un minuto si significara que puedo vivir.

Aksel sacude la cabeza, volviendo a poner su atención en la carretera. Se da cuenta de que están muy por encima del límite de velocidad, el motor del Mercedes trabajando como una bestia. Levanta un poco el pie del acelerador.

Un pensamiento sorprendentemente sobrio le atraviesa la mente. «Si no hubieran estado todos borrachos, la situación sería completamente diferente. Si no se hubiera bebido todas esas Carlsbergs y casi tantas dosis, estaría aterrorizado ahora mismo. Se estaría maldiciendo por sacar la mano por la ventana. Por incluso venir aquí. Por salir a beber con sus amigos en primer lugar, cuando todos estaban hablando de quedarse en casa, quedarse adentro, mantenerse seguros».

«Pero no, tenía que hacerse el imbécil, ¿no? Después de todo, él fue quien quiso venir. Convenció a Eli, quien a su vez convenció a Malthe». Y entonces salieron, comprando alcohol en el supermercado local, donde prácticamente todo lo demás había sido arrasado de los estantes, incluidos los hisopos de algodón y los pañales para bebés.

—¿Qué... qué va a pasar? —pregunta Malthe, mirando a Aksel y sonando casi sobrio ahora—. Cuando mueras, quiero decir. No puedes conducir el coche cuando mueras. Tienes que dejar que uno de nosotros se haga cargo.

—De ninguna manera —dice Aksel, sacudiendo la cabeza—. Es el coche de mi padre. Nadie más que yo lo conduce.

—Pero vamos a estrellarnos.

—No, no lo haremos, porque no voy a morir.

—Pareces pálido.

—Y tú pareces feo.

—También estás sudando como un cerdo.

—¿Ahora eres un maldito doctor? ¿Por qué no vas y me tomas la temperatura, maricón?

Incluso mientras habla, Aksel se da cuenta de que Malthe tiene razón; está sudando profusamente, su cabello está pegado a las sienes, gotas corriendo por su espalda. Sus manos también están temblando. Y su visión empieza a volverse borrosa en los bordes.

—Sólo necesito concentrarme —murmura, sin ser realmente consciente de que está hablando en voz alta.

La jodió. Completamente. Lo sabe, incluso en su estado de ebriedad. Alguna parte más profunda de él está aterrorizada. Sabe lo que pasa una vez que te muerde un zombie. Y sabe que

esas cosas en Aarhus eran probablemente zombies, aunque los medios las llaman “personas enfermas” y “víctimas del virus” y otros términos de mierda para mantener la calma.

—Está bien —susurra debajo de su aliento, que ahora se ha vuelto un poco entrecortado, se siente como una espuma caliente en las comisuras de su boca—. Estaré bien. Sólo necesito matar los gérmenes.

—¿Qué? —pregunta Malthe—. ¿Me estás hablando?

—Dame tu encendedor —dice Aksel, girando al carril de emergencia y frenando bruscamente.

—Woah —exclama Eli al ser lanzado hacia adelante, casi volando sobre la palanca de cambios—. ¿Qué pasa con la conducción, hombre?

—Saca la botella de absenta del maletero —dice Aksel cuando el coche se detiene.

—¡De puta madre! —dice Eli, inclinándose sobre el asiento trasero—. ¡Ahora sí que estamos hablando!

Aksel se desabrocha el cinturón y mira a Malthe. —¿Y dónde está ese encendedor?

Malthe está buscando en sus bolsillos. —No lo sé, hombre, lo tenía hace un minuto. Espera, aquí está. —Le entrega a Aksel un paquete de cigarrillos.

Aksel saca el encendedor y le devuelve el paquete a Malthe. —Sólo pedí el encendedor.

—¿Qué, pensaba que querías fumar?

—¡La absenta, Eli! ¡Apúrate!

—Aguanta, tío —dice Eli. Está colgando del asiento, hurgando en las bolsas del maletero, las botellas se escuchan tintineando—. Hay mucho alcohol aquí atrás. Absenta... esa es la verde, ¿verdad?

—Sí.

Aksel nota que Malthe lo observa.

—¿No crees que ya has tenido suficiente? —pregunta.

—No voy a beberla —dice Aksel, apretando los dientes mientras una punzada de dolor le sube por el brazo. Es tan intensa que el alcohol en su sistema sólo puede amortiguarla.

Malthe mira el encendedor que Aksel gira en su mano buena, chasqueándolo y produciendo chispas.

—Espera... ¿vas a prender algo en fuego?

—Diez puntos para el Einstein de aquí —dice Aksel, justo cuando Eli suelta: —¡Aquí está!

Le entrega la pequeña botella de líquido verde a Aksel, que coloca el encendedor entre sus dientes, toma la absenta y abre la puerta.

—Oye, ¿a dónde vas? —grita Eli.

Aksel no responde. Su enfoque está en la tarea en cuestión. Vio una película de guerra una vez, donde limpiaban una herida de bala sucia así. Sabe que funcionará; el fuego matará cualquier germen o infección. También sabe que dolerá como el infierno.

Desenrosca la absenta, cuidando de no usar su mano mala, sino sujetando la botella con la axila. Deja caer el tapón y pone la botella en sus labios, bebiendo tres grandes sorbos. El alcohol quema como si ya estuviera en llamas, causando un dolor punzante en su garganta y en el interior de su pecho.

—¡Wooh! —aúlla Eli, colgando a medio salir por la ventana del coche—. ¡Ahora sí que estamos hablando! ¡Tío, eres un animal! ¡Voy yo después!

—No, imbécil, te matarás —objeta Malthé—. ¡Y quédate en el coche, joder! Aksel está a punto de hacer una estupidez.

—Seguro que sí —sonríe Aksel, parpadeando para quitarse las lágrimas de los ojos, tratando de enfocar su mirada en la mano mala. La mayoría de la sangre ya se ha secado, pero todavía salen nuevos hilillos rojos. Respira hondo, luego vierte la absenta sobre su mano.

El dolor es sorprendentemente leve, considerando cómo en las películas siempre gritan cuando desinfectan sus heridas. Quema, por supuesto, pero no peor de lo que la absenta hizo con sus intestinos hace un segundo.

—¿Por qué estás vertiendo el alcohol? —suelta Eli, colgando de la ventana, tratando de liberarse de Malthé, que lo ha atrapado por el cinturón.

Aksel pone la botella en el suelo y toma el encendedor. —Bien, aquí vamos —gruñe. Y antes de darse tiempo para pensar, lo enciende.

La llama es azul y delgada e instantánea. Hermosa, en realidad. Lame hasta su codo, mordisqueando la manga de su camiseta. Aksel sólo la observa por un momento; puede ver cómo el pelo de su brazo se riza y se derrite.

Luego viene el dolor.

Esta vez, es tan malo como esperas al prenderte fuego, ahogando inmediatamente el dolor de la herida.

Y es entonces cuando Aksel se da cuenta de que no pensó bien el plan, no tiene un plan de cómo apagar el fuego de nuevo. Esperaba que simplemente diera una ráfaga rápida e intensa y luego se extinguiera solo. Pero su mano sigue ardiendo, y con su siguiente aliento, puede oler su propia piel quemándose.

—¡Mierda, mierda, mierda! —grita, comenzando a agitar el brazo. No hace nada para apagar el fuego, solo provoca un sonido, como si alguien estuviera ondeando una bandera violentamente.

Y una cascada de chispas diminutas y ardientes vuelan en todas direcciones, algunas de ellas aterrizando en el coche, una de ellas atrapando a Aksel justo debajo del ojo. Grita al quedar cegado, instintivamente llevándose ambas manos a la cara.

Es cuando el mal plan se convierte en uno mortal.

En algún lugar cercano, puede oír a alguien (parece Eli) gritando. Pero no puede distinguir las palabras. El mundo se ahoga en fuego y dolor, mientras se unta en absenta ardiente, incendiándose más y más.

DIEZ

Josefine nunca ha estado en un helicóptero antes. Por otro lado, nunca había visto morir a un ser querido, así que volar en un helicóptero no será lo más loco que ha hecho hoy.

Es uno de esos helicópteros médicos amarillos que ha visto volar por la ciudad de vez en cuando. Su primera impresión es que parece increíblemente apretado, las paredes están llenas de equipo médico y el techo no es lo suficientemente alto para que una persona adulta se ponga de pie.

El otro paciente ya está cargado, una mujer, y bastante grande; Josefine la reconoce como Bodil, una anciana encantadora y jovial con una risa resonante y una nariz chata. Todo sobre Bodil ha desaparecido, por supuesto, excepto por la nariz chata.

Hay algo extraño en la forma en que está acostada, sin embargo. Su brazo derecho parece estar demasiado bajo, torciendo su torso en un ángulo incómodo. Pero tal vez sea sólo por cómo se retuerce para liberarse de las correas.

Los hombres aseguran la otra camilla frente a la de Bodil, justo cuando la cosa que era el padre de Josefine comienza a moverse más frenéticamente otra vez, levantando la cabeza, chasqueando los dientes y tratando de sentarse.

Los dos pacientes no parecen notarse entre sí, ambos están sólo preocupados por liberarse y alcanzar a la persona viva más cercana, que en este momento es el hombre con el traje protector, que se ha colocado en el asiento junto a Josefine.

La forma en que las dos camillas están colocadas en paralelo deja sólo un estrecho pasillo entre ellas.

El hombre a su lado se ha quitado la máscara y ha desabrochado el traje lo suficiente para liberar sus brazos y hombros.

Para sorpresa de Josefine, tiene al menos diez años menos de lo que pensaba, aunque luce patillas grises y una semana de barba. También es mucho más guapo.

—Supongo que sólo seremos tú y yo, entonces —dice, guardando su radio—. Uno de mis colegas se suponía que nos acompañaría, pero acaba de rasguñarse.

—Oh. Lamento escuchar eso.

—No importa, era un idiota de todos modos.

Josefine lo mira sorprendida.

Él suspira y se frota la cara. —Lo siento. Han sido un par de días realmente difíciles. He visto morir a tanta gente que no lo creerías.

—¿Todo listo aquí atrás? —grita una voz ronca desde la puerta abierta, haciendo que Josefine salte.

Un tipo musculoso con casco y auriculares los mira. Lleva una camiseta blanca ajustada y gafas de sol de aviador grises. Y como si los clichés no fueran obvios, también está masticando ruidosamente un chicle.

—Creo que estamos listos para ir —dice el hombre junto a Josefine.

—¿Y los pacientes? —pregunta el piloto, señalando las camillas—. ¿Están bien asegurados?

—Lo revisamos dos veces.

—¿Seguro? No me gustaría que pasara nada mientras estemos en el aire.

—Creo que estamos bien.

—Genial. Bueno, vamos a elevarnos, entonces. —El piloto les sonríe, golpea su palma contra el exterior del helicóptero dos veces, luego cierra la puerta y sube al frente.

—Será bastante ruidoso —dice el hombre a Josefine, señalando sobre su cabeza—. Puedes ponerte esos si quieres.

Josefine gira la cabeza y ve un par de orejeras colgando de un gancho.

—Ni siquiera capté tu nombre —continúa él, asegurando su cinturón de seguridad—. El mío es Michael.

—Josefine. Un placer conocerte. —Sin pensarlo, le ofrece la mano.

Él la mira, luego la mira a ella. —Será mejor que no. El virus, ya sabes.

—Oh. Lo siento. —Retira la mano, sintiéndose estúpida.

—No lo sientas. Sólo acostúmbrate. Todos estaremos practicando el distanciamiento social en el futuro previsible.

—Pensé que dijeron que sólo se transmite a través de la sangre.

—Así parece ahora, sí, pero no podemos saberlo con certeza. También existe la posibilidad de que estemos lidiando con más de una cosa, así que más vale prevenir que lamentar.

—¿Más de un virus?

—Sí, o más bien, varias cepas del mismo virus. Podría haber mutado ya.

—Entiendo.

El piloto dice algo por la radio, luego comienza a navegar los instrumentos con movimientos practicados. Un profundo estruendo se escucha cuando el motor arranca, luego un sonido aleteante crece más fuerte y más rápido.

Michael se pone un par de orejeras. Luego, se inclina y activa un interruptor en el par de Josefine, y el sonido cambia ligeramente.

—¿Puedes oírme? —pregunta, su voz sonando en sus oídos, ligeramente retrasada en comparación con el movimiento de sus labios.

Josefine asiente. —Puedo.

—Bien. Entonces no necesitamos gritar.

El sonido de los rotores ha aumentado a un rugido ensordecedor, y de repente, Josefine siente un tirón en el estómago cuando el helicóptero despegue.

Observa por la ventana cómo el estacionamiento se aleja de ellos, luego ve el techo del hogar de ancianos, el césped detrás del edificio, la calle y la siguiente calle, más edificios, y pronto tiene una vista clara de toda la ciudad.

Su madre probablemente ya ha salido de camino a casa. El pensamiento de su madre conduciendo sola hace que Josefine se sienta triste.

Lo único bueno del ruido del helicóptero es que no puede oír los gemidos de ninguno de los dos cuerpos retorciéndose en las camillas frente a ella.

Mira a Bodil y nuevamente nota algo extraño en la forma en que está acostada; el brazo derecho parece que no se mueve correctamente, y Bodil se ha empujado hacia un lado, casi girándose sobre la camilla, si no fuera por las correas, claro.

—¿Qué pasa con su brazo? —pregunta Josefine, señalando a Bodil.

Michael mira a Bodil, luego a Josefine. —Creo que está dislocado. Me dijeron que tuvieron dificultades para ponerla en la camilla. Era muy pesada y se volcó.

—Oh. ¿Estaba...?

—¿Muerta cuando sucedió? Sí, no te preocupes. No sintió nada.

—¿Y ahora? —Josefine mira hacia la cosa que solía ser su padre—. ¿Sienten dolor?

—Realmente no hay forma de saberlo. Pero por la forma en que se comportan, diría que no. No reaccionan en lo más mínimo a cosas que causarían dolor.

—Supongo que eso es algo bueno.

Él se encoge de hombros y mira por la ventana.

Josefine hace lo mismo, sorprendida de lo lejos que han viajado ya; la ciudad ha desaparecido y todo lo que puede ver ahora son campos abiertos, amarillos y verdes bajo el sol abrasador.

Mira a Michael una vez más. —¿Conocías a alguno de ellos?

Él asiente hacia las camillas. —¿A alguno de ellos?

—No, a los que viste morir.

—Oh. No, todos eran pacientes. —Él la mira de reojo—. Estoy seguro de que es diferente cuando son tu familia...

—En realidad estoy sorprendentemente bien con ello.

Michael levanta una ceja. —¿En serio?

Ella asiente y se encoge de hombros. —Lo he visto desaparecer lentamente durante años. Es como si mi cerebro se hubiera acostumbrado a ver su cuerpo sin él dentro.

—Oh, eso es cierto, tenía Alzheimer, ¿no?

Ella asiente nuevamente.

—Interesante.

Ella lo mira, y su expresión cambia.

—No quiero parecer insensible. Es Sólo que examinar a un paciente con demencia severa podría enseñarnos algo nuevo.

—Bueno, espero que pueda ser de alguna ayuda. ¿Están cerca de encontrar una cura?

—No que yo sepa.

—¿Cómo puede una persona con Alzheimer decirte algo sobre un virus entonces?

—Es un poco técnico de explicar.

—Inténtalo, estudié biología en la universidad.

Lo dice como una broma, pero Michael no parece captarlo. Se inclina hacia adelante.

—Sea lo que sea esto, está claro que está afectando al cerebro. Todos los demás órganos vitales parecen apagarse una vez que el paciente alcanza la etapa final. De hecho, comienzan a decaer, al igual que el resto del cuerpo. La sangre se coagula más o menos, los músculos se atrofian, los huesos incluso se vuelven frágiles. Por eso tienen dificultades para moverse normalmente; a todos los efectos, son cadáveres caminando.

Josefine siente un escalofrío involuntario.

Michael está demasiado ocupado hablando para notarlo. —Por alguna razón desconocida, el virus es capaz de secuestrar la corteza motora y mantenerla funcionando incluso después de que todo lo demás ha dejado de funcionar. Por eso no tiene ningún efecto cuando la policía usa balas de goma y gases lacrimógenos para intentar pacificarlos. La única cosa que detiene a una persona infectada es dañar el cerebro o desconectarlo del resto del sistema nervioso.

Josefine se estremece. —¿Te refieres, como... decapitándolos? ¡Eso es brutal! ¿Alguien ha hecho eso?

Michael le envía una mirada sombría. —He oído algunas historias bastante espeluznantes. La gente se vuelve muy creativa cuando intenta sobrevivir. Un tipo vio a su vecino usar una raqueta de tenis para...

—Creo que puedo prescindir de los detalles.

—Lo entiendo. Lo que intento decir es que no necesita ser tan brutal. —Lleva dos dedos suavemente a la base de su cuello—. ¿Sientes esto? El punto blando justo en la base del cráneo. Ahí es donde la conexión con el cerebro es más vulnerable. Un corte de medio centímetro probablemente sería suficiente.

Vuelve a quitar la mano y Josefine se toma un segundo para sacar esa imagen horrible de su mente. Luego, pregunta: —¿Qué opinas sobre la eutanasia?

Él le da una mirada curiosa. —Soy médico. Mi trabajo es mantener a la gente viva.

—Lo sé, pero... ¿no crees que estas personas ya están muertas?

—Clínicamente, sí. Pero tal vez necesitemos redefinir el término.

—Está bien, pero si asumimos que están muertos y que este virus los mantiene artificialmente vivos, ¿no crees que llega un punto en que la muerte es lo más misericordioso?

—¿Misericordioso para quién?

Josefine frunce el ceño y señala hacia la camilla. —La persona que sufre, por supuesto. Quiero decir, si no hay cura...

—Siempre me he opuesto a la idea de la muerte como la salida fácil —dice Michael—. Pero esto es diferente. Aquí, podríamos necesitar hacerlo, para evitar que el virus se propague más.

Josefine lo considera por un momento. —Creo que aún podría justificarse. Ya sabes, por el bien común.

—El problema es que no lo haríamos para aliviar su dolor, sino para salvarnos el pellejo. Además, estarías hablando de un asesinato en masa organizado. La cifra que escuché esta mañana sugiere que casi un millón de personas están ahora infectadas. Para mañana, probablemente será el triple. Y una vez que realmente llegue a la Europa continental, crecerá

exponencialmente. En una semana, tendríamos que orquestar un genocidio que hasta los nazis envidiarían.

Josefine traga saliva, luego se aclara la garganta. —Pero si están... básicamente pudriéndose, ¿no dejarán de moverse y morirán de verdad?

Michael se encoge de hombros. —Es demasiado pronto para saberlo. Hasta ahora, no hay signos de que ninguno de ellos se esté muriendo, incluso en los primeros pacientes que hemos retenido. El cuerpo humano es una máquina resistente; se necesitan semanas para que se descomponga por completo, incluso después de que los sistemas respiratorio y circulatorio han dejado de funcionar. —Mira los dos cuerpos, y Josefine puede decir por la forma en que se mueve su mejilla que está apretando los dientes—. No creo que esperar a que los infectados mueran sea una opción viable. Al igual que eliminar a tantas personas no será posible, incluso si quisiéramos. —Sacude la cabeza lentamente—. No, te lo digo: una vacuna es nuestra única esperanza. Si no encontramos una muy pronto, no habrá un final feliz para la humanidad.

ONCE

Mille e Iver entran al ascensor, e Iver pasa una tarjeta que cuelga de su cadera y luego presiona un botón. El ascensor comienza a moverse hacia arriba.

—¿Crees que tu mamá lo dejará salir? —pregunta Iver.

—No —responde Mille.

—¿Estás segura?

—Sí. Pude notar que entiende el peligro.

Iver no dice nada, pero sigue mirando a Mille de reojo.

Ella lo mira de vuelta—. ¿Qué?

—Es sólo que... no me sentí bien dejándola a ella para que vigilara la puerta.

—Mira, ella es una cobarde, pero no arriesgaría la vida de otras personas —dice Mille, sintiéndose de repente e inesperadamente protectora de su madre.

—Entonces, ¿no crees que podría ceder si él empieza a hablarle a través de la puerta?

—No. Confío en ella.

Mille escucha la mentira en su voz incluso mientras pronuncia las palabras. E Iver también la escucha, aparentemente, porque la mira hasta que el ascensor se detiene. Mille se esfuerza por no mirar atrás. Cree que su madre no abrirá la puerta. No, necesita creerlo. Necesita creer que su madre es capaz de hacer algo desinteresado por una vez. Sólo esta vez. Que no es una narcisista completa y egoísta.

Ella lanza una mirada a Iver y quiere decir algo, para decirle que siente haberle gritado. Pero no sabe cómo, y luego las puertas se abren y salen a un pasillo más amplio que termina en un par de puertas dobles.

Iver llama a la puerta dos veces y la abre sin esperar una invitación, haciendo un gesto a Mille para que lo siga.

La habitación debe ser la cabina del ferry, (si esa es la palabra correcta, Mille no tiene idea) y es impresionantemente grande. En el centro hay un gran escritorio de control con todo tipo de pantallas y botones, y en tres lados hay ventanas altas que muestran el mar abierto y el cielo amaneciendo arriba.

Solo hay dos personas en la habitación, ambas masculinas, ambas vestidas con uniformes blancos y corbatas. Uno está sentado junto al escritorio, bebiendo de una taza de café; el otro está de pie a un lado, mirando su teléfono. El tipo del escritorio es joven y corpulento, el tipo que revisa su teléfono es mayor y tiene una barba gris bien recortada.

—Maldita sea —dice el tipo mayor—. Me sigue diciendo que la aplicación ya está en funcionamiento, pero no se abre.

—Hola, Iver —dice el hombre corpulento, levantando su taza como saludo—. ¿Encontraste una amiga que quiere ver?

—¿Podrías ayudarme aquí, Frederik? —dice el hombre mayor con un gruñido de molestia, todavía mirando su teléfono—. Nunca entenderé esta tonta tecnología.

—Capitán —dice Iver, girándose hacia el hombre mayor—. Me temo que tenemos un problema serio.

El hombre lo mira por encima de sus gafas sin montura—. ¿Sí?

Iver respira hondo—. Creo... creemos... que hay una persona a bordo que está infectada con el virus de la rabia.

El tipo con el café se pone de pie, casi derramando café sobre su camisa.

El hombre mayor no mueve un músculo; sólo sostiene la mirada de Iver—. Eso no es posible. Revisamos a cada uno de los pasajeros antes de embarcar.

—No me revisaron a mí —suelta Mille.

Ambos hombres la miran, y siente un impulso de retroceder, pero no lo hace.

—Discúlpame por decir esto, jovencita —dice el capitán con una voz aún tranquila—, pero no pareces enferma para mí.

—No soy yo.

—No es ella.

Mille e Iver hablan al mismo tiempo.

—Es su padrastro —continúa Iver—. Está encerrado en la cabina B55.

El tipo con el café mira de Iver al capitán y de vuelta.

El capitán finalmente se mueve. Mira hacia su teléfono nuevamente, y por un momento, parece que simplemente va a continuar haciendo lo que estaba haciendo antes de que llegaran. Pero

guarda el teléfono después de apagar cuidadosamente la pantalla. Luego se quita las gafas de lectura, las pliega y las coloca en su bolsillo del pecho. Se acerca, colocando las manos casualmente en las caderas. Es mayor de lo que Mille pensaba, cerca de setenta, probablemente.

Sonríe un poco cuando la mira—. ¿Cuál es tu nombre, jovencita?

—Mille Klitgaard.

—Soy Carsten Sorensen, soy el capitán de este barco. Este de aquí es Frederik, mi segundo oficial. Entonces, ¿qué les hace pensar a los dos que el padrastro de Mille, ¿es padrastro?, está sufriendo el famoso virus?

Iver mira a Mille.

—Fue arañado por otra persona infectada —dice Mille—. Lo vi suceder. Tiene un desgarró en la piel justo aquí —toca su clavícula—. Ya tiene fiebre. Será cuestión de quince a veinte minutos como máximo antes de que muera y... quiero decir, antes de que se vuelva contagioso.

Mille se da cuenta en el último segundo de que explicar al capitán cómo funcionan realmente las cosas con los infectados probablemente no sea lo correcto.

—Retroceda un minuto, por favor —dice el capitán, agitando la mano—. ¿Dónde exactamente sucedió esto? ¿Dónde se arañó tu padrastro?

—En Frederikshavn.

—No hay personas infectadas en Frederikshavn. Verificamos con las autoridades menos de una hora antes de zarpar. No nos habrían dejado salir si la infección hubiera llegado a Frederikshavn.

—Bueno, ha llegado —dice Mille claramente.

El capitán mueve la mandíbula en un gesto de pensamiento peculiar, luego mira al segundo oficial—. Llama. Pregunta si ha habido informes de personas infectadas en Frederikshavn desde que salimos.

El segundo oficial deja su café y se dirige a otro escritorio más pequeño junto a las ventanas.

—Entonces, por favor, continúa —anima el capitán a Mille—. Una vez que subieron a bordo, ¿qué pasó?

—No me di cuenta de que estaba infectado hasta que ya estábamos en el barco —continúa Mille—. Cuando lo hice, intenté convencer a mi madre de que necesitábamos tomarlo en serio, pero... realmente no me creyó. Luego encontré a Iver y se lo expliqué. Después de eso, volví y encerré a mi padrastro en su cabina.

El capitán levanta una ceja blanca y espesa—. ¿Lo encerraste en la cabina? ¿Cómo lograste eso?

—Bloquéé la puerta usando un carrito de limpieza y un cable de extensión.

—Eso es muy ingenioso de tu parte —dice el capitán, con un tono de condescendencia—. ¿Tu padrastro intentó salir?

—Sí. No pudo.

—¿Está solo en la cabina?

—Sí.

—Mencionaste a tu madre, ¿dónde está ella ahora?

—Afuera de la cabina. Vigilando la puerta.

—¿Y eran sólo ustedes tres los que subieron juntos?

—Sí.

—¿Alguien más ha estado en contacto cercano con tu padrastro?

Mille piensa por un momento—. No.

—¿Pero tú y tu madre sí?

—Sí.

—Hmmm.

Él la mira con algo que Mille no puede descifrar. Está a punto de decir algo más cuando el segundo oficial regresa y lo interrumpe—. Dijeron que apenas están comenzando a recibir llamadas sobre personas siendo atacadas en Frederikshavn también.

—Maldita sea —dice el capitán, con el mismo tono de voz que usó hace cinco minutos cuando no pudo hacer que su teléfono funcionara—. Supongo que eso lo confirma, entonces. Tenemos que tratar esto como un posible brote del virus a bordo del barco.

Mille siente un profundo alivio en su vientre.

—¿Qué... qué hacemos? —pregunta el segundo oficial con voz ronca, mirando al capitán como un niño pequeño mira a su padre.

El capitán gira la cabeza y mira por las ventanas por un momento, como si la respuesta estuviera allá afuera entre las olas. Luego respira profundamente por la nariz y comienza a hablar.

—Necesitamos llevar a la persona infectada a un aislamiento adecuado. Envíen personal médico para trasladarlo a la UCI, luego asegúrense de que confirmen que es el virus. Asegúrense de que entiendan la situación y tomen las precauciones necesarias. Hasta que sepamos con certeza que este es de hecho el virus, no mencionamos esa palabra a nadie que no necesite saberlo. Lo último que queremos es que se propague el pánico.

—Sí, señor —dice el segundo oficial, alcanzando su teléfono y llamando a alguien.

—Yo... no creo que sea prudente —dice Mille, frunciendo el ceño—. Enviar a alguien a moverlo. No deberías permitir que nadie se acerque a él...

El capitán no escucha; está ocupado navegando algo en el panel de control.

—Por favor escúcheme —dice Mille, dando un paso adelante, alzando la voz—. No envíen a los médicos a revisar a mi padraastro; ya es demasiado tarde de todos modos.

—Dejaremos que los profesionales médicos decidan eso —dice el capitán sin mirarla—. Por favor, hazte a un lado.

Mille se aparta de su camino mientras él camina rápidamente hacia otro escritorio.

—Están en camino —informa el segundo oficial, guardando su teléfono.

—Bien —dice el capitán—. Ahora, por favor, cierra ambas puertas de la cabina, Frederik.

Iver frunce el ceño—. Disculpe, ¿pero por qué cerraría las puertas?

—Porque los cuatro estamos en cuarentena desde hace cinco minutos.

El segundo oficial, que se dirigía hacia la puerta por la que Mille e Iver entraron, ahora se detiene y se da la vuelta—. ¿Q-qué?

—Me escuchaste —dice el capitán, aún con una voz tranquila, pero con un tono que no invita a réplicas—. Estos dos jóvenes podrían haber traído el virus aquí con ellos, y todos podríamos estar infectados ahora.

—No —dice Mille, sacudiendo la cabeza—. No, así no es como funciona.

—Lo siento —dice el capitán, volviéndose de ella—, pero estoy obligado a seguir las pautas establecidas por las autoridades.

—Escuche, está perdiendo completamente el punto. Esta no es la forma correcta de manejar esto...

—Frederik, las puertas.

Antes de que Mille pueda pensar, se adelanta y se coloca frente al segundo oficial, cortándolo. Él retrocede como si ella fuera una leprosa.

—¡Escúcheme! —exige Mille, casi gritando—. Sé más sobre esto que las malditas autoridades, se lo garantizo. ¡He visto cómo sucede esto más de una vez!

Los tres la miran.

Mille se da cuenta de que no hay otra forma que romper la palabra Z al capitán. Así que se dirige a él—. ¿Has oído hablar de los zombies?

Frunce el ceño—. ¿Zombies?

—Sí.

Sacude la cabeza—. No puedo decir que haya oído.

—Yo sí —dice el segundo oficial, levantando la mano como en un gesto escolar—. Son personas muertas que vuelven para comerse a los vivos.

—Eso es correcto —asiente Mille.

—Vamos —dice el capitán con ese tono condescendiente que empieza a irritar a Mille—. No puedes esperar que crea...

—No espero que creas nada —lo interrumpe Mille—. Porque no has visto lo que yo he visto --.Mille se da cuenta de que sus labios están temblando, y respira hondo para calmarse.

—Hasta donde yo sé —dice el capitán con calma—, aún no ha muerto una sola persona por el virus de la rabia.

—Eso es una mierda —dice Mille claramente—. ¿Has oído hablar del autobús escolar que fue atacado anteayer?

El segundo oficial asiente enfáticamente. El capitán da una sola inclinación de cabeza.

—Bueno, yo estaba en ese autobús. Y soy la única que sigue viva. Vi morir a la mayoría de mis compañeros. Uno de ellos justo frente a mí —Mille ve de repente la cara de Mads pasar por su mente y parpadea aturdida mientras sigue hablando—. Dejé de respirar. Su corazón dejó de latir. Estaba muerto. Si alguna vez has estado cerca de una persona muerta, sabes sin lugar a dudas que están muertos. Y se quedó así tal vez un minuto. Quizás dos. Es difícil de decir. Luego, volvió a despertar. Pero no es que volviera a la vida. Seguía muerto. Sólo que, de alguna manera, era capaz de moverse. Atacó a mi amiga y la mató casi al instante. Ella se desangró en cuestión de minutos. Luego ella también se despertó. Comenzó a perseguir a otras personas vivas, estoy segura. Para entonces, yo estaba inconsciente. Alguien más vino justo a tiempo y me salvó.

Hace una pausa, se calma y mira al capitán directamente a los ojos.

—No sé si ‘zombies’ es el término correcto para las personas infectadas, pero creo que se acerca bastante. Una vez que estás infectado, se acabó. Estarás muerto en minutos. No se puede tratar; no se puede curar. Si no manejamos esto correctamente, todos en este barco morirán.

El capitán la mira durante un par de segundos. Luego, se aclara la garganta—. Te aseguro que lo estoy tomando muy en serio —dice, con una nota de insulto en su voz ahora—. Este es mi barco, y los tres mil doscientos pasajeros son mi responsabilidad.

—Genial, entonces asegúrate de que bajen del barco vivos.

Cruza los brazos—. Ya que eres una experta en el tema, ¿cómo sugieres que lo haga?

—Primero, no envíes a nadie a ver a mi padrastro, y ciertamente no lo muevas. No importa cuán cautelosos sean, es demasiado peligroso. En segundo lugar, asegúrate de que no haya forma de que salga de esa cabina. Sella la puerta adecuadamente y pon a alguien con armas para que la

vigile. Luego da la vuelta al barco y deja que el resto de los pasajeros desembarquen en algún lugar seguro.

—¿Y dónde sería eso? Frederikshavn ahora está infectado, y también lo están los otros puertos principales. Incluso si quisiera, no podría obtener permiso para desembarcar en ningún lugar. Las autoridades simplemente no lo permitirían...

—¡Entonces no se lo digas a las autoridades! Todos estos pasajeros merecen la oportunidad de bajar del barco, y no estar atrapados aquí esperando ser devorados vivos.

El capitán respira hondo. Luego da un paso hacia Mille. No es un gesto agresivo, pero aun así Mille retrocede un poco.

—Entiendo que has pasado por cosas terribles —dice, tomando de repente un tono paternal—. Y aprecio que intentes ayudar. Pero hay protocolos. Y estoy obligado a seguirlos. Fin de la discusión —se vuelve hacia el segundo oficial—. Ahora, cierra esas puertas, Frederik.

El segundo oficial lanza una breve mirada a Mille, luego asiente y se dirige a la puerta. El capitán se vuelve hacia el escritorio y toma la radio.

Mille se queda allí por un momento, con la terrible realización de que no importa lo que diga, el capitán nunca va a escuchar. Que Charlotte tenía razón. Que fue un error venir aquí.

Iver se inclina hacia ella y susurra—. ¿Por qué es tan malo estar en cuarentena aquí? Quiero decir, al menos estaremos a salvo.

—No estaremos a salvo, estaremos atrapados —murmura Mille, volviéndose para buscar otra salida— el capitán dijo que había dos puertas. La ve al final. Tiene un letrero de SALIDA DE EMERGENCIA.

Mille mira al segundo oficial, que está ocupado cerrando la primera puerta. Luego al capitán, que ahora está hablando por la radio.

—Este es el Capitán Sorenson del Stena Danica. Acabamos de salir de Frederikshavn, pero estamos deteniéndonos en nuestra posición actual en cincuenta y siete punto cinco tres tres y diez punto siete ocho seis debido a un posible contagio a bordo del barco...

—¡Capitán! —suelta de repente el segundo oficial. Está sosteniendo un teléfono en la oreja y mira al capitán con los ojos muy abiertos—. Encontraron la cabina B55 vacía... la puerta ha sido abierta...

Mille siente una sensación de hundimiento que le llega hasta los pies.

—Maldita sea —dice el capitán, bajando la radio—. Diles que encuentren a la persona infectada lo antes posible. Y pon un mensaje en los altavoces, diciendo a todos que se queden en sus cabinas...

Mille decide en ese momento salir corriendo. Se da la vuelta y agarra la muñeca de Iver, tirando de él.

Él está demasiado aturdido para resistirse.

Abre la puerta de salida de emergencia, y sale de la cabina sin que el capitán ni el segundo oficial se den cuenta.

DOCE

Malthe está tratando de concentrarse. Tratando de despejar su mente del zumbido difuso. Pero es difícil luchar contra los efectos de una docena de *Jägerbombs*. Parte de él entiende la horrenda seriedad de la situación: Aksel se mordió a sí mismo y probablemente está infectado con ese asqueroso virus zombie. Su amigo probablemente va a morir, y esterilizar la herida con fuego probablemente no hará nada para salvarlo. Sin embargo, otra parte de Malthe encuentra todo perfectamente hilarante: ¿Quién demonios intenta darle un "high-five" a un zombie? Es como la película perfecta para YouTube. Aksel casi merece morir por algo tan estúpido. ¿Y prender fuego a su mano después? Eso sólo sella el trato. Además, sujetar el cinturón de Eli, tratando de evitar que se caiga de cabeza por la ventana del coche mientras sus piernas patalean frenéticamente y sus pantalones se han bajados tanto que muestran a Malthe una vista demasiado detallada de su grieta del trasero, es suficiente para hacerlo reír a carcajadas. Eso es, hasta que nota que Aksel está ardiendo. —¡Mierda, mierda, mierda! —El sonido de dolor y miedo en la voz de su amigo hace que Malthe olvide por completo sujetar a Eli, quien cae del coche con un grito. La noche se ha convertido en mañana, lo que significa que los alrededores están más iluminados. Pero Aksel aún ilumina todo con un resplandor verdoso. En cuestión de segundos, ambos brazos están en llamas, su camiseta blanca de los Pet Shop Boys se está volviendo negra a medida que las llamas se extienden por su pecho y espalda. La cabeza de Aksel también se envuelve rápidamente en llamas azul-verdosas, lamiendo su piel, volviéndola roja y devorando su cabello. Eli grita al darse cuenta de lo que está pasando justo frente a él.

—¡Axe! ¡Te ayudaré! —grita, poniéndose torpemente de pie y quitándose la camiseta—. ¡Quédate quieto, hombre! ¡Quédate quieto! ¡Déjame apagarlo! Comienza a golpear a Axe con su camiseta en un esfuerzo inútil por sofocar las llamas, ninguno de sus intentos da en el blanco, ya que Axe está girando y saltando, gritando. Se agarra a Eli, más por suerte ciega que por intención

real, y Eli ruge de dolor y trata de retroceder. —¡Déjame ir, hombre! ¡Me estás quemando! Aksel obviamente no lo escucha; probablemente no escucha nada más, supone Malthe en su estado aturdido de horror fascinado, porque las orejas de Aksel se han enrollado sobre sí mismas, como tazas de plástico derritiéndose en una estufa caliente.

Eli se aparta de un tirón, logrando tropezar con sus propios talones y caer de espaldas, casi golpeando su cabeza contra el costado del coche. Axe también es derribado, y no falla al coche, golpeando su sien directamente contra la puerta trasera, lo suficientemente fuerte como para sacar a Malthe de su estupor. Parpadea y vuelve en sí, justo cuando Eli se levanta y corre, mirando hacia atrás a Aksel, como si esperara que lo siguiera. Aksel de repente está en silencio. No más gritos. Sólo el crujido chisporroteante del fuego. Malthe se inclina hacia adelante y asoma la cabeza por la ventana.

El calor es suficiente para hacerlo jadear. Y mientras lo hace, también inhala una bocanada del humo que sale del cuerpo ardiente de Aksel. El hedor de la piel chamuscada, y la carne derretida apenas se registra en su cerebro, antes de enviar un calambre desgarrador a través de su estómago. Malthe se empuja hacia atrás, busca a tientas la puerta opuesta y la abre justo a tiempo, para que el suministro de alcohol de la última hora salga disparado de su garganta y caiga al pavimento. Vomita hasta que no queda nada, luego escupe y se limpia la boca con el dorso de la mano.

—Oh, hombre... oh, maldita sea... —Sale del coche con piernas temblorosas por el shock. Da la vuelta al coche para encontrar a Eli a unos metros de distancia, agachado sobre una nueva pila de vómito propio.

—No... no respire... el olor... —croa al ver a Malthe—. Huele como... costillas a la barbacoa... —Eli eructa y vuelve a vomitar.

Malthe no está seguro de qué tipo de costillas asquerosas ha estado comiendo Eli; el olor del cuerpo ardiente de Aksel no le recuerda lo más mínimo a nada comestible. Aún así, se tapa la nariz con dos dedos antes de volverse para mirar a su amigo. Aksel está posado contra el Mercedes, con la mejilla apoyada en la puerta. Hay una abolladura en el metal donde su cráneo se conectó con él, y la pintura blanca tiene rayas de negro y marrón por las llamas, que todavía siguen ardiendo, aunque menos que antes. Aksel está claramente muerto. Al menos, Malthe espera con ansias que así sea. Su cabello se ha ido, y lo que queda de su piel es negra y burbujeante. Su rostro le recuerda a Malthe al Hombre de Grauballe, un famoso cuerpo de pantano, que vio en un museo en una excursión escolar una vez: está oscuro y arrugado, sus labios se han ido y sus ojos están medio abiertos, mirando a la nada.

—Oh, mierda —croa Eli—. Oh, mierda, hombre... ¿por qué demonios... Quiero decir... Oh, maldita sea...

Malthe intenta decir algo, pero su garganta sigue obstruida con vómito y tiene que tragar para despejarla.

—Es... es demasiado tarde, ¿verdad? —sigue Eli, sus ojos saltando de Aksel a Malthe—. Quiero decir... está muerto, ¿no?

—Creo que sí —murmura Malthe, sintiendo como si alguien más estuviera hablando a través de su boca.

—Entonces... ¿qué hacemos? —continúa Eli—. ¿Llamamos a alguien?

—No lo sé —dice Malthe, frotándose la frente, que se siente entumecida—. Déjame pensar por un momento... Recoge sus pensamientos lo mejor que puede. Hay un montón de hechos desagradables que necesitan juntar. Aksel está muerto. Están estacionados en la autopista en medio de la nada. Es de noche. Sin mencionar...

—¡Malthe!

—Espera —dice Malthe—. Estoy tratando de pensar aquí. —No, en serio, ¡mira! Malthe levanta la vista. Eli está señalando por la autopista. Cuatro o cinco figuras vienen hacia ellos, tambaleándose desincronizados en ese ya familiar paso de persona muerta.

—Mierda —susurra Malthe—. Bien, necesitamos largarnos. ¿Sabes cómo conducir con cambio manual?

—Claro, lo he hecho muchas veces —dice Eli, ya dirigiéndose hacia la puerta del conductor, pero tropezando con sus propios pies en el camino, casi cayéndose.

—Olvídalo —dice Malthe, empujándolo hacia atrás—. Estás demasiado borracho. Nos estrellarás contra un árbol o algo.

—¡No hay árboles en la autopista! —argumenta Eli.

—Toma el asiento del pasajero y dime cómo hacerlo.

Eli resopla, pero luego, aparentemente recordando la amenaza, lanza una mirada a los zombies que se acercan y corre alrededor del coche. Malthe se vuelve para subirse al volante, cuando su mirada cae sobre el cadáver de Aksel. Todavía está humeando, pero el fuego se ha apagado. Y de repente, sin ningún preámbulo discernible, Malthe tiene una visión de los padres de Aksel, sonriéndole. Malthe los ha conocido toda su vida, igual que a Aksel. Realmente le gustan. La idea de que ellos escuchen lo que le pasó a Aksel hace que el estómago de Malthe se contraiga con fuerza.

—No podemos dejarlo aquí —se oye decir a sí mismo.

—¿Qué? —chilla Eli desde dentro del coche—. ¡Vamos, hombre! ¡Tenemos que largarnos de aquí!

—No podemos dejar a Aksel. ¡Sal y ayúdame!

Eli sale y da la vuelta al coche. La vista de Aksel lo hace retroceder. —Oh, maldita sea, hombre... No puedo... no puedo hacerlo, hombre... no puedo, como... tocarlo...

—¡Tienes que hacerlo! ¿Qué pasaría si fueras tú el que estuviera aquí tirado como una maldita carroña?

Eli no responde; de repente parece pensativo por primera vez desde que comenzaron a beber esa noche.

—No... no te conviertes en zombie cuando mueres por causas naturales... ¿verdad?

Malthe lo piensa por un segundo. Había dado por sentado que no, no te despiertas cuando te matan por fuego. Pero, de nuevo, Aksel fue mordido. Y en los videojuegos siempre necesitas destruir el cerebro para matar a un zombie.

—No lo sé —admite—. ¿No crees que ya habría... regresado?

—Probablemente —se encoge de hombros Eli—. Deberíamos ponerlo en el maletero, por si acaso.

—Es lo primero útil que has dicho —remarca Malthe.

—Jódete —responde Eli.

—Ayúdame a levantarlo. ¿Quieres las piernas o los brazos?

—¡Ninguno de los dos!

—¡Eso no es una opción! ¡Toma sus malditas piernas!

Malthe se inclina y agarra las muñecas de Aksel. Inmediatamente retrocede. La piel está caliente, pero no quema. Aun así, la sensación blanda de la piel chamuscada es como tocar una pierna de pollo que ha sido cocida por demasiado tiempo.

—¡Están viniendo! —dice Eli en un tono agudo.

Malthe mira hacia atrás y ve a los zombies acercándose. Dos de ellos han tomado la delantera, aparentemente acelerando al ver carne fresca.

—¡Ayúdame! —grita Malthe, apretando los dientes y agarrando las muñecas de Axe una vez más, ignorando cómo se siente—. ¡Levántalo!

Eli lo hace muy a regañadientes. —¡Oh, mierda, su piel está toda jodida!

—Lo sé, piensa en otra cosa —Malthe respira con los dientes apretados mientras levantan a Aksel y lo llevan alrededor del coche—. Espera —dice Malthe, buscando a tientas con una mano para abrir el maletero. Encuentra el botón y se abre.

—¡Date prisa, maldita sea! —grita Eli.

Los pasos arrastrados y los gruñidos hambrientos ahora son audibles en el aire de la mañana.

Levantan el cuerpo de Aksel en el maletero, y Malthe cierra la tapa de golpe. Eli ya ha corrido hacia la puerta delantera, y Malthe sigue su ejemplo, sin notar el charco de sangre quemada y trozos de ropa negra de Aksel que quedan en el pavimento. Todo lo que puede pensar es en los muertos vivos que se acercan, ahora a sólo unos metros de distancia.

Su zapato izquierdo resbala en la grasa viscosa, deslizando de lado y haciendo que haga una división casi perfecta. Grita de dolor mientras los tendones de sus muslos internos se estiran hasta el punto de ruptura y cae fuerte sobre su trasero, golpeando sus dientes, mordiéndose la lengua. Apenas nota el dolor, sólo lucha por levantarse de nuevo. Pero su zapato izquierdo todavía está resbaladizo, y mientras intenta levantarse, lo traiciona por segunda vez, enviándolo de vuelta a sus rodillas.

Una mano se aferra a su hombro con fuerza, y alguien gruñe húmedamente en su oído.

Malthe se arroja hacia un lado por puro reflejo, rodando como James Bond, raspando sus codos y palmas en el asfalto, pero logrando liberarse del agarre del muerto.

Salta de pie y retrocede del coche al darse cuenta de que tres de los zombies se le acercan desde diferentes ángulos.

—¡Malthe! —grita Eli desde dentro del coche—. ¡Cuidado!

Malthe sigue retrocediendo e ignora la advertencia; sabe que debe tener cuidado, puede ver a los tres malditos muertos acercándose a él. ¿Eli cree que está ciego?

Eli golpea frenéticamente la ventana. —¡Cuidado detrás de ti!

Malthe gira la cabeza rápidamente, esperando ver un zombie acercándose a él.

En cambio, ve los faros de un coche. La bocina suena y el coche gira bruscamente para evitarlo.

Malthe no tiene otra opción que lanzarse hacia adelante. El coche lo esquivo por pocos centímetros, la corriente es lo suficientemente fuerte como para girarlo a la mitad.

Antes de poder apartarse, el zombie más cercano lo agarra por el cuello y clava sus uñas.

—¡No! —grita Malthe, empujando al tipo, es un hombre alto y desgarbado, de unos cuarenta y tantos años, en el pecho se ve que es lo suficientemente fuerte como para hacerlo tambalearse hacia atrás.

Malthe siente su cuello y por un momento, el mundo deja de moverse. Mira sus dedos, parpadea y observa la sangre. Su sangre.

—Él... él me atrapó... —oye murmurar a sí mismo.

Entonces, el segundo zombie lo alcanza, una joven que podría haber sido bonita una vez, es imposible decirlo, porque alguien le arrancó ambos ojos y le rasgó la piel de la frente. No pierde tiempo, sino que agarra su codo y hunde sus dientes perfectamente blancos en su tríceps.

Malthe grita de dolor y tira de su brazo, pero la mujer lo ha mordido como un depredador y lo sigue con un gruñido hambriento.

—¡Quítate de encima, maldita sea! —grita Malthe, golpeando a la mujer entre las cuencas vacías de los ojos con su mano libre. Ella lo ignora y comienza a sacudir. Logra arrancar un gran trozo de piel y músculo debajo.

Malthe grita mientras la sangre comienza a brotar, y luego sus piernas ceden y se encuentra de espaldas, todavía gritando hacia el cielo azul oscuro donde aún son visibles algunas estrellas, y de repente ya no está en la autopista, sino tumbado en la terraza de la casa donde creció, su hermano menor Mark tumbado junto a él mientras se turnan para señalar constelaciones. Esa tarde de verano es uno de los recuerdos más felices de Malthe, y llena su mente en ese instante, ahogando la realidad y haciéndolo dejar de gritar, y aunque sus ojos están bien abiertos, no ve las caras muertas que abarrotan su campo de visión, mientras los zombies descienden sobre él. No los siente devorándolo vivo, tampoco escucha sus gruñidos ansiosos ni los ruidos húmedos de su carne siendo arrancada de sus huesos. Lo único que percibe es la voz de su hermano, riendo: — ¡Eso no cuenta, ya dije Orión!

Hay una sonrisa en la esquina de la boca de Malthe cuando muere.

TRECE

—¡Santo cielo!

Dan se despierta sobresaltado al oír la voz de William. Mira alrededor frenéticamente, encontrándose en el asiento trasero de un coche entre personas que no reconoce de inmediato.

William está conduciendo, toca la bocina y gira el volante al mismo tiempo, haciendo que el coche se desplace de lado.

—¡Jesús! —exclama el padre de Dan desde el asiento del pasajero.

—¡Cuidado! —grita la mujer al lado de Dan.

El coche casi choca con una persona que salta torpemente para apartarse del camino.

Dan tiene tiempo de ver un coche deportivo blanco estacionado en el arcén de emergencia y algunas otras figuras de pie junto a él.

—¿Quién demonios era ese? —grita William, luchando por controlar el coche que derrapa. Pisa el freno y casi detiene el coche, mirando por el retrovisor—. ¿Qué demonios estaba haciendo en medio de la carretera?

Dan se da la vuelta en su asiento para mirar hacia atrás. No puede distinguir claramente lo que está pasando junto al coche deportivo, pero no necesita verlo con claridad; puede escuchar el grito cuando una de las figuras es derribada por las otras, y eso es suficiente para que Dan lo sepa.

—Oh —dice William—. Estaba tratando de escapar...

—¿Es demasiado tarde para ayudarlo, verdad? —pregunta el padre de Dan, mirando la escena en el espejo lateral.

—Lo es —dice Dan, mientras ve al tipo que William casi golpea siendo derribado, justo antes de apartar la mirada.

—Pobre diablo —suspira William—. Casi desearía haberlo atropellado. Habría terminado mucho más rápido.

—¿Qué está pasando allá atrás? —pregunta Ali, que acaba de despertarse, mirando por la ventana a su hermana.

Nasira responde en árabe.

Dan no puede entender lo que está diciendo, pero su voz es tranquilizadora, y Ali se siente satisfecho con ella, porque se relaja y se apoya en ella.

—¿No deberíamos detenernos de todos modos? —pregunta el padre de Dan—. ¿Ver si queda alguien allá atrás que necesite nuestra ayuda?

—Yo digo que sigamos —dice William, aumentando la velocidad de nuevo—. Somos seis personas sanas aquí, no necesitamos arriesgarnos. Además, estoy bastante seguro de que el resto de los que están allá atrás ya estaban muertos.

En ese momento, un par de faros se encienden detrás de ellos. Dan se da la vuelta para ver el coche blanco persiguiéndolos.

—Supongo que estabas equivocado —remarca Dorte—. A menos que los muertos sepan conducir.

El coche deportivo los alcanza rápidamente, aunque William sigue acelerando. Los faros se agrandan, y en menos de medio minuto, el Mercedes pasa zumbando junto a ellos, su motor zumbando como una avispa enfadada.

Dan tiene tiempo de distinguir a la persona que lo conduce, es un adolescente rubio, agarrando el volante, echando una rápida mirada antes de pasar. El coche blanco se balancea peligrosamente de un lado a otro.

—Bueno, tiene prisa —remarca el padre de Dan.

—Sí, y está conduciendo como si estuviera borracho —añade William—. Probablemente se estrellará.

Observan en silencio cómo las luces traseras del Mercedes se hacen cada vez más pequeñas y luego desaparecen.

William es el primero en romper el silencio.

—Esta cosa se está propagando tan jodidamente rápido —murmura—. Pensé que lo habríamos dejado atrás, pero resulta que nos adelantó.

—Probablemente la mayor parte del país ya está afectada —dice el padre de Dan—. Es probable que ya haya llegado a Haderslev.

—¿Cuánto falta para llegar? —pregunta Dan.

—Quince minutos, como mucho —responde William.

—¿Qué hacemos si ya hay caos cuando lleguemos? —pregunta Dorte.

—Cruzemos ese puente si llegamos a él —dice William.

—Creo que sería buena idea tener algún tipo de plan —interviene Dan, sorprendiéndose a sí mismo al hablar—. Quiero decir... sólo para no llevarnos una sorpresa.

William lo mira brevemente en el espejo. —El problema es que no tenemos idea de qué esperar. Es difícil planificar algo que no conoces.

—No, pero si asumimos que Haderslev estará tan mal como Aarhus —afirma el padre de Dan—, entonces quizás tengamos que abandonar la idea de encontrar a este piloto. Podría ser más prudente simplemente pasar de largo y seguir hacia el sur. Podríamos conducir hasta Alemania, o tal vez...

—Espera un momento —dice William, subiendo el volumen de la radio, que ha estado sonando en bajo volumen.

Una voz femenina, calmada pero firme, está hablando.

—... lo que significa que todas las fronteras estarán cerradas indefinidamente a partir de las seis de la mañana de hoy. Esto se aplica a todo el tráfico, tanto de entrada como de salida del país, incluyendo pero no limitándose a aviones, barcos y automóviles. Se ha pedido a todos los países vecinos que ayuden a reforzar este bloqueo fronterizo, y el personal militar ya está estacionado en todos los aeropuertos, puertos y cruces fronterizos terrestres. Repito que todos los intentos de salir de Dinamarca serán enfrentados con fuerza letal. La situación es crítica, y el gobierno pide a todos los ciudadanos que cumplan con sus deberes cívicos y obedezcan las normas establecidas en este protocolo de emergencia. Gracias. —Una breve pausa, luego una melodía breve suena, y la voz comienza a hablar de nuevo—. Este es un mensaje urgente del gobierno danés dirigido a todos los ciudadanos. Por favor, presten mucha atención a lo siguiente...

—Cristo en el trono —susurra el padre de Dan—. Finalmente lo están haciendo. Están cerrando todo el país.

—Ya era hora —murmura William—. Deberían haberlo hecho hace dos días. Apuesto a que ya es demasiado tarde.

—¿Crees que alguno de los muertos ya llegó a la frontera? —pregunta Dorte, inclinándose hacia adelante—. Quiero decir, están a pie, y hay al menos setenta y cinco millas desde aquí hasta Alemania, que es la única frontera terrestre.

—Puede propagarse mucho más rápido que a pie —dice William sombríamente, mirándola significativamente en el espejo—. Como si alguien infectado pero no muerto todavía decidiera

huir.

Dorte se hunde en su asiento. Dan nota que su rostro palidece.

—Afortunadamente, sólo hay alrededor de cuarenta millas de frontera que necesitan cerrar y defender —dice el padre de Dan—. Eso debería ser posible, dado que ninguno de los infectados ya la haya cruzado, por supuesto. Es bueno que Dinamarca sea una península, ¿verdad?

—¿Entonces qué pasa con las varias cientos de millas de costa? —pregunta William.

El padre de Dan lo mira. —¿Crees que pueden nadar?

—No lo sé. Pero creo que pueden subirse a barcos. Y aviones. Y ahora mismo, apuesto a que miles de personas están tratando de salir del país, igual que nosotros. ¿Cuáles son las probabilidades de que ninguno de ellos esté llevando un zombie? ¿O alguien llevando a un ser querido infectado? ¿O una persona ocultando un rasguño? Quiero decir, vamos. Sólo se necesita un pequeño error, y esto se convertirá en una pandemia.

Una larga pausa sigue dentro del coche, donde todos intercambian miradas. Dan tiene la sensación de que todos de repente sospechan que los demás están ocultando algo.

Decide romper el incómodo silencio. —Si han cerrado los aeropuertos, ¿crees que aún podemos volar fuera del país?

William se encoge de hombros. —Sigo pensando que es nuestra mejor opción. Es mucho más difícil para ellos patrullar los cielos que las carreteras, así que si podemos despegar, al menos tendremos una oportunidad.

CATORCE

Josefine es sacada suavemente de lo que parece ser medio sueño, medio recuerdo, cuando alguien toca su rodilla.

Estaba de vuelta en la instalación, del día cuando ingresaron a su padre. Ese fue el día en que finalmente se dio cuenta, de lo enfermo que se había vuelto, de lo poco que quedaba de su antiguo ser. Su madre no podía soportar tenerlo más en la casa, pero probablemente habría seguido adelante, si el padre de Josefine no hubiera insistido en mudarse a la instalación él mismo, en uno de sus todavía raros momentos de claridad.

Josefine recuerda las lágrimas formándose en sus ojos, mientras se preparaban para irse, y cuando su padre se dio cuenta, la miró con el ceño fruncido, lo que Josefine primero tomó como una señal de que él se había ido de nuevo. Pero cuando habló, se dio cuenta de que estaba más presente que nunca.

—¿Por qué lloras, Josie?

—Yo... es sólo... verte aquí, papá.

—Estoy bien. No te preocupes por mí.

Extendió su mano, y Josefine colocó la suya en ella. Incluso a los casi setenta años, su mano era casi el doble del tamaño de la suya. Estaba cálida también, al apretarla.

—En serio, Josie. No quiero que llores. Es muy importante que te mantengas fuerte, ¿vale?

—Vale —le dijo, secándose obedientemente los ojos, sintiéndose como una niña pequeña—. Lo intentaré, pero no estoy segura de poder evitarlo. No soy fuerte como tú.

—Claro que lo eres. ¿No eres mi hija?

Hay un roce en su rodilla, sacudiendo el sueño.

Ese encuentro es uno de los recuerdos más queridos de Josefine, y no quiere dejarlo ir, no ahora, no hasta que lo haya revivido una vez más. Su padre habla de nuevo.

—Es siempre...

Luego, hay otro roce en su rodilla, y abre los ojos. La sensación agradable del recuerdo se evapora, mientras se encuentra de nuevo en el helicóptero. Michael está apoyado contra la pared, con los ojos cerrados. Su padre está muerto y amarrado a una camilla frente a ella.

Bodil está muerta también, pero ya no está completamente amarrada, al menos no del todo. De alguna manera ha logrado empujarse hacia un lado, lo suficiente como para escapar de una de las correas del hombro.

Por un segundo interminable, Josefine no puede hacer más que mirar a la pesada y muerta mujer, colgando del costado de la camilla, su brazo derecho apenas funcionando, palpando la pierna de Josefine, los dedos gordos y arrugados, con esas uñas gruesas y amarillas típicas de los fumadores rozando su rodilla por tercera vez, rascando la tela.

Entonces, el cerebro de Josefine finalmente arranca, y se sienta erguida con un sobresalto y un jadeo, retirando las piernas. Sólo hay suficiente espacio para crear unos pocos centímetros más de distancia entre ella y la mano agitándose de Bodil, y el retroceso de Josefine sólo parece hacer que Bodil tenga más ganas de alcanzarla: se inclina más, gira y empuja contra las correas. La forma en que está colgando, parece que todo su torso podría deslizarse libre en cualquier momento.

—¡Michael! —grita Josefine, extendiendo la mano y golpeando su hombro con fuerza—. ¡Michael, despierta!

Michael se despierta sobresaltado. —¿Qué? ¿Qué pasa? —Luego, al ver a Bodil—: ¡Oh, Dios! ¡Steen! ¡Steen, tenemos un problema aquí atrás!

El piloto gira en su asiento para mirar por encima del hombro. —¿Qué está pasando?

—¡Aléjate de ella! —grita Michael a Josefine mientras Bodil se desplaza un poco más hacia el costado, su alcance creciendo un par de pulgadas más.

—¡No puedo! —le grita Josefine de vuelta, luchando por desabrocharse el cinturón de seguridad y ponerse de pie al mismo tiempo, pero sin éxito en ninguna de las dos cosas.

—¿Qué diablos están haciendo allá atrás? —grita el piloto.

—¡Uno de ellos está tratando de liberarse!

—¡Maldita sea! ¿No dijiste que estaban asegurados?

—¡Aparentemente no! —grita Michael, desabrochándose—. Debe haber torcido la correa debido a su hombro dislocado.

—¡Pues asegúrala de nuevo en esa maldita camilla!

Michael trabaja rápidamente para volver a abrocharse la parte superior de su traje y ponerse los guantes. —Lo intentaré, pero ¡podrías tener que aterrizar!

Josefine se está apretando contra el respaldo de su asiento, sus dedos todavía trabajando en el broche del cinturón, que no es como los de los coches. La mano de Bodil está peligrosamente cerca ahora, y su parte superior del cuerpo cuelga en el aire libre, lo único que la mantiene alejada del suelo es la correa de la cintura. La forma en que Bodil está colgando parece extremadamente dolorosa, su cadera girada casi noventa grados, soportando todo el peso del torso. Sin embargo, no parece molestarle en absoluto.

Finalmente, Josefine escucha el clic del broche y se pone de pie de un salto, empujando el asiento y alcanzando la relativa seguridad en la esquina más alejada del área de pasajeros.

—¿Qué está pasando? —demanda el piloto, girando en su asiento—. ¿La has asegurado?

—Todavía no —responde Michael. Ha logrado ponerse todo el equipo de protección ahora, excepto la máscara. Está a punto de ponérsela, cuando se escucha un fuerte chasquido.

Josefine no puede decir inmediatamente de dónde provino el sonido, pero entonces Bodil se desploma de lado y se desliza completamente fuera de las correas, cayendo torpemente al suelo.

Josefine se escucha gritar y Michael gritar al mismo tiempo, y cuando Bodil comienza a ponerse de pie, Josefine se da cuenta de qué hizo el sonido: fue algún hueso grande en el cuerpo de Bodil —probablemente la cadera— cediendo a la presión y rompiéndose por la mitad. Mientras la señora pesada se pone a cuatro patas, toda su parte inferior del cuerpo parece ceder en la cintura, haciéndola parecer alguien que se derrumba de un lado.

—¡Dios! —grita Michael—. ¡Está libre!

No es completamente cierto, ya que las piernas de Bodil todavía están enredadas en las que ahora son correas sueltas, impidiéndole avanzar.

El piloto gira la cabeza y mira hacia atrás, luego grita: —¡Átenla, por favor!

—¡Lo estoy intentando! —responde Michael, acercándose a la mujer y agarrándola antes de que pueda levantarse. Intenta levantarla de nuevo a la camilla, pero claramente es demasiado pesada, y también está tratando de agarrarlo, lo que no parece facilitar la tarea, sus dedos están arañando el traje.

Michael la suelta con un gruñido, y Bodil se desploma en el suelo con un golpe.

—¡No puedo hacerlo! ¡Es demasiado pesada!

—¡Usa el maldito cable! —ruge el piloto.

—¿Qué cable?

Josefine gira la cabeza y se da cuenta de que está mirando directamente a un cable de metal con un gancho y un arnés en el extremo, que sobresale de una caja en la pared, aparentemente destinado a recoger cosas del suelo mientras el helicóptero está en el aire.

Ella lo agarra y tira con fuerza, sacando al menos tres metros. —¡Michael! —grita, antes de darse cuenta de que él ya la está mirando—. ¡Aquí!

Lanza el extremo del cable torpemente hacia él, y él lo atrapa.

Bodil ha logrado levantarse a medias y ahora se lanza hacia él en un embate torcido pero muy ansioso, finalmente deslizándose completamente fuera de las correas. Michael logra en el último segundo lanzar el cable frente a él, atrapando a Bodil bajo su gorda barbilla y forzando su cabeza hacia atrás. Hábilmente, maniobra a su alrededor trepando por la camilla y usa el cable para tirar de ella antes de que pueda girarse. Ella tropieza y cae de rodillas, siseando y gimiendo enojada.

—¡Eso es, la estoy derribando, aguanta! —grita el piloto.

—¡No, espera! —objeta Michael, pero es demasiado tarde.

Josefine siente una fuerte sensación de hundimiento en el estómago cuando el helicóptero desciende de repente. El cambio abrupto en la gravedad hace que Michael, que finalmente había ganado la ventaja sobre Bodil, pierda el equilibrio y retroceda, golpeando su espalda contra el asiento del piloto, y su brazo está girando en busca de algo a lo que agarrarse.

Lo que encuentra es la cabeza de lo que solía ser el padre de Josefine. Y la cosa no duda en morder a Michael con fuerza, en la mano enguantada.

Michael da un rugido de sorpresa mientras tira de su mano hacia atrás, perdiendo el guante, que la cosa sigue desgarrando como un perro furioso. Michael mira su mano desnuda, con los ojos muy abiertos, mientras la gira.

Josefine no puede ver sangre en ella, y aparentemente Michael tampoco, porque da un breve suspiro de alivio, justo cuando Bodil, quien ha logrado girarse a pesar de estar enredada en el cable, se lanza hacia sus piernas.

—¡Cuidado! —grita Josefine.

Michael casi logra esquivar el ataque. Bodil lo atrapa por la cintura como un jugador de rugby, obligándolo a retroceder mientras muerde su ingle y desliza hacia abajo por sus piernas.

—¡Quítate! —ruge él, golpeando la parte superior de la cabeza de Bodil con su mano izquierda aún enguantada. Los golpes parecen hacer poco daño y sólo le causan una ligera molestia a Bodil, quien sigue mordiendo la tela de su traje, tratando de rasgarlo y llegar a la piel debajo.

Ahora está de rodillas, obligando a Michael a retroceder, acorralándolo en el estrecho espacio entre el asiento del piloto y la otra camilla, donde la cosa que solía ser el padre de Josefine se

retuerce ansiosamente, estirando el cuello y arañando el aire en un intento inútil de alcanzar a Michael, quien está a menos de veinticinco centímetros de distancia.

Luego, un sonido aterrador atraviesa el ruido: el rasgado de la tela.

—¡No, no, no! —ruge Michael.

No tiene más remedio que usar ambas manos, así que agarra la pesada mandíbula de Bodil y empuja su cabeza hacia atrás en lo que parece ser un ángulo extremadamente doloroso. Entre sus dientes está un gran trozo de su traje, y Josefine vislumbra el agujero justo en el área del ombligo, revelando su camiseta azul y parte de la piel desnuda. Hay una marca roja claramente visible formada como dos medias lunas enfrentadas donde los dientes de Bodil han pellizcado la piel.

—¡Ayúdame! —ruge él—. ¡Me mordió! ¡Me mordió de verdad!

Finalmente, Josefine despierta de su trance y puede moverse. Mira hacia abajo y ve el cable, que aún está medio envuelto alrededor del cuello y el pecho de Bodil como un cinturón de seguridad.

Josefine se agacha y lo agarra, luego tira con fuerza.

Bodil es tirada hacia atrás, se vuelca de espaldas, ambas rodillas se tuercen al máximo. Sus dedos aún están agarrando el traje de Michael, pero él logra liberarse y empujarse hacia un lado, buscando algo en una caja.

—¿Dónde está? ¿Dónde está el maldito metanol?

Josefine tiene suficiente con su pelea con Bodil, quien ahora se está arrastrando de lado para alcanzar a Michael, siendo el cable lo único que la retiene.

Michael apenas lo nota; ha encontrado una botella de plástico y está vertiendo el contenido (un líquido claro, similar a gel) en su abdomen, frotándolo frenéticamente.

Josefine lo mira por un segundo, sin reconocer al calmado y asertivo doctor con el que había conversado unos minutos antes. Ahora, parece más un animal salvaje, con los ojos desorbitados y espuma en la comisura de la boca.

—No perforó la piel, no perforó la piel —canta en una voz aguda, frotando la marca de mordedura en su abdomen.

—¡No puedo sostenerla! —grita Josefine mientras Bodil hace otro movimiento lateral y se lanza hacia Michael.

Él grita, deja caer la botella y retrocede, pateando sus piernas a ciegas mientras se aprieta en el asiento del pasajero.

—¿Qué diablos haces? —grita el piloto, mirando a Michael a la parte trasera del helicóptero—. ¡Vuelve allí y ácala!

—¡No puedo! ¡Estuvo a punto de morderme! ¡Bájanos!

—¡Lo estoy intentando!

Bodil se desliza fuera del cable y agarra la pierna de Michael, que aún patalea en el aire. Le arranca el zapato con determinación repentina y hunde sus dientes en el tobillo desnudo de Michael.

Él grita de nuevo, aún más agudo, y el piloto grita algo mientras Michael agarra su brazo en un intento desesperado de obtener su ayuda, causando que el helicóptero se mueva violentamente. El movimiento repentino hace que la segunda camilla, la que sostiene la cosa que solía ser el padre de Josefina, baje dos de sus patas y se incline a un ángulo de cuarenta y cinco grados. Si la cosa en ella no hubiera estado asegurada por las correas, habría caído al suelo.

Josefina de repente entra en un estado de desconexión extraña donde ve todo desde detrás de sus propios ojos y en cámara lenta: Michael, luchando para quitarse a Bodil de la pierna, el piloto, luchando por mantener el helicóptero nivelado, la cosa en la camilla, retorciéndose para liberarse y unirse a la fiesta, las copas de los árboles pasando por las ventanas.

Y Josefina misma, observando todo desde la parte trasera del helicóptero. Y mientras lo hace, un pensamiento le llega, muy claro y conciso: Vamos a estrellarnos ahora. Así es como muero.

Y sorprendentemente, en realidad está bastante bien con eso. Al menos de esta manera, será rápido. No tendrá que envejecer y enfermarse con una enfermedad horrible como el Alzheimer y marchitarse lentamente. Sobre todo, no tendrá que vivir en un mundo sin su papá.

Luego, la cosa aún amarrada a la camilla inclinada gira su cabeza y le sisea, y por alguna extraña razón, es devuelta al recuerdo y realmente escucha la voz de su padre en su cabeza, escuchándolo decir las palabras que le dijo ese primer día en la instalación: «Siempre depende de ti, Josie. No importa lo mal que se pongan las cosas, tú decides cómo manejarlas. Incluso si eso es lo único que te queda».

—Tienes razón, papá —susurra Josefina, y las palabras son ahogadas por el ruido y los gritos.

Vuelve a subir a su asiento, agarra el cinturón y lo abrocha.

Luego, medio segundo después, el helicóptero toca el suelo.

QUINCE

Una tonelada de diferentes escenarios vuelan por la mente de Mille mientras baja corriendo la escalera, seguida de cerca por Iver.

De alguna manera, Torben se escapó. Lo primero que considera Mille es que su madre dejó su puesto y alguien pasó y abrió la puerta.

O tal vez Torben logró llamar a alguien en las cabañas vecinas y los convenció de abrir la puerta.

También podría haberse salido si la barricada falló. Si simplemente siguió tirando de la puerta con suficiente fuerza, el cable de extensión o la manilla podrían haber cedido.

O tal vez simplemente rompió la puerta, metió su bota directamente a través de ella.

Las posibilidades son muchas. Pero por alguna razón, la imaginación de Mille se niega a ir a la más probable. De hecho, ni siquiera la considera hasta que llegan al pasillo.

Se detiene bruscamente a unas pocas puertas, casi provocando que Iver choque con ella. Ella mira el carrito y el cable colgando de él como una serpiente muerta. Mira la puerta abierta de par en par que no tiene marcas ni otros signos de daño.

Una mujer vestida de pies a cabeza con un traje que parece espacial azul claro y usando una mascarilla sale de la cabaña, hablando por radio con una voz aguda. —Bueno, ¡no me importa! Dígales que bloqueen toda la cubierta si es necesario para encontrar a esta p...

Se detiene de hablar en el momento en que ve a Mille e Iver mirándola. —Tenemos una situación aquí —dice con lo que probablemente debería haber sido un tono tranquilizador—. Por favor, regresen a sus cabinas y quédense allí.

—Eh, yo no... —comienza Iver, pero Mille lo interrumpe.

—Claro, nos vamos ahora. —Lo arrastra más allá de la doctora y la cabina, echando un vistazo adentro mientras pasan. Otra persona vestida con traje espacial está allí, hurgando en la cama

donde yacía Torben, como si tratara de encontrarlo entre las sábanas.

Mille e Iver siguen caminando hasta llegar al otro extremo del pasillo, donde se encuentran con el pasillo más amplio que conecta el siguiente pasillo con el de donde están. En la intersección, la alfombra se reemplaza con linóleo. Y Mille ve el charco de líquido claro de inmediato; es del tamaño de una moneda y tiene un tono amarillento.

—Mira —dice Mille, señalando—. Pasó por aquí. Escupió justo allí.

—Podría ser de cualquiera —dice Iver sin mucha convicción.

—Es él —dice Mille—. Fue por aquí. Vamos.

—¡Espera! —dice Iver, extendiendo los brazos—. ¿Qué estamos haciendo exactamente?

—Lo estamos encontrando, por supuesto. Antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y luego qué? ¿Lo tiramos al suelo y llamamos a seguridad?

—Yo... no lo sé —admite Mille—. Pero tenemos que encontrarlo.

Iver niega con la cabeza, pero aún así sigue adelante.

Llegan al siguiente pasillo, donde alguien, claramente despreocupado por derramar, ha usado un dispensador de agua; el agua ha salpicado por toda la pared y ha formado un charco en el suelo. Huellas mojadas conducen a la derecha, que es la apertura hacia las escaleras.

Hay dos juegos.

—Parece que tenía compañía —observa Iver.

Mille sólo mira las huellas—un par grande y toscas y el otro mucho más pequeño y delgado—mientras algo muy desagradable trata de hacerse consciente en su mente. Ella lo aparta, murmurando: —Podría haber sido alguien que pasó después. Vamos.

Las marcas húmedas indican que Torben, y su posible acompañante, subieron las escaleras, y Mille e Iver los siguen. Para cuando llegan al siguiente rellano, las huellas se han secado.

Mille sale al pasillo, mirando en ambas direcciones, pero sin ver a nadie.

—Creo que subió otra cubierta —dice, y justo cuando está a punto de volver a entrar en la escalera, se escucha una tos húmeda desde el pasillo.

Mille mira hacia atrás.

Y ve a Torben.

Él entra al pasillo desde una puerta de vidrio que da al exterior. Se ve horrible, la mayor parte del color ha desaparecido de su rostro y apenas puede caminar. Lo único que lo mantiene de pie es su acompañante, quien hace todo lo posible por sostenerlo.

—Vamos, Torben, volvamos adentro —dice la madre de Mille, y aún desde tan lejos, Mille puede escucharla sollozar.

—¡Es él! —exclama Iver detrás de Mille.

Su voz hace que la madre de Mille levante la mirada. Sus ojos rojos se fijan en Mille. —¡Oh! Mille, me alegro tanto de que vinieras... por favor, ayúdanos. Necesitamos llevar a Torben al médico...

—No al médico —balbucea Torben, con los ojos a medio abrir.

—Dijo... dijo que sólo necesitaba un poco de aire fresco —continúa la madre de Mille, su voz ahora llena de sollozos—. Pero creo... creo que está realmente enfermo... creo que tenías razón, Mille... es ese virus, ¿no?

Mille no puede responder, mucho menos moverse. Durante varios segundos, simplemente se queda allí, como un vaquero en la calle principal de un viejo pueblo del Oeste, enfrentando a su oponente en un duelo. Mira a su madre abrazando a Torben, que ya casi se ha desplomado, apoyándose en ella y respirando con dificultad. Y Mille finalmente se da cuenta de lo que no quería ver. Finalmente se da cuenta de cómo Torben salió de la cabina.

¿Cómo pudiste?

—Mille, por favor —dice su madre, llorando abiertamente ahora, tambaleándose mientras Torben se derrumba de lado. —¡Ayúdame!

Entonces el peso de Torben se vuelve demasiado para que ella lo soporte, ya que sus piernas finalmente ceden por completo, y los dos se hunden al suelo al mismo tiempo, el cuerpo de Torben descansando a medio camino sobre la madre de Mille.

—¡Torben! —grita ella, tratando de liberarse de debajo de él mientras lo sacude—. ¡Torben, por favor despierta!

—Creo... creo que murió —dice Iver.

—Sí, murió —se escucha decir a Mille.

—¡Tenemos que ayudarla! —dice Iver. Está a punto de dar un paso adelante, pero Mille extiende su brazo y agarra firmemente su camisa.

—Quédate aquí. Es demasiado tarde.

Iver la mira de reojo, luego de nuevo hacia el pasillo, donde la madre de Mille ahora ha logrado liberarse. Está arrodillada sobre Torben, llorando y abrazándolo, rogándole que despierte.

Y luego lo hace.

Y Mille cree que está preparada para verlo suceder. Pero no lo está. Y no puede apartar la mirada.

—Oh, Dios mío —exhala Iver.

Los gritos de la madre de Mille se convierten en chillidos agudos de dolor y angustia, mientras Torben alza la cabeza y muerde la carne blanda detrás de su oreja, arrancando un gran trozo de piel con cabello todavía adherido. La sangre comienza a brotar como una fuente, pintando el rostro de Torben de rojo. No parece inmutarse en absoluto, ya que inmediatamente va por otro mordisco de la madre de Mille.

« ¿Cómo pudiste?» piensa Mille de nuevo, mientras observa a su madre morir.

Entonces algo más aparece. A sólo unos metros de Torben y la madre de Mille, una puerta se abre, y una joven sale, cargando a un niño dormido en su brazo.

Cuando la mujer ve la sangrienta escena que se desarrolla frente a ella, se paraliza, su rostro se queda en blanco, su boca se abre de par en par, pero no salen palabras. Simplemente se queda allí, como un ciervo en los faros, a menos de cinco pasos de Torben, quien ahora está realmente en ello, enterrando su rostro en la madre de Mille, quien ya ha dejado de gritar.

—¡Aléjate! —grita Iver, su voz resonando en los oídos de Mille. Como la joven madre no parece reaccionar, intenta agitar los brazos, como una persona varada señalando a un barco que pasa. —¡Aléjate de allí!

Mientras su llamado no tiene efecto en la joven madre, parece despertar a su hijo. El niño, un niño pequeño, puede decir Mille, levanta la cabeza de su hombro, se frota el ojo con una mano gruesa y rosada, luego gira la cabeza y mira la escena que se desarrolla justo frente a él sin comprender en su rostro soñoliento.

Iver todavía está gritando y agitando los brazos. Mille todavía no puede hacer nada. La mujer sigue paralizada. Torben sigue comiendo.

Y luego termina.

Y se pone de pie con movimientos lentos y torpes, imitando cómo tenía problemas para moverse cuando estaba vivo, girando hacia la mujer.

Al ver a Torben enfrentándola en toda su altura, con el rostro y el cuello cubiertos de sangre, la mujer finalmente sale de su trance. Comienza a gritar, retrocede y abraza a su hijo con fuerza. Su espalda se encuentra con la pared, y Torben extiende sus brazos.

Es entonces cuando Mille se da cuenta de que ha empezado a correr. De hecho, debe haber estado corriendo al menos durante un par de segundos, porque ya está a toda velocidad y acercándose rápidamente a Torben.

Justo antes de que pueda agarrar a la mujer que grita, Mille se lanza sobre él. Es como chocar con un rinoceronte. El aire se le escapa, y hay un chasquido audible en algún lugar entre su cuello y su hombro, y ella cae al suelo.

Afortunadamente, Torben también pierde el equilibrio por el empujón y cae de lado como un niño grande y torpe.

—Vete de aquí —dice Mille con voz ronca, mirando a la mujer, que ha dejado de gritar y ahora respira con jadeos rápidos como alguien que se ahoga, sus ojos moviéndose de Torben a Mille.

El niño está llorando ahora.

—¡Corre! —dice Mille ásperamente.

La mujer parpadea, jadea un poco más, luego, justo cuando Torben comienza a arrastrarse hacia ella, finalmente recupera lo suficiente de su sentido para girar sobre sus talones y correr por el pasillo, con el niño llorando en sus brazos.

Torben, al darse cuenta casi de inmediato de que su presa más fácil está fuera de su alcance, vuelve su atención a Mille, extendiendo la mano hacia sus zapatos.

Mille aprieta los dientes, recoge ambas piernas y las golpea con fuerza en la cara de Torben. Hay un chasquido satisfactorio cuando se rompen sus dientes frontales, y Mille piensa con una euforia maníaca: ¡Siempre he querido hacer eso!

Luego usa los dos segundos que se ha ganado para ponerse de pie. Pero cuando usa su brazo derecho para levantarse del suelo, un dolor punzante surge desde su clavícula, haciéndola gritar.

Al mismo tiempo, hay otro grito detrás de ella, y Mille gira la cabeza para ver a la mujer ahora extendida en el suelo. El niño pequeño está a unos pocos pies de distancia, rodando. La mujer debe haber tropezado y dejarlo caer, pero, sorprendentemente, parece ileso mientras logra sentarse y mirar alrededor con una expresión de shock y confusión en su pequeña cara. Su madre grita nuevamente, alcanzándolo, pero no puede llegar.

Al principio, Mille no tiene idea de por qué está gritando de esa manera, o cómo pudo caer en un suelo perfectamente plano.

Luego ve a su madre mordisqueando la pierna de la mujer. La madre de Mille todavía está acostada, pero debe haberse despertado justo cuando la mujer pasó a su lado, y tal vez extendió un brazo para agarrarla, haciéndola tropezar, o tal vez simplemente se sentó y la mujer corrió directamente hacia ella; sea cual sea el caso, la mujer no fue lo suficientemente rápida para levantarse de nuevo, y ahora es demasiado tarde.

—¡Mamá! —oye Mille que grita. —¡Detente!

Su madre no reacciona a su llamado, por supuesto, sólo sigue mordisqueando más arriba en las piernas de la mujer, desgarrando la piel y arrancando pedazos.

El niño comienza a llorar al ver a su madre gritar.

—¡Iver! —grita Mille, incluso mientras intenta levantarse nuevamente. —¡Iver, ayúdala!

Iver se acerca con una mirada de horror absoluto en su rostro, pero todavía está demasiado lejos para ser de ayuda.

Justo cuando Mille logra ponerse de manos y rodillas, hay un gruñido justo detrás de ella y una gran mano la agarra por el cinturón.

Mille lanza hacia atrás su codo como un reflejo, conectando directamente con la sien de Torben, y se impulsa hacia adelante, liberándose de su agarre y tambaleándose para ponerse de pie.

Iver casi los ha alcanzado ahora, y Mille nota a muchas más personas detrás de él, una multitud comenzando a reunirse mientras otros pasajeros salen de sus cabinas para ver qué está pasando.

La madre de Mille ha llegado a la parte baja de la espalda de la mujer, y el charco de sangre que crece en el suelo sugiere que no queda mucho dentro de la mujer. Ella ha guardado silencio y ya no lucha por liberarse, sólo una mano sigue alcanzando ciegamente al niño.

—Llévatelo, Iver —intenta gritar Mille, pero sólo tiene aire suficiente para otro susurro. — ¡Aléjalo de aquí!

Las cosas se están moviendo muy rápido ahora.

La madre de Mille, tal vez atraída por la multitud, tal vez simplemente perdiendo interés en la ahora evidentemente muerta mujer, decide moverse con avidez a la siguiente víctima y comienza a arrastrarse por el pasillo.

—¡No lo toques! —grita Mille, agachándose y agarrando los tobillos de su madre justo cuando ella extiende su brazo hacia el niño. Mille la tira hacia atrás, pero su madre pateo con sorprendente fuerza, deslizándose fuera de su zapato y dejando que Mille caiga hacia atrás.

El niño, sin embargo, ahora llorando fuertemente, parece haber tomado las riendas en sus propias manos pequeñas, porque ahora está gateando para alejarse, dirigiéndose hacia la puerta de vidrio que da al exterior. Estas se abren para él y lo dejan pasar gateando.

La madre de Mille no se rinde con su diminuta presa, y también gatea hacia las puertas como una gran y torpe araña.

Mille tal vez habría tenido tiempo de detenerla, si Torben no hubiera intentado otra vez agarrar la pernera de su pantalón justo en ese momento, obligándola una vez más a girar y darle una fuerte patada en la mandíbula.

Cuando se vuelve, ve los pies de su madre desapareciendo por la puerta abierta hacia la luz del amanecer.

—¡Iver! —grita— innecesariamente, porque Iver finalmente ha reunido el valor suficiente para acercarse, y se dirige hacia la puerta.

El grito de Mille lo hace detenerse y mirar en su dirección. Pero él mira directamente más allá de ella, a algo que está sucediendo detrás de ella, y Mille echa un vistazo para ver a Torben atacando a un viejo en ropa interior, que acaba de salir de una puerta cercana. Otro hombre más joven se apresura a ayudar, pero sólo logra que le muerdan la mano.

Está sucediendo, piensa Mille.

Pero no pierde tiempo meditando; simplemente se pone de pie y sale por la puerta de vidrio. El aire fresco de la mañana es fresco y salado y la hace jadear por aire.

Hay un estrecho pasaje por el lado de la barandilla de unos treinta metros de largo, y el niño todavía está gateando, tomando ese pasaje, para alejarse de la madre de Mille cerca de sus talones.

Mille siente que su corazón salta mientras acelera y alcanza a su madre justo antes de que pueda extender la mano y agarrar al niño.

Mille se arroja sobre su madre, empujando a la mujer delgada contra el suelo de metal. Ella inmediatamente comienza a retorcerse y trata de alcanzar y agarrar a Mille, pero Mille se pone de rodillas y empuja con fuerza con ambas manos la espalda de su madre. Con el rabillo del ojo, ve a Iver dudando.

—¡Toma al niño! —grita.

Pero Iver no parece poder pasar, y el medio segundo que Mille desvía su atención es todo lo que su madre necesita. Se retuerce de lado, las manos de Mille resbalan, y su madre muerde su muñeca.

Mille grita de dolor y tira de su brazo hacia atrás. Un pedazo de piel se desprende con un chasquido y la sangre comienza a fluir de inmediato.

Mille cae hacia atrás, sujetándose la muñeca herida, tratando de detener el flujo de sangre, pero esta se abre paso entre sus dedos.

«Oh, no, no, estoy infectada...»

—¡Mille! —grita Iver desde detrás de ella.

Mille mira hacia arriba y ve a su madre yendo hacia el niño otra vez. Él ha llegado al final del pasillo y está sentado allí, llorando y luciendo asustado.

Mille, sin pensar, se lanza hacia adelante y cae sobre su madre por segunda vez, esta vez la mano ansiosa de su madre está incluso más cerca del niño, casi rozando sus pies. Pero en lugar de simplemente sostener a su madre, esta vez Mille bloquea su brazo alrededor de su garganta y tira hacia atrás con todas sus fuerzas, forzando el cuello de su madre hacia atrás, esperando romperlo. Se da cuenta de que está gritando. Tira hacia atrás con más fuerza, mientras su madre

la alcanza con las manos hacia atrás y le araña el cabello y las mejillas. Mille cierra los ojos mientras los dedos de su madre buscan su cara. La fuerza hacia atrás y hacia un lado, logrando mantenerse encima y mantener a su madre en una llave de cabeza. Sin embargo, su agarre resbala lo suficiente como para que su madre lleve su boca al brazo de Mille, y no pierde un segundo, sino que inmediatamente comienza a morderlo.

Mille grita de nuevo, pero por alguna razón, el dolor no es tan intenso esta vez, y eso es bueno porque no puede soltar; si lo hace, su madre irá directamente hacia el niño, así que Mille simplemente se aferra con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo, usa su otro brazo para alcanzar la barandilla. Luego se levanta, y con una fuerza que no tenía ni idea de que poseía, levanta a su madre del suelo también.

Mille no es realmente consciente de lo que está haciendo antes de hacerlo. Es como si su cuerpo ya no estuviera bajo su propio control, sino que fuera dirigido como un personaje en un videojuego.

Lanza un brazo alrededor de la barandilla, mientras que el otro, el que está siendo mordido, sigue bloqueado alrededor de la cabeza de su madre. Jala sus brazos hacia sí, forzando a su madre contra la barandilla. Luego, con un movimiento brusco, libera su brazo, y por una fracción de segundo ve lo mal que está herido: la piel abierta como una flor sangrienta, la carne ausente revelando el hueso. Luego sus brazos bajan y pasan entre las piernas de su madre, una desde cada lado. Todo sucede tan rápido que Mille apenas tiene tiempo de registrar nada por sí misma. Pero de repente, está levantando a su madre del suelo. Mille está impulsada por el poder del pánico, y su madre, afortunadamente, pesa menos de 50 kilos. Y con un giro de su parte superior del cuerpo, Mille arroja a su madre por la barandilla.

El movimiento está lejos de ser elegante, pero tiene suficiente fuerza para ser exitoso.

Justo antes de que desaparezca de la vista, Mille obtiene una última mirada al rostro de su madre, mientras gira la cabeza en lo que podría interpretarse como sorpresa para mirarla. Los ojos, sin embargo, que son blancos y vacíos, revelan que Helle Klitgaard ya no es capaz de sentir nada, mucho menos sorpresa.

Luego se ha ido.

—Lo siento, mamá —suspira Mille, retrocediendo tambaleándose. De repente, percibe el ruido del niño llorando, y se vuelve para verlo sentado allí, retrocediendo y mirándola.

Mille le sonríe mientras se agacha. —Hola, amiguito. Ya está todo bien. Estás a salvo.

Él la mira con duda, y deja de llorar por un momento. Ella extiende los brazos, y, para su sorpresa, el niño devuelve el gesto. Mille lo recoge y lo abraza con fuerza, asegurándose de

mantener el brazo herido a su lado para no mancharlo con sangre. Se vuelve para ver a Iver todavía parado allí, atónito.

Hay un grito del otro lado de las ventanas, y Mille mira para ver una escena terrible desarrollándose justo detrás del vidrio; gente luchando, muchos de ellos con heridas sangrientas, algunos de ellos peleando contra Torben y la madre del niño, que ahora se ha levantado y se ha unido a la diversión.

El niño comienza a sollozar de nuevo, y Mille se gira hacia el mar para que él no pueda ver lo que está sucediendo dentro.

—Está bien —susurra Mille, colocando su boca cerca de su pequeña oreja. —Los malos no pueden hacerte daño ahora.

Entonces, de repente, Iver vuelve a la vida, como un robot siendo enchufado de nuevo. —¡Oh, mierda! ¡Oh, no! ¡Oh, mierda! —comienza a cantar en una voz aguda, sosteniendo su cabeza con ambas manos mientras mira de la ventana a Mille. —¡Todo está arruinado ahora! ¡Todo está arruinado! Deberíamos haber saltado del barco como dijo Charlotte. ¡Ahora todos vamos a morir!

—Ahora está bien —le dice Mille al niño, abrazándolo un poco más fuerte, colocando un beso en su sien, mientras él apoya su cabeza contra su hombro y deja de llorar con un suspiro. —Vas a estar bien, te lo prometo.

—¡No digas eso! —grita Iver. —¡No le digas al bebé que va a estar bien; no lo estará! ¡Todos vamos a...

—Él va a lograrlo —dice Mille, mirando a Iver, su expresión es de piedra, su voz es firme, sin ofrecer espacio para debate. —Lo llevarás, y encontrarás una manera de sacarlo de este barco.

Iver sacude la cabeza. —Yo... no puedo... no hay manera...

Mille da un paso hacia él con gran dificultad; punzadas de dolor surgen desde su hombro destrozado y las muchas mordeduras en todo su brazo. Su cuerpo ya está doliendo desde el interior también; literalmente siente el virus recorriendo sus venas, incendiándolo todo, matándola con la eficiencia del cianuro.

Estaré muerta en tres minutos.

El niño se mueve un poco en sus brazos, pero sigue aferrándose a su camisa y apoyando su mejilla contra su hombro.

—Llévalo, Iver —dice suavemente. —Asegúrate de que salga del barco. —Cuando Iver comienza a sacudir la cabeza de nuevo, ella continúa: —Pensé que iba a salvar a todos. Resulta que sólo estaba destinada a salvar a uno.

Ella mira al niño que la mira con grandes, tímidos ojos azules, y sonríe mientras las lágrimas comienzan a derramarse de los suyos.

—Pero de todas formas, uno es mejor que ninguno, ¿verdad? —le dice al niño, su voz es sorprendentemente tranquila. Ella mira a Iver nuevamente. —Haz lo que tengas que hacer. Pero llévalo a un lugar seguro.

Iver duda. Pero esta vez, en lugar de sacudir la cabeza, en realidad extiende las manos.

Mille besa la cabeza del niño una vez más, luego se lo entrega. Él emite un gemido débil, se aferra por medio segundo, luego se rinde a Iver y se acurruca de la misma manera en que lo hizo con Mille.

—Así es como se suponía que debía suceder —dice, sin estar segura de dónde vienen las palabras. —Ahora lo entiendo.

Da unos pasos hacia atrás, luchando por mantener el equilibrio mientras su visión comienza a volverse borrosa.

—Sácalo del barco —le dice a Iver una última vez. —Prométemelo.

—Lo haré —dice él. Y hay una repentina convicción en su voz. Tal vez simplemente le está ofreciendo un último consuelo, pero Mille no lo cree; ella piensa que realmente lo dice en serio, que está decidido a salvar al niño.

—Bien —dice Mille, volviéndose hacia la barandilla y el brillante cielo de la mañana reflejado en el océano tranquilo varios pies abajo, la luz ya lo suficientemente brillante como para hacerla entrecerrar los ojos. —Lo hice —susurra, sonriendo para sí misma.

Ella extiende la mano y agarra el metal frío. Luego se sube con un gruñido doloroso.

—Mille, espera —dice Iver.

Pero Mille no espera. Gira su rostro hacia el sol una última vez, mientras se inclina hacia adelante y permite que la gravedad tome el control.

Y mientras cae por el aire, cada vez más rápido, no hay recuerdos pasando frente a sus ojos, no hay escenas de su vida corriendo.

En cambio, su último pensamiento va hacia el niño y sus grandes, brillantes ojos, y se imagina cómo crecerá para convertirse en un apuesto adolescente, y cómo esos ojos romperán los corazones de unas cuantas chicas.

Mille está sonriendo cuando golpea el agua.

DIECISÉIS

Eli hace todo lo posible por mantener el volante firme, pero sus manos están temblando y las gotas de sudor siguen corriendo por su frente, picándole los ojos.

Su respiración entrecortada compite con el rugido del motor, mientras las luces de la autopista pasan zumbando. Ya pasó la salida para Fredericia. No va allí; ¿por qué iría? El apartamento de Malthe está en Fredericia, y Eli se suponía que pasaría la noche allí, pero Malthe está muerto. Al igual que Aksel. Eli todavía puede oler su carne quemada.

—Mierda —murmura, buscando a tientas la ventilación, sin querer apartar los ojos de la carretera. La encuentra y la pone a máxima potencia.

De repente, se siente sorprendentemente sobrio. Aparentemente, ver a dos compañeros de banda perder la vida en cuestión de minutos es suficiente para poner el cerebro en marcha.

Pasa un cartel que le dice que Haderslev está a sólo cuatro millas. Presiona el acelerador aún más, acercándose a los 130. Aksel no exageraba cuando se jactaba de lo rápido que podía ir el coche de su padre.

El pensamiento de Aksel hace que Eli vuelva a ser consciente del hedor, y frunce el ceño. —Mierda, ¿cómo es que todavía puedo olerlo en mí? Oh, hombre, necesito algo de maldita música ...

Enciende el estéreo al máximo volumen. Las melodías de *Kraftwerk* hacen que sus tímpanos palpiten agradablemente, calmando un poco sus nervios. No es suficiente, sin embargo, y antes de darse cuenta de lo que está haciendo, Eli se encuentra inclinado y hurgando en la guantera.

—Vamos... vamos... ¿no dijo Aksel que trajo algo de hierba?

Eli ha estado limpio durante casi siete meses, lo único que ha disfrutado es el alcohol; nada de drogas. Ha sido muy difícil a veces, especialmente aquella vez que casi lo atropella un coche

mientras andaba en su patineta. O cuando encontró un bulto en sus testículos que resultó ser inofensivo.

El miedo a la muerte parecía ser el mayor desafío; lo que más probablemente podría traer de vuelta el deseo por la cómoda insensibilidad que le proporcionaban las drogas. Y desde que escuchó sobre este virus que se extendía por todo el país, Eli había estado más asustado que nunca. No es de extrañar que aceptara rápidamente cuando Aksel lo llamó, queriendo salir a beber.

La primera vez que Eli usó drogas fue cuando su madre se suicidó. Eli fue quien la encontró en el garaje. El coche todavía estaba en marcha, el aire denso con humo. Tenía sólo quince años en ese entonces. Encontrarla así fue el mayor susto de su vida. Pasó cinco meses teniendo terribles pesadillas, tratando de sacudirse la imagen de ella sentada al volante, con la cabeza inclinada hacia un lado, los ojos cerrados y la boca abierta.

No fue hasta que conoció a Aksel y Malthe y ellos le introdujeron al cannabis que finalmente pudo dormir de nuevo.

Por supuesto, el cannabis fue sólo el comienzo.

—¡Mierda! —gruñe para sí mismo al darse cuenta de que no hay nada en la guantera más que las cosas que normalmente se guardan allí. —Está bien —murmura, apretando el volante—. Está bien, puedo hacerlo. No lo necesito. Puedo...

De repente, se da cuenta de una extraña sensación vibrante en el aire. No tiene tiempo para averiguar de dónde viene, porque sin previo aviso, algo grande y amarillo aparece en la esquina superior de su campo visual.

—¡Guau, mierda!

Eli se apoya contra la ventana lateral, para ver un helicóptero girando cayendo del cielo a una velocidad alarmante, justo al lado de la carretera. Se conecta con el suelo detrás de un par de árboles, las hélices aún girando cuando Eli lo pierde de vista.

—Santo cielo —murmura Eli para sí mismo mientras sigue conduciendo—. Espero que quienquiera que estuviera allí esté bien...

No piensa mucho en ello, sin embargo; sabe que él mismo está en un gran problema. En el peor de los casos, probablemente irá a la cárcel. Fue al menos parcialmente responsable de la muerte de Aksel y Malthe, ya que todos rompieron las reglas y salieron incluso después de que se estableciera el toque de queda.

A menos que este sea el fin del mundo, por supuesto. Como Aksel seguía diciendo que lo era. Salir a beber fue idea de Aksel. Pensándolo bien, Eli nunca había visto a Aksel actuar como lo

hizo esta noche. Era como si quisiera morir. Como si supiera que todos terminarían muertos pronto, así que era mejor acabar de una vez.

Eli sabe que Aksel ha estado luchando últimamente. Algo sobre una depresión. Tal vez por eso quería salir en primer lugar. No es que importe ahora. Aksel está muerto. Y Eli todavía puede olerlo incluso con la ventilación encendida.

Baja la ventana, y el aire fresco de la mañana entra rugiendo, despejando un poco el hedor.

Quizás todavía hay una forma de salir de esto... Quizás no necesito ir a la cárcel. ¿Qué pasa si simplemente no le digo a nadie lo que pasó? ¿Quién puede probar que estuve allí?

El pensamiento trae un destello de esperanza.

La salida aparece adelante. Eli suelta el acelerador y sale de la autopista. No ha pensado mucho en hacia dónde se dirige exactamente hasta ahora, pero de repente se da cuenta de que se dirige a la casa de Claus.

Es ridículo; Eli tiene diecinueve años. Debería ser lo suficientemente mayor para lidiar con esto. Pero automáticamente buscó a la única persona que puede ayudarlo ahora.

Claus lo ha sacado de problemas antes. Sabrá qué hacer. Y no lo juzgará.

Mientras conduce por la ciudad, Eli nota que el olor a carne quemada se hace más fuerte dentro del coche de nuevo.

Es increíble lo fuerte que es ese olor; Eli sólo tocó el cuerpo de Aksel por unos segundos cuando lo levantaron, y sin embargo sus manos deben ser de donde proviene el olor.

Se huele tentativamente las palmas, pero para su sorpresa, sólo puede oler su propio sudor. Huele su camiseta, pero tampoco huele.

—¿Qué demonios? —murmura, mientras gira a la izquierda. La casa de Claus aún está a unas pocas cuadras.

Decide llamar a Claus y pedirle que salga. Eli encuentra su teléfono y baja la música.

Es entonces cuando lo escucha: los ruidos que vienen del maletero.

Y finalmente, su cerebro conecta los puntos.

El hedor. De ahí es de donde viene. Por eso todavía puede oler la carne quemada. Pusieron a Aksel en el maldito maletero.

¿Cómo pudo olvidarlo? Ha estado conduciendo con su amigo muerto en el coche.

Excepto que, a juzgar por los golpes, los rasguños y los gemidos que vienen de atrás, su amigo no está exactamente muerto.

DIECISIETE

El impacto es lo suficientemente fuerte como para hacer que le tiemblen los dientes y su visión se vuelva borrosa durante unos segundos.

Cuando puede enfocar de nuevo, Josefine se sorprende de que el helicóptero esté de pie. Y de que ella esté viva, sin heridas, incluso.

Lo cual es más de lo que puede decir de Michael.

Cuando golpearon el suelo, todo salió volando, incluido Michael, que todavía estaba tendido entre los asientos. Fue arrojado con fuerza contra el techo y luego cayó inerte al suelo.

Bodil, quien también sufrió una caída brusca, ha aterrizado encima de él y ahora está ocupada trabajando en él con ambas manos y boca. Lo que exactamente le está haciendo está afortunadamente oculto de la vista de Josefine, pero los ruidos húmedos dejan poco espacio para la interpretación.

El piloto está inconsciente o tal vez incluso muerto, inclinado en su asiento, sin moverse.

Josefine mira aturdida por la ventana el día brillante y soleado. Han aterrizado en un campo de hierba junto a los árboles, de los cuales el piloto debe haber desviado en el último segundo.

En ese momento, el piloto gime y se sienta derecho, frotándose la frente. —Maldita sea...

Josefine intenta hablar, pero su respiración todavía es demasiado superficial, y las palabras salen como poco más que un susurro: —Cuidado...

El piloto gradualmente vuelve en sí, y cuando mira a un lado, suelta una maldición al ver a Bodil comiéndose a Michael, quien a estas alturas, según Josefine, debe estar muerto, si no lo estaba ya.

—Sal de aquí —dice Josefine con voz ronca.

El piloto todavía no la escucha, pero no lo necesita; finalmente ha comprendido el hecho de que está al alcance de Bodil, e inmediatamente comienza a desabrocharse el cinturón de

seguridad.

Desafortunadamente, sus movimientos parecen atraer la atención de Bodil lejos de Michael, o tal vez simplemente ha terminado con él, porque levanta la cabeza con un chasquido depredador, salpicando gotas rojas a ambos lados. Incluso desde atrás, Josefina puede notar que las mejillas gordas de Bodil están manchadas de sangre.

—¡No! —ruge el piloto, empujando la puerta mientras Bodil se le acerca. —¡No me toques!

Si la puerta se hubiera abierto al primer intento, el piloto podría haber salido. Pero no lo hace. Tal vez la manilla resbala. Tal vez la puerta simplemente se atasca ligeramente después del aterrizaje brusco.

De cualquier manera, al piloto le toma otro empujón violento abrirla, y eso es todo lo que Bodil necesita para lanzarse hacia adelante y morderle el hombro.

El piloto grita de dolor, agita su brazo en un intento de quitarse a Bodil de encima, justo cuando la puerta se abre y él cae fuera del helicóptero. Bodil, que le ha mordido el hombro como un perro policía en servicio, lo sigue.

Josefina no puede ver desde aquí lo que está pasando, pero puede escuchar la pelea en el suelo; el piloto maldice y grita, Bodil gruñe y chasquea los dientes.

Luego el piloto logra ponerse de pie, agarrando la puerta para mantener el equilibrio. Se aleja del helicóptero, corriendo a través del campo abierto, sujetando su hombro sangrante mientras mira hacia atrás. Parece dirigirse hacia la autopista que Josefina no había notado hasta ahora.

La cabeza de Bodil aparece a la vista mientras ella también logra ponerse de pie. Ella comienza a perseguirlo, pero es desesperadamente lenta, tambaleándose torpemente con la cadera rota, casi cayéndose con cada paso.

Dentro de unos diez metros, parece darse cuenta de que sus posibilidades de alcanzar al piloto, quien ahora ha llegado a la autopista y corre por ella, son casi nulas.

Entonces, simplemente se detiene, se da la vuelta y comienza a caminar de regreso hacia la presa más cercana: Josefina.

Al ver que Bodil regresa de esta manera, Josefina finalmente sale de su trance. No tiene idea de si Bodil podrá trepar por la puerta abierta, pero no tiene intención de dejarlo al azar.

Intenta levantarse, luego recuerda el cinturón y se esfuerza por desabrocharlo. Esta vez, sólo le toma un par de segundos, pero esos segundos le parecen minutos a Josefina. Cuando finalmente escucha el chasquido del cinturón, se lanza hacia adelante y trepa justo más allá de la cosa todavía sujeta a la camilla volcada.

Agarra a Michael por los hombros, intencionalmente sin mirar los cráteres sangrientos que Bodil dejó en él. Le toma toda su fuerza levantarlo contra la puerta corredera. Agarra la manilla y abre la puerta, luego empuja a Michael fuera. Él cae al suelo.

Josefine mira hacia arriba para ver a Bodil acercándose a ella, y cierra la puerta de golpe en el último segundo posible.

Suspira de alivio.

Entonces, recuerda.

La puerta delantera... todavía está abierta...

Josefine vuelve a ponerse en acción, se aprieta entre los asientos y alcanza la puerta, pero no puede alcanzarla del todo.

Bodil ha dado la vuelta al helicóptero y se acerca a ella tan rápido como puede.

Josefine trepa hasta el asiento del piloto, se inclina y agarra la manilla justo cuando Bodil extiende su mano ensangrentada. Mientras Josefine cierra la puerta de un tirón, los dedos de Bodil rozan el dorso de su mano.

Entonces la puerta se cierra de golpe, y Josefine grita en una mezcla de alivio y terror, mirando desde la ventana con el rostro ensangrentado de Bodil y sus ojos blancos y vacíos mirándola fijamente, hasta las huellas de sangre manchadas en su mano.

Recuerda a Michael vertiendo el desinfectante sobre su estómago y mira hacia abajo para ver la botella en el suelo. La recoge y exprime una buena cantidad del líquido frío, luego se frota bien la mano.

Cuando la sangre se ha ido, Josefine examina de cerca la piel. No parece estar rota en ninguna parte. Con suerte, eso significa que estará bien.

Aun así, su sistema está en pánico, su corazón late con fuerza, sus pulmones se agitan por el aire.

Está bien, se dice a sí misma. Sólo necesito calmarme. Ya no estoy en peligro inmediato.

Es cierto; la situación es mala, pero no crítica. Tiene tiempo para pensar. Puede encontrar una forma de salir de aquí. El pensamiento realmente la calma un poco.

Se gira en el asiento y escanea el interior del helicóptero, buscando salidas. Hay cuatro, pero las dos en la parte delantera son imposibles de usar debido a que Bodil está justo afuera. Lo que deja sólo dos como salidas viables: la puerta corrediza del lado derecho y la apertura trasera a través de la cual pasaban las camillas. La puerta corrediza requiere que trepe por la camilla con la cosa retorciéndose en ella. La cosa ha logrado liberar un brazo de las correas, que deben

haberse soltado durante el aterrizaje forzoso, y, mirando la forma en que las otras correas apenas se mantienen, no parece exactamente una opción atractiva escalar la camilla.

Lo que deja sólo la apertura trasera. Josefina vuelve a trepar por el helicóptero, pasando la camilla a una distancia segura, ignorando el brazo que se estira con avidez hacia ella.

Mira la manilla de la escotilla trasera y se da cuenta de que requiere algún tipo de llave para abrirla.

—Maldita sea —murmura.

Entonces se da cuenta del sonido de dedos rascando en el exterior del helicóptero justo frente a ella. Por un momento, piensa que otra persona muerta se ha unido a Bodil, pero luego mira por la ventana y se da cuenta de que Bodil ya no está en la parte delantera del helicóptero.

—Me siguió hasta aquí —murmura Josefina—. Puede sentir dónde estoy...

Esto significa, por supuesto, que si quiere salir del helicóptero, necesita alejar a Bodil o escabullirse. Si es demasiado lenta, Bodil estará esperando justo afuera, dándole la bienvenida con los brazos abiertos...

Piensa. «Tiene que haber otra manera».

Mira hacia arriba, esperando ver un techo corredizo o algo similar, pero el techo del helicóptero es todo de metal.

Luego su mirada se posa en un cuadrado en el suelo. Hay una manilla en el medio y un dibujo inconfundible de un hombre huyendo de un incendio más las palabras: Salida de Emergencia – Advertencia: No Abrir Mientras Está en el Aire.

Intenta recordar el exterior del helicóptero, intenta recordar cuánto espacio hay debajo de él. Tuvo que dar un gran paso para subir, lo que significa que probablemente hay al menos un poco más de medio metro. Suficiente espacio para que se deslice. Pero, ¿también podrá Bodil meterse debajo del helicóptero?

Su pregunta es respondida cuando unas uñas raspan audiblemente la parte inferior del helicóptero.

Pero, levantando la cabeza de nuevo, puede escuchar rascaduras desde la parte trasera también. Alguien más está ahí afuera...

Josefina se acerca a la ventana y mira hacia afuera. Dentro de treinta segundos, Bodil aparece a la vista. Y luego, desde debajo del helicóptero, Michael aparece arrastrándose. Se pone de pie y se une a Bodil en arañar la ventana.

Josefina retrocede, respirando rápidamente de nuevo.

Al mismo tiempo, se le recuerda otro peligro mucho más inmediato, ya que se escucha un chasquido proveniente de la camilla.

Josefine mira la cosa, que ahora está colgando torpemente de las dos correas que aún se aferran a la camilla, ambos brazos ahora libres y capaces de agarrarse a las patas de la otra camilla, empujando el cuerpo hacia adelante y poniendo presión en las correas restantes.

Es sólo cuestión de segundos. Será mejor que me ponga en marcha y salga de aquí de alguna manera...

A pesar de la orden muy clara de sus pensamientos, Josefine no se mueve. Una extraña sensación la llena. Parece que su cuerpo sabe algo que ella no.

No puedo irme; no con los dos afuera. Y no puedo dejarlo así.

Parece como dos problemas separados, pero cuando se fusionan, el cerebro de Josefine finalmente entiende y sabe lo que necesita hacer.

Es obvio, en realidad, ahora que lo ve. Incluso habló con Michael sobre la eutanasia.

Al principio, la noción es aterradora para ella, imposible de considerar. Pero este ya no es su padre. Nunca lo será nuevamente. No queda absolutamente nada del hombre fuerte y amoroso que la crió. Dejarlo continuar así es indigno. Él se habría horrorizado si hubiera sabido que terminaría siendo un cadáver viviente. Probablemente lo habría terminado él mismo si pudiera, simplemente habría dejado de comer y beber. No habría habido miedo ni vacilación de su parte. Incluso hasta el final nunca perdió su feroz determinación.

Pero yo no puedo hacerlo... No soy tan fuerte...

«—Claro que lo eres. ¿No eres mi hija?»

La voz es tan clara en su mente que casi parece que habló justo al lado de ella.

Josefine respira profundamente. Luego mira alrededor del equipo médico, algunos de ellos todavía colgando de las paredes, otros han caído al suelo. Ve un pequeño utensilio con una tapa. Lo recoge y le quita la tapa. La hoja plateada de un bisturí brilla hacia ella.

Josefine traga saliva y, por alguna razón, siente un cosquilleo en la nuca mientras la voz de Michael resuena en su mente: «Un corte de media pulgada probablemente sería suficiente».

Mira hacia la camilla. Una de las correas restantes se ha soltado unos centímetros, permitiendo que la cosa ponga un pie en el suelo, pateando ansiosamente para empezar, para alcanzarla, sus ojos muertos fijos en su pecho.

Josefine se maniobra hasta el extremo de la cabecera de la camilla, asegurándose de mantenerse fuera del alcance de los brazos que se agitan. La correa del pecho sigue en su lugar,

impidiendo que la cosa alcance sus brazos por encima de la cabeza. En cambio, inclina su cabeza casi calva hacia atrás para gruñirle.

—Lo siento mucho por esto, papá —susurra Josefina mientras desliza el bisturí debajo de su cuello. No puede evitar sentir la piel suave, y la frialdad de esta la hace estremecerse. También solidifica su decisión; lo que sea que esta cosa sea, está muerta. Debería haber dejado de moverse hace tiempo. Lo que está a punto de hacer es simplemente poner las cosas en su lugar.

Cierra los ojos, intenta bloquear los gruñidos y los crujidos de las correas, intenta imaginar el rostro de su padre, sonriéndole. Las lágrimas comienzan a derramarse de sus ojos, su respiración se acelera y su mano comienza a temblar.

No puedo hacerlo. Simplemente no puedo.

«Claro que puedes. Adelante, querida».

Josefina sacude la cabeza mientras comienza a llorar en voz alta, todavía con los ojos cerrados.

—Ni siquiera sé si funcionará —solloza.

«Lo hará. El médico lo dijo. Hazlo ahora, querida. Antes de que sea demasiado tarde».

Josefina aprieta los dientes, reúne su fuerza de voluntad, concentra toda su atención en el bisturí agarrado en su mano sudorosa.

Luego hay un fuerte chasquido cuando la correa del pecho cede...

DIECIOCHO

—¿Hola? ¿Eli? —La voz de Claus en su oído, soñolienta—. ¿Por qué llamas tan temprano? ¿Todo bien?

Eli no es capaz de responder. Apenas puede concentrarse en conducir.

Está mirando el espejo retrovisor. Mirando el asiento trasero. El cuero se está abultando y moviendo donde las manos de Aksel lo están manoseando desde atrás. Parece que ya ha arrancado la mayor parte del tapizado, la única cosa que lo separa de Eli es el cuero. Afortunadamente, sus uñas no parecen lo suficientemente afiladas como para penetrarlo.

—Cl... Claus —Eli logra croar—. Yo... necesito tu ayuda...

—Te escuchas terrible, amigo. No me digas que usaste otra vez.

—No, no es eso.

—Oh, gracias a Dios.

—Es incluso peor.

Una breve pausa. —¿Cómo puede ser peor?

—Mira, realmente necesito verte.

—Lo siento, amigo, pero eso no va a poder ser.

Eli está tan atónito que se olvida de Aksel por un momento. —¿Qué? Dijiste que siempre podría llamarte si necesitaba ayuda.

—Desearía poder, pero verás...

—¡Es cuestión de vida o muerte!

—Lo entiendo, Eli, pero simplemente no estoy...

—¿Simplemente no estás qué? ¿De humor para mis molestos problemas? Bueno, lo siento mucho por molestarte, ¡pero ya casi me matan dos veces esta mañana! ¿Qué te parece eso para tu...

Es interrumpido por un ruido de desgarro que lo hace mirar una vez más al espejo. Aksel ahora está mordiéndose el camino a través del cuero, rasgándolo como un animal. Y está funcionando. En cuestión de segundos, hay una abertura lo suficientemente grande como para que su cara se asome.

—¡Oh, no, mierda!

No miró a Aksel cuando lo movieron; se aseguró mucho de no hacerlo. Pero ahora, la cara de su amigo lo está mirando fijamente, sobresaliendo cómicamente del asiento trasero.

—¿Eli? ¿Eli? —La voz de Claus llama desde algún lugar cercano, y Eli se da cuenta de que debe haber guardado el teléfono en su bolsillo sin desconectar la llamada, porque ya no está en su mano.

Eli no puede pronunciar una palabra. Sólo puede mirar a Aksel.

Las cejas de Aksel han desaparecido, sus labios están ampollados y retraídos en un gruñido, revelando las encías rosadas y los dientes blancos, un trozo de cuero negro atrapado entre dos de ellos. Su piel es mayormente negra y se ha desprendido en varios lugares, haciendo que los pómulos blancos se asomen. Además, su cabello ha desaparecido en su mayoría, o más bien, se ha derretido sobre el cráneo como un lecho de flores marchito.

«Con razón apesta aquí», un pensamiento interrumpe en la mente de Eli, sorprendentemente claro. «Parece un cerdo asado».

Aksel comienza a retorcerse con entusiasmo, tratando de empujar sus hombros a través del asiento.

Luego, Eli es sacudido de su trance, mientras el coche rebota violentamente, subiéndose a la acera, chocando contra un parquímetro.

—¡Mierda!

Eli gira el volante a un lado justo a tiempo para evitar un poste de luz. En cambio, choca contra un coche estacionado. Algo blanco cubre su campo de visión en un instante, y antes de que el sonido de la colisión llegue a sus oídos, su cara se estrella contra algo no muy suave.

Eli se hunde en el asiento con un suspiro profundo mientras se desvanece en una liberadora oscuridad. Lo último que escucha es alguien gruñendo detrás de él.

DIECINUEVE

Iver simplemente se queda allí durante varios segundos que se sienten más como horas, mirando la barandilla en el lugar donde Mille estuvo hace un momento.

Lo que lo devuelve no son los ruidos de personas peleando y muriendo, sino el niño pequeño moviéndose suavemente contra su pecho, gimiendo.

Mira la cara del niño, parpadeando como un sonámbulo siendo llamado de vuelta a la vigilia. Y recuerda el hecho de que ahora es responsable de este pequeño.

Iver tiene dieciocho años y sólo ha tenido un encuentro sexual con una chica, el cual terminó de manera bastante desastrosa, como la mayoría de las primeras veces. La experiencia sirvió para un propósito útil, sin embargo, ya que le confirmó lo que sospechaba desde la pubertad temprana, es decir, que era gay.

Así que ser padre es algo muy alejado de cómo Iver se ve a sí mismo. Tampoco tiene hermanos menores, por lo que cuidar de un niño pequeño es algo completamente desconocido para él. Lo más cercano a cualquier tipo de paternidad es RuPaul, su *Maine Coon*, que lo espera en su apartamento en Estocolmo.

Aun así, para su asombro, siente una fuerte oleada de protección al mirar al niño. Es como un instinto primal que cobra vida, y se resuelve a cumplir su promesa a Mille, apartando el shock de verla saltar por la barandilla, posponiéndolo para procesarlo más tarde, cuando ya no esté en peligro.

Y, hablando de peligro, cuando se gira para mirar a través de las ventanas, la vista que tiene es algo sacado de una película de terror. La mayoría de las personas que ve dentro están muertas o muriendo. Algunos están huyendo. La sangre está por todas partes, pintando el suelo y las paredes y a todos, incluso manchando el vidrio en varios lugares. Las puertas del ascensor se

cierran y se abren de nuevo al encontrarse con el obstáculo que es una mujer comiéndose la cara de otra mujer.

De repente, una cabeza calva y manchada de sangre aparece justo al otro lado del vidrio, mientras un anciano se levanta y comienza a palpar la ventana con una mano que ha sido mordida hasta convertirse en muñones ensangrentados.

El niño pequeño gime e Iver gira suavemente su cabeza hacia su pecho. —Está bien, no los mires —susurra.

El sonido de la puerta de vidrio deslizándose al abrirse lo hace girar. Un joven no mucho mayor que Iver sale tambaleándose al pasillo. Por medio segundo, se detiene, casi como si quisiera tomar aire fresco, inclinando ligeramente la cabeza hacia atrás.

«Está usando su sentido del olfato», piensa Iver con una sensación de hundimiento en el estómago.

Y su pensamiento se confirma cuando el zombie se vuelve hacia ellos y comienza a tambalearse por el pasillo.

La puerta de vidrio es la única manera para que los pasajeros entren y salgan del pasillo. Sin embargo, hay otra forma, que sólo está destinada para emergencias. Iver no puede pensar en una situación más urgente que la que actualmente enfrenta, así que se dirige al otro extremo del pasillo.

Una escalera a la altura de los ojos puede deslizarse hacia abajo, ofreciendo una forma de entrar en la cubierta frontal. Iver estira la mano y baja la escalera. —Escucha, pequeño amigo, necesito sostenerte ahora, ¿de acuerdo? Agárrate a mí.

No está seguro de si el niño lo entiende, pero no hay tiempo para averiguarlo, porque el joven se está acercando a ellos, así que Iver comienza a trepar, apretando al niño mientras sube torpemente usando sólo una mano.

Es difícil pero posible, y cuando el zombie llega a la escalera, los zapatos de Iver están justo fuera de su alcance. A Iver nunca le han gustado las alturas, y siente sus músculos comenzar a tensarse mientras la escalera se sacude.

Por un segundo aterrador, está seguro de que el zombie lo ha perseguido y también está escalando la escalera. Pero cuando mira hacia abajo, Iver ve que simplemente se está golpeando contra la escalera, tratando de alcanzar las piernas de Iver, sin ni siquiera intentar trepar.

Iver ya está a varios pies por encima del pasillo, pero todavía está a mitad de camino de la cubierta frontal, y no puede evitar notar lo fácil que sería resbalarse y caer por la barandilla desde aquí, sólo para caer al mar abajo.

—No mires hacia abajo —respira, concentrándose en la escalera—. Sólo no mires hacia abajo.

Convencer a sus extremidades de seguir trabajando es una tarea cada vez más difícil, mientras el sudor le corre por la frente a pesar de la brisa fría del mar. Pero finalmente, no hay más peldaños, Iver sube a la cubierta, alejándose rápidamente de la barandilla, como si algún extraño vacío pudiera arrastrarlo de vuelta al borde.

—Lo logramos —susurra, ofreciendo una débil sonrisa al niño, que ha recurrido a chuparse el índice y el dedo medio en un obvio esfuerzo por consolarse.

Iver mira alrededor. La cubierta está iluminada por el sol temprano y mayormente vacía, excepto por un par de fumadores. Ninguno de ellos tiene la menor idea de lo que está pasando un par de cubiertas debajo de ellos.

—Hasta ahora, todo bien —dice Iver—. Ahora, déjame pensar por un segundo. ¿Cómo salimos de este barco?

Realmente sólo hay un par de opciones cuando quieres dejar un barco en el mar.

Alguien te recoge desde el aire; otro barco te invita a bordo; lanzas un bote salvavidas; o saltas al agua y comienzas a nadar.

Iver mira hacia el oeste. Dinamarca todavía es muy visible en el horizonte. De hecho, parecen estar a sólo unas ocho millas náuticas, lo que se traduce en un poco más de catorce kilómetros. Es un largo camino para nadar, pero Iver podría ser uno de los pocos a bordo del ferry que realmente podría hacerlo. Es un excelente nadador, ha competido en el campeonato nacional juvenil de Suecia durante los últimos tres años. Incluso ha entrenado para nadar largas distancias en mar abierto, y ahora mismo, el agua no está tan fría.

Así que probablemente sea posible. El problema es que nunca podría hacerlo con un niño pequeño. Y no va a abandonar ni al niño ni su promesa a Mille.

Contactar otro barco o un helicóptero también está fuera de cuestión; incluso si pudiera acceder a una radio y llamar a las autoridades danesas, necesitarían saber por qué necesita su ayuda.

Lo que deja sólo una opción: la que Charlotte mencionó.

Iver se gira para mirar hacia el puente; desde esta posición no necesita preocuparse por que el capitán o el segundo oficial lo vean, ya que está demasiado cerca del puente. Los botes salvavidas naranjas, sin embargo, son claramente visibles desde aquí, suspendidos en cables pesados desde los cuales pueden bajarse al nivel del mar.

Bajar y lanzar los botes salvavidas es una tarea sorprendentemente simple, y puede hacerlo una sola persona. Todo el proceso se puede operar desde dentro del bote y se realiza sin sistemas

eléctricos, sólo por medios mecánicos e hidráulicos. Tampoco requiere ninguna llave de acceso especial o algo similar; sólo conocimiento. Iver tiene ese conocimiento.

El único desafío, realmente, es llegar a los botes y bajarlos sin que nadie lo note.

Si un pasajero viera el bote salvavidas siendo lanzado, el pánico se extendería rápidamente por todo el barco.

Si un miembro de la tripulación lo viera, la noticia llegaría pronto al capitán, e Iver está bastante seguro de que Sorenson ordenaría a seguridad detenerlo o incluso aprehender el bote, en caso de que Iver lograra lanzarlo.

Incluso sospecha que, al no poder detener el bote salvavidas, Sorenson podría sentirse obligado a tomar medidas más drásticas, como alertar a las autoridades o, peor aún, tomar medidas directas para hundir el bote salvavidas.

Es un escenario loco, pero dada la situación y la dedicación de Sorenson a su deber, Iver no lo encuentra tan descabellado.

Así que necesita no sólo bajar el bote salvavidas sin ser visto, sino también alejarse lo más posible del barco en el momento en que el bote toque el agua.

Iver mira hacia los botes salvavidas, reflexionando sobre la difícil tarea, tratando de encontrar una manera de llevarla a cabo, cuando, de repente, un movimiento junto al bote salvavidas trasero llama su atención. Entrecierra los ojos para ver mejor.

Una persona está manipulando la grúa. Otra aparece desde detrás del bote salvavidas. Ambos llevan chalecos salvavidas. Y uno de ellos se parece mucho a...

—Charlotte —susurra Iver.

—¿Perdón? —una voz detrás de él.

Iver se gira y ve a una anciana acercándose. Su esposo está sentado en un banco, mirando hacia esta dirección.

—¿Trabajas aquí? —pregunta la mujer en danés, sonriéndole.

—Yo... sí —dice Iver.

—¿Podrías decirme por qué nos hemos detenido? ¿Hay algún tipo de problema?

—Es, ehm... —Iver busca una excusa. Su mente todavía está trabajando para entender el hecho de que acaba de ver a Charlotte preparando el bote salvavidas; había dado por sentado que ya se había ido. Pero obviamente decidió no hacerlo sola, y ha pasado algún tiempo encontrando a alguien que la ayude.

La anciana sigue mirándolo, sus ojos saltando entre Iver y el niño en sus brazos, su expresión volviéndose más confusa por segundos.

—Escuche —dice Iver, decidiendo de repente ser honesto—. Ha habido un brote del virus Rhabdo en el barco. No sé qué va a pasar, pero le sugiero que regrese a su camarote de inmediato y se encierre. Lleve algo de comida si tiene; puede que tenga que quedarse allí un tiempo.

Iver espera sólo el tiempo suficiente para ver la mirada de comprensión aterrorizada en el rostro de la mujer, luego, antes de que pueda preguntarle algo más, se da la vuelta y se dirige hacia la puerta más cercana.

VEINTE

—Lo siento, chicos —susurra Eli con voz ronca—. No se suponía que esto pasara. Nunca debimos salir de la ciudad.

Aksel lo mira, con una expresión curiosa en su rostro. —¿De qué demonios hablas, amigo?

—Estás muerto —dice Eli, sintiendo ganas de llorar—. También lo está Malthe. Todo está jodido. Todo está jodido.

Aksel se burla. —Amigo, necesitas controlarte.

—Lo siento mucho —repite Eli, y ahora puede sentir realmente las lágrimas cayendo por sus mejillas—. Realmente los extrañaré mucho. Eran mis mejores amigos, ¿saben? Mis únicos amigos, en realidad. Y la banda... ¿cómo demonios voy a vivir sin la banda?

Aksel se acerca más. Es un movimiento extraño, casi como si su rostro se desplazara solo. —Escucha, imbécil, realmente necesitas recomponerte. Todos nos sentimos mal por nosotros mismos de vez en cuando. Lo sé, créeme. Eso no significa que te quedes ahí tirado llorando así. O sigues adelante o pones fin a esto.

Eli solloza. Está muy oscuro aquí, donde sea que "aquí" esté. También hay un olor desagradable. Y un ruido extraño. A Eli no le importa nada de eso, sin embargo. Todo lo que le importa es que Aksel y Malthe están muertos.

—Lo siento mucho —solloza—. Todo es culpa mía...

—¡Oye! —dice Aksel, su voz volviéndose extrañamente distorsionada, como si estuviera gruñendo—. ¿Me estás escuchando? Si no quieres terminar como nosotros, entonces ¡necesitas levantarte y seguir moviéndote!

Las palabras se vuelven más difíciles de discernir a medida que Aksel habla, y algo está pasando con su cara también, está transformándose en algo más. Algo muerto.

—¿Qué... qué está pasando? —murmura Eli, tratando de sentarse, tratando de mirar alrededor, pero es muy difícil moverse, como si algo lo estuviera sujetando en su lugar, y no puede apartar los ojos del rostro de Aksel, que todavía está transformándose frente a él, la piel desprendiéndose y oscureciéndose, las facciones contorsionándose en una máscara de furia, las pupilas desvaneciéndose y dejando los ojos como bolas blancas y vacías.

La expresión de Aksel se convierte en una mueca mientras croa: —¡Aléjate... de... mí!

Con cada palabra, que ahora es más un gruñido, Aksel parece lanzarse hacia él, abriendo y cerrando la boca, sus dientes chasqueando justo frente a la cara de Eli. La saliva le salpica la cara y ahora el hedor es tan intenso que finalmente saca a Eli de su estado de ensueño.

El entorno cambia de golpe, y en un instante, Eli se da cuenta de dónde está: en el asiento delantero del Mercedes del padre de Aksel, apretado entre la puerta y el volante. El airbag está en su regazo como un gran globo flácido.

La parte superior del cuerpo de Aksel, o lo que era Aksel hace sólo una hora, está sobresaliendo del asiento trasero, un brazo agitándose en el airbag, el otro alcanzando hacia atrás en un ángulo incómodo, atrapado en el cinturón de seguridad del asiento trasero, impidiendo que Aksel avance más. En cambio, muerde a Eli como un mapache rabioso, chasqueando los dientes con golpes penetrantes, gruñendo y babeando.

—Oh, mierda, oh, mierda —respira Eli, extendiendo el brazo sobre su hombro, buscando a tientas la manilla. La encuentra, la tira y cae hacia atrás fuera del coche.

El ligero movimiento del coche es suficiente para que la muñeca de Aksel se desenrolle del cinturón de seguridad y se lanza a medio camino fuera de la puerta, agarrando los pies de Eli. Eli chilla y rueda hacia un lado, saltando de pie.

Aksel está tratando de hacer lo mismo, levantándose sobre sus brazos, y probablemente lo habría logrado si Eli no hubiera agarrado la puerta y la hubiera cerrado de golpe.

El sonido del interior de la puerta conectando con la parte superior de la cabeza de Aksel es lo suficientemente fuerte como para que Eli lo sienta en el estómago, especialmente por el crujido cuando el cráneo de Aksel aparentemente se aplasta.

Cae al suelo mientras la puerta se abre a medias de nuevo, y Eli se da la vuelta y vacía lo que queda en su estómago, que no es mucho más que bilis espumosa, en la acera. Trata de mantenerse de pie, pero sus rodillas se doblan, y se agarra al poste de luz.

Mientras todavía vomita, mira hacia abajo.

«Estoy bien. No me arañó. El airbag me cubrió. Mierda, eso estuvo cerca...»

El pensamiento de sí mismo inconsciente en el asiento delantero durante, ¿qué, minutos?, mientras Aksel avanzaba por el coche, lo único que lo detuvo de comerle la cara a Eli fue el cinturón de seguridad.

—Lo siento, Aksel —croá, mirando de nuevo al cadáver quemado colgando de la puerta abierta del coche.

Entonces su mirada es capturada por dos personas que vienen corriendo. Es un tipo gordo que no lleva más que calzoncillos, sus pechos peludos rebotando y una mujer casi tan gorda con el pelo rizado y desordenado que lleva un camisón con pingüinos.

—¡Dios mío! —exclama el tipo, deteniéndose junto al coche y golpeándose la cabeza calva con ambas manos—. ¡Dios mío, ¿qué pasó aquí?

—Está... está bien —intenta decirles Eli, pero su garganta todavía está dolorida por el vómito, y su voz es débil.

—¡Oh, Dios mío! —chilla la mujer, viendo el cuerpo ennegrecido de Aksel—. ¡Oh, pobre chico! ¡Está todo quemado! ¡Jesús, Brian, necesitas llamar a la ambulancia!

La mano del tipo va a donde estaría su bolsillo, si estuviera usando pantalones, pero no encuentra nada. En cambio, Eli nota con horror un condón flácido colgando de los calzoncillos.

«Estaban follando hace un minuto», piensa para sí mismo, casi vomitando de nuevo al pensar en esos dos cuerpos pálidos y sudorosos dándose placer.

—¿Dónde está el fuego? —pregunta el hombre, Brian, mientras está mirando el coche—. No veo nada ardiendo... ¿cómo terminó así? —Mira a Eli, boquiabierto.

Eli sólo se encoge de hombros. En ese momento, su mente está en blanco. No podría explicar lo que ha pasado aunque su vida dependiera de ello.

—Voy a buscar mi teléfono —dice la mujer, frunciendo el ceño a Eli por un largo momento, pero sin moverse.

—Sí, haz eso, cariño —dice Brian, sin apartar los ojos de Eli—. Y llama a la policía mientras estás en eso.

—¿La policía? —repite Eli, automáticamente comenzando a retroceder.

—Tú te quedas aquí, amigo —dice Brian, avanzando con sorprendente agilidad y agarrándolo por la muñeca—. Te pongo bajo arresto civil.

—¿Estás... qué? —exclama Eli, casi riendo—. ¡Quítame tus malditas manos de encima, cochino gordo!

Tira con fuerza hacia atrás para liberarse, pero el agarre sudoroso de Brian es demasiado firme, y con otro movimiento notablemente rápido, le tuerce el brazo a Eli a su espalda,

inmovilizándolo en una dolorosa llave.

—¡Ay! ¡Suéltame! ¡Me estás lastimando!

La mujer se ha acercado. —¿Necesitas ayuda, cariño?

—¡No tienes derecho a hacer esto! —grita Eli—. ¡Déjame ir! La idea de acabar en custodia policial lo llena de un pánico cegador.

—Lo tengo, sólo ve a llamar a la policía —gruñe Brian, empujando la cabeza de Eli en una posición incómoda—. ¡Apúrate!

La mujer se da vuelta para irse, y Eli está a punto de gritar algo, cuando su mirada cae en el brazo de Aksel, tirado en la acera. La mano se abre y cierra de manera espasmódica, como un robot volviendo a la vida.

La mujer, que parece estar haciendo todo lo posible por no mirar el cuerpo colgando del coche, pasa lo suficientemente cerca como para que Eli pueda extender la pierna y hacerla tropezar, y así lo hace, casi sin pensar.

La mujer, obviamente no esperando esto, grita de sorpresa y cae de bruces en la acera con un golpe y un gemido, mientras el aire se le escapa audiblemente de los pulmones.

—¡Oh, mierda! —exclama Brian—. ¿Estás bien, cariño?

La puerta abierta bloquea la mayor parte de la vista desde donde están Eli y Brian, pero como Eli está inclinado, puede ver bajo la puerta. Y ve a Aksel arrastrarse fuera del coche.

Eso es, piensa Eli, sintiendo una extraña euforia. ¡Atrápala, Aksel!

Aksel se arrastra sobre la mujer, que todavía está jadeando por aire. Luego le hace olvidar todos sus problemas para respirar, al morderle con fuerza la parte carnosa de la nalga.

De repente, la mujer tiene suficiente aire en los pulmones después de todo, y grita de dolor.

—¡Jesús! —grita Brian y suelta a Eli, saltando al rescate de su novia—. ¡Dios mío, no está muerto!

—¡Quítamelo! —grita la mujer, abofeteando a Aksel con las palmas abiertas—. ¡Quítamelo de encima!

Brian se inclina y agarra a Aksel por los hombros, tirando de él con fuerza hacia atrás. Pero Aksel ha mordido la grasa de la espalda de la mujer con los dientes, y se sostiene como un cocodrilo. Mientras Brian lo arranca, la piel de la mujer primero se estira, luego se rasga con un sonido elástico horrible.

Su grito sube un par de octavas y Brian también grita al ver la herida abierta en la espalda de su novia de donde la sangre empieza a brotar de inmediato.

Aksel es el único que no reacciona con horror; de hecho, parece aún más motivado al ver la carne sangrante, y se escapa del agarre de Brian y hunde su rostro en la herida.

Brian se lanza sobre él, intentando un movimiento de judo torpe para arrancarlo, pero Aksel está resbaladizo y sigue con lo suyo, la sangre ahora está cubriendo la acera. Los gritos de la mujer parecen perder fuerza mientras aparentemente se desvanece en la inconsciencia.

Eli de repente se da cuenta de que su plan funcionó; está libre. Pero sigue ahí parado, mirando la escena de pesadilla. Gira la cabeza y mira alrededor.

Un grupo de personas se ha reunido junto al coche y más están llegando desde todas las direcciones. Todos parecen hipnotizados y horrorizados. Ninguno de ellos interviene de inmediato. Luego, un joven parece encontrar el coraje y da un paso adelante para intentar ayudar a separar la pelea.

Para entonces, sin embargo, Aksel se ha comido gran parte de la espalda de la mujer, y Brian ha recibido varios arañazos en los brazos y la cara tratando de alejar a Aksel. Eli siente una extraña mezcla de horror y excitación al verlo.

«¿Qué he hecho?» Justo después de ese pensamiento inicial, otro le viene a la mente, hablado en un tono muy diferente: «Se lo merecen por intentar llamar a la policía, gordos hijos de puta».

El joven intenta tirar de la cabeza de Aksel. Aksel gira la cabeza y muerde con fuerza, aplastando los dedos del chico, haciendo que grite de dolor. Otro par de hombres se une a la escena, y logran apartar a Aksel de la mujer, principalmente porque Aksel ha perdido interés en la mujer, ya sea porque está muerta o a punto de morir. Lo sujetan en una llave de cabeza torpe, uno de ellos inmovilizando sus piernas y el otro sosteniendo su cabeza. El que sostiene su cabeza inmediatamente es mordido en la axila, grita y abandona el plan, liberando a Aksel para que se gire y muerda al otro hombre también.

Pronto, todo es sólo un montón de brazos y piernas agitando, gritos y gritos, cada vez más personas uniéndose, tratando de separar lo que parece una pelea, sin que ninguno de ellos entienda el peligro.

«Todos están muertos», piensa Eli para sí mismo. Y es por mi culpa. Yo hice esto. Luego, esa otra voz viene de nuevo: «Ellos se lo hicieron a sí mismos. No debieron haber intentado arrestarme».

Eli finalmente reconoce la voz. Han pasado siete meses desde que la escuchó. Es la que Claus llamaba “La Voz del Demonio”.

—Cada drogadicto tiene una —le dijo Claus—. Te dirá lo que necesites escuchar. Te dirá que lastimes a las personas que amas y a las personas que ni siquiera conoces. Sólo te sirve a ti, y

hará lo que sea para convencerte de hacer cosas horribles. El truco es no escucharla nunca.

Eli gira sobre sus talones y sale corriendo.

VEINTIUNO

Cuando Iver vuelve a entrar en la nave, puede sentir inmediatamente que la atmósfera ha cambiado. Desde algún lugar abajo llegan sonidos débiles de gritos y alaridos, golpes y choques. Casi se ahogan con el ruido del motor del barco, pero Iver está acostumbrado a eso y lo filtra automáticamente.

Aunque ha entrado en el salón, una gran sala ovalada con mucho espacio, mesas de comedor, un bar e incluso una pista de baile, que suele ser el lugar más animado de la nave, puede sentir un pánico latente acechando justo debajo de la superficie. La gente va y viene, algunos obviamente recién despertados, otros ya deben haber estado despiertos, todos intercambiando miradas preocupadas y manteniéndose juntos en pequeños grupos, ninguno seguro de qué hacer con lo que están oyendo.

Se dirige hacia la salida más lejana, cruzando la pista de baile vacía, y capta varias voces en susurros.

—¿Deberíamos bajar?

—¿Qué está pasando?

—¿Por qué hemos dejado de movernos?

—¿Alguien sabe algo?

Justo cuando Iver está a punto de salir del salón, un hombre grande y musculoso se le pone delante, cortándole el paso.

—Oye, tú. ¿Qué demonios está pasando?

—Eh, —dice Iver—. Lo siento, pero... no lo sé...

El hombre no lo deja pasar.

—Entonces, ¿qué haces corriendo con un niño pequeño?

La gente se ha reunido a su alrededor, e Iver no ve otra salida.

—Está bien, escuchen —dice, aclarando su garganta—. Ha habido un brote del virus Rhabdo...
—¡Lo sabía! —exclama alguien, y una docena de personas parece sentir que ya han oído suficiente, porque inmediatamente se dispersan.

—¿Qué hacemos? —pregunta una mujer con voz aguda—. ¿Por qué no nos han informado?
—Estoy seguro de que dirán algo por los altavoces en cualquier momento —dice Iver, aunque sospecha que eso podría ser mentira—. Hasta entonces, creo que lo mejor que pueden hacer es regresar a sus camarotes y mantener...

—¡A la mierda con eso! —lo interrumpe el hombre grande—. Me largo de este barco.
Se da la vuelta y se dirige a la cubierta; Iver no sabe si el tipo tiene la intención de simplemente saltar por la borda, pero espera que no. No tiene tiempo para esperar y averiguarlo, así que se disculpa y se abre paso entre la gente restante, algunos de ellos aún exigiendo respuestas de él.

Logra salir del salón y corre por el pasillo, dirigiéndose al ascensor más cercano. Pero encuentra a dos docenas de personas ya esperando afuera, mirándose ansiosamente entre sí.

En su lugar, Iver se dirige a la escalera. Afortunadamente, conoce el ferry por dentro y por fuera, y llega al nivel superior en cinco minutos.

Al salir a la plataforma donde están los botes salvavidas, una ráfaga de viento fresco lo recibe, haciéndolo recuperar el aliento.

El bote salvavidas ya está suspendido en el aire, colgando sobre el borde del barco, siendo bajado por los cables. No hay nadie a la vista, lo que significa que están operando el bote desde dentro.

—¡Esperen! —grita, corriendo hacia la barandilla, agitando su mano libre, sin estar seguro de si pueden oírlo desde dentro—. ¡Charlotte! ¡Espera! ¡Soy yo, Iver!

El bote se detiene. La puerta lateral se abre y Charlotte asoma la cabeza, entrecerrando los ojos hacia él.

—¿Cambiaste de opinión?
—Sí. Déjame ir contigo.
—¿De quién es ese bebé?
—De una mujer. Está muerta.
—¿Quién es? —pregunta una voz desde dentro del bote.
—¿Dónde está la chica? —pregunta Charlotte, ignorando la otra pregunta.

Iver traga grueso.
—Está muerta. Probablemente hay otras cien personas. Está estallando en toda la cubierta B en este momento. Es sólo cuestión de minutos.

Charlotte se pone pálida.

—¿Has estado en contacto con alguno de ellos?

—No —dice—. Estoy bien, no te preocupes. También lo está este niño. Por favor, Charlotte, déjanos subir a bordo.

Charlotte lo considera por un segundo, echando un vistazo rápido a la plataforma.

—¿Alguien te vio subir aquí?

—No.

—Está bien. Vamos, entonces. Sube a bordo.

Iver mira hacia abajo la caída nauseabunda. El agua está tan lejos que caer desde aquí sería como saltar desde un rascacielos.

—No puedo. No con este niño en mis brazos.

—Súbelo de nuevo, Tommy —le dice Charlotte a alguien dentro del bote salvavidas.

—¿Qué?

—¡Hazlo!

El bote salvavidas comienza a subir de nuevo. Cuando está lo suficientemente cerca, Iver le pasa al niño a Charlotte.

—Aquí, tómallo por un minuto.

A Charlotte parece que le está ofreciendo un cactus sin maceta, pero toma al niño torpemente en sus brazos, llevándolo dentro.

Iver respira profundamente, luego cruza el hueco y entra en el bote salvavidas oscilante. Dentro, hay un olor sintético, la luz del sol sólo entra a través de una fila de estrechas ventanas de plástico.

El tipo que maneja los controles de los cables es alguien que Iver ha visto un par de veces antes en la sala de máquinas del barco; su nombre es Chris o Claus. Tiene el cabello negro y barba, y es un par de años mayor que Iver. Iver sabe que es un tipo malhumorado que casi nunca dice nada positivo. Y, hasta donde él sabe, es uno de los amigos cercanos de Charlotte.

—Bienvenido a bordo —dice, sonriendo con amargura—. Me alegra que hayas llegado.

Charlotte le pasa a Iver al niño de nuevo, y el pequeño parece agradecido de estar de vuelta en los brazos de Iver.

—Si empieza a llorar, más vale que lo hagas callar —dice—. No soporto los llantos de los bebés.

Iver sólo asiente.

—Gracias por llevarnos contigo.

—Siéntate —dice Charlotte, señalando los asientos. No es una invitación.

Iver se sienta y mira por la ventana mientras Chris o Claus comienza a bajar el bote salvavidas. Ve el exterior del ferry pasar; de vez en cuando vislumbra a través de las ventanas. Hay gente corriendo en todas las cubiertas ahora.

—Escucha, Chris —dice Charlotte, subiendo el volumen de la radio que ha estado escuchando.

—Habla el capitán —la voz de Sorenson suena—. Por favor, mantengan la calma. Donde sea que estén en este momento, les insto a regresar a su camarote, cerrar la puerta y quedarse allí. Tenemos una situación que está siendo manejada en este momento...

—Sí, claro —bufa Charlotte—. Maldito mentiroso.

—Por favor, no entren en pánico —repite Sorenson—. Y eviten el contacto con otros pasajeros. No hay ninguna razón para intentar abandonar el ferry...

Charlotte mira a Chris, luego a Iver.

—¿La gente está intentando abandonar?

Iver se levanta y va a la ventana trasera. Desde aquí, puede ver el otro bote salvavidas en este lado. Hay gente por todas partes, empujando y forcejeando para subirse.

—Santo cielo —dice Charlotte—. ¡Mira eso!

Iver sigue su dedo señalando hacia la ventana delantera y ve a alguien arrojando algo desde una ventana. Al menos así parece al principio. Pero cuando la cosa comienza a agitar los brazos en el camino hacia abajo, se da cuenta de que es un hombre.

—Oh, no —murmura mientras el hombre golpea el agua y desaparece.

El salto fue de unos seis metros, probablemente no suficiente para dejarlo inconsciente. Pero la corriente alrededor del ferry probablemente lo arrastrará y lo llevará hasta el extremo trasero. Para entonces, incluso si sigue vivo, se encontrará con el rotor del barco.

Lo primero que aprendes sobre los protocolos de emergencia cuando trabajas en un ferry es que nunca debes saltar del ferry al agua; es prácticamente un suicidio garantizado.

Pero la mayoría de la gente no sabe eso.

Y, mirando por la ventana del bote salvavidas, Iver ve a dos personas más saltando. Luego un cuarto y un quinto. Pronto, el aire está lleno de ellos.

—Santo cielo —repite Charlotte.

—Malditos idiotas —dice Chris. Aunque intenta sonar duro, Iver puede notar que su voz está temblando.

—... Reitero —continúa la voz de Sorenson por la radio—. Saltar del barco es extremadamente peligroso y no debe ser intentado por nadie. En cambio, regresen a sus camarotes y eviten

cualquier contacto con otros pasajeros. La ayuda llegará pronto. No hay razón para entrar en pánico...

Charlotte apaga la radio, murmurando:

—No puedo escuchar más esa mierda.

Luego, hay un pitido de los instrumentos, y Chris exclama:

—¡Estamos allí! Voy a ponerla en el agua ahora.

Iver siente el ligero golpe cuando el bote salvavidas toca el agua. Chris y Charlotte trabajan juntos para liberar los cables y dar la vuelta al bote. Iver se da cuenta ahora de que probablemente nunca habría llegado a tiempo, si hubiera tenido que hacer todo esto por su cuenta mientras cuidaba del niño.

Mira por la ventana mientras el bote salvavidas acelera, más y más del ferry entra en vista.

El espectáculo está lejos de ser alentador.

La gente sigue saltando desde todas las alturas. A Iver le recuerda con una sensación de hundimiento las imágenes que vio del once de septiembre. Estas personas no saltan para evitar fuego y humo, sino muertos que intentan comérselos. Y no caen en el concreto, sino en el agua. Pero el efecto es prácticamente el mismo; sólo unos pocos de ellos vuelven a la superficie: Iver cuenta tal vez diez o quince afortunados en este lado del ferry, pero es probable que también se ahoguen antes de llegar a tierra.

Otros dos botes salvavidas están siendo bajados. Es decir, la gente está intentando bajarlos. Pero uno de ellos parece tener dificultades incluso para comenzar, porque demasiada gente lo está inundando, causando que se balancee peligrosamente de un lado a otro.

El otro en realidad comienza a bajar hacia el agua, pero mientras pasa por una ventana abierta, Iver ve a una docena más de personas tratando de saltar a bordo, sólo dos de ellos lo logran, el resto cae al agua.

Luego, alguien más sale por la ventana, alguien muerto. Y justo cuando el bote salvavidas pasa la ventana, la persona muerta cae sobre el techo del bote, haciendo su camino hacia dentro de inmediato. El bote comienza a balancearse fuertemente, y la gente comienza a saltar fuera.

El otro bote salvavidas aparece de repente, ya que aparentemente los cables se han roto, y todo el bote cae, derramando gente todo el camino hacia abajo.

Antes de que golpee el agua, Iver ha desviado la mirada; no puede ver más de eso. Desearía sinceramente haber podido salvar a algunas de esas personas. Pero si hubiera esperado sólo un minuto más, probablemente habría perdido su propia oportunidad, y tanto él como el niño habrían muerto a bordo del ferry.

Hablando de eso, el niño ha escondido su cara en el espacio entre el pecho de Iver y su brazo superior y parece estar durmiendo.

Iver siente una puñalada en el corazón tanto de tristeza como de alivio al darse cuenta de que cumplió su promesa a Mille.

Y antes de que pueda pensarlo, inclina la cabeza y coloca un beso en la cima del cabello dorado del niño.

—Lo logramos —susurra—. Ahora estamos a salvo.

VEINTIDÓS

A Eli le toma menos de diez minutos llegar a casa de Claus. Correr por las calles con el sol ahora golpeando desde arriba lo hace sudar profusamente y expulsa el último alcohol de su torrente sanguíneo.

Mira hacia atrás varias veces para asegurarse de que nadie lo esté siguiendo. La ciudad parece extrañamente silenciosa para una mañana de verano de miércoles. Es como si la gente hubiera decidido quedarse en casa, a pesar del clima encantador.

No es de extrañar. Probablemente vieron las noticias.

Eli llega a la dirección correcta y se detiene frente a la puerta. Apoya las manos en las rodillas por un minuto, recuperando el aliento. No quiere que Claus lo vea así, todo agitado y jadeando, así que hace un esfuerzo por calmarse antes de entrar.

Es difícil, sin embargo; sus manos están temblando y no parece poder bajar su pulso del todo.

En algún lugar a lo lejos, oye una sirena. Suena como un coche de policía. Siente una punzada de pánico.

No te preocupes. La Voz Demonio está de vuelta. No están buscándote a ti. Vinieron por los imbéciles que intentaron detenerte.

Eli echa un vistazo alrededor y ve un coche bajando por la calle, yendo despacio, como buscando algo.

Entra rápidamente en el vestíbulo dejando atrás la luz del sol y es recibido por una atmósfera agradable y fresca. Escanea la lista de nombres en la pared y ve el de Claus.

—Tercer piso —se susurra a sí mismo, luego sube corriendo las escaleras, sus pasos resonando.

Llega al rellano del tercer piso y mira la puerta. Nunca ha estado realmente en el apartamento de Claus; todas sus reuniones tuvieron lugar ya sea en la casa de Eli o en un lugar público.

Toma una respiración profunda y luego toca el timbre. Inmediatamente después, se mira a sí mismo y ve que su camisa está toda desordenada. La alisa lo mejor que puede.

Nadie viene a la puerta. Eli toca por segunda vez. Aún nada.

Saca su teléfono y ve tres llamadas perdidas, todas de Claus. Lo llama y Claus contesta de inmediato.

—¿Eli?

—Sí.

—¿Qué está pasando, hombre? Me asustaste casi hasta la muerte.

—Lo siento por eso. Y lo siento por cómo te hablé. Estaba... en pánico.

—¿Estás bien? Dios, recibo una llamada tuya diciéndome que casi mueres y luego hay un golpe como de un coche chocando. ¡Pensé que habías tenido un accidente!

—Lo tuve —admite Eli, tragando en seco—. Mira, es una larga historia. ¿Puedo por favor entrar? Estoy justo afuera.

—¿Justo afuera de dónde?

—De tu casa.

Claus suspira.

—Eso es lo que estaba tratando de decirte, amigo: no estoy en casa. Ni siquiera estoy en el país.

Eli se queda boquiabierto ante la puerta.

—¿Qué? ¿Por qué? Quiero decir, ¿dónde estás?

—Estoy en Mallorca con mi esposa.

Eli siente como si todas sus entrañas cayeran unos centímetros.

—Oh, no —susurra, cerrando los ojos—. Yo... realmente te necesitaba...

—Lo sé, mal momento. Mira, ¿por qué no me lo cuentas por teléfono? Estoy seguro de que sea lo que sea, podemos solucionarlo.

—No —murmura Eli, sacudiendo la cabeza—. Esto no se puede solucionar.

—Claro que sí —dice Claus, pero Eli no lo escucha; desconecta y guarda el teléfono en su bolsillo.

Por un largo momento, sólo se queda ahí, mirando la puerta de Claus, sintiendo la última esperanza dejarlo.

Pensaba que estaba a sólo unos pasos de la única persona que podía ayudarlo; resulta que esa persona está a cientos de millas de distancia. Sin él, Eli está perdido. Sin él, sólo está la Voz del

Demonio. Y antes de que Eli se dé cuenta, sus pensamientos están buscando el acceso más cercano a cualquier cosa que pueda quitarle esa horrible sensación de desesperanza.

Aksel tenía una bolsa de hierba en su habitación; podrías ir a su casa. Probablemente sus padres no estén en casa.

Pero Eli no está seguro de que fumar un porro sea suficiente para atenuar lo que está sintiendo ahora mismo.

También está el hombre, sugiere invitadoramente la Voz del Demonio. ¿Lo recuerdas? Solía traerte lo bueno. Borraste su número, pero sabes cómo conseguirlo, ¿verdad?

Sí, lo sabe. Le tomaría tal vez media hora. Sólo necesita...

Se escucha un sonido desde abajo. La puerta principal se abre y alguien entra. Dos personas, hasta donde Eli puede decir. Están hablando entre ellos en voces bajas. También hay el jadeo de un perro grande. Los recién llegados se detienen en el segundo piso, justo debajo de Eli.

Escucha atentamente.

—Es aquí —dice uno de ellos, un chico—. Esperemos que esté en casa.

Hay golpes.

Luego, silencio expectante.

Por alguna razón extraña, Eli tiene la sensación de que quienquiera que esté en el rellano de abajo, y a quienquiera que hayan venido a ver, es importante.

El sonido de una cerradura girando y una puerta abriéndose.

Una voz de hombre:

—¿En qué puedo ayudarles, caballeros?

—Sebastián, ¿verdad? ¿Eres piloto?

—Lo siento, ¿quiénes son ustedes?

—Me llamo William. Soy amigo de tu hermano. ¿Podemos entrar, por favor?

Los chicos son dejados entrar, y la puerta se cierra. Tan pronto como Eli oye la cerradura girar de nuevo, salta por las escaleras hasta el rellano del segundo piso, se agacha y abre suavemente la ranura del correo.

VEINTITRÉS

—¿Papá?

La voz de Lærke lo llama desde un sueño profundo. Le cuesta abrir los ojos lo suficiente para ver su silueta sentada en la cama junto a él.

—¿Eh? ¿Qué pasa, cariño? ¿Tienes que hacer pis?

—No, es tu teléfono. Sigue iluminándose.

—Ah. Bueno, apágalo, entonces.

Sebastian hunde la cabeza de nuevo en la almohada. Lærke pone una mano en sus costillas y una rodilla en su muslo mientras trepa sobre él.

—Dios, cariño, ¿podrías rodear la cama?

—Ya lo tengo —dice ella, volviendo a trepar sobre él. Afortunadamente, es delgada y apenas pesa veintisiete kilos.

Percibe la luz de su teléfono cuando ella activa la pantalla. El dormitorio está casi completamente oscuro gracias a las cortinas opacas, a pesar del sol abrasador de la tarde justo afuera. La temperatura en la habitación es agradable y fresca; el aire acondicionado fue una de las mejores inversiones que hizo.

Acaba de regresar de su último vuelo esta mañana. Pasó por casa de Heidi y recogió a Lærke, luego se fue directo a casa y se metió en la cama, tratando de recuperar el sueño perdido. Afortunadamente, nunca sufrió de jet lag.

Lærke no estaba cansada, por supuesto, pero siempre que estaba con él y necesitaba una siesta, se acostaba a su lado jugando en silencio con su iPad. Lo encontraba adorable, para ser honesto, y estaba contento de que no le importara que él pasara parte de su tiempo precioso juntos durmiendo.

—Tienes un montón de llamadas perdidas, papá.

—¿Eh? —gruñe—. Las devolveré más tarde.

—Son como treinta y dos —insiste ella.

—Cariño, estoy tratando de dormir.

—... y la mayoría son de la abuela. También hay cinco de mamá.

Está a punto de molestarse y decirle que por favor deje de hablar, cuando de repente su mente somnolienta comprende lo que ella está diciendo.

—¿Dijiste treinta y dos llamadas perdidas?

—¡Sí! Y también un montón de mensajes.

Sebastian se sienta. —Dámelo, por favor.

Lærke le pasa el teléfono. —¿Dónde está el mío? —pregunta.

—¿Dónde está qué?

—Mi teléfono. Quizás mamá también intentó llamarme.

—No tengo idea de dónde está tu teléfono —dice, entrecerrando los ojos ante la luz de la pantalla—. Donde lo hayas dejado, supongo.

Ella se levanta de la cama y comienza a buscar en su maleta en el suelo; siempre le sorprende la cantidad de ropa que necesita una niña de diez años para una semana.

Sebastian revisa la lista de llamadas perdidas, entrecerrando un ojo. Todas las treinta y dos han llegado entre las 11:04 PM cuando se fue a la cama y ahora, son las 2:11 PM.

Algo malo ha pasado.

El pensamiento llega con una certeza desconcertante. La gente no intenta contactarte tan desesperadamente a menos que tengan malas noticias.

Dos de las llamadas son de números privados, lo que significa que es del trabajo o algún asunto oficial. Pero como no está de guardia, probablemente no sea del trabajo. No tiene ningún vuelo programado para el resto de la semana; se aseguró de eso, ya que Lærke pasaría la primera semana de sus vacaciones de verano con él.

—Mamá también me llamó —informa Lærke, que ha recuperado su teléfono—. ¿Debería devolverle la llamada?

—No, espera un minuto, cariño. Déjame encargarme de esto, ¿de acuerdo? Podría ser algo serio.

—¿Como qué? —La ansiedad en su voz inmediatamente le hace lamentar su elección de palabras.

—Probablemente nada —dice, enviándole una breve sonrisa, pero dándose cuenta de que su hija es demasiado mayor para ser engañada con mentiras a medias—. Déjame encargarme de

esto —repite, y ella asiente y se sienta en la cama.

Mira de nuevo su teléfono y revisa los mensajes de texto. Son todos muy similares y no le dicen mucho.

Heidi escribió: ¿Estás despierto? Y luego, tres minutos después: Llámame. Importante.

Su madre escribió cuatro versiones diferentes de: Devuélveme la llamada lo antes posible.

Nota cuatro mensajes en el buzón de voz y decide que ese podría ser un buen lugar para empezar antes de devolver cualquier llamada; le gustaría saber de qué se trata antes de hablar con alguien.

Hace la llamada al buzón de voz y mira a Lærke, dándose cuenta de que ella lo está mirando expectante.

—¿A quién estás llamando? ¿A mamá?

—No, al buzón de voz. Escucha, realmente me vendría bien uno de tus té helados ahora mismo, ¿por qué no vas y mezclas un par de vasos?

Lærke lo observa por un momento; está claro que no quiere irse, que está muriéndose por saber qué pasa. Pero para su sorpresa, se levanta y va a la cocina.

Buena chica, piensa, justo cuando una voz femenina le dice cuántos mensajes nuevos tiene.

El primero es de Heidi. —Hola. Probablemente estés durmiendo, pero... creo que necesitas llamar a tu mamá. Ella me llamó, y... bueno, mierda... son malas noticias, Sebastian. Lo siento mucho...

El mensaje termina.

El siguiente es de su madre. De inmediato, puede notar lo alterada que está por la forma superficial en que respira. —Oh, Dios mío... Sebastian, ¿puedes por favor contestar? ... Soy mamá otra vez... No sé... no sé qué hacer... Me llamaron del hospital... oh, Dios... y ni siquiera puedo ir a verlo... han impuesto un toque de queda, pero... pero intenté ir de todos modos... tenía que verlo... había soldados allí, en el hospital... me dijeron que me diera la vuelta, o tendrían que... que forzarme a hacerlo... ¿puedes creerlo? No me dejaron verlo, Sebastian... oh, Dios...

Su madre rompe a llorar en este punto, y continúa así durante diez segundos más, antes de que el mensaje termine.

Sebastian escucha otros dos mensajes, pero muy similares, de su madre, sin obtener más información, hasta el final del tercer mensaje, que su madre termina susurrando: «Por favor, devuélveme la llamada tan pronto como escuches esto, Sebastian... Es sobre tu hermano...»

Sebastian baja el teléfono y se queda mirando la pared. Desde la cocina puede escuchar el tintineo de los cubos de hielo al caer en los vasos. Su corazón está latiendo con fuerza, su cerebro

está trabajando duro para llenar los vacíos.

Por supuesto, conoce la situación en el norte; todo el mundo lo sabe, es de lo único que se habla en los medios. Una enfermedad muy contagiosa de algún tipo estalló hace unos días y se está propagando como la pólvora.

Sus padres, su hermano y sus tíos y tías viven en o alrededor de Viborg, donde aparentemente comenzó. Sebastian llamó a su madre ayer para asegurarse de que todos estuvieran bien.

Ella le dijo que sí. Ella se había mantenido en casa como las autoridades habían ordenado. Pero había llamado a todos y se había asegurado de que estuvieran a salvo.

El único al que no pudo localizar fue a Janus.

Eso no era raro, sin embargo; el hermano menor de Sebastian nunca fue fácil de localizar. Siempre había sido el outsider de la familia, nunca escuchando consejos y siempre yendo a su manera, incluso mudándose de casa a los catorce años.

Así que Sebastian no le dio mucha importancia. Estaba seguro de que Janus podía cuidarse solo. Podría ser joven y estúpido, pero no era imprudente. Sabía tomar la situación en serio y no ponerse en peligro.

Y, sin embargo, algo malo debe haberle pasado a Janus.

—No me dejaron verlo, Sebastian...

¿Por qué Janus terminó en el hospital? ¿Se contagió del virus? ¿O había tenido un accidente? Sebastian había visto imágenes de disturbios en las calles de Viborg justo anoche.

El sonido de una bocina de coche a un par de cuadras de distancia lo hace girar la cabeza y mirar hacia la ventana, lo que, por supuesto, no le dice nada sobre lo que está pasando afuera.

De repente, siente una punzada de miedo intenso. No tanto por él mismo, sino por Lærke. Hay cien millas de aquí a Viborg, y asumió que esa era una distancia segura. Pero anoche la infección había llegado a Aarhus, que estaba a sólo 130 km. A esa velocidad, la mayor parte del país podría estar tomada en una semana, tal vez incluso menos una vez que la bola de nieve empezara a rodar.

Aún así, Sebastian había creído en las caras calmadas de las noticias, que le decían con voces tranquilizadoras que no había razón para el pánico, que la infección sería contenida y tratada eficientemente, que esto terminaría en cuestión de días.

Ahora, todas esas garantías le sonaban vacías. La vida de su hija no valía ningún riesgo, por pequeño que fuera, y mientras está sentado en su cama en el oscuro dormitorio, se maldice por no haber prestado atención a las señales de advertencia. Debería haber ignorado a las autoridades y haber salido de aquí. Tal vez incluso dejar el país.

Quizás no era demasiado tarde.

Quizás aún podrían...

Lærke entra en la habitación, llevando dos vasos altos de té helado, uno en cada mano.

Él fuerza una sonrisa cuando ella se detiene en la puerta.

—Eso se ve genial, cariño. Gracias.

Pero ella no se le acerca cuando él extiende la mano. En cambio, lo mira y susurra:

—Alguien está en la puerta, papá.

VEINTICUATRO

La próxima vez que Dennis se despierta, no es una pesadilla la que lo llama de vuelta, sino algo mucho menos aterrador: necesita orinar.

Se levanta de la litera y sale de la habitación para encontrar a mamá vestida junto a la mesa en el área de comedor del búnker. Ella ha puesto sus velas negras, las ha colocado en un semicírculo, y está sentada con los ojos cerrados, murmurando su oración habitual del mediodía.

—¿Es de mañana? —murmura Dennis, rascándose el pelo.

Mamá abre los ojos. —Casi es la una.

—Oh.

—Tengo algunas tareas para ti hoy —dice mamá—. Necesitamos terminar los preparativos que Holger comenzó ayer. ¿Sabes cómo llegar al huerto? ¿Te dijo Holger algo sobre eso?

Dennis se encoge de hombros. —No. ¿No podemos simplemente salir?

Mamá niega con la cabeza. —Está completamente cercado. Debe haber una entrada secreta en algún lugar subterráneo.

—¿Como la del patio?

—Exactamente.

—Bueno, no sé dónde está. —Dennis ve el monitor inactivo y recuerda a los dos hombres que vinieron en medio de la noche y mataron a todos los muertos—. ¿Volvieron? —pregunta, mirando a mamá.

Ella niega con la cabeza. —No.

—Bien. No me gustaron.

—A mí tampoco. Podríamos ver más gente venir en los próximos días. No sé cuántos sabían del refugio de Holger, pero aparentemente, no éramos los únicos.

Dennis piensa en eso por un momento. —Bueno, me alegro de que llegamos primero —dice, y luego, recordando a los chicos y la chica bonita que estuvieron aquí antes que ellos, agrega—: Quiero decir, más o menos primero.

Mamá lo mira. —¿Tienes hambre?

—No realmente. Pero necesito hacer pis —dice Dennis y se dirige hacia la puerta del túnel.

—El baño está por allá —dice mamá, señalando hacia la esquina.

Dennis se detiene y se muerde el labio. —Prefiero usar el de arriba.

Mamá le envía una mirada curiosa. —¿Por qué irías hasta arriba cuando hay un baño perfectamente bueno aquí abajo?

—Es sólo que... el asiento es de metal —dice Dennis, retorciéndose las manos—. Es realmente frío e incómodo.

—Te acostumbrarás.

—Pero intenté usarlo anoche. No... no pude ir, no importa cuánto lo intentara. ¿Puedo por favor usar el de arriba, mamá?

—Es mejor que nos quedemos aquí abajo por un par de días —dice mamá—. Sólo hasta estar seguros de que esos tipos de anoche no van a volver.

Dennis mira hacia la puerta del baño y cambia el peso de sus pies. —Es sólo que... no creo que pueda usar ese baño, mamá.

Mamá suspira. Normalmente, cuando ella le dice que no, no hay debate. Pero sobre este tema en particular, Dennis sospecha que mamá podría ceder. Ella sabe lo difícil que es para Dennis ir al baño público y cómo solía mojarse cuando era más joven. Tampoco aprendió a orinar de pie sin mojarse los pantalones.

—Está bien —dice ella—. Puedes ir arriba. Iré contigo; necesito recoger las verduras de la cocina de todos modos.

Dennis sonríe aliviado. —Gracias, mamá.

—Déjame ir primero —dice mamá mientras Dennis se dirige a la puerta—. Quédate cerca de mí, ¿de acuerdo?

Dennis mira la daga que de repente está en la mano de mamá, y siente un escalofrío involuntario en la espalda; la vista de la daga siempre le hace eso.

Sólo la sostuvo una vez, una vez cuando mamá no estaba en casa y Dennis fue a explorar su dormitorio. El viejo cofre estaba muy fuera de los límites, pero Dennis tenía demasiada curiosidad, así que encontró la llave, que sabía que estaba en el cajón de la mesita de noche, y lo abrió.

Ahí estaba, todo brillante, de color bronce y mortal.

La daga era mucho más pesada de lo que parecía, y el mango era muy frío y suave. Sólo tuvo el valor de sostenerla unos segundos antes de devolverla y cerrar el cofre, asegurándose de cerrarlo y volver a colocar la llave.

Había presenciado a mamá matar animales con la daga de vez en cuando, cuando necesitaba hacer un sacrificio para algún ritual importante. Y ahora también la ha visto matar personas con ella. El pensamiento produce una sensación de hundimiento en su estómago.

Mamá desliza el cerrojo y abre la puerta con cuidado, manteniendo la daga lista a su lado.

El túnel está vacío. Mamá sale y hace un gesto a Dennis para que la siga.

Él sigue a mamá hasta la escalera que lleva hacia arriba. Ella sube primero, desbloquea la escotilla y la empuja con cuidado, revisando en todas las direcciones antes de subir al dormitorio de Holger. Ella desaparece unos segundos.

—Está bien —dice desde arriba—. Puedes venir ahora, Dennis.

Dennis sube y mira alrededor de la habitación, donde todo se ve como lo dejaron.

—Espera aquí —le dice mamá mientras entran en la sala de estar—. Haré una ronda rápida para asegurarme.

—Está bien, mamá.

Dennis espera pacientemente, conteniendo la creciente necesidad de orinar, mientras mamá revisa las diferentes habitaciones.

—Todo está bien —dice, regresando a la sala de estar y colocando la daga en su cinturón—. Ahora puedes ir a orinar. Yo recogeré las verduras. Cuando termines, ven a ayudarme a llevarlas abajo.

Dennis asiente, luego se dirige rápidamente al baño y cierra la puerta detrás de él. Se baja los calzoncillos y se sienta en el inodoro de Holger. Se siente diferente al de casa, pero al menos no está frío.

Dennis cierra los ojos y se concentra en relajarse. Después de unos segundos, logra empezar a orinar y deja escapar un profundo suspiro de alivio.

Mientras está sentado allí, escuchando el suave sonido del chorro, mira alrededor del baño. Hay una pequeña ventana alta en la pared, y está protegida por una gruesa rejilla de metal. Un cálido rayo de sol naranja entra y crea un patrón enrejado en el suelo.

Dennis sigue las sombras con los ojos como si estuviera resolviendo un laberinto, cuando llega a la pared y ve algo extraño.

Hay una huella de zapato en el suelo, marrón por el barro seco.

Pero es sólo media huella de zapato.

La otra mitad está cortada por la pared. Como si un fantasma hubiera atravesado la pared del baño.

Dennis piensa intensamente para encontrar una explicación razonable para la extraña media huella de zapato, tanto que casi deja de orinar, pero no puede pensar en ninguna.

Deja que sus ojos suban por la pared, buscando algo que pueda darle una pista. Y allí, en una de las baldosas blancas, hay una huella de una mano grasienta. Es muy difícil de ver, y sólo porque la luz del sol golpea la baldosa justo en el ángulo correcto Dennis puede distinguirla.

Está muy cautivado ahora; termina de orinar y se sube los calzoncillos sin siquiera darse cuenta; su atención está completamente absorbida por la pared junto al espejo. Se acerca y observa más de cerca las huellas. La mano parece un poco más grande que la de Dennis; probablemente la hizo Holger. Pero ¿por qué pondría su palma en la pared del baño?

Dennis coloca su propia mano sobre la huella. Y siente algo extraño. La baldosa cede un poco, sólo unos milímetros, pero lo suficiente como para que lo sienta. Empuja un poco, y la baldosa se mueve hacia atrás.

El corazón de Dennis late con fuerza ahora.

Empuja más fuerte, y la baldosa se hunde más, hasta que encuentra una resistencia. Dennis aplica un poco más de presión, y se escucha un clic.

El sonido lo sobresalta, y salta hacia atrás. La pared se abre lentamente como una puerta.

—¡Oh, Dios mío! —respira Dennis—. ¡Es otra entrada secreta!

Asoma la cabeza por la abertura y ve una estrecha escalera que baja a otro túnel. Sin pensarlo, Dennis se mete dentro y baja las escaleras.

Camina por el túnel, que es muy similar al que conduce al búnker, excepto que este es más largo, y el suelo de madera está lleno de huellas de barro.

Llega a una escalera que lleva a una escotilla de metal con un cerrojo pesado.

—Tiene que ser el huerto —murmura Dennis para sí, sintiéndose muy emocionado, tanto por la experiencia de encontrar el túnel oculto como por la idea de decirle a mamá que sabe cómo llegar a las verduras.

Necesita asegurarse antes de ir a decírselo, sin embargo.

Así que sube la escalera y desbloquea la escotilla. Con un poco de esfuerzo, logra abrirla. La luz del sol brillante lo ciega por un momento, y puede oler las verduras incluso antes de poder verlas; tomates, cebollas de primavera, patatas, diferentes hierbas e incluso fresas.

Dennis parpadea ante la luz y mira alrededor mientras sube y se pone de pie.

—¡Guau!

Está parado en medio de una jaula gigante, encerrada por una cerca de alambre gruesa por todos lados, incluso arriba. La jaula tiene el tamaño de un cuarto de campo de fútbol, y a su alrededor hay filas de verduras. Incluso hay un par de pequeños invernaderos. Algunas de las filas ya han sido cosechadas. Un par de mariposas revolotean, disfrutando de sí mismas.

Dennis se arrodilla y arranca una fresa grande y roja. El aroma es suficiente para hacerle agua la boca antes de siquiera morderla. Es dulce y jugosa.

Entonces nota algo extraño.

Hay una abertura en la cerca justo al lado de donde está parado, justo sobre el suelo. Parece que la cerca podría haber sido cortada con un par de cizallas. Como si alguien hubiera...

Un clic metálico agudo viene desde atrás, lo cual Dennis toma como proveniente de la escotilla; probablemente sea mamá, que encontró la puerta oculta y lo siguió hasta aquí.

Pero cuando se da vuelta, mamá no está por ningún lado.

En cambio, Dennis se encuentra con el rostro de un joven que lo mira desde detrás de unos altos tallos de maíz. La cabeza del chico está inclinada ligeramente hacia un lado, y apunta a Dennis con lo que parece una barra de metal negra.

—No te muevas —dice en voz baja, que Dennis reconoce inmediatamente del audio de vigilancia—. Y no digas nada.

Dennis no podría desobedecer al chico aunque quisiera; la pura sorpresa lo ha clavado al suelo, y sólo puede quedarse parado y mirar mientras el chico se endereza y se desliza entre el maíz. No es hasta que el chico está completamente visible que Dennis finalmente se da cuenta de que lo que apunta hacia él es un rifle, probablemente el mismo que el chico usó para matar a los muertos en el patio.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el chico, sin bajar el arma—. Está bien, puedes hablar.

La lengua de Dennis de repente se ha vuelto inútil. Logra balbucear:

—D-Dennis.

—Bien, Dennis. Soy Silas. Si haces lo que te pido, estarás bien. No estoy aquí para hacerle daño a nadie. ¿Entiendes?

Dennis asiente rígidamente.

—Genial. Ahora, primero que todo, dime: ¿cuántos hay en la casa ahora mismo?

—S-solo mi m-mamá.

—¿Es ella con quien hablamos anoche?

—Ajá.

—¿Nadie más?

Dennis niega con la cabeza.

—¿Estás seguro, Dennis? No quiero que me mientas.

—¡No, no estoy mintiendo!

—¿Entonces sólo están tú y tu mamá aquí?

Asiente enfáticamente.

—De acuerdo. ¿Quién mató a Holger?

La pregunta hace que Dennis parpadee. Realmente no quiere responder. Tiene miedo de lo que mamá le hará si se entera de que la delató.

—Yo... yo no... fue... un accidente —dice con voz trémula, la mentira demasiado obvia en su voz temblorosa.

—Dennis —dice Silas, sonando casi paternalista—. Te dije que no mintieras.

Dennis simplemente se queda ahí, boquiabierto y negando con la cabeza, incapaz de hablar.

Silas lo mira de arriba a abajo brevemente, luego continúa:

—Voy a suponer que no fuiste tú. ¿Fue tu mamá? En realidad, sonaba como alguien con las agallas para hacerlo. ¿Fue ella?

Dennis cierra la boca y logra un leve asentimiento.

Silas levanta las cejas. —Vaya. Se necesita ser una mujer especial para apuñalar a alguien en el cuello. Está bien, quédate justo donde estás.

Silas baja el rifle a la altura de la cadera, la punta aún apuntando al pecho de Dennis, luego encuentra un teléfono celular y llama a alguien.

—Sí, tengo uno. Te dije que funcionaría. —Una rápida sonrisa, luego la expresión de Silas vuelve a la seriedad—. Es un chico. Adolescente. Dice que sólo están él y su mamá. Sí, la mamá es con quien... sí. Y escucha esto, ella mató a Holger. Lo sé. Bien. Claro. Nos vemos en un rato.

Desconecta y guarda el teléfono en su bolsillo.

Dennis nota que está vestido con un traje de cazador: todo verde oscuro y marrón, gorra, mangas largas y pantalones. Parece demasiado cálido para el clima. Pero por eso Dennis no lo notó entre el maíz.

—Ahora, Dennis —dice Silas, levantando el rifle a su hombro de nuevo—. Esto es lo que va a pasar. Vas a bajar por donde viniste, y yo te seguiré justo detrás, así que no hagas nada estúpido como intentar correr, ¿de acuerdo? Tendré esto apuntando hacia ti todo el tiempo, y si haces algo que no te haya dicho que hagas, tendré que dispararte. ¿Nos entendemos?

Dennis intenta responder, pero su boca está demasiado seca. Asiente en su lugar.

—Bien. Vas a llevarme de vuelta a la casa, y luego tendremos una pequeña charla con tu mamá.

Dennis se pone aún más rígido, todo su cuerpo temblando.

Silas inclina la cabeza. —Oye, pareces a punto de orinarte. Está bien, te dije que no iba a disparar a nadie, siempre y cuando hagas lo que te digo. ¿De acuerdo?

Dennis traga en seco. —Entonces, tú... ¿no lastimarás a mi mamá?

Silas sonríe. —Claro que no. Confía en mí, todo estará bien. Sólo queremos un lugar seguro para quedarnos. Estoy seguro de que podemos hacer que funcione para que todos estén felices. —Hace un gesto con el rifle hacia la escotilla—. Vamos, ahora. Guía el camino.

VEINTICINCO

—¿Qué fue eso?

Dan se detiene en medio de la calle y mira alrededor. Ozzy se detiene también, levantando las orejas.

—¿Qué fue qué? —pregunta William.

—Hubo un sonido —dice Dan, escuchando—. Un golpe fuerte en algún lugar cercano. ¿No lo oíste?

—No, pero creo que Ozzy sí.

Dan nota al perro, parado pacientemente al lado de William, con las orejas girando como discos de radar.

—¿Fue un disparo? —pregunta William.

—No, sonó más como si algo se estrellara. Un coche, tal vez.

—Ah. Bueno, eso tampoco es una buena señal. Será mejor que nos apuremos.

William camina rápidamente hacia el edificio al otro lado de la calle, Ozzy siguiéndolo.

Dan corre para alcanzarlo. —¿Crees que ya está aquí?

—Creo que se está propagando incluso más rápido de lo que pensé —dice William, deteniéndose frente a la puerta—. Número 202, es aquí.

Abren la puerta y entran.

William pasa su dedo por la lista de nombres. —Jensen... Abrahamsen... ahí, ¡Møller! Sebastian Møller. Es él. Segundo piso.

—Genial —dice Dan, echando otro vistazo a la calle a través de la ventana de la puerta principal. Está completamente vacía, tanto de coches como de peatones. Todo el pueblo parece inquietantemente tranquilo. Tal vez sea por el toque de queda, pero tiene la sensación de que todo está conteniendo la respiración, esperando que ocurra algo malo.

El coche de William está estacionado al otro lado de la calle. En las ventanas del lado del pasajero, Dan puede ver el rostro de su padre mirándolo. Insistió en acompañarlos, pero Dan lo convenció de que era más inteligente que sólo los dos más rápidos salieran. Incluso con su tobillo aún adolorido, Dan sabe que puede correr más rápido que su padre, que no ha hecho deporte desde la secundaria. Pero no fue hasta que William le dijo que llevarían a Ozzy que el padre de Dan finalmente accedió a quedarse en el coche con Dorte, Nasira y Ali.

—¿Vienes?

Dan se da cuenta de que William ya está subiendo las escaleras, y se apresura a seguirlo. Se detienen frente a la puerta en el segundo piso.

—Es aquí —dice William—. Esperemos que esté en casa.

Llama a la puerta. Esperan medio minuto. Luego, alguien llega a la puerta y la desbloquea.

Un tipo alto con cabello negro, que parece haber estado durmiendo recientemente, los mira. —¿En qué puedo ayudarles, caballeros?

—Sebastian, ¿verdad? —pregunta William—. ¿Eres piloto?

El tipo frunce el ceño. —Lo siento, ¿quiénes son ustedes?

—Me llamo William. Soy amigo de tu hermano. ¿Podemos entrar, por favor?

Tan pronto como se menciona a su hermano, algo cambia en el rostro del tipo. Se hace a un lado y les indica que entren. Luego cierra la puerta detrás de ellos.

—¿Está bien con el perro? —pregunta William—. Está muy bien entrenado.

—Puedo darme cuenta —dice Sebastian.

Dan mira alrededor de la entrada; lleva las señales de un hombre soltero que no pasa mucho tiempo en casa, el interior es muy escaso e impersonal, salvo por los dibujos ocasionales de un niño en la pared.

Dan no se dio cuenta de que Sebastian tenía edad suficiente para tener hijos. Como si el pensamiento la hubiera hecho aparecer, una niña de alrededor de diez años sale de la sala de estar, sosteniendo lo que parece un vaso de té helado.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunta, sorbiendo el vaso.

—Somos amigos de tu tío —dice William, sonriéndole—. Y esa bebida se ve realmente buena. ¿Tienes otra?

—Claro, te haré una —dice la niña, sorprendentemente sin timidez. Mira a Dan—. ¿Quieres una también?

—Me encantaría.

—¿Y el perro?

—Prefiere agua, gracias —dice William.

La niña asiente, luego va a la cocina.

Sebastian hace un gesto hacia la sala de estar. —Entren y siéntense.

Cada uno toma asiento en la mesa del comedor. Ozzy da una vuelta alrededor de la mesa, patrullando el entorno, luego, al no encontrar nada alarmante, se sienta al lado de la silla de William.

—Estaba preparado para malas noticias —dice Sebastian, juntando las manos—. Pero no estaba preparado para que dos civiles y un perro me las dieran.

—Es una historia un poco larga —dice William—. Bueno, en realidad, puedo resumirla. —Toma aire, luego mira hacia la cocina antes de mirar a Sebastian a los ojos y decir en voz baja—: Janus está muerto.

Dan observa cómo la noticia se hunde en el rostro de Sebastian. Aparte de algunos tics en la boca, lo toma increíblemente bien. A pesar de que Dan acaba de conocerlo, Sebastian ya le parece un tipo con niveles asombrosos de autocontrol.

—¿Cómo sucedió? —pregunta en voz calma—. Por favor, omite los detalles por si mi hija te escucha.

—Fueron las personas infectadas —dice William gravemente—. Lo atraparon cuando intentaba salvar a su novia.

Sebastian simplemente lo mira, como esperando algo más, así que William continúa.

—Ella estaba dentro de un supermercado. Él entró para sacarla, aunque no tenía que hacerlo. Fue muy valiente.

Aún así, Sebastian no reacciona ni dice nada.

—Yo... yo, eh, estaba allí con él —dice William, la duda infiltrándose en su voz—. Debería haber ido con él para ayudar, pero... —Se encoge de hombros—. Supongo que soy un cobarde.

Sebastian asiente, no tanto para mostrar acuerdo con esa última afirmación, sino para reconocer lo que William acaba de decirle.

—¿Dónde sucedió esto?

—En Viborg.

—Está bien, entonces... ¿por qué están aquí? Me halaga pensar que vinieron hasta aquí sólo para decírmelo, pero supongo que esa no es toda la historia.

La hija de Sebastian entra en la sala de estar, llevando dos vasos altos de té helado. Dan se lame los labios al ver el líquido marrón.

—Gracias —sonríe a la niña, tomando el vaso. Lo único que puede hacer es beberlo todo de un sólo trago. Sabe maravilloso.

La niña consigue un cuenco de agua y lo coloca frente a Ozzy.

William traga su bebida, se limpia la boca y luego mira a Sebastian. —Queremos que nos lleves volando fuera del país.

Sebastian levanta una ceja. —Estoy seguro de que has oído hablar del cierre de las fronteras. Eso también incluye el tráfico aéreo.

—Lo sabemos, pero necesitamos salir del país antes de que sea demasiado tarde. Y pensamos que volar era nuestra mejor opción.

Sebastian se inclina hacia adelante. —¿Antes de que sea demasiado tarde? ¿Qué significa eso exactamente? ¿Qué esperan que suceda?

William mira a la niña, que se ha sentado junto a su padre. —Gracias por esa bebida tan deliciosa. ¿Podría pedirte otro favor y dejarnos hablar a solas con tu papá por cinco minutos?

La niña mira a su padre con una expresión de "¿Tengo que hacerlo?".

Sebastian asiente. —Por favor, ponte los auriculares, cariño.

La niña se levanta y va al sofá en el otro extremo de la habitación. Toma un iPad y conecta unos auriculares.

—Está bien, escucha —dice William, hablando rápido ahora—. Esta cosa con la infección, bien podría convertirse en el fin de la sociedad tal como la conocemos. Esas cosas que ves en las noticias, deambulando por las calles, ya no son personas. Son zombies. Tanto Dan como yo lo hemos visto de primera mano; alguien es mordido, luego muere, luego vuelve a la vida. Cualquier cosa que las autoridades estén diciendo, están equivocadas. Sin importar cómo lo manejen, no tendrán éxito. —William coloca un dedo sobre la mesa—. Nuestra última y única esperanza es alejarnos de aquí lo más rápido posible. Cada hora que perdemos, sólo lo hará más difícil. Si amas a tu hija y no quieres que termine como tu hermano, entonces necesitas salir del país.

Sebastian se queda en silencio durante varios segundos después de que William deja de hablar. Mira de William a Dan y viceversa. Luego, hacia su hija, que está escuchando música.

Entonces, finalmente, dice: —Dime lo que tienes en mente.

William se rompe en una amplia sonrisa. —Sabía que lo entenderías. Sabía que te unirías.

—No dije que lo haría —apunta Sebastian, todavía muy tranquilo—. Sólo quiero saber cuáles son tus planes exactamente. ¿Cómo imaginas que esto se desarrolle, suponiendo que acepte hacerlo?

William levanta una mano. —Espera, hay un par más de nosotros esperando en el coche. Creo que es mejor que se unan a nosotros para esto, ¿no crees?

VEINTISÉIS

Dennis baja la escalera con mucho cuidado. Es difícil porque sus piernas están temblando y sus palmas están sudorosas.

Llega al túnel y mira hacia arriba. Silas está agachado junto a la abertura, apuntando el rifle hacia Dennis.

—Bien, ahora, retrocede un poco, Dennis. Tres pasos.

Dennis obedece.

—Perfecto. Quédate ahí.

Silas baja por la escotilla, usando solo una mano, la otra sostiene el rifle apuntando a Dennis.

Salta los últimos peldaños y aterriza frente a Dennis, mirando alrededor. —Vaya... Holger realmente hizo un buen trabajo con esto. Está bien, sigue adelante.

Dennis camina de regreso por el túnel. Puede escuchar los pasos de Silas justo detrás de él.

Llegan a los escalones que conducen al baño. La puerta secreta de la pared casi se ha cerrado por completo, sólo una fina franja de luz entra.

—¿Dennis? —La voz de mamá desde arriba—. Dennis, ¿dónde estás?

Dennis está a punto de responder por puro instinto, cuando una mano lo agarra del hombro con fuerza.

—No digas nada —susurra Silas—. Sólo sube y abre la puerta despacio.

Dennis contiene la respiración mientras Silas lo suelta, y comienza a subir. Cuando llega a la puerta, la empuja muy despacio, revelando el baño.

No tiene el valor de mirar hacia atrás, pero siente que Silas está justo detrás de él.

—¿Dennis? —vuelve a llamar mamá, sonando como si estuviera en la cocina—. Por el amor de Dios, ¿dónde estás, niño?

—Le puedes responder—susurra Silas al oído de Dennis—. Dile que estás en el baño.

Dennis abre la boca, y durante unos segundos, ha olvidado completamente cómo hablar. Luego, las palabras le vienen.

—¡Estoy... estoy en el baño, mamá!

—Perfecto —susurra Silas—. Quédate justo donde estás, Dennis. Y no digas nada más. Yo me encargo de aquí.

Pasa un momento muy largo y nervioso en un tenso silencio, antes de que Dennis escuche los pasos de mamá acercándose, y ella aparece en la puerta. Sus ojos se posan en él inmediatamente, con un rastro de molestia en su rostro.

—Maldita sea, ¿dónde estabas? He estado llamándote durante cinco minutos. Hay un coche aparcado en el camino, necesitamos... —Mamá se interrumpe al notar la puerta secreta de la pared abierta detrás de Dennis—. ¿Qué es eso?

—Hola de nuevo, señorita —dice Silas, asomando la cabeza detrás del hombro de Dennis—. Tengo una Winchester apuntando a la columna vertebral de tu hijo, así que por favor mantén la calma.

Un destello de sorpresa cruza el rostro de mamá, y Dennis nota que su mano derecha se dirige al cinturón antes de que pueda evitarlo.

—¡Ah-ah! —dice Silas en voz alta—. Manos fuera de esa cosa brillante. Sé que la usaste en Holger, pero no lo harás conmigo.

Mamá aparta la mano de la daga muy lentamente, mirando a Silas con ojos ardientes. —¿Qué quieres?

—Lo mismo que queríamos anoche. Una pequeña charla y un lugar seguro para quedarnos.

—No estamos interesados en—

—¡Cállate la puta boca! —grita Silas, haciendo que Dennis salte de sorpresa, tanto por el cambio repentino en su voz, de casi jovial a odiosa, como porque nadie habla así a mamá—. Ya no mandas, señora —gruñe—. Y más vale que te acostumbres rápido. Haces lo que yo digo de ahora en adelante. Y no quiero oírte a menos que te haga una pregunta. ¿Entendido?

Mamá mira a Silas durante unos segundos. Luego asiente, una vez.

—Perfecto —dice Silas, volviendo el tono más ligero a su voz—. Me alegra que hayamos dejado esto claro. Ahora, antes de salir a invitar a mi hermano adentro, necesito saber si hay alguien más en la casa.

Mamá niega con la cabeza.

—¿Estás segura de eso? Si camino hasta la puerta principal con Dennis aquí, ¿no me sorprenderá nadie, verdad? Porque si lo hacen, me temo que podría asustarme y volarle el hígado

a tu hijo. Ninguno de nosotros querría eso, ¿verdad?

Mamá se queda completamente quieta, mientras dice: —No hay nadie más aquí.

—Está bien, te creo. Pero por si acaso, llevaré a Dennis. Y tú irás adelante. Por favor, deja el cuchillo aquí. Ponlo en el suelo. Despacio.

Dennis y Silas observan cómo mamá toma el cuchillo, se arrodilla y lo coloca en el suelo.

—Buen trabajo... eh. Perdona, no escuché tu nombre.

—Me llamo Birgit —dice mamá con una calma helada.

—Encantado de conocerte en persona, Birgit. Soy Silas, y mi hermano se llama Jonas.

Un coche toca la bocina afuera.

—¡Hablando del diablo! —sonríe Silas—. Vamos a saludarlo.

VEINTISIETE

—Simplemente no veo cuál es el problema —dice William, levantando los brazos—. Por supuesto que podemos robar un avión; la gente lo hace todo el tiempo.

Todos los demás alrededor de la mesa lo miran con expresiones que van desde el escepticismo moderado hasta la incredulidad total. El resto del grupo se ha unido a ellos y ahora ocupan cada una de las sillas del comedor de Sebastian.

La hija de Sebastian se ha unido a ellos, y está sentada en el regazo de su padre. Sebastian le dijo brevemente lo que querían sus invitados, y ella ha seguido la conversación con asombro silencioso.

Sebastian niega con la cabeza. —Te lo digo, no hay manera. No funciona como en las películas. No podemos simplemente irrumpir en un aeropuerto cerrado, robar un avión y despegar sin que nadie se dé cuenta.

—Está bien —dice William—. Entonces explícamelo. ¿Qué necesitarías para que funcione? ¿Una llave?

—Si es un avión viejo, sí. Si es uno más nuevo, necesitarías una tarjeta electrónica.

—¿Qué más?

—¿Qué más qué?

—¿Qué más necesitas para poner en marcha el avión? ¿Algún tipo de contraseña o escáner de huellas digitales o...? No sé, ¿algo?

—No, sólo la tarjeta. Siempre que haya combustible en el tanque, teóricamente podrías despegar.

—¿Y cómo consigues esa tarjeta?

—La obtienes siendo un piloto que tiene acceso a ese avión en particular.

—Entonces, ¿tienes una tarjeta para el avión que normalmente vuelas?

—Tengo siete.

William aplaude con las manos. —¡Bueno, eso es perfecto! ¿Qué estamos esperando entonces? ¡Vamos a conseguir el más cercano!

Sebastian se burla. —Aún no lo entiendes, amigo. Realmente no es tan simple. No es como un coche aparcado atrás. Esos aviones están dentro de lugares cerrados. Bueno, la mayoría de ellos, un par de ellos probablemente estén estacionados afuera, pero...

—¡Entonces tomamos uno de los que están afuera! —interrumpe William, levantando las manos nuevamente.

—Pero —continúa Sebastian—, como intentaba decirte, los aeródromos están vigilados por cámaras. Hay guardias las 24 horas. Probablemente ni siquiera podríamos entrar al aeródromo sin que lo sepan.

—¿No podemos simplemente tomarlo? Quiero decir, no es como si tuvieran armas ni nada, ¿verdad?

—No, no están armados, pero...

—Entonces, ¿qué pueden hacer? Si simplemente nos apresuramos, subimos al avión y despegamos, ¿hay alguna manera de que nos detengan?

Sebastian parpadea, como si este escenario estuviera tan fuera de lugar que ni siquiera lo hubiera considerado. —Supongo que no. Pero nos denunciarán de inmediato.

—¿A quién? ¿A la policía? Creo que ya están bastante ocupados, con todos los muertos comiéndose a la gente y todo eso. Un avión robado probablemente no causará demasiada preocupación en este momento.

Sebastian cruza los brazos, mirando a William. —¿Realmente crees que podemos hacer esto, no?

—No veo por qué no.

—Bueno, ¿qué pasa una vez que estemos en el aire? ¿Cómo sugieres que evitemos ser obligados a aterrizar y ser encarcelados?

—¿No podemos simplemente volar directamente fuera del país? Como, sobre el océano.

—Hay al menos cuarenta millas hasta el mar más cercano desde cualquier aeródromo al que tengo acceso, y eso es tiempo suficiente para que el ejército nos detecte en el radar.

—Está bien, entonces volamos bajo el radar. ¿No es de ahí de donde viene la expresión?

Sebastian niega con la cabeza. —No puedes estar hablando en serio.

—¡Lo estoy! Vi un documental de la Segunda Guerra Mundial, y decían que los pilotos podían volar lo suficientemente bajo como para que el radar enemigo no los detectara. ¿Qué era, por

debajo de los trescientos metros o algo así?

—Más como cien metros. Básicamente estaríamos volando entre los tejados.

—Pero es posible.

Sebastian se burla de nuevo. —Jesús, hombre... sí, es posible, pero también lo es sobrevivir a un disparo, ¿correrías el riesgo?

—Simplemente evitaremos volar sobre ciudades grandes —dice William—. No es peligroso cruzar el campo abierto, ¿verdad?

—No, si no te preocupan cosas como árboles y postes telefónicos, sin mencionar las colinas. Y para cuando estemos volando, suponiendo que desestimemos toda lógica y realmente llevemos a cabo esto, sería de noche una vez que estemos en el aire. Las posibilidades de estrellarse contra algo son demasiado altas.

—¿No podríamos simplemente...?

—¿Qué tal un helicóptero?

La pregunta viene de un ángulo completamente inesperado, hablada en una voz desconocida.

Dan se da vuelta en su silla para ver a un chico sólo unos años mayor que él mirándolos desde la puerta.

—Pensé que dijiste que sólo eran seis en el grupo —remarca Sebastian, dirigiéndose a William.

—Lo hice —dice William, mirando al chico—. ¿Quién demonios eres tú?

—Me llamo Eli —dice el chico.

—Espera, ¿no está contigo? —Sebastian baja a su hija y se pone de pie—. ¿Cómo demonios entraste?

—Papá, cuida el vocabulario —le reprocha su hija, pero Sebastian no parece escucharla.

—La puerta no estaba cerrada —dice el chico, luciendo bastante incómodo, como si preferiría no estar aquí.

—Jesús, ¿puedes salir de mi casa? —Sebastian da zancadas alrededor de la mesa.

—¡Espera! —dice el chico, levantando las manos—. Espera, sé dónde hay un helicóptero que podemos tomar.

Sebastian duda.

William también se levanta de la mesa. —¿Dónde está?

El chico sacude la cabeza. —Sólo lo diré si me llevan con ustedes.

—Espera un minuto —se escucha decir a Dan, cuando de repente algo le viene a la mente—. Te vi en el coche, el Mercedes blanco... en la autopista.

El chico lo mira con desconcierto, pero no dice nada.

—¿Por qué diablos deberíamos creer que casualmente te encontraste con un helicóptero? — pregunta William.

—Lo vi aterrizar —insiste el chico—. Justo fuera de la ciudad. Mientras conducía aquí. Vine a visitar a un amigo mío, Claus. Vive arriba, pero... no está en casa. Y luego ustedes llegaron... — Señala a Dan y a William—. Y escuché algo de lo que dijeron, así que... escuché por la ranura del correo.

—Jesús —murmura Sebastian—. El descaro de este chico.

—Un helicóptero —dice William pensativamente—. ¿Por qué no se me ocurrió eso? —Se vuelve hacia Sebastian, con una expresión de júbilo en el rostro—. Un helicóptero sería mejor, ¿no? Es más fácil volar bajo en un helicóptero.

—Lo es —coincide Sebastian, aún observando a Eli.

—Entonces, ¿no tendríamos ninguno de los problemas si voláramos en un helicóptero?

—Ninguno.

—¡Bueno, eso es perfecto, entonces! Puedes volar un helicóptero, ¿verdad? Un helicóptero debe ser fácil comparado con un avión.

—Es como comparar naranjas con manzanas —dice Sebastian, sacudiendo la cabeza—. Necesitarías una educación diferente para volar un helicóptero.

—Oh, mierda —murmura William.

Unos segundos de silencio.

Entonces, Sebastian continúa: —Afortunadamente, tengo esa educación.

William se ilumina. Sonríe y señala a Sebastian. —¡Oh, me engañaste!

Sebastian no devuelve la sonrisa. Mira a Eli. —¿Qué tipo de helicóptero era? ¿Y dónde lo viste?

Eli se encoge de hombros. —Estaba en un campo, justo al lado de la autopista. Aterrizó justo cuando pasaba. Era uno de esos helicópteros médicos.

William mira a Sebastian, sonriendo. —Dime que esto no es un golpe de suerte.

Sebastian lo mira de vuelta, su rostro serio como una piedra. —No creo en la suerte. —Toma aire por la nariz, luego dice—: Pero estoy dispuesto a al menos ir a echar un vistazo.

VEINTIOCHO

—Por favor, tomen asiento.

Silas señala casualmente el sofá con el rifle, luego se lo echa al hombro.

Ahora que su hermano, Jonas, se les ha unido y está en la casa, Silas parece mucho menos tenso y no apunta el arma hacia ellos todo el tiempo.

—Eso no es una invitación amigable —dice Silas, cuando ni Dennis ni su madre reaccionan de inmediato—. Siéntense.

Dennis se sienta voluntariamente en el sofá, y mamá sigue su ejemplo, colocándose tranquilamente a su lado. Dennis le toma la mano, y mamá lo deja. Se sorprende al encontrarla fresca, seca y firme, a diferencia de la suya, que está húmeda y temblorosa.

—Muy bien —dice Jonas, sacando una silla y tirando al suelo la pila de libros que había en ella. Se sienta y cruza los brazos—. Vamos a resolver cómo va a funcionar esto.

—¿Qué es “esto” exactamente? —pregunta mamá.

—Todos nosotros viviendo juntos. Podrías llamarlo una comuna.

Silas pone el rifle en la mesa y apoya los codos junto a él, mirando a mamá—. Sólo que sin las orgías, por supuesto. Quiero decir... a menos que quieras —sonríe, y Dennis no está del todo seguro de por qué, pero está bastante seguro de que Silas acaba de hacer una broma sucia.

Mamá no responde, y Jonas tampoco sonríe.

—Por ahora seremos sólo nosotros cuatro —continúa—. Pero mañana o pasado, se nos unirán algunas personas más. Es nuestra madre, su nuevo esposo y su hijo. Además, mi novia se unirá más tarde. No puede salir de su casa ahora, pero encontraremos la manera de traerla aquí.

—Eso son ocho personas —dice mamá, sacudiendo la cabeza lentamente—. Son demasiadas.

—Tienes razón, creo que seis es un número mucho mejor —dice Silas, mirando a mamá—. Mucho más sostenible.

—Son libres de irse si quieren —dice Jonas—. No son nuestros prisioneros. Pero sospecho que prefieren quedarse.

Dennis mira a mamá.

Mamá se encoge de hombros—. No tendríamos ningún otro lugar seguro al que ir. No sobreviviríamos hasta el anochecer.

El pensamiento hace que Dennis se estremezca.

—Bien, entonces tenemos que hacer que funcione —dice Jonas—. Y estoy seguro de que podemos.

—Sí, ningún problema —dice Silas con desdén—. Verás, a diferencia de ustedes, no matamos a otras personas para quedarnos con su refugio. Queremos compartir, como buenos chicos. Por cierto, ¿cómo lo hicieron? Quiero decir, ¿cómo entraron aquí?

—Creo que eso es irrelevante por ahora, Silas —empieza Jonas.

—No, es muy importante —insiste Silas, sin apartar los ojos de mamá—. Quiero saber cómo esta perra astuta superó la seguridad de Holger. Idear mi propia entrada no fue exactamente fácil, pero sabía que se podía hacer. Así que, cuéntenos el secreto, mami.

Mamá guarda silencio por un segundo o dos, mientras ambos hermanos la observan de cerca. Luego, comienza a hablar. Les cuenta sobre la trampilla secreta en el patio.

—Así que fue tanto suerte tonta como planificación estratégica —concluye Silas—. Simplemente los vieron salir.

Mamá no responde.

—¿La trampilla está cerrada desde adentro ahora? —pregunta Jonas—. Quiero decir, ¿alguien más puede entrar de esa manera?

Mamá lo mira, luego sacude la cabeza una vez.

—¿Y conoces alguna otra forma en que alguien lo suficientemente creativo pueda encontrar su camino aquí?

—No.

—Mejor revisamos alrededor, para asegurarnos de que no recibamos sorpresas —interviene Silas—. ¿Qué hay de las armas? ¿Tenía Holger algo para defender este lugar?

Mamá duda por un momento, luego dice: —Hay bastantes armas en el búnker.

Los hermanos intercambian una mirada.

—¿Qué tipo de armas? —pregunta Jonas, dirigiéndose a mamá.

—Armas de fuego. Cuchillos. Explosivos.

—Santo cielo —susurra Silas, sonriendo a su hermano—. ¡Nos sacamos la lotería!

—No estoy segura de que puedan acceder a ellas —continúa mamá—. Están encerradas en un gabinete de metal. No tengo idea de dónde están las llaves.

—¿Estás segura? —pregunta Silas, mirando a mamá de arriba a abajo—. ¿Estás segura de que no sabes dónde están las llaves? Si te cacheo, ¿las encontraré?

Mamá sostiene su mirada firmemente, mientras dice: —No encontrarás nada.

—Revisaremos eso también —dice Jonas—. Pero primero, necesitamos establecer algunas reglas básicas, para asegurarnos de que podamos coexistir en armonía.

Parece que está a punto de continuar, pero Silas interviene, aplaudiendo, haciendo que Dennis salte.

—¡Bien! Ahora, mi mayor problema es el hecho de que ya mataron a un tipo al que no querían tener cerca... —Silas señala a mamá—. Y, honestamente, estoy sintiendo una especie de vibra psicópata de tu parte.

—Silas —comienza Jonas.

—No, lo siento —dice Silas, sacudiendo la cabeza con vehemencia—. No sabemos absolutamente nada sobre ella o de lo que es capaz, y dadas las circunstancias, simplemente no siento que pueda confiar en ella. ¿Tienes algo que decir para convencerme de lo contrario, Birgit?

Dennis mira a mamá, y mamá mira fríamente a Silas.

—No maté a Holger porque no lo quería aquí —dice, mirando de Silas a Jonas y de vuelta—. No lo hice a sangre fría, si es lo que piensas. Lo hice porque amenazó con echarnos.

Silas levanta una ceja—. ¿De verdad? ¿Te amenazó con hacerte ir después de que te metiste a la fuerza en su casa?

—Cuéntanos qué pasó —dice Jonas, y suena más como una petición que una exigencia.

Dennis ya le gusta mucho más Jonas que Silas. Los hermanos se parecen mucho, pero Jonas parece ser un poco mayor, su comportamiento es más calmado, y no hace esa cara espeluznante de sonrisa todo el tiempo. Además, no actúa tan hostil hacia mamá como su hermano.

Silas, por otro lado, Dennis le recuerda a un juguete que tenía cuando era pequeño. Era una bola de plástico duro llena de agujeros, en la que podías cargar un globo de agua lleno. Luego presionabas un botón, y un temporizador oculto comenzaba dentro de la bola, contando hacia atrás hasta que un clavo perforaba el globo. Entonces tenías que lanzar la bola de un lado a otro, y quien tuviera la mala suerte de sostenerla cuando el temporizador se agotara, se empapaba de agua.

A Dennis nunca le gustó ese juego, y nunca lo jugó mucho; no tenía muchos amigos con quienes jugar, pero esa no era la razón por la que no le gustaba el juego; era la imprevisibilidad de la bola. Sabías el riesgo, pero nunca sabías cuándo vendría.

Silas es como esa bola.

Y el botón ya ha sido presionado. El temporizador está corriendo.

—Es cierto que entramos aquí sin el consentimiento de Holger —comienza mamá, hablando en voz baja y firme—. Pero todo lo que queríamos era seguridad. Nos vimos obligados a dejar nuestra propia casa cuando llegaron los muertos. Estrellamos nuestro auto a unos kilómetros de aquí y apenas logramos llegar a pie. Sólo queríamos quedarnos aquí unos días, hasta que la situación mejorara. Y Holger parecía estar de acuerdo al principio, pero nos estaba mintiendo, o cambió de opinión, porque de repente, apuntó con una pistola a mi hijo. Los muertos todavía estaban afuera, pero a Holger no le importaba; nos dijo que nos fuéramos, o nos mataría. —Mamá sacude la cabeza casi imperceptiblemente, bajando la voz a un susurro—. Holger estaba mentalmente enfermo, y la situación debió alimentar su paranoia. Lamento lo que tuve que hacer, pero no me dejó otra opción.

Un momento de silencio en la sala mientras mamá deja de hablar y mira sus manos.

Dennis nota que los hermanos intercambian otra mirada.

—Tiene sentido —dice Jonas, encogiéndose de hombros—. Vimos un auto estrellado en el camino. Y sabíamos que Holger estaba un poco loco.

—Sí, pero algo todavía me molesta —dice Silas, mirando a mamá—. No puedo identificarlo del todo. Luego, de repente, mira a Dennis—. ¿Tu mamá está diciendo la verdad, Dennis? ¿Toda la verdad y nada más que la verdad?

Dennis abre la boca, pero no puede decir una palabra. Así que asiente enfáticamente.

—Por favor, deja a mi hijo fuera de esto —dice mamá con una firmeza repentina.

—¿Qué pasa con él, de todos modos? —pregunta Silas—. No quiero ser grosero, pero ¿es como, autista o algo?

—Tuve una fiebre cerebral cuando era pequeño —dice Dennis, sorprendiéndose a sí mismo.

Silas asiente—. Ya veo. Lo siento por eso, chico. Es bueno que tengas una verdadera mamá leona, ¿eh? —mira a mamá, sonriendo una vez más.

Mamá no responde.

—Silas —dice Jonas, levantándose—. Hablemos en la cocina. Ustedes dos quédense aquí.

Silas se levanta y trae su rifle. Los hermanos salen de la sala, pero se mantienen a la vista de mamá y Dennis. Luego comienzan a deliberar en voz baja, Silas señalando la sala de vez en

cuando.

Dennis mira de reojo a mamá, casi con miedo de girar la cabeza—. ¿Mamá? —carraspea.

—Sssh —lo calma—. Está bien, Dennis. Déjame manejar esto. Te prometo que todo estará bien.

Dennis quiere confiar en ella, realmente lo quiere, pero la situación lo pone muy nervioso.

Los hermanos siguen hablando durante varios minutos. De vez en cuando, Dennis capta una palabra. Silas parece ponerse un poco agitado a veces, pero Jonas lo calma.

Finalmente, después de casi diez minutos, vuelven a la sala.

—Bien, así es como vamos a hacer las cosas —dice Silas—. Dado que mi querido hermano y yo no podemos llegar a un acuerdo sobre si mostrarles el beneficio de la duda o no, hemos decidido pecar de cautelosos. Ambos se quedarán aquí, pero los mantendremos encerrados por ahora —señala a mamá—. Tendrás una habitación en el sótano para ti sola. Así, nadie saldrá herido.

—Esta es una solución temporal —añade Jonas—. Si las cosas van bien, podremos dejarte salir.

—¿Qué significa eso exactamente? —pregunta mamá, hablando lenta y deliberadamente—. ¿"Van bien"?

—Sólo necesitamos conocernos mejor, eso es todo —dice Jonas—. Hasta entonces, es mejor para todos no correr riesgos.

Dennis mira de Jonas a mamá, esperando que mamá diga algo, que proteste, pero ella sólo mira a Jonas.

La forma en que lo dijo, casi sonaba razonable. Pero la idea de que mantengan a mamá encerrada como una prisionera hace que la garganta de Dennis se apriete.

—¿Y qué pasa conmigo entonces? —dice sin pensarlo.

Ambos, Silas y Jonas, lo miran.

—Eso depende —dice Silas—. Si te comportas como un buen chico y te portas bien, entonces no tenemos problema y puedes hacer prácticamente lo que quieras.

—Nos vendrían bien un par de manos —le dice Jonas—. Necesitamos preparar este lugar para cuando llegue nuestra familia.

—Pero... —comienza Dennis.

Mamá lo interrumpe girando la cabeza y mirándolo—. Puedes hacer eso, Dennis. Puedes ayudarlos.

Dennis frunce el ceño—. Pero, mamá, ¿qué pasa contigo?

—Estaré bien. Oíste lo que dijeron. Es sólo por unos días.

—Unos días, unas semanas —dice Silas, balanceando la mano—. Tendremos que ver cómo va. Mamá no aparta la vista de Dennis. Es como si intentara decirle algo sin palabras—. Eso suena justo, ¿no, Dennis?

Dennis no está seguro de cuál es la respuesta correcta. Siente que los hermanos lo observan de cerca. Así que sólo asiente rápidamente.

—Genial —dice Silas, aplaudiendo y luego recogiendo el rifle—. Vamos todos al sótano y te registramos.

VEINTINUEVE

Es alrededor de la hora de la cena cuando Christine comienza a sentir que algo está realmente mal.

Han estado en el bote todo el día, tratando de pasar el tiempo jugando a las cartas con mamá. Papá ha estado mayormente solo, ayudando a tío Kent cuando lo necesitaba.

Anton quería jugar en su teléfono, pero mamá y papá se lo quitaron y dijeron que no podía recuperarlo por ahora. Cuando Anton preguntó por qué, papá sólo murmuró algo sobre mantener un perfil bajo, Christine no sabía lo que eso significaba.

Christine ha estado quedándose dormida un par de veces; el suave ronroneo del motor del bote es muy relajante.

Pero cada vez que despertaba con un sobresalto, se sentaba bruscamente y miraba alrededor. Cada vez, mamá estaba allí, asegurándole que todo estaba bien.

Aun así, Christine no se sentía bien.

No podía sacarse de la cabeza la imagen de la anciana justo antes de caer al agua. O a Anton murmurando: «Ella vino por mí».

La cabina tiene sólo dos pequeñas ventanas, ambas en el techo, mostrando un recorte del cielo. Christine miraba hacia arriba de vez en cuando para ver cómo cambiaba de color a medida que avanzaba el día. De vez en cuando, una gaviota o una nube blanca pasaba, pero en su mayoría, sólo era cielo azul.

Cenaron en la cabina. Incluso tío Kent se unió a ellos. Miró a Christine y Anton sólo brevemente, enviándoles vagas sonrisas y preguntando sobre la escuela.

No le importaban las respuestas, sin embargo. Christine podía darse cuenta de que su mente estaba en otro lugar.

Luego, justo cuando había notado que el cielo se oscurecía, Christine siente que la atmósfera cambia.

Comienza cuando tío Kent baja a la cabina. Mira a papá, que está acostado en su cama, con la mano sobre los ojos.

—¿Steffen? —dice Kent—. ¿Estás despierto?

—¿Eh? —murmura papá, mirando alrededor. Al ver a Kent, inmediatamente se sienta—. ¿Qué pasa?

—Creo que tenemos un problema.

Christine inmediatamente siente miedo en el estómago. Mira a Anton, que mira a mamá, que mira a papá, que mira a Kent.

—¿Qué pasa? —susurra papá.

—Por favor, sube conmigo.

Kent se da la vuelta y se va, y papá se levanta para seguirlo.

—¿Cariño? —dice mamá.

—Vuelvo enseguida —dice papá y cierra la puerta detrás de él.

—¿Qué pasa? —pregunta Anton a mamá.

—No lo sé. Probablemente nada.

—¡No está bien! ¡Kent acaba de decir que cree que tenemos un problema! Deja de mentirme, mamá.

Mientras mamá y Anton comienzan a discutir, Christine aprovecha la oportunidad para moverse hacia el extremo más alejado de la cabina. Se sienta en la cama más cercana a la parte trasera del bote y se recuesta.

Justo encima, hay un pequeño tubo que sobresale del techo. A través de él, puede sentir una ligera brisa de aire fresco. Lo notó antes, pero no se lo dijo a nadie más. Escuchando atentamente, apenas puede distinguir a papá y a tío Kent hablando.

—... sigue tirando hacia la derecha ...

—... ¿cómo es eso?

—... pensaba que era algo con una de las hélices, pero todo parece estar bien ...

—... entonces ¿qué?

—... noté la cuerda ... ¿la ves?

—... ¿ver qué?

Hay una pausa en la conversación. Mamá y Anton siguen discutiendo. Christine puede notar por sus voces que ambos están asustados. No puede culparlos; su propio corazón está acelerado.

Se concentra firmemente en escuchar a través del tubo.

Durante medio minuto o así, no hay nada.

Luego, la voz de papá: —Santo cielo ... ¿la hemos estado arrastrando todo el camino?

—... parece que sí ...

—... ¿es eso siquiera posible? Quiero decir, ya debería haberse ahogado ...

—... no tengo idea ...

—... ¿no podemos simplemente cortarla?

—... no sirve ... completamente enredada en el timón ...

—... entonces ¿qué?

—... no sé ... seguir adelante, supongo ... esperar lo mejor ...

La conversación parece haber terminado.

También la de mamá y Anton; Anton está sentado de espaldas y con los brazos cruzados, mamá está mirando al suelo.

Christine se aleja discretamente del tubo en el techo.

Un minuto después, papá vuelve a bajar. Nos sonríe, y si Christine no hubiera escuchado hablar con tío Kent, la sonrisa parecería convincente.

—¿Qué pasaba? —pregunta mamá.

—Nada —dice papá—. Kent sólo pensó que vio otro bote viniendo hacia aquí, pero resultó ser nada. Sólo el reflejo de la luz en las olas, supongo.

Tanto mamá como Anton parecen aceptar lo que papá acaba de decir. La atmósfera se vuelve un poco menos tensa.

—¿Cuánto falta para llegar a Inglaterra, papá? —pregunta Anton.

—Oh, sólo unas pocas horas más. Deberíamos intentar descansar mientras podamos, ¿de acuerdo?

Papá se recuesta, coloca su mano sobre los ojos nuevamente y aparentemente vuelve a dormir.

Pero Christine puede decir que no está durmiendo. Sólo está acostado allí, pensando.

Ella intenta darle sentido a lo que escuchó hablar con tío Kent. Algo sobre algo que se estaba arrastrando. ¿Qué podría ser eso?

Luego, los oídos de Christine captan otro sonido. Uno que corta el murmullo del motor. Es muy bajo y sólo lo oye porque está muy cerca.

Gira la cabeza para mirar la pared.

Algo está raspando del otro lado. Lo cual es muy extraño, porque el exterior de la pared está bajo el agua.

Y, aún más extraño, suena casi como uñas.

TREINTA

—Gracias a Dios por McD, ¿eh?

William devora la mitad de una hamburguesa con queso, luego mira alrededor del auto al resto de ellos, hablando con la boca llena.

—Quiero decir, incluso cuando el mundo se está acabando, están decididos a permanecer abiertos y servir comida chatarra.

Dan no puede evitar sonreír. Están nuevamente apretujados en el coche de William, pero esta vez con el pasajero adicional Eli, que está sentado en el maletero junto a Ozzy.

Acaban de salir de un autoservicio de McDonald's, y todos tienen una bolsa de papel marrón. William y Ali son los únicos que parecen tener apetito, ambos devorando sus hamburguesas con gusto.

El padre de Dan está mirando su bolsa, como si esperara encontrar algo ahí dentro que realmente fuera apetitoso.

Dorte está mirando por la ventana, como si ni siquiera hubiera notado la bolsa de papel en su regazo.

Eli está cuidadosamente sacando los pepinillos de su hamburguesa y ofreciéndoselos a Ozzy, que los engulle con entusiasmo.

Nasira está comiendo papas fritas con su habitual calma, sacando una a la vez, mirándola, luego metiéndola en su boca.

Dan se ha acostumbrado a su calma casi inquietante a estas alturas. Al principio, pensó que era una especie de mecanismo de defensa; que Nasira realmente estaba en pánico por dentro, pero mostraba una cara valiente para su hermano menor. Pero ella realmente parece estar en paz. De hecho, parece la única que realmente está bien con la situación.

Dan no siente mucha hambre él mismo, aunque no ha comido nada en... ¿cuánto tiempo ha pasado? Ni siquiera puede recordarlo.

Así que decide al menos intentarlo. Saca la hamburguesa y la desenvuelve. El olor de ella es suficiente para que su estómago se revuelva.

El primer mordisco es más bien un bocado, y baja como arcilla.

El segundo sabe un poco mejor.

El tercero sigue rápidamente.

Y antes de que se dé cuenta, está lamiendo el papel vacío, alcanzando la segunda hamburguesa.

Cinco minutos después, está recostado con un suspiro pesado, sorbiendo lo último del batido, la bolsa vacía arrugada a sus pies. Su estómago parece como si acabara de comer un par de balas de cañón, y se siente genial.

—Ha llegado a Alemania —dice el padre de Dan, rompiendo el silencio—. Adiós a los bloqueos fronterizos, ¿eh?

Dan se da cuenta de que la radio está encendida, una voz femenina contando sobre personas infectadas que han penetrado la frontera a pesar del mejor esfuerzo del ejército alemán.

—... varios individuos afectados apareciendo por todo el norte de Alemania, incluyendo Hamburgo...

—Mierda —murmura William—. Hamburgo, esa es una ciudad bastante grande, ¿verdad?

—Cerca de dos millones —dice Henrik, estirándose y apagando la radio.

—Muy bien, Eli —dice William, bebiendo de su Coca-Cola, luego eructando ruidosamente—. Cambiemos de tema. ¿Dónde exactamente viste el helicóptero?

—Eh... estaba justo fuera de los límites de la ciudad, supongo —murmura Eli desde el maletero.

—¿Eh? —pregunta William.

—Justo fuera de la ciudad —dice Dan.

Conducen otros diez minutos. Dan está a punto de quedarse dormido un par de veces. Nota que William sigue revisando el espejo retrovisor para asegurarse de que Sebastian todavía está detrás de ellos.

Salen de la ciudad y pasan un par de coches estacionados o chocados al lado de la carretera. Todos lo notan, pero ninguno comenta.

—Acabamos de pasar el límite de la ciudad —comenta William.

—Está bien, entonces disminuye la velocidad —dice Eli—. Estaba por aquí en algún lugar. Creo.

—No sueñas muy convencido —dice William, pero suelta el acelerador de todos modos.

Dan mira hacia afuera. El área es plana, desolada, no hay mucho más que brezos y pequeños abetos creciendo aquí.

—¿De qué lado de la carretera? —pregunta William.

—Yo... no estoy seguro.

William suspira.

—Está bien —dice el padre de Dan—. Todos, por favor, mantengan los ojos abiertos.

Conducen en silencio otros pocos kilómetros. Luego, de repente, Ali dice:

—¡Ahí!

Dan mira al chico señalando con entusiasmo. Esta parte del páramo está más densamente poblada de árboles. A unos cincuenta metros de la carretera, ve el brillante color amarillo del helicóptero médico, medio escondido entre los árboles.

—Sí, es ese —dice Eli—. Ese es el que vi.

William se detiene y estaciona el coche. Dan mira hacia atrás y ve a Sebastian deteniéndose detrás de ellos.

—Parece abandonado —comenta Henrik—. ¿Cuál es el plan? ¿Vamos a verificar?

—Creo que primero necesitamos asegurarnos de que no haya nadie más alrededor —dice William, escaneando los alrededores—. Dan, ¿estás listo para otra excursión?

—Claro. ¿Qué quieres que haga?

—Saldremos y nos dividiremos para revisar el área alrededor del helicóptero.

—¿Qué estamos revisando? —pregunta Dan—. ¿Zombies?

—Cualquier cosa, realmente. Sólo no quiero sorpresas. Parece poco probable que nadie haya notado un helicóptero aquí en medio de la nada.

—Bueno, en realidad es difícil de ver desde la carretera —comenta Henrik.

—Lo sé, pero mejor prevenir que lamentar. ¿Vienes, Dan?

—Podría unirme —ofrece Dorte.

—Creo que es mejor que sólo dos de nosotros vayamos —dice William—. Cuantas más personas, más atención atraemos si hay algo ahí fuera.

Abre la puerta y sale. Dan sigue su ejemplo, y William abre el maletero, dejando salir a Ozzy.

Sebastian sale de su coche y enciende un cigarrillo.

Dan puede oír a la niña, Lærke, suspirar con indignación desde dentro del coche.

—¡Papá! Dijiste que dejaste de fumar.

—Lo siento, cariño —dice él, inhalando profundamente—. Hoy no cuenta, ¿de acuerdo?

Ella cruza los brazos—. Le diré a mamá.

William le hace un gesto a Sebastian—. Vamos a revisar el área. ¿Te parece bien quedarte aquí?

Sebastian exhala humo, tose brevemente, luego asiente—. Claro. Vigilaré la carretera.

Dan y William se dividen y van en direcciones diferentes. Dan camina despacio, mirando a su alrededor, escuchando atentamente cualquier sonido. Ya es hora de cenar y los árboles proyectan largas y frescas sombras. Los pájaros están cantando en algún lugar, y una abeja pasa zumbando perezosamente.

Pronto pierde de vista a William y a Ozzy y también a los coches, mientras camina en un amplio círculo alrededor del helicóptero. Al llegar al otro lado, los árboles de repente se detienen y le ofrecen una vista amplia. El páramo se extiende hasta donde alcanza su vista. No hay personas a la vista, vivas o muertas.

Se gira para regresar cuando lo escucha.

Un gemido y un rasguño de uñas en metal.

El corazón de Dan se acelera mientras se desliza entre los árboles más cercanos para obtener una vista del helicóptero.

Una anciana, corpulenta, está tanteando el costado del helicóptero, tambaleándose de un lado a otro. Junto a ella hay un hombre más alto y joven con un traje de materiales peligrosos rasgado, también palpando el metal. A juzgar por el sendero alrededor del helicóptero, han estado en eso durante bastante tiempo.

—Alguien está vivo ahí dentro —susurra Dan para sí mismo.

Luego capta un movimiento por el rabillo del ojo y salta. William aparece a la vista, con un dedo sobre sus labios, Ozzy justo a su lado.

Dan señala—. Hay una mujer y un...

—Los he visto. Ozzy los olió de inmediato. Intenté echar un vistazo por el parabrisas, para ver qué hay dentro, pero tengo miedo de acercarme demasiado y llamar su atención.

—Alguien tiene que estar vivo ahí dentro.

—Lo sé. Probablemente estén atrapados.

—¿Crees que es el piloto?

—Podría ser. O tal vez personas enfermas de camino al hospital. Lo averiguaremos una vez que saquemos al tipo y a la señora gorda del camino.

—¿Cómo quieres hacerlo?

William mira pensativo hacia el helicóptero—. Creo que tendremos que matarlos.

Dan traga saliva—. ¿Por qué? ¿Y cómo?

William lo mira.

—¿Por qué? Porque, ¿cómo vas a entrar al helicóptero? ¿Pedirles que se hagan a un lado?

—No, pero podríamos alejarlos.

—Simplemente volverían; probablemente somos las únicas personas vivas a varios kilómetros.

Y necesitamos al menos diez minutos para meter a todos y arrancar el helicóptero.

Dan se muerde el labio—. Está bien, ¿entonces cómo? No tenemos armas.

William sacude la cabeza lentamente—. No, y eso empieza a parecerme un grave error.

Vamos, volvamos al grupo. Tendremos una discusión general y decidiremos qué hacer.

William lo dice con un toque de sarcasmo, pero Dan no puede evitar notar la forma en que se refirió a todos ellos como “el grupo”; es la primera vez que cualquiera de ellos lo hace. De alguna manera lo hace oficial. Ahora son El Grupo: las personas que terminaron juntas y ahora están tratando de sobrevivir al fin del mundo.

TREINTA Y UNO

—Esto es perfecto —dice Silas, mirando alrededor del pequeño baño—. Vaciaremos los estantes y arrastraremos una de las literas aquí, y tendrás todo lo que necesitas. —Le envía a mamá una de sus horribles sonrisas—. ¡Ni siquiera necesitas salir para usar el inodoro!

Mamá no responde, sólo mira más allá de él.

Para Dennis, la habitación está lejos de ser perfecta, más bien apretada y claustrofóbica.

—Te traeremos comida, por supuesto —dice Jonas, parado detrás de ellos—. Y si necesitas algo, puedes golpear la puerta.

Mamá simplemente asiente.

La idea de que mamá viva en un baño subterráneo durante varios días hace que Dennis quiera llorar. Pero recuerda la mirada severa que mamá le dio justo antes de que bajaran aquí, y se controla. No puede creer que mamá esté de acuerdo con esto, pero aparentemente, lo está. Al menos quiere que los hermanos lo piensen.

Quizás ella tenga una idea. Quizás ya haya encontrado una manera de salir.

El pensamiento le da una pequeña esperanza, pero el baño no tiene ventanas, sólo un pequeño conducto de ventilación, que es sólo lo suficientemente grande como para que pase un brazo. Además, la puerta es de metal y parece imposible de romper. No puede ver cómo diablos mamá saldrá de aquí.

—¿Al menos puedo traer mi bolso?

—¿Qué bolso? —pregunta Silas.

—El que está justo ahí —dice mamá, señalando hacia la mesa donde está su bolso de cuero marrón—. Tengo mi tejido ahí.

Jonas va y toma el bolso.

—Mejor revisarlo —le dice Silas mientras regresa con él.

Jonas mira de su hermano a mamá—. ¿Hay algo en él que deba revisar?

Mamá simplemente le devuelve la mirada, inexpresiva—. No encontrarás nada más peligroso que una aguja de tejer.

—Eso puede ser lo suficientemente peligroso —dice Silas—. Digo que nos quedemos con el bolso.

Jonas abre el bolso y le echa un vistazo rápido. Luego, se lo entrega a mamá.

Silas entrecierra los ojos hacia su hermano—. Está bien, ¿entonces simplemente anulas mi objeción, o qué?

—No va a matar a nadie con una aguja de tejer. No podemos mantenerla encerrada sin nada que hacer, eso es cruel.

—Está bien —dice Silas, levantando los brazos—. Entonces tú le llevas la cena. No quiero que me saquen un ojo.

Jonas sacude la cabeza una vez, luego mira a mamá—. Ella sabe que no debe hacer nada estúpido como eso. ¿Verdad?

Luego, Jonas hace algo extraño: mira brevemente a Dennis, luego de vuelta a mamá, como si añadiera algo a la pregunta, que no quiere poner en palabras. Su expresión es calmada, pero Dennis percibe algo muy serio en sus ojos.

Sea lo que sea, mamá parece entenderlo. Al menos, asiente en señal de acuerdo—. No voy a hacer nada más que lo que me digan.

—Bien —dice Silas—. Te daremos tiempo para probarlo. Ahora, entra.

Mamá entra al baño, y Silas va a cerrar la puerta.

—¿Podemos abrazarnos una última vez? —pregunta mamá. Mira a Dennis, como si la pregunta fuera para él. Está sorprendido por la pregunta, francamente; mamá casi nunca lo abraza.

Silas está a punto de decir algo, cuando Jonas dice—: Claro, háganlo rápido.

Mamá extiende los brazos, y Dennis entra al baño y deja que ella lo abraze. El calor de ella y la sensación de ser sostenido es casi suficiente para hacerle llorar.

—Va a estar bien —le dice mamá—. No tengas miedo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, mamá —dice Dennis, con la voz cargada de emoción—. Seré bueno, lo prometo. Haré lo que me digan.

Detrás de él, puede escuchar a Jonas y Silas intercambiar algunas palabras en voz baja. Parece que están planeando lo que necesitan hacer en la casa.

Dennis está a punto de romper el abrazo, pero justo antes de poder hacerlo, mamá lo agarra y aprieta fuerte. Luego, coloca sus labios justo en su oído y susurra ásperamente: —Tráeme un mechón del cabello de Silas.

Dennis se queda atónito ante el cambio de tono en la voz de mamá, ya que la verdadera razón por la que quería un abrazo de repente se le hace clara.

Para cubrir el hecho de que acaba de susurrar en su oído, ella le da un beso en la mejilla, luego lo suelta. Cuando la mira, su expresión está completamente limpia, como si nada hubiera pasado.

—Bien, ¿ya terminaron? —dice Silas—. Sal de aquí, Dennis. Hora de trabajar.

TREINTA Y DOS

—Como ven, fue bueno que revisáramos —concluye William, mirando a los demás agrupados a su alrededor al costado del camino—. Hubiera sido una desagradable sorpresa si simplemente hubiéramos paseado por allí.

—Esto también significa que alguien todavía está en el helicóptero —añade Dan, rascándose el brazo—. Alguien vivo. O de lo contrario, los zombies no seguirían allí.

—Correcto —asiente el padre de Dan—. Eso fue lo primero que pensé también. Necesitamos ayudar a quien esté atrapado ahí.

—Y hacemos eso deshaciéndonos del tipo y de la gorda —dice William—. Lo que nos lleva de vuelta a la pregunta principal: ¿Cómo lo hacemos? ¿Alguna idea brillante?

Todos se miran entre sí.

William continúa: —Empiezo entonces. La forma más segura de deshacernos de ellos probablemente sea con uno de los coches. Podríamos atraerlos a la carretera y simplemente atropellarlos.

—¿Necesitamos matarlos? —interviene Dorte, repitiendo la pregunta de Dan de hace unos minutos. Es la primera vez en horas que parece interesada en la conversación, nota Dan; sus ojos incluso han recuperado algo de su claridad—. ¿No podríamos simplemente asegurarlos de alguna manera?

—¿Con qué? —pregunta William, extendiendo los brazos—. No tenemos nada con qué atarlos. Y también creo que sería demasiado arriesgado. No quiero que ninguno de nosotros se acerque más de lo necesario.

—Entiendo eso —dice Dorte—. Sólo parece un poco... brutal.

—No olvidemos que ya están muertos —dice Dan.

Dorte lo mira, luego baja la mirada—. Tienes razón. Supongo que debo dejar de pensar como una doctora.

—Por favor, no lo hagas —dice William, enviándole una sonrisa—. Tener una doctora cerca sin duda será útil. Sólo que no en el caso de cuando estamos tratando con muertos vivientes.

Dorte le devuelve la sonrisa vagamente antes de volver a mirar hacia abajo.

William junta las palmas y mira a todos—. Entonces, ¿nadie tiene una idea mejor que la Operación Atropellar? Porque si no, yo me ofrezco para conducir. No quiero presumir, pero la señorita Honda y yo ya hemos atropellado a media docena de muertos. De ahí el parachoques abollado.

—Creo que es un plan decente —interviene Sebastian. Está sentado en el capó de su propio coche con Lærke en su rodilla—. ¿Cómo los atraemos aquí entonces? ¿Simplemente los llamamos?

—Probablemente eso no funcione —dice Dan—. No creo que se guíen por el oído, ni por ninguno de los sentidos habituales, en realidad. Lo único que los alejará de allí es otra presa que se acerque más de lo que pueden sentir dentro del helicóptero.

—Lo que significa —interviene William—, que necesitamos a alguien que actúe como carnada.

Todos guardan silencio.

—Lo haría yo mismo —continúa William—, pero si voy a conducir el coche, no puedo.

Dan respira hondo—. Lo haré yo.

—No, lo haré yo —interviene su padre de inmediato—. Ya has estado en suficiente peligro.

—Tú también —discute Dan—. Y tiene que ser alguien rápido.

Su padre está a punto de replicar cuando Dorte interviene con firmeza—: Soy rápida. Lo haré yo.

William la mira—. ¿Segura?

—Segura.

—Está bien, porque quiero decir...

—Soy la única aquí que no tiene a nadie que perder —dice Dorte, mirando a William—. Fin de la discusión.

Dan mira alrededor y se da cuenta de que ella tiene casi razón, si consideras a Ozzy y William como un par, la única excepción siendo Eli, que convenientemente se mantiene fuera de vista, parado un poco apartado y mirando al suelo.

William asiente—. Muy bien. Tenemos nuestra voluntaria. Ahora, el resto de ustedes debería irse unos cientos de metros carretera abajo, sólo para asegurarse de que no estén en peligro.

—Espera un minuto —dice Sebastian, bajando a su hija y poniéndose de pie—. Alguien se acerca.

Dan sigue su mirada y ve un SUV grande y verde cubierto de polvo acercándose. Disminuye la velocidad y se detiene al costado del camino.

—Parece que quieren hablar —murmura William y da un paso más cerca cuando se abre la puerta del conductor del SUV.

Un tipo alto, delgado y calvo de unos treinta años se baja. Está vestido con jeans descoloridos y una camisa gastada, y sus manos, que parecen demasiado grandes para sus brazos huesudos, están negras de aceite.

—Hola —dice William—. ¿Necesitas ayuda?

El tipo no responde de inmediato. Sus ojos, azules y muy hundidos, se mueven rápidamente entre las caras del grupo. Luego miran hacia el helicóptero. El tipo obviamente lo ve entre los árboles, porque su expresión cambia.

—Hola —grita el padre de Dan, saludando al hombre—. ¿Qué podemos hacer por ti?

El hombre los mira de nuevo, y sus ojos se entrecierran. Finalmente habla, revelando un fuerte acento local—. Hemos estado conduciendo por ahí buscando ese helicóptero desde que lo vimos caer.

—Está bien, bueno, lo encontraste —dice William—. Míralo y luego sigue adelante.

Dan se estremece ante el tono ligeramente confrontacional en la voz de William. Por alguna razón, no cree que sea prudente.

El tipo obviamente también lo nota, porque su actitud se vuelve aún más hostil—. Tengo a mi esposa e hija aquí conmigo —dice con una voz extraña y tensa—. Vamos a tomar ese helicóptero y salir del país.

—Oh, ¿de verdad? —dice William—. ¿Sabes pilotarlo?

El tipo levanta un hombro huesudo—. Supongo que no puede ser tan difícil.

—Bueno, te has equivocado —dice William—. A menos que seas piloto y sepas lo que estás haciendo, nunca lograrás despegarlo. Así que me temo que tendrás que encontrar otra forma de salir del país.

—No hay otra forma —dice el hombre, sacudiendo lentamente la cabeza calva, sin apartar los ojos de William—. Han cerrado todas las fronteras y puertos, en caso de que no lo hayas oído. Tan pronto como vi caer este helicóptero, supe que era nuestra última esperanza.

—Siento romper tu burbuja —dice William—. Pero nosotros llegamos primero, y de hecho tenemos a alguien que puede pilotarlo.

—William —susurra Sebastian desde atrás—. Cállate.

—¿De verdad? —dice el hombre, levantando las cejas—. ¿Quién podría ser?

William duda.

—Llegará en cualquier momento —dice Dan, llamando la atención del hombre—. Lo siento mucho. Nos encantaría llevarte a ti y a tu esposa e hija con nosotros, pero como puedes ver, ya somos demasiados.

El hombre mira a Dan durante unos segundos. Todos esperan que diga algo. Cuando finalmente lo hace, se dirige a William nuevamente—. Entonces, tienes un piloto. ¿También tienes armas?

—Sí —dice William rápidamente, demasiado rápido tal vez, siente Dan.

—¿De verdad? —dice el tipo—. No veo ninguna.

Nadie parece saber qué decir.

Entonces, el hombre mete la mano en el coche. A Dan le parece que está a punto de apagar el motor. En cambio, saca un rifle de caza grande que coloca despreocupadamente en su brazo, apuntando en su dirección.

El grupo retrocede. Nasira se coloca frente a Ali y Sebastian esconde a su hija detrás del coche.

—Hey, hey, hey —dice William, levantando las manos—. No te emociones ahora.

Ozzy gruñe amenazadoramente a su lado.

—¿Podrías meter al perro en el coche, por favor? —pregunta el hombre, señalando hacia Ozzy.

El padre de Dan da un paso adelante—. Mira. Todos sabemos que la situación es desesperada, pero no hay razón para que no podamos hacer que esto funcione para todos.

—¿Y cómo crees que lo hagamos? —pregunta el hombre, sin bajar el rifle.

—No lo sé, podríamos tal vez...

—Te diré cómo —interrumpe el hombre—. Me llevo a tu piloto y al helicóptero y volamos lejos de aquí. Así es como lo haremos. Y te dije que metas al perro en el coche. ¿O quieres que lo mate?

William mira a Ozzy y murmura: —Maletero, Ozzy.

Ozzy sólo se aleja de su lado a regañadientes para deslizarse de nuevo al coche y saltar al maletero abierto.

—¡Tú! —grita el tipo, señalando a Dan—. ¡Cierra ese maletero!

Dan hace lo que le dicen.

—Hey, te dijimos, hombre —dice William—. El piloto aún no está aquí. Y una vez que llegue y te vea blandir ese rifle, se dará la vuelta.

El tipo mira intensamente a William—. Entonces, ¿el piloto aún no está aquí?

William sacude la cabeza.

—¿Cuándo viene?

—No podría decirte. No hemos sabido de él últimamente. Podría ser en unas horas.

—Estás mintiendo.

El hombre lo dice no como una acusación, sino como un hecho. Dan no puede evitar sobresaltarse un poco. Sin embargo, William es mejor manteniendo el engaño.

—No, no lo estoy. ¿Por qué crees que estábamos parados cuando llegaste? Esta cosa no fue fácil de encontrar, como dijiste. El piloto probablemente todavía esté conduciendo por ahí buscándolo.

El tipo mira hacia el helicóptero, luego de nuevo a William por unos segundos. Luego, sus ojos se deslizan por el resto del grupo—. ¿Alguno de ustedes es el piloto?

Dan no puede ver a todos desde donde está parado, y no quiere mirar alrededor, pero supone que el resto del grupo también sacude la cabeza.

El tipo chasquea la mandíbula—. Lo suponía. Está bien, escuchen, amigos. Cualquiera de ustedes que me diga quién es el piloto se viene conmigo y con mi familia a un lugar seguro. Es una oferta por tiempo limitado, así que no tarden demasiado en pensarlo.

—Te dije —comienza William—. El piloto no está...

—Cállate —dice el tipo, girando discretamente el rifle hacia William—. Sólo hay una cosa que quiero oír: ¿Quién es el piloto?

Dan no puede evitar girar ligeramente la cabeza para mirar al grupo. Todos están mirando al hombre, sus expresiones varían de asustadas a inexpresivas. Intercambian rápidas miradas entre ellos, pero nadie dice nada.

—Soy un hombre de palabra —dice el hombre—. Si uno de ustedes me dice quién es el piloto, llevaré a esa persona conmigo, lo juro. La oferta expira en cinco segundos.

Aun así, nadie habla.

Dan siente una oleada de orgullo por el grupo. Ninguno de ellos quiere delatar a Sebastian para salvar su propia piel. Por supuesto, como Dorte señaló hace unos minutos, todos tienen a alguien a quien aman y no quieren dejar, y eso también puede influir. Todos, excepto Dorte y...

La mirada de Dan se posa en Eli, quien se deslizó detrás del coche de William tan pronto como el hombre sacó el rifle. Ahora, da un paso adelante con cautela.

No, piensa Dan. No lo hagas.

—Se acabó el tiempo —anuncia el hombre.

—Es él —dice Eli, señalando a Sebastian—. Él es el piloto.

TREINTA Y TRES

Son las ocho de la noche, pero el sol sigue siendo abrasador, la luz pica en los ojos de Dennis mientras sube la escotilla hacia el huerto.

Silas lo sigue de cerca, llevando la caja de herramientas que trajo del búnker—. Toma esto —dice, entregándosela a Dennis.

Dennis la toma, y Silas se agacha de nuevo para recoger el rifle. Sube y cierra la escotilla.

—Trae la caja —dice, caminando hacia el lugar donde cortó la cerca. Se agacha para mirar la abertura, con el rifle apoyado en sus muslos—. No estoy seguro de que podamos volver a cerrarla; estaba muy ajustada para empezar. Creo que necesitamos coserla. Pon la caja en el suelo y ábrela.

Dennis hace lo que se le dice, y Silas coloca el rifle contra la cerca, con el cañón hacia arriba. Todavía está al alcance de la mano, pero incluso si no lo estuviera, Dennis no soñaría con ir a por él. Sería muy estúpido, ya que no tiene idea de cómo usarlo, y Silas podría dominarlo fácilmente. Aunque Dennis es en realidad unos centímetros más alto que Silas y también unos kilos más pesado, está seguro de que Silas es más fuerte.

Además, teme que Silas pueda hacerle algo a mamá si Dennis se comporta mal.

Así que simplemente se queda allí, bajo el sol y observa cómo Silas se pone a trabajar, usando los utensilios de la caja. Saca un rollo de alambre de acero delgado y un par de alicates, luego asegura el extremo del alambre en la parte superior de la abertura en la cerca y comienza a cerrarla envolviendo el alambre alrededor de los bordes y apretándolo a medida que avanza, juntando los bordes de la abertura.

Dennis recuerda lo que mamá le susurró al oído. Esas siete palabras se grabaron en su memoria.

Sin embargo, no lo entendió. Fue tan extraño que por un momento consideró si podría haberla oído mal.

Pero no. Mamá realmente le había pedido que le trajera un mechón de cabello de Silas.

Dennis no tiene idea de cómo sacarle un cabello a alguien sin que se dé cuenta.

Mira el cabello de Silas. Es castaño oscuro y brillante, y lo suficientemente largo como para tocar la parte superior de sus orejas. La forma en que está sentado, con la espalda medio vuelta, Dennis podría en realidad acercarse y arrancarle un cabello.

Excepto que Silas probablemente lo sentiría—¿y cómo lo explicaría Dennis?

Una mariposa aletea contra la oreja de Dennis, haciéndolo girar la cabeza. Y es entonces cuando ve al muerto cruzando el césped.

Es un hombre mayor con panza, que es visible porque su camisa está desgarrada. Le falta gran parte de la mejilla izquierda, lo que hace que el ojo se caiga y revele el hueso blanco y una fila de dientes amarillos. Extiende una mano a la que le faltan todos los dedos menos uno mientras se acerca a la cerca que separa el huerto del resto del césped de Holger.

—¡Silas! —grazna Dennis, retrocediendo—. ¡Mira!

—¿Qué? —dice Silas, mirándolo, entrecerrando los ojos—. ¿Qué pasa?

Dennis sólo puede señalar.

—Oh, tenemos compañía —dice Silas con voz casual y se pone de pie, agarrando el rifle—. ¿Ves, Dennis? Fue bueno que fuéramos a arreglar la cerca de inmediato, ¿eh?

Dennis retrocede, casi tropezando con una fila de guisantes mientras mira al muerto, que ahora llega a la cerca y se estrella contra ella, tratando de atravesarla. Empuja su cara contra la rejilla de metal, chasqueando los dientes y gruñendo hambriento, haciendo que la cerca traquetee.

Silas no parece molesto en absoluto; se toma su tiempo para colocar el rifle en su hombro, tal como Dennis lo vio hacer en la cámara de vigilancia cuando estaba de pie en la plataforma del camión, luego apunta a la cabeza del muerto, que está a menos de tres metros de distancia; Dennis incluso lo puede oler, el hedor de la carne en descomposición le llega con el aire caliente.

—¿Qué fue lo que dijeron en esa película, *American History X*? —pregunta Silas, todavía apuntando el rifle al muerto, moviéndolo ligeramente mientras el muerto se balancea de un lado a otro, tratando de forzar su camino a través de la cerca para llegar a Silas—. ¡Oh, sí! ‘Now, say goodnight’...

Dennis apenas entiende inglés, pero no tiene tiempo de preocuparse por lo que Silas acaba de decir, porque medio segundo después, el disparo suena con un estallido ensordecedor.

Dennis salta y se cubre los oídos, pero ya es tarde, el sonido ya ha provocado un zumbido agudo que parece repercutir dentro de su cráneo.

El cráneo del muerto, sin embargo, de repente está abierto como un huevo pasado por agua, faltando completamente el cuarto superior.

El muerto se queda allí por un momento, ya no se mueve, su expresión es vacía. Luego sus rodillas se doblan y el resto de su cuerpo se desploma como un castillo de naipes.

—¡Boo-yah! —grita Silas, riendo—. ¡Nunca me canso de esto! Es como estar en un juego real de *Counter Strike*, excepto que el equipo contrario no tiene armas. ¿Qué tan genial es eso? —Se vuelve hacia Dennis, y su sonrisa se desvanece—. Oye, tienes esa expresión de miedo otra vez, Dennis.

Dennis apenas puede escuchar las palabras, ya que aún hay un zumbido en sus oídos, y no puede apartar los ojos del cadáver al otro lado de la cerca.

—¡Oye! —Silas se acerca y chasquea los dedos frente a Dennis.

Dennis parpadea y mira a Silas.

La expresión de Silas es seria por una vez—. Te lo digo, hombre, tienes que hacerte hombre si vas a sobrevivir. El mundo nunca fue un lugar agradable y últimamente se volvió mucho peor, así que recupérate, ¿de acuerdo?

—O... está bien —dice Dennis.

Silas lo observa por un momento, cavilando. Luego pregunta: —¿Cuántos años tienes, de todos modos?

—Diecinueve.

—¿Diecinueve? ¡Santo cielo! Actúas como un niño de nueve años. Sin ofender, sólo te lo digo.

—Tuve una fiebre cerebral...

—Lo sé, esa cosa de la fiebre cerebral. Pero aun así, eres demasiado blando. No estoy hablando de inteligencia aquí; estoy hablando de agallas. —Pone un dedo en el estómago de Dennis—. Haz crecer un par, y hazlo pronto. Sólo un consejo amistoso.

Dennis asiente.

—Ahora, sigamos con esto antes de que aparezcan más de esos idiotas —dice Silas, volviéndose para seguir trabajando en el agujero de la cerca. Justo cuando está a punto de agacharse de nuevo, un movimiento llama su atención, y gira la cabeza—. Oh, mierda. Demasiado tarde.

Dennis sigue su mirada y ve tres, no, cuatro, muertos cruzando los árboles que separan la propiedad de Holger de los campos circundantes.

—Bueno, no puedo trabajar con esos imbéciles respirándome encima —dice Silas, recogiendo el rifle de nuevo.

Esta vez, Dennis se tapa los oídos colocando sus palmas sudorosas sobre ellos y apretando con fuerza.

Los disparos son mucho menos ruidosos esta vez, en parte porque Dennis los estaba esperando.

Silas derriba a los tres que van al frente antes de que puedan cruzar el césped. Luego recarga el rifle, sacando cartuchos de su bolsillo, silbando mientras lo hace.

—Tres menos, uno más por abatir —dice, levantando el arma nuevamente. Luego duda. Baja el rifle un poco. Gira la cabeza y mira a Dennis—. Ven aquí.

—¿Yo? —pregunta Dennis, completamente sorprendido.

—No, el tipo que está detrás de ti.

Dennis mira hacia atrás, pero no ve a nadie.

Silas suspira—. Jesús, amigo. Ven aquí.

Dennis realmente no quiere acercarse más a la cerca, pero no quiere desobedecer a Silas tampoco, así que camina hacia él, con las piernas temblorosas.

El muerto es una joven que cojea de su pierna derecha, donde la mayor parte del músculo del muslo ha sido devorado, lo que hace que a Dennis le parezca una pierna de pirata.

—Párate aquí a mi lado —le indica Silas.

Dennis hace lo que se le dice, mirando a Silas con incertidumbre.

—¿Alguna vez has usado un rifle? —pregunta Silas.

—No.

—Bueno, es más fácil de lo que piensas. Aquí, tómallo. —Silas le ofrece el arma.

Dennis retrocede, horrorizado—. ¡No! No quiero.

—Claro que sí. Considera esto tu rito de madurez. Vas a matar al último.

Dennis sacude la cabeza frenéticamente.

—Tómallo, Dennis.

Hay un tono en la voz de Silas que le recuerda a Dennis cómo habla mamá cuando no está de humor para tolerar respuestas, y aunque quiere retroceder, se obliga a quedarse.

—Por favor, no me hagas hacerlo —suplicó, casi al borde de las lágrimas.

La mujer muerta está cojeando entre sus compañeros caídos y ahora se dirige a la cerca.

Silas baja el rifle, y por un momento, Dennis siente un alivio al pensar que Silas ha cambiado de opinión. Luego, le da una bofetada fuerte en el lado de la cara.

—¡Ay! —grita, tocándose la mejilla dolorida, mirando a Silas con dolor y sorpresa.

La cara de Silas está inexpresiva—. Vas a tomar el rifle, y vas a dispararle a esa cosa que está ahí afuera. Y si dices que no una vez más, te daré otra bofetada.

Dennis mira de Silas al rifle y a la mujer, que ya casi está en la cerca.

—Yo... no sé cómo... hacerlo...

—Te mostraré cómo. Es muy simple. Aquí, tómallo y pon la culata contra tu hombro.

Dennis extiende una mano temblorosa.

—Con ambas manos —ordena Silas—. Es más pesado de lo que parece.

Tiene razón; Dennis se sorprende del peso del arma cuando Silas se la entrega.

La maneja como si fuera una serpiente peligrosa y la levanta torpemente, tratando de colocarla como vio hacer a Silas.

—Cristo, pareces una monja manejando un vibrador —se burla Silas, agarrándolo y guiando el rifle hacia su hombro—. Ahí tienes. Presiónalo firmemente, así, o te golpeará el hombro.

Dennis aprieta la culata del mango en la parte blanda de su hombro, luego mira por el cañón, cerrando un ojo como vio hacer a Silas. Realmente no quiere mirar a la mujer muerta, así que se enfoca en cambio en la punta del arma, haciendo que todo lo demás se vuelva misericordiosamente borroso.

—Genial, ahora, cuando estés listo, aprieta el gatillo.

Dennis duda por un segundo, luego su dedo encuentra el gatillo, rodeándolo, tirando suavemente. No se mueve en absoluto.

—Vamos —dice Silas—. Te cansarás si esperas demasiado.

—Yo... creo que está bloqueado o algo —murmura Dennis, con la voz temblorosa, sin atreverse a apartar los ojos de la punta del arma.

—No está bloqueado, sólo necesitas tirar más fuerte.

Dennis aumenta la presión sobre el gatillo y, para su sorpresa, realmente se mueve unos milímetros hacia atrás.

La mujer llega a la cerca y se estrella contra ella, comenzando a tantear el metal, tratando de abrirse paso.

—Dispárale ahora, Dennis —ordena Silas en su oído—. Antes de que haga algún daño a la cerca. Recuerda apuntar a la cabeza.

Dennis respira hondo, lo sostiene, cierra los ojos y aprieta el gatillo tan fuerte como puede.

El sonido es igual de ensordecedor, pero Dennis apenas lo nota. Sólo siente el dolor cuando el arma se empuja hacia atrás en su hombro, haciéndolo girar a medias y enviándolo de rodillas al suelo.

—Ups —dice Silas en algún lugar cercano, agarrando el arma antes de que toque el suelo.

Dennis parpadea y mira alrededor, completamente desconcertado, mientras se levanta—. Ay, mi hombro —gime, frotándose el punto dolorido donde el arma lo golpeó.

La mujer sigue trabajando la cerca, mordiendo y arañando el metal. Dennis no puede ver ningún agujero de bala en ella.

Mira a Silas, esperando que lo mire con amenaza, pero para su sorpresa, ve a Silas sonriendo ampliamente, revelando una fila de dientes torcidos, pero sorprendentemente blancos.

—No estuvo nada mal para ser el primer intento. Me temo que fallaste el objetivo. Pero podrías haber matado a una gaviota en algún lugar. ¿Quieres intentarlo de nuevo?

Dennis sacude la cabeza enfáticamente, temeroso de que Silas lo obligue de todos modos. Pero Silas sólo se encoge de hombros.

—Me lo imaginaba. Yo me encargaré de esta perra; tendrás otra oportunidad pronto.

Levanta el rifle y aprieta el gatillo casi sin apuntar. La frente de la mujer se abre como una lata, rociando una masa grisácea en todas direcciones. Inmediatamente deja de moverse, pero se queda de pie varios segundos con una expresión en blanco en su rostro. No es hasta que el eco del disparo se desvanece que finalmente se desploma en el suelo.

—Vamos —dice Silas—. Volvamos adentro. Este maldito calor me está matando.

Dennis sigue a Silas de vuelta a la escotilla, sintiendo su cabeza extrañamente vacía, como si todos sus pensamientos hubieran sido borrados.

Mientras Silas se agacha para abrir la escotilla, los ojos de Dennis captan el brillo de un cabello pegado a la parte trasera de su camisa. Sin pensarlo, extiende la mano y lo arranca.

Silas gira la cabeza y lo mira hacia arriba—. ¿Me acabas de tocar?

Dennis es un pésimo mentiroso. Y es aún peor cuando alguien lo pone en un aprieto. Siempre se delata tartamudeando, murmurando y sonrojándose. No es en absoluto como mamá en ese sentido; ella puede decir cualquier cosa sin revelar nada.

Pero por alguna extraña razón, en ese momento, es capaz de mantenerse completamente calmado mientras oculta discretamente su mano y simplemente se encoge de hombros y le dice a Silas—: Perdón. Había un bicho.

Silas lo observa por un segundo más, luego agita la mano con impaciencia—. Vamos. Tú primero.

«Quizás soy un poco como mamá después de todo», piensa Dennis mientras baja por la escotilla, sujetando el mechón de cabello entre dos dedos.

TREINTA Y CUATRO

—Tú cállate de una maldita vez—dice William, volviéndose hacia Eli, y Eli no puede evitar retroceder. Está sorprendido de haber hablado; sucedió antes de que pudiera pensar. Fue La Voz del Demonio. Simplemente saltó de su boca, lo hizo hablar en su nombre.

El hombre con el rifle sonríe. Es una sonrisa fea, de esas que sólo afectan a un lado de la boca. —Lo sabía.

—Está mintiendo —dice Sebastián con una voz sorprendentemente calmada, casi con una nota de humor en ella—. El único vuelo que he hecho fue como pasajero en un viaje chárter.

Su hija, está asomándose detrás de su padre, con los ojos azules grandes y aterrorizados.

—¿De verdad? —pregunta el hombre—. Entonces, ¿por qué tu amigo aquí dice lo contrario? —Asiente hacia Eli.

—Supongo que quiere salvar su propio pellejo—. Aun así, absolutamente ninguna vacilación en la voz o expresión de Sebastián. Eli imagina que mantener la calma en situaciones estresantes debe ser una habilidad que enseñan a los pilotos—. Pero te juro que no puedo pilotar ese aparato ni para salvar mi vida.

—¿De verdad? —repite el tipo, obviamente, esa es su pregunta favorita. Se vuelve hacia Eli, dándole una mirada intensa—. ¿Me estás mintiendo?

Eli duda, sin saber qué decir. No quiere delatar a Sebastián, pero realmente ya es demasiado tarde; no puede retroceder ahora.

El gato ya está fuera del saco, le dice esa voz siniestra. Sería una locura retroceder ahora.

Eli sacude la cabeza y dice en voz baja: —No estoy mintiendo. Él es el piloto.

Puede sentir las miradas de desaprobación viniendo de todos lados, quemándolo. Siente sus mejillas ruborizándose ferozmente y se encoge, deseando poder volverse invisible.

El tipo con el rifle se vuelve hacia Sebastián, luego se acerca, y el grupo se retira.

Sebastián, sin embargo, se mantiene firme.

La niña emite un gemido.

Por un terrible segundo, Eli piensa que el hombre podría lastimarlos. Esa no era en absoluto la intención de Eli; sólo quiere salir de aquí desesperadamente. Al menos esa es la razón que sigue diciéndose a sí mismo. En realidad, sin embargo, hay algo con un tirón aún más fuerte.

Desde que vio el helicóptero, ha estado ansioso por llegar a él. Una vez, cuando estaba drogado hasta la médula, vio un documental sobre cómo se operan los helicópteros médicos, y recuerda muy claramente todas las drogas que guardan dentro.

Aksel y Malthe nunca hicieron nada más fuerte que marihuana; no lo necesitaban. No lo hacían para ahogar nada, después de todo.

Eli sí.

Tan pronto como el efecto comenzaba a disminuir y las imágenes de su madre muerta comenzaban a aparecer de nuevo en su sueño, Eli se pasó a cosas más fuertes.

Para cuando conoció a Claus, era un adicto total.

Claus le salvó la vida. Lo hizo desintoxicarse.

Y ahora.

Ahora Eli no puede pensar en mucho más que en el dulce alivio que le espera a sólo quince metros de distancia.

Mantén la calma y lo conseguirás.

Increíble lo familiar que suena La Voz del Demonio, reflexiona Eli. Qué íntima. Tan fuerte y persuasiva como la recuerda. Es como si nunca realmente lo hubiera dejado, sino que sólo hibernó en algún lugar justo debajo de su mente consciente. Y ahora, cuando la necesitaba, despertó.

—Está bien, cariño —dice Sebastián, devolviendo a Eli al presente. Sebastián está hablando con su hija, que está agarrando su camisa—. No me va a hacer daño.

—No —dice el hombre, deteniéndose a unos pasos frente a Sebastián—. No lo haré. Pero te voy a quitar la billetera.

Sebastián no se mueve excepto por inclinar ligeramente la cabeza—. ¿Me estás robando?

—Solo dámela.

Sebastián todavía no se mueve.

El hombre respira hondo—. Mira, he tenido el peor día de mi vida. Y realmente no quiero lastimar a nadie aquí. Así que no me obligues, ¿de acuerdo?

No mueve el rifle, que está apuntando casualmente a los pies de Sebastián. Pero Eli nota que sus ojos se desvían brevemente hacia la niña antes de volver a Sebastián.

Y Sebastián obviamente capta el mensaje—. Está en el coche. Déjame buscarla.

El tipo asiente.

Sebastián toma la mano de su hija y caminan alrededor del coche hasta la puerta del conductor. Sebastián la abre, mete la mano y saca su billetera. Se la arroja al tipo que la atrapa con una mano.

El tipo la abre y revisa el contenido. La sonrisa de un lado vuelve cuando saca una tarjeta blanca—. Sebastián Møller, Sterling Airlines. Suena como una licencia de piloto para mí.

Eli no puede evitar suspirar de alivio. Al menos el tipo no sospechará más que está mintiendo.

—Mira, hombre, hagamos un trato, ¿de acuerdo? —dice Sebastián.

La sonrisa desaparece del rostro del tipo—. Ya tengo un trato.

—Te llevaré fuera del país, luego traeré el helicóptero de regreso aquí.

—No, papá —exclama la niña—. ¡No puedes irte con él!

—No vas a traer de vuelta el helicóptero —dice el tipo—. Me lo quedaré.

—¿Por qué? No puedes pilotarlo.

—Me enseñarás a pilotarlo.

—No es tan simple.

—Tendremos mucho tiempo.

—Por favor no lo hagas —suplica la niña, mirando al hombre y abrazando a su padre fuertemente—. ¡Por favor no hagas que mi papá se vaya, señor, por favor!

El hombre la mira hacia abajo, y Eli ve, para su sorpresa, una cantidad considerable de compasión en el rostro del hombre.

—Lo siento, querida, pero tengo una hija propia, ¿ves? Ella es un poco más joven que tú. Necesito llevarla a un lugar seguro. Entiendes, ¿verdad?

La niña empieza a llorar.

—Al menos déjame llevarla conmigo —dice Sebastián.

El tipo mira hacia el helicóptero y vuelve a mirar. Asiente en la dirección de Eli—. Ya le prometí a este joven un paseo, y contando a mi esposa e hija, somos cinco personas incluyéndote a ti.

—Seis personas está bien —dice Sebastián—. Podemos caber todos allí.

El tipo lo considera un momento más, luego asiente—. Está bien, tú también puedes venir, querida.

La niña solloza y murmura algo parecido a... gracias.

El tipo se vuelve hacia el resto del grupo—. Ahora, necesito un par de hombres fuertes para ayudar a llevar a mi esposa e hija al helicóptero.

—¿Por qué? —pregunta William—. ¿No pueden caminar?

—Actualmente, no —dice el tipo sin más explicación. Señala con el rifle a William, luego al padre de Dan—. Tú y tú. Vengan conmigo. Piloto, ve a encender el motor. El resto de ustedes quédense aquí y no hagan nada.

Eli nota a Dan mirando a William, lanzando sus manos y formulando una pregunta silenciosa: ¿Qué hacemos?

William sólo sacude la cabeza. Luego sigue al tipo junto con el padre de Dan hacia el SUV.

El tipo mete la mano por la puerta del conductor abierta para apagar el motor. Tan pronto como se queda en silencio, Eli puede escuchar un gemido proveniente del coche.

—Oh, no—susurra Dan.

—¡Oh, mierda!—exclama William mientras mira por la ventana del asiento trasero—. ¡Están muertas!

TREINTA Y CINCO

Dennis está sentado en una silla, acariciando el cabello en su bolsillo, acumulando valor, esperando el momento adecuado para hablar.

La sala de estar está tenuemente iluminada por la lámpara sobre la mesa del comedor y la pantalla del televisor. Afuera, el sol se acerca al horizonte, pintando el cielo de rojo y naranja.

Silas está tirado en el sofá, bebiendo su quinta o sexta cerveza.

Jonas está sentado en la mesa del comedor, comiendo lentamente el resto de su cena tardía mientras hojea uno de los cuadernos de Holger.

Finalmente, Dennis decide intentarlo.

—Eh, ¿Silas?

—Eh, ¿sí?—responde Silas, imitando el tono de voz de Dennis.

—¿Puedo ... Puedo ver a mi mamá, por favor?

—¿Por qué? Tu madre está bien.

—Lo sé, pero ... Me gustaría verla.

Silas niega con la cabeza, todavía mirando la pantalla—. No la voy a dejar salir aún.

—Lo sé, está bien, sólo ... sólo quiero bajar y estar con ella un rato.

Silas no responde. Está perdido en las noticias—. Maldita sea —murmura, mirando a su hermano—. ¿Estás viendo esto? Todavía están tratando de apaciguar a esos hijos de puta. Maldición, eso es tan típico de esos imbéciles de corazón blando en el poder—. Silas aplasta su lata de cerveza y deja escapar un eructo violento—. ¡Sólo disparenles! ¡Ya están muertos!

—Es sólo cuestión de tiempo —dice Jonas, levantando la vista brevemente del cuaderno—. Una vez que el problema se salga lo suficiente de control, comenzarán a abatirlos. Ya verás.

—Para entonces ya será demasiado tarde —gime Silas, abriendo otra cerveza—. ¡Al menos ese tipo tiene la idea correcta!

Señala la pantalla, que ahora muestra una conferencia de prensa con un hombre en traje parado detrás de un podio. En el fondo, Dennis ve una bandera con rayas rojas y un cuadro azul en la esquina con estrellas blancas. No puede recordar a qué país pertenece esa bandera, pero logra leer el titular con dificultad: El presidente de EE.UU. emite un ultimátum a la Unión Europea.

El hombre detrás del podio, aparentemente el presidente estadounidense, está hablando muy apasionadamente mientras señala algo o alguien fuera de la vista. No hay subtítulos, y Dennis no tiene idea de lo que el presidente está diciendo.

—Oh, ¿escuchaste eso? —pregunta Silas, casi derramando su cerveza—. Va a bombardearnos de vuelta a la Edad de Piedra si no controlamos esto.

—Eso no fue lo que dijo —lo corrige Jonas con calma—. Sólo quiere que los holgazanes de la UE comiencen a tomárselo en serio.

—Sí no, va a "desplegar armas de gran magnitud para ayudar a resolver el problema europeo" ... está hablando de la maldita bomba atómica, hombre. ¡Va a arrasarlo con todo el maldito continente!

—Así es como habla —dice Jonas—. Siempre está fanfarroneando y golpeándose el pecho. Sólo está asustado de que esto llegue a América.

Silas no responde de inmediato. Bebe la mayor parte de su cerveza de un sólo trago, luego deja escapar un largo eructo—. ¿Crees que el sótano está protegido contra la radiación?

—Según las notas de Holger, lo está.

—Bien. Entonces estaremos a salvo.

Jonas suspira—. No va a haber una guerra nuclear, Silas.

—Ya veremos.

Pasa otro largo momento de silencio. La televisión cambia de la conferencia de prensa y vuelve a un estudio de noticias donde tres personas más están discutiendo la situación, todos con rostros graves.

—¿Silas?—pregunta Dennis.

—¿Qué?

—¿Puedo ver a—

—No, ¡no puedes! Bebe una maldita cerveza y relájate, eso es lo que puedes hacer.

Jonas los mira—. Deja que vea a su madre, Silas. No seas un idiota.

Silas mastica su lengua por un momento. Luego mira a Dennis—. ¿Sabes qué? Mi hermano tiene razón. Te lo has ganado, Dennis. Me has ayudado todo el día, e incluso intentaste disparar a un zombie. Puedes pasar un poco de tiempo con tu mamá.

—¿Hizo qué? —pregunta Jonas.

—Le enseñé a disparar un rifle —dice Silas con una sonrisa.

Jonas no parece encontrarlo gracioso, pero no dice nada.

—Vamos entonces —dice Silas con un suspiro, levantándose del sofá—. Vamos a ver cómo está aguantando ahí abajo.

TREINTA Y SEIS

El tipo con el rifle se vuelve hacia William y apunta el arma a su cara—. ¿Qué dijiste?

—¡Dije que están malditamente muertas! —repite William, señalando el SUV. Está tan enojado que apenas se da cuenta del rifle apuntado a su nariz—. Tu esposa e hija. Están ambas...

Lo interrumpe cuando el hombre le da una patada fuerte en la espinilla. El dolor es inmediato e intenso. William grita y cae de rodillas. Puede oír a Ozzy ladrar desde dentro del Honda. Si estuviera suelto, ya estaría en la garganta del tipo.

—¡Cierra tu maldita boca, idiota de ciudad! —escupe el hombre—. No están muertos, están enfermos. Y necesitan ayuda.

—Escucha —interviene el padre de Dan—. No creo que entiendas completamente la situación ...

El tipo se vuelve hacia Henrik y gruñe—. Sé lo que dijeron en las noticias. Están trabajando duro para encontrar una vacuna, y tan pronto como la tengan, todos se curarán. Sólo necesito sacar a mi familia del país para que estén a salvo hasta que puedan curarlos.

William resopla mientras se levanta, su espinilla aún palpitante—. Estás llevando a dos zombies en un helicóptero ... eres aún más tonto de lo que pareces ... eso es una receta para el desastre.

El tipo intenta darle otra patada a William, pero esta vez él está preparado y se mueve fuera de su alcance; están esos reflejos de boxeo de nuevo, y está agradecido por ellos.

—Una palabra más de ti, y te disparo —le gruñe el tipo entre dientes— y William capta algo más que enojo en su voz, algo que suena más a dolor.

«Sabe que tengo razón»,— se da cuenta William—. «Pero está esperando contra toda esperanza».

El tipo abre la puerta del asiento trasero, y todos excepto Henrik y William—que ya han visto dentro del SUV, retroceden.

—Está bien —les dice Henrik con una mirada sombría—. Las ha atado.

«Es una manera amable de decirlo», piensa William, y está muy cerca de reírse a carcajadas. Por supuesto, el momento no podría ser peor, así que se contiene.

Pero la vista de la esposa y la hija del hombre acostadas lado a lado en el asiento trasero es como algo sacado directamente de una caricatura.

—Tú —gruñe el hombre, señalando a Henrik—. Tú ayudas con mi esposa. Y tú, sabelotodo — señala a William— tomas a mi hija. Y si alguno de ustedes las deja caer o las lastima de alguna manera, lo juro por Dios, les disparo.

Henrik asiente en silencio.

—Vamos —dice el hombre a Henrik—. Toma sus pies.

Henrik mira al tipo con una expresión sincera—. Escucha, realmente creo que necesitas reconsiderar...

—¡No más discusiones! —explota el hombre, haciendo que todos salten—. ¡Hagan lo que digo!

Henrik respira hondo. Luego mete la mano en el coche y saca un par de pies, uno con un calcetín blanco, el otro desnudo. Ambos pies sobresalen de una alfombra gruesa enrollada que está sujeta con cinta adhesiva. Cuando la alfombra está a medio camino fuera, el tipo se acerca y la agarra con un brazo, todavía sosteniendo el rifle con el otro.

Sacan el resto de la alfombra, revelando el otro extremo, del cual sobresalen la cabeza y los hombros de una mujer.

Su cabello es rizado y su piel, que probablemente una vez fue blanca y con pecas, ahora es gris. Ella gruñe y se retuerce con enojo, tratando de liberarse, pero la camisa de fuerza casera que el hombre le ha hecho es bastante efectiva.

—Oh, Dios mío —escucha William susurrar a Lærke, seguido de Sebastián diciéndole que no mire.

—¿Qué estás esperando? — le grita el hombre a William—. Saca a mi hija, ¡con cuidado!

William se acerca a la puerta abierta y mira a la niña. La única cosa positiva sobre su parte de la tarea es que la niña es considerablemente más pequeña que la mujer, y William no arriesgará su espalda al levantarla. Las malas noticias, sin embargo, son que el hombre aparentemente sólo tenía una alfombra, porque decidió usar sólo toallas y cinta adhesiva para envolver a su hija, lo

que le ha dejado bastante más espacio para moverse. Ella está acostada de lado en posición fetal, pareciendo algo así como un capullo listo para estallar, moviendo su cabeza de un lado a otro.

William intenta no mirar su rostro; tenía no más de ocho o nueve años cuando murió, él tiene que moverse fuerte antes de poder meter la mano y agarrarla. Sus pies están dentro del capullo improvisado, así que William agarra la parte inferior. La arrastra a medio camino fuera, luego la gira sobre su vientre y envuelve sus brazos alrededor de su cintura.

La niña gruñe y gime e intenta alcanzarlo, pero no puede doblar el cuello tan bajo.

William la levanta, dándose cuenta de que es aún más ligera de lo que pensaba, y la sostiene torpemente hacia arriba, manteniéndola de espaldas para que no pueda alcanzarlo con su boca. Es como sostener a un bebé caimán enojado.

—Esto es un maldito suicidio —murmura con un gemido forzado.

El hombre lo ignora—. Bien, muévanse. Manténganse delante de mí para que pueda verlos en todo momento. Y tú, piloto, ¿qué estás esperando? Te dije que fueras a encenderlo.

William se concentra en mantener a la niña en una llave de cintura y evitar que se gire hacia cualquier lado. Así que no ve a Sebastián y Lærke comenzar a moverse hacia el helicóptero.

Ve otra cosa, sin embargo, debido a la forma en que está mirando lejos de la carretera, algo que probablemente nadie más nota: un movimiento junto al árbol más cercano. Una cabeza rubia se asoma brevemente, luego desaparece de nuevo.

William se gira y lanza una rápida mirada hacia el resto del grupo. Ve a Dan, Eli, ese maldito traidor, Nasira y Ali, pero no ve a Dorte por ninguna parte.

Se deslizó sin que el imbécil la viera...

William siente una sacudida de emoción y esperanza. No sabe exactamente cuál es el plan de Dorte, pero la aplaude internamente por tener las agallas de hacer algo.

TREINTA Y SIETE

—¿Cómo lo conseguiste, Dennis?

Mamá mira la hebra de cabello entre sus dedos con los ojos muy abiertos. Están solos en el baño. Justo antes de cerrar la puerta con llave, Silas dijo que Dennis podía pasar diez minutos con su mamá. Una vez que se acabe el tiempo, Silas volverá a bajar y lo recogerá.

—Lo tomé mientras estaba de espaldas —dice Dennis, sintiéndose inmensamente orgulloso.

—¿Se dio cuenta?

—No.

—Eso es bueno, Dennis. Muy bueno. Lo hiciste genial.

Dennis no está acostumbrado a ser elogiado así; especialmente por su madre. Se siente al menos siete centímetros más alto.

—Gracias, mamá.

Su mamá se da la vuelta y busca en el armario, sacando una pequeña bolsa de plástico que abre y coloca el cabello cuidadosamente dentro.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con eso? —pregunta Dennis.

—Ya verás.

—¿Será... algún tipo de ritual?

—Es mejor que no lo sepas —dice mamá claramente, poniendo la bolsa de plástico bajo el colchón. Luego lo mira—. ¿Estás seguro de que Silas no sospecha nada? ¿No sintió que se lo arrancaste de la cabeza?

—No lo arranqué; lo tomé de su camisa.

Los ojos de mamá se agrandan un poco, luego se entrecierran—. ¿Qué hiciste?

—Yo... yo lo tomé de su camisa.

Mamá lo mira con gravedad—. Eso no servirá.

Dennis siente que su corazón se hunde—. ¿Por qué... por qué no servirá, mamá?

Mamá cierra los ojos por un momento—. Ese cabello podría haber venido de cualquier persona. Necesitamos estar absolutamente seguros de que es el cabello de Silas. Además, debe estar fresco. Aún vivo. Un cabello de su camisa, incluso si realmente fuera suyo, podría tener semanas de antigüedad—. Sacude la cabeza lentamente, hablando casi para sí misma ahora—. Si hubiera usado este cabello, las cosas habrían salido horriblemente mal...

Saca la bolsa de plástico de debajo del colchón, la abre y saca la hebra de cabello. Luego, la deja caer al suelo. Dennis la observa caer, sintiéndose como un completo fracaso.

—No lo entiendo —dice Dennis con disgusto, su orgullo es desinflado como un globo pinchado—. ¿Para qué necesitas una hebra de su cabello, mamá?

En circunstancias normales, una pregunta como esa habría estado completamente fuera de lugar, con mamá diciéndole de una vez que no puede saber, pero nada es normal ahora.

Mamá tampoco parece importarle. Simplemente lo mira y susurra—: Será nuestra manera de salir de aquí.

—¿Pero cómo? No entiendo...

—Sólo confía en mí, Dennis.

El tono de voz de mamá cambia ligeramente y le hace saber a Dennis que ahora está cerca de pasarse de la raya y que no tolerará más preguntas.

Sacude la cabeza lentamente—. Sabía desde el principio que no iban a irse. Y son malas personas. Especialmente Silas. Sólo es cuestión de tiempo antes de que haga algo realmente malo a uno de nosotros.

El vientre de Dennis se aprieta de miedo—. ¿Cómo qué, mamá? —croá—. ¿Qué hará?

Mamá sacude la cabeza—. No lo sé. Pero personas como él hacen cosas malas sólo por diversión. Ya verás.

Dennis apenas puede respirar—. Tengo miedo, mamá. Mucho miedo. No quiero volver allí arriba.

—Necesitas ser valiente, Dennis. Eres nuestra única esperanza —Ella fija la mirada de Dennis con la suya—. Necesitas fingir que no pasa nada. Y necesitas traerme un cabello fresco de la cabeza de Silas lo antes posible.

—Pero... ¿cuándo lo haré? Quiero decir, él notará que lo estoy haciendo...

Dennis salta cuando hay un fuerte golpe en la puerta.

—¡El guardián está aquí! —la voz de Silas grita desde el otro lado—. ¡El tiempo de visita se acabó!

Dennis puede escuchar el tintineo de las llaves mientras Silas se prepara para desbloquear la puerta.

Mamá agarra a Dennis por la muñeca y susurra—: No lo notará si tienes cuidado. Encontrarás la manera. Sé que puedes hacerlo, Dennis. ¿Confías en mí?

Dennis respira hondo, luego asiente.

Y justo cuando la puerta se abre, mamá le susurra—: Ahora depende de ti.

TREINTA Y OCHO

Dorte tomó su decisión tan pronto como se dio cuenta de que la esposa y la hija del hombre están muertas por el virus.

Fue entonces también cuando vio la oportunidad de escabullirse al páramo, ya que la atención de todos los demás estaba dirigida al SUV.

Simplemente no puede quedarse de brazos cruzados y mirar mientras este tipo roba su mejor —y probablemente única— forma de salir. Especialmente no si está llevando a dos personas infectadas a donde sea que vaya.

También es una simple cuestión de utilitarismo, realmente: el grupo con el mayor número de personas sanas debería ser el que salga de aquí. Además, como dijo William, ellos llegaron primero, dándoles la superioridad moral.

Por supuesto, al tipo le importa muy poco la ética; en lo que a él respecta, su esposa e hija aún pueden salvarse.

Lo que también es la razón por la que Dorte se dio cuenta de inmediato de que no hay manera de hablar con él. Ella, por su parte, sabe muy bien lo irracional que te vuelves cuando crees que estás salvando la vida de las personas que amas.

Corrió hacia el árbol más cercano tan pronto como el tipo le dio la espalda y todos los demás miraban el SUV. Y ahora está en la posición perfecta para cambiar la situación. El hombre pasará justo al lado del árbol mientras él y Henrik llevan a la esposa al helicóptero.

Dorte no está completamente segura de qué hará una vez que él esté al alcance, sin embargo. Su primera intuición es simplemente saltar sobre el hombre, tratando de cegarlo o tal vez incluso derribarlo. Sin embargo, una estrategia más inteligente podría ser ir por el rifle; sacarlo de su mano y lanzarlo lo más lejos posible, nivelando así el campo de juego y dejando que los hombres hagan el trabajo de lucha.

Realmente no hay más tiempo para pensar, ya que el hombre y Henrik ya se están acercando. Sebastián y Lærke también se dirigen al helicóptero, pero están caminando más lejos.

Dorte se prepara, sus muslos se tensan, su corazón late rápido. Justo cuando está a punto de correr, Henrik accidentalmente pisa un pequeño agujero en el suelo, casi perdiendo el equilibrio, haciendo que la alfombra se le resbale de las manos y se desplome al suelo.

—¡Oh! —exclama.

—¡Oye, cuidado! —grita el hombre indignado, todavía sosteniendo el otro extremo—. ¡Esa es mi esposa la que estás cargando! ¡Levántala y ten cuidado!

La esposa del hombre, sin embargo, parece no prestar mucha atención al accidente; sólo gruñe indiferente, retorciéndose para liberarse.

—Lo siento —murmura Henrik, levantando la alfombra.

—No dejes que eso vuelva a pasar —gruñe el tipo—. ¡Vamos, vamos!

«¡Ahora!»

Dorte sale de detrás del árbol, revelándose completamente por un instante, y se dirige directamente hacia el hombre. Su espalda está medio vuelta y está a menos de diez pasos, más lejos de lo que esperaba pero lo suficientemente cerca como para estar segura de que puede cerrar la distancia, antes de que él tenga tiempo de verla.

Sus ojos están fijos en el arma que cuelga de la mano derecha del tipo; ha decidido ir por el rifle, esperando arrancarlo de su mano antes de que tenga tiempo de reaccionar. Corre tan rápido como puede, pero siente que se mueve en cámara lenta. Ni siquiera nota que Henrik la ve, o cómo sus ojos se abren de par en par antes de poder controlarse. Si el hombre hubiera estado mirando a Henrik en ese momento, la expresión sorprendida en su rostro sin duda la habría delatado.

Pero el tipo está concentrado en el suelo desigual y sus pies, y no hay manera de que vea a Dorte.

Siente una salvaje euforia al darse cuenta de que va a lograrlo; sólo tres pasos más y podrá agarrar el rifle.

Entonces, una voz corta el aire: —¡Cuidado! ¡Detrás de ti!

De repente, todo salta de cámara lenta a alta velocidad.

El tipo gira la cabeza, sus ojos se clavan en Dorte, una breve mirada de sorpresa cruza su rostro.

Dorte extiende ambos brazos, yendo por el rifle.

El hombre emite un grito de sorpresa.

El rifle se eleva, el cañón apunta directamente a Dorte, y luego de repente no hay nada más que oscuridad.

No escucha el sonido del rifle disparándose.

Tampoco ve el destello del cañón.

Para cuando esos estímulos sensoriales llegan a los centros apropiados de su cerebro, su cerebro ya no está ubicado dentro de su cráneo.

TREINTA Y NUEVE

Dan ve todo lo que sucede desde donde está parado.

Es como estar atrapado en una pesadilla sin forma de despertar. En los segundos previos a que el rifle se dispare, Dan es muy consciente de su entorno.

Sebastián y Lærke están más lejos, dirigiéndose al helicóptero.

Su padre y el hombre con el rifle los siguen, llevando la alfombra con la mujer zombie retorciéndose dentro de ella.

William acaba de dejar el borde de la carretera, cargando a la hija del tipo en un torpe abrazo hacia atrás.

Ali y Nasira están parados a la derecha de Dan.

Ozzy está ladrando desde el maletero del coche de William detrás de él.

Y Eli está parado a un lado, como si quisiera volverse invisible.

¿Dónde está Dorte?

El pensamiento lo golpea justo cuando la ve salir de detrás del árbol.

La determinación en su rostro es suficiente para decirle a Dan lo que está haciendo incluso antes de que se mueva hacia el hombre.

Lo siguiente que Dan escucha es un jadeo que proviene de Eli, y gira la cabeza para mirarlo.

Eli también ha visto a Dorte, y está levantando una mano para señalar. Luego grita: — ¡Cuidado! ¡Detrás de ti!

Dan gira la cabeza para mirar a Dorte. Está muy cerca del hombre, casi allí, de hecho, pero no del todo. Y el tipo ya ha girado la cabeza y la ha visto.

Dan quiere gritar.

Quiere gritarle a Dorte que se quite del camino.

Pero no hay tiempo.

Y luego el disparo suena sobre el páramo, golpeando los tímpanos de Dan como el chasquido de un dedo.

Ve la cabeza de Dorte retroceder cuando su rostro se vuelve hacia el cielo. Ve el cráter rojo aparecer bajo su barbilla. Y la ve inclinarse hacia atrás. Cae en el brezo suave sin hacer el menor sonido.

Durante varios segundos, sólo hay un zumbido agudo en los oídos de Dan.

Luego, los sonidos vuelven lentamente. Primero, es Ozzy ladrando frenéticamente desde el coche. Luego es Ali llorando y Nasira consolándolo. Luego, un poco más lejos, Lærke sollozando también. Finalmente, la voz de William, gritando.

—¡... maldito imbécil! ¿¡En qué diablos estabas pensando!? ¡Pedazo de mierda, la mataste!

El tipo está allí parado, mirando a Dorte, todavía sosteniendo tanto el rifle como el extremo de la alfombra.

—Yo... no quise...—lo escucha murmurar Dan—. Ella me atacó...

—¡Sólo iba por el rifle! —grita William, su voz quebrándose—. No tenías que matarla, maldito psicópata de mierda.

El tipo visiblemente lucha por recuperar el control de sí mismo mientras se aleja de Dorte y mira a William. Su rostro se ha vuelto pálido, y parece casi mareado.

—No debería haber hecho eso —dice, tragando con un esfuerzo obvio—. Eso sucedió por su propia culpa.

—¡Jódete! —escupe William—. ¡Carga a tu maldita hija muerta tú mismo! —Y deja caer a la niña al suelo.

El rifle, que cuelga como una serpiente muerta de la mano del tipo, está humeando apagadamente, de repente vuelve a la vida cuando el tipo lo levanta nuevamente para apuntar al pecho de William.

El tipo grita lo suficientemente fuerte como para que la saliva salga de su boca—: ¡Levántala ahora mismo, o también te volaré la cabeza!

William sólo respira fuerte por la nariz. Mira brevemente a Dorte, luego de vuelta al tipo—. No tenías que matarla —responde con voz ronca. Incluso desde tan lejos, Dan puede ver las lágrimas formándose en los ojos de William.

—Levanta a mi hija —gruñe el tipo.

La niña se retuerce y gira a los pies de William, pero él no se mueve.

—¡William! —de repente se oye a sí mismo llamar Dan, y William gira la cabeza y lo mira a los ojos. Dan asiente—. Está bien. Vive para luchar otro día, ¿recuerdas? Eso es lo que me dijiste

en el búnker, ¿recuerdas?

El rostro de William se desmorona por un momento, luego recupera el control—. La mató, hombre...

—Lo sé —dice Dan—. No lo provoques para que te mate a ti también. Te necesitamos.

William todavía no se mueve.

Dan tiene la impresión de que todos lo están mirando, incluido el tipo con el rifle, esperando la reacción de William.

Entonces William respira hondo. Se inclina y levanta a la niña zombie de nuevo.

—Eso es —murmura el hombre—. Una vez más te metes conmigo y será la última.

William no responde, sólo mira al frente.

CUARENTA

El interior de la cara de William arde. Está tan enojado y tan molesto que apenas puede contenerse. Si tuviera la oportunidad, saltaría sobre el hombre en un abrir y cerrar de ojos, le arrebataría el arma y lo mataría a golpes con ella.

Pero no tendrá la oportunidad. Lo sabe. El hombre está muy alerta y muy cuidadoso ahora, mirando constantemente a su alrededor mientras se acercan al helicóptero.

—¿Qué estás esperando? —pregunta el tipo al ver que Sebastián y Lærke se detienen a cierta distancia del helicóptero—. ¡Entra ahí y arráncalo!

—Necesito revisar algo aquí primero —dice Sebastián, su voz aún sorprendentemente tranquila—. Parece que esta cosa tuvo un aterrizaje brusco; si los rotores no funcionan correctamente, nunca la despegaremos.

—Está bien, pero hazlo rápido —cede el tipo de mala gana, agitando el arma como si fuera la batuta de un director de orquesta—. ¡Pero nada de tonterías, o ya sabes lo que pasará!

Sebastián sólo asiente una vez, luego va a la parte trasera del helicóptero. Lærke se queda quieta, tal como obviamente le indicó Sebastián. Cuando Sebastián pasa junto a William, le lanza una mirada rápida y comprensiva.

Y es entonces cuando William recuerda a la señora gorda y al tipo del otro lado del helicóptero; los había olvidado por completo.

Escuchando, puede oírlos gemir suavemente. El sonido se ahoga con los gemidos de la esposa e hija del hombre, y él no los ha oído.

Esa es nuestra última oportunidad, piensa William, sintiendo un golpe de esperanza. Si puedo encontrar alguna manera de atraerlo al otro lado...

Justo cuando lo piensa, se da cuenta de que no necesitará atraer al tipo a ningún lado, porque la señora gorda aparece tambaleándose, pasando por delante del helicóptero, obviamente atraída

por una comida mucho más grande de este lado.

Lærke es la primera en notar a la mujer y emite un gemido.

El hombre no lo oye. Está forcejeando con la puerta, tratando de abrirla—. ¿Cómo diablos funciona esta cosa? —gruñe, y le dice a Henrik—: Pongámosla en el suelo por un segundo.

Henrik parece más que dispuesto a obedecer, y colocan la alfombra con cuidado en el suelo.

Luego el tipo deja el rifle, lo apoya contra el helicóptero, con el cañón apuntando al cielo, lo que le permite arreglar la puerta con ambas manos.

William no puede creerlo. Por segunda vez, el hombre está a punto de ser emboscado por detrás. Y esta vez, Eli, ese maldito pedazo de basura, está demasiado lejos para advertir al hombre.

La señora gorda se dirige directamente hacia él, y el tipo aún no la ha visto. La señora ha dejado de gemir, casi como si supiera que debe permanecer en silencio.

Henrik ve a la mujer, reprime un grito de sorpresa y se aparta hacia un lado para salir de la escena.

—¿A dónde demonios vas? —gruñe el tipo—. ¡Necesito tu ayuda aquí!

—Yo... ehm —balbucea Henrik en busca de una excusa—. Pensé en ayudar al piloto.

El hombre no responde, sólo murmura algo para sí mismo y tira de la manija con fuerza, haciendo que todo el helicóptero se tambalee—. ¿Está cerrada esta maldita puerta o qué?

Justo cuando la mujer extiende la mano hacia el tipo, aparentemente la siente, porque de repente se detiene, agarra el rifle y salta hacia atrás.

Mira hacia atrás y ve a la señora persiguiéndolo—. ¡¿Qué demonios?! ¿De dónde saliste? ¡Para! ¡Te dije que pares!

La mujer no obedece, sólo sigue avanzando hacia él. Y ahora aparece el otro zombie detrás de ella, también yendo hacia el tipo.

El tipo se coloca el rifle en el hombro y dispara a la señora directamente en la cara. Ella no cae con delicadeza como Dorte; se desploma con un gemido y un golpe sordo, cayendo como un saco de papas. Luego el tipo recarga, apunta nuevamente y derriba al otro muerto que aún tiene el traje de protección.

El estómago de William se hunde.

El tipo se vuelve hacia William, jadeando—. ¿Por qué no me advertiste?

William lo mira con desdén—. No los vi venir.

—Claro que sí —responde el tipo con desprecio. Se vuelve para mirar a Sebastián, que está parado junto a la parte trasera del helicóptero, con las manos a los lados—. ¡No necesitabas

revisar nada!, ¿verdad? ¡Sabías que estaban allí! ¡Todos lo sabían! ¡Esperaban que me eliminaran! Pues, por suerte para mí, fui demasiado rápido... ¡de nuevo!

William aprieta los dientes para no decir lo que quiere.

El tipo vuelve a la puerta del helicóptero, apuntando el rifle a Henrik—. Quédate justo ahí y avísame si alguien más intenta acercarse sigilosamente. ¿Entendido?

Henrik asiente.

El tipo agarra la manilla una vez más, tirando de ella con furia.

Esta vez, la puerta se abre sin resistencia, deslizándose completamente, revelando a una mujer agachada, sosteniendo lo que parece ser una barra de metal en posición de bateo.

El hombre ni siquiera tiene tiempo de levantar los brazos antes de que ella le golpee en la mandíbula con un crujido nauseabundo, dejándolo caer al suelo.

CUARENTA Y UNO

—Santo cielo —murmura William—. Completamente olvidé que había alguien allí dentro...

La mujer, de unos cuarenta años, corpulenta, de cabello oscuro, con una expresión muy cansada en su rostro, baja la barra y los mira—. Vi y escuché todo —dice con voz cansada.

—Bueno... gracias —murmura Henrik.

William deja caer a la niña zombie por segunda vez y se acerca al tipo para recoger el rifle. Es la primera vez que sostiene un arma, y es sorprendentemente pesada. También le da una sensación inmediata de poder. Mira hacia la carretera y hace señas a Dan y al resto—. ¡Está bien! ¡Pueden venir ahora!

La mujer sale del helicóptero, estira las piernas y la espalda y suspira—. ¿No tienen algo de comer por casualidad?

—Si no te importa McDonald 's, no terminé mi hamburguesa con queso —dice Henrik.

Ella lo mira—. Honestamente, comería cualquier cosa ahora mismo.

—Déjame traértelo.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí? —pregunta William mientras Henrik se va.

—La mayor parte del día —dice la mujer, mirando al cielo mientras se frota los ojos—. Traté de salir un par de veces, pero —gesticula hacia los cadáveres de los zombies— no me lo permitían.

Sebastián echa un vistazo dentro del helicóptero—. Parece que tuviste una buena fiesta.

La mujer sólo sacude la cabeza.

Sebastián entra, saca un rollo de cable de extensión y comienza a atar las manos del hombre detrás de su espalda.

—¿Cómo terminaste en el helicóptero?—pregunta William.

—Estaba llevando a mi papá a hacerse pruebas médicas. Él... él todavía está dentro.

—Oh, lo siento —dice William, estirando el cuello para ver a un hombre mayor colgando de una camilla, obviamente muerto—. ¿Qué pasó?

La mujer vuelve a sacudir la cabeza, y William entiende que no tiene ganas de contar la historia ahora mismo.

Dan, Nasira y Ali se unen a ellos. Un poco más atrás está Eli, que parece no poder decidir si correr o quedarse.

—Gracias —dice Dan a la mujer.

—Yo debería agradecerles a ustedes —dice ella—. Soy Josefina, por cierto.

Henrik regresa con su bolsa de papel y su Coca-Cola. La mujer agarra la Coca-Cola, le quita la tapa y bebe hasta la última gota. Luego, se mete en la bolsa y comienza a devorar la hamburguesa.

—Parece que está bien para volar —dice Sebastián, que ha estado revisando el helicóptero de adelante hacia atrás—. Hasta donde puedo decir, nada esencial está dañado.

—No fue un accidente real, supongo —dice Josefina con la boca llena—. Fue lo suficientemente fuerte como para que todo saliera volando, aunque pensé que todos moriríamos.

—¿Cuántos iban a bordo?—pregunta Henrik.

—Además de los cuatro de nosotros, sólo el piloto. Él salió y huyó.

—Dejándote con tu padre muerto y un par de zombies afuera —comenta William—. Vaya héroe.

—Mi padre no estaba muerto —dice Josefina, y hace una pausa en su masticación durante un par de segundos—. No en ese momento.

William vuelve a mirar dentro del helicóptero, y esta vez nota la sangre seca que mancha la camilla y el suelo. Hay un corte profundo en la base del cuello del anciano. Justo debajo hay un escalpelo ensangrentado.

—Santo cielo —susurra, mirando a Josefina—. ¿Hiciste... hiciste eso?

—William —dice Henrik—. No creo que ella quiera hablar de eso ahora.

—Lo hice —dice Josefina simplemente—. Mi padre lo habría querido.

Y eso parece ser todo lo que necesita decirse; nadie más hace más preguntas, y Josefina vuelve tranquilamente a comer la hamburguesa.

—De acuerdo, acabas de ganarte carta blanca para unirme a nuestro grupo —dice William—. Necesitamos gente como tú a bordo.

Josefina se burla—. ¿Gente como yo?

—Sí. Gente con agallas. Sin ofender al resto del grupo...—mira a su alrededor y se encoge de hombros—. Pero no creo que ninguno de nosotros podría haber... sí. De todos modos, mi punto es que eres más que bienvenida a venir con nosotros.

Ella lo mira, chupándose el ketchup de los dedos—. ¿Van a tomar el helicóptero? ¿Eres piloto?

—Lo soy —dice Sebastián.

Ella lo mira —¿Adónde van?

—No lo decidimos todavía —dice William—. Pero estamos abiertos a sugerencias. Por ahora, sólo salir de aquí.

Josefine parece considerarlo—. ¿Qué pasa con él? —Asiente hacia el hombre en el suelo. Todavía está inconsciente, pero ha comenzado a gemir y mover un poco la cabeza, como alguien tratando de despertar de un sueño profundo. La parte inferior izquierda de su cara se ha vuelto de un color morado desagradable y se ha hinchado hasta el punto de parecer que el tipo esconde una pelota de tenis dentro de su mejilla.

William espera con ansias que le duela como el infierno cuando el imbécil despierte.

—Yo digo que lo dejemos —dice Henrik—. Puede liberarse una vez que despierte. Para entonces, ya nos habremos ido.

—¿Qué pasa con su esposa e hija entonces?

Miran a los dos zombies aún envueltos en las camisas de fuerza improvisadas.

—También los dejamos —dice William.

Josefine asiente—. Supongo que no puedo traer a mi madre.

—Lo siento, pero estamos completamente llenos —dice Sebastián—. Incluso con estas nueve personas, será un ajuste apretado.

—Vaya —dice William—. ¿Nueve?

Sebastián se encoge de hombros y mira a su alrededor—. Cuento nueve de nosotros.

William se ríe y apunta el rifle hacia Eli, que todavía está parado a una distancia considerable, pareciendo que acaba de hacerse pis encima—. ¿Quieres llevar a este pedazo de mierda con nosotros? ¿Después de lo que le hizo a Dorte? —William mira a Eli, enseñando los dientes en una mueca—. ¿Qué diablos sigues haciendo aquí, imbécil? ¡Lárgate de aquí!

—Yo... quiero ir con ustedes...—responde con voz quebrada.

—¿Sí? Pues eso no va a suceder. No queremos malditos traidores cerca.

—Lo siento —dice Eli, moviéndose en su lugar—. No quería que eso pasara... No pensé que la mataría... sólo... sólo quería subirme al helicóptero...

—Claro, querías salvar tu lamentable trasero —escupe William—. Y tu egoísmo mató a Dorte.

—¡Yo no la maté! —protesta Eli, su voz está temblando como si estuviera a punto de llorar—. ¡No apreté el gatillo! ¡Él lo hizo! —Señala al hombre aún inconsciente en el suelo.

—¡Jódete! —grita William—. ¡Te dispararé si no te largas!

—William —dice nuevamente Henrik.

—No, ¡no empieces tú también! —dice William, volviendo la cabeza hacia Henrik—. No hagas el papel de policía bueno conmigo. No podemos confiar en él. No viene. Fin de la historia.

—No dije que pudiéramos confiar en él —dice Henrik, manteniendo su voz calmada—. Sólo digo que podríamos llevarlo a algún lugar seguro y luego separarnos de él. ¿Realmente quieres dejarlo aquí? Probablemente morirá.

—Lo tiene merecido por lo que hizo —dice William, apretando los dientes al darse cuenta con horror de lo cerca que está de llorar.

—¡Yo fui el que les dijo sobre el helicóptero! —argumenta Eli—. ¡Si no fuera por mí, ustedes tampoco tendrían forma de salir de aquí!

William está a punto de acercarse a Eli, cuando Henrik se interpone frente a él.

—Escucha, eres mejor que esto —dice con voz paternal, ignorando a Eli por completo—. Si lo dejamos morir, ¿no nos convertiríamos en asesinos?

William sigue apuntando el rifle a Eli, pero el cañón tiembla tanto ahora que probablemente fallaría el tiro si disparara.

—Está bien —dice finalmente—. Está bien, votaremos. Somos una democracia, ¿verdad? Cada opinión cuenta. A mano alzada, ¿quién quiere llevar a este pedazo de mierda con nosotros?

Para la absoluta sorpresa de William, Dan levanta la mano casi de inmediato.

También lo hace su padre.

Y Nasira. Y un momento después, Ali.

Ni Sebastián, ni Lærke ni Josefine levantan la mano, llenando a William de alivio.

—Estoy de acuerdo con William —dice Sebastián—. Con espacio muy limitado, sólo debemos llevar a personas en las que podamos confiar. Es una cuestión de supervivencia.

—Gracias —dice William, mirando a su alrededor—. Bueno, parece que tenemos un empate.

—Creo que el voto de Dorte también debería contar —dice Henrik.

William mira a Henrik como si acabara de hacer una broma de mal gusto—. ¿En serio? Creo que su voto es bastante obvio.

Henrik se encoge de hombros—. Dime tú; la conocías. ¿Qué habría votado ella? ¿Dejar a este tipo para que muera? ¿O llevarlo a un lugar seguro?

William abre la boca para decir algo, luego cambia de opinión. En su lugar, sacude la cabeza, apretando los labios—. No es justo...

—¿Qué habría votado ella, William? —insiste Henrik.

William sacude la cabeza aún más vigorosamente—. Ella estaba tratando de ayudarnos —dice, su voz de repente es áspera—. Arriesgó su vida por nosotros. Apenas nos conocía, y lo hizo de todos modos.

—Sí —dice Henrik, asintiendo—. Fue muy valiente. Y la recordaremos por eso. Pero no sacrificaremos a nadie más en su nombre. Eso no es lo que ella habría querido, ¿verdad?

William finalmente baja el rifle a su lado, luchando contra las lágrimas ahora y sin hacer ningún esfuerzo particular por ocultarlo—. La conocí desde la secundaria... estuve enamorado de ella durante mucho tiempo...

Henrik le pone una mano en el hombro—. Lo siento mucho.

—Todo está jodido —susurra William, bajando la cabeza—. Todo se está yendo al carajo... todos estaremos muertos pronto... es sólo cuestión de tiempo...

Espera que Henrik diga algo, pero en su lugar, una voz femenina suave viene desde atrás: —Es verdad.

Todos giran la cabeza para mirar a Nasira. Ella está ahí, sosteniendo la mano de Ali, sonriéndoles con esa sonrisa suave.

—Todos estaremos muertos tarde o temprano. Es verdad. Siempre ha sido verdad.

William se burla—. No eres buena levantando ánimos, Nasira.

Su sonrisa no flaquea—. Lo que quiero decir es que la muerte nos espera a todos. No controlamos eso. Dios ha sacado esa elección de nuestras manos. En cambio, nos dio control sobre cómo elegimos vivir. La prueba es hacer lo correcto.

Un momento de silencio. Luego, Josefine levanta la mano—. Cambio mi voto.

—No puedes —objeta William.

Ella continúa—. Estaría bien llevarlo a algún lugar más seguro y luego dejarlo. Creo que no tenía la intención de que nadie saliera herido.

—Yo también cambio mi voto —dice Lærke, mirando a su padre—. ¿Papá?

Sebastián levanta las cejas—. Bueno, mierda, supongo que yo también.

Todos miran a William.

Se limpia la nariz y sacude la cabeza—. Están todos locos. ¿Quieren traer a alguien que nos traicionó una vez? —Pero su voz es débil, derrotada; lo oye muy claramente.

—Creo que necesitamos más que una mayoría para tomar esta decisión —dice Henrik—. Creo que debemos estar todos de acuerdo, o es un jurado colgado.

William mira a su alrededor, luego extiende los brazos—. Lo siento, pero no quiero llevar a ese Judas sólo porque tengo miedo de ser juzgado por un dios cuando esté muerto—. Mira a Nasira—. Lo siento, pero eso me parece hipócrita. Mi voto sigue siendo no.

Nasira sólo le sonríe con comprensión.

Nadie más parece saber qué decir.

De repente, Dan se acerca a William. Le habla tan bajo que ninguno de los otros puede oír, ni siquiera Henrik—. En casa de Sebastián, me contaste sobre su hermano, ¿cómo se llamaba?

William echa un vistazo a Sebastián, luego susurra—. Janus.

—Correcto. Dijiste que fue a intentar sacar a su novia de una tienda de comestibles, pero ambos murieron. Y te llamó cobarde por no ir con él.

—¿Cuál es tu punto?

—¿Lo harías ahora?

—¿Hacer qué?

—¿Irías con él a esa tienda si tuvieras otra oportunidad de hacerlo?

William mira a Dan durante mucho tiempo. Luego, finalmente, asiente.

—Entonces lamentas no haber intentado ayudarlo.

Dan hace la pregunta sin juicio, y William no se ofende, simplemente asiente de nuevo.

—Ahí lo tienes —susurra Dan—. Todos cometemos errores cuando estamos asustados.

William mira hacia abajo. Luego vuelve a mirar a Dan—. Sabía que no debería haberte recogido. Sabía que sólo serías un problema.

Dan sonríe—. Lo siento.

William le devuelve la sonrisa—. No, no lo sientes —Se vuelve hacia Henrik y dice—. Cambio mi voto —Luego mira a Eli—. Pero si haces algo así otra vez, te prometo que te echaré personalmente del maldito helicóptero.

CUARENTA Y DOS

—¡Por favor, todos, acérquense! —William llama al grupo a reunirse frente al helicóptero.

Dan mira hacia la carretera al escuchar pasar un coche. Afortunadamente, este sólo pasa rápidamente.

El coche de William sigue estacionado al borde del camino. Decidió dejarlo con las llaves puestas, donándolo a quien pudiera necesitarlo.

El coche de Sebastián, en cambio, ha sido conducido hacia el páramo y está estacionado detrás de un par de árboles, para que no sea visible desde la carretera.

Sebastián decidió esconderlo por si acaso regresara aquí y lo necesitara. No creía que fuera probable, añadió.

Dan no entiende por qué querrían regresar. De hecho, está ansioso por salir de aquí.

El SUV verde también sigue estacionado al borde de la carretera. Dentro está el tipo, que ha recuperado la conciencia y, a juzgar por la forma en que el coche se balancea, está intentando liberarse de sus ataduras.

William encontró un paquete de cartuchos para el rifle cuando pusieron al hombre en la parte trasera del SUV. Decidieron llevarse tanto el rifle como la munición.

—Si estuviéramos en EE. UU. —comentó William con una sonrisa irónica—, todos estaríamos cargando una semiautomática y un par de granadas de mano. En cambio, sólo tenemos un triste rifle de caza.

Ahora, mientras se reúnen, William mira a Sebastián, quien lleva el casco de piloto.

—Nuestro piloto tiene algunas instrucciones antes de despegar.

Sebastián se aclara la garganta. —Sí. En un momento, les mostraré a todos sus respectivos lugares. No tenemos suficientes asientos para todos, así que tendremos que ser creativos. Una vez en el aire, es importante que no se desabrochen el cinturón a menos que se lo indique. No se

levanten. No toquen nada. Habrá bastante ruido, y sólo tenemos dos auriculares, así que si quieren decirme algo importante, toquen en el hombro a quien tenga el auricular, y lo transmitiremos. —Pone su mano sobre el helicóptero—. Aparte de eso, todo se ve bien para nuestro vuelo. Tiene casi el tanque lleno, lo cual es muy afortunado. Sólo queda decidir a dónde ir.

—¿Cuánto nos durará un tanque lleno? —pregunta Henrik.

—Ochocientos kilómetros si el viento es favorable.

—¿Qué tiene que ver el viento? —pregunta William—. No es precisamente un velero.

—No, pero el clima sigue siendo un factor importante en el consumo de combustible. —Saca un mapa de papel a la antigua, lo despliega y lo sostiene para que todos lo vean—. Estamos justo aquí. —Señala un punto en la parte inferior de Dinamarca, luego dibuja un círculo alrededor con los dedos—. Y esto es aproximadamente hasta dónde podemos llegar. Básicamente, no tenemos muchas opciones. Podemos ir hacia el sur y llegar a algunos de los países del continente; Alemania, Polonia o los Países Bajos. O, podemos ir hacia el norte y llegar a Suecia o Noruega. También podríamos ir hacia el oeste y dirigirnos a Inglaterra, pero es una movida arriesgada, ya que está justo en el límite de lo que podemos alcanzar, y podríamos acabar en el océano.

—Bien —dice William pensativo—. Eso lo reduce. Tres opciones. Arriba, abajo o a la izquierda. La izquierda es la más arriesgada, pero quizás también la más atractiva.

—¿Por qué? —pregunta Henrik.

—Bueno, Inglaterra es una isla, en primer lugar, lo que significa que los zombies probablemente no la han alcanzado todavía. Así que tendremos tiempo para encontrar una manera de alejarnos más, y tienen grandes aeropuertos con conexiones a todo el mundo. Quizás incluso podríamos tomar un vuelo a EE. UU. o Canadá. Eso nos pondría al otro lado del mundo y fuera de cualquier peligro en caso de que los estadounidenses decidan convertir Europa en un estacionamiento radiactivo.

—¿De qué hablas? —pregunta Josefina, frunciendo el ceño.

—¿No tuviste la oportunidad de revisar Facebook? —pregunta William.

Ella niega con la cabeza. —Mi teléfono se rompió cuando chocamos.

—No sabemos nada todavía —interviene Henrik antes de que William pueda decir más—. Pero hay rumores circulando.

—¿Rumores?

—Bueno, algunos políticos están pidiendo a la ONU que considere ciertos... protocolos de emergencia si las autoridades no logran controlar el contagio.

Un momento de silencio pasa por el grupo.

Sebastián se aclara la garganta. —También creo que hay una buena posibilidad de que los aeropuertos ingleses hayan sido cerrados para cuando lleguemos. Si llegamos. Personalmente, no creo que valga la pena el riesgo.

—De acuerdo —dice William—. Inglaterra está descartada por ahora. Hablemos del sur, entonces. —Señala el mapa—. Digo que es la opción menos atractiva. Nos alejaríamos de los océanos y nos internaríamos más. También nos colocaríamos entre todas las grandes ciudades de Alemania, Francia y Polonia. Sin mencionar que, una vez más, toda Europa central podría convertirse pronto en una zona de guerra.

—Podríamos hacer una parada corta para gasolina en algún lugar de Alemania —sugiere Josefina—. Luego seguir hacia el sur. Dirigirnos a España, o tal vez incluso a África.

—La mayor parte del norte de África es desierto —comenta Sebastián—. Lo que significa un clima duro y pocos recursos naturales. Y las ciudades allí están llenas de gente. Si la infección llega a ese continente, sería un mal lugar para estar.

—También creo que Alemania estará invadida por zombies y fugitivos en un día o dos —añade William.

—¿Qué tal hacia el este? —dice Henrik, señalando Rusia en el mapa—. ¿Por qué lo descartamos de inmediato? Quiero decir, la mayor parte de Eurasia son tierras baldías, pero el clima es decente. Podríamos adentrarnos en la nada y esperar a que pase la situación.

—Me gusta eso —dice William—. Es un plan a largo plazo, de bajo riesgo.

—No estoy seguro de que sea factible —dice Sebastián—. Simplemente está demasiado lejos.

—Podemos detenernos en Suecia y obtener más gasolina —sugiere William.

Sebastián niega con la cabeza. —Tendríamos que hacer más de una parada. Olvidas lo grande que es Rusia. Incluso para pasar Moscú, necesitaríamos cinco o seis tanques llenos. Para entonces, el helicóptero necesitará una revisión. Y nos estaríamos quedando sin comida y agua. ¿Y cuánto podríamos avanzar en el desierto antes de quedarnos sin lugares para repostar? —Se encoge de hombros—. Creo que terminaríamos varados.

Otro momento de silencio.

—De acuerdo, entonces el norte es la última opción —concluye William—. ¿Noruega o Suecia?

—No haría mucha diferencia cuál elijamos —dice Henrik—. Básicamente son la misma península.

—Entonces, ¿cuál es el plan a largo plazo? —pregunta Josefina—. ¿Encontrar una cabaña muy al norte del círculo ártico e intentar sobrevivir el invierno?

—¡Oye! —exclama William, chasqueando los dedos y mirando a Josefina con entusiasmo—. Lo acabas de decir. ¡El clima ártico! Eso podría ser exactamente lo que necesitamos.

Todos lo miran sin comprender.

—¿Cómo así? —pregunta Sebastián.

—El clima helado podría detener a los zombies. ¿No lo ves? No tienen pulso, ni latidos ni metabolismo ni nada; Dorte nos dijo eso. ¿No significaría eso que básicamente se convertirán en hielo si se aventuran en un clima con temperaturas por debajo de los treinta?

—Eso... eso podría pasar —dice Henrik.

—Pero no tendríamos forma de saberlo con certeza —añade Josefina—. Y si no lo hacen, ¿no estaríamos atrapados si vamos a la parte más nortea de Noruega y Suecia? Quiero decir, no habría ningún otro lugar adonde ir, excepto el Mar Ártico.

El grupo guarda silencio una vez más. Todos miran el mapa, luego se miran entre sí.

—Espera, ¿qué es eso? —pregunta Dan, señalando un pequeño grupo de islas entre Islandia e Inglaterra.

—Esas son las Islas Feroe —dice Sebastián.

—¿Por qué no vamos allí?

—Eh, porque eso está mucho más allá de los ochocientos kilómetros —le recuerda William.

—Sí, pero con una escala en Noruega, podríamos llegar, ¿no?

Sebastián observa el mapa, considerándolo. —Supongo que podría hacerse, sí. Pero al llegar allí estaríamos muy retirados, ¿no es una pequeña isla en medio del Atlántico Norte el lugar más apartado?

—Retirados —conuerda Henrik—, o aislados.

—Creo que entiendo a dónde quieres llegar —interviene William—. Las Islas Feroe son lo suficientemente pequeñas como para defenderlas. No hay mucha gente allí, y está lo suficientemente lejos como para que no muchos otros puedan llegar allí, incluso si quisieran. Es lo suficientemente fértil para cultivar y lo suficientemente civilizada para que tengan todas las máquinas y tecnología que necesitaríamos. —Habla cada vez más rápido—. Mirándolo a largo plazo, creo que podría ser nuestra mejor opción. Y además, si las cosas se ponen demasiado hostiles, aún tendríamos el helicóptero y podríamos salir de allí nuevamente.

El grupo guarda silencio de nuevo, pero esta vez es diferente. Esta vez, todos se miran con cuidadoso optimismo, esperando ver si alguien tiene una objeción. Una vez que nadie lo hace,

William aplaude.

—Perfecto. Entonces está decidido.

CUARENTA Y TRES

—¿Todos listos? —grita William—. Embarquemos. Por favor, diríjanse a la puerta 6 y tengan su pasaporte listo.

Han pasado diez minutos preparando el helicóptero, sacando al padre de Josefine y colocándolo junto a la madre y la hija zombie aún atadas. Josefine lo besó en la frente, lo que hizo que Dan se conmoviera.

Por primera vez en varias horas, piensa en su madre. La única consolación es que ella no terminó convertida en zombie, no fue devorada viva como tantos otros. Terminó las cosas en sus propios términos.

Sacaron ambas camillas y algunas cosas adicionales que sólo servían para ocupar espacio. El interior del helicóptero se siente un poco menos abarrotado ahora, y apenas podrán caber los nueve. Sebastián ha hecho cinturones de seguridad improvisados para todos, usando correas de nylon aseguradas a las paredes.

—Espera, falta alguien —dice el padre de Dan, justo cuando Dan está a punto de subir—. ¿Dónde están Nasira y Ali?

Dan mira alrededor y los ve parados a un lado. Nasira está inclinada y hablando con Ali, con las manos sobre sus hombros, y Ali la mira con ojos grandes y aterrorizados.

—¡Nasira! —grita William—. ¡Es hora de irnos!

Ella no reacciona de inmediato al llamado de William. En cambio, abraza a su hermano con fuerza, y Dan puede ver que empieza a llorar contra su hombro.

Oh, no, piensa Dan con una sensación de hundimiento en el estómago. Algo está mal...

Entonces, Nasira toma la mano de Ali y camina hacia ellos.

—¿De qué se trataba eso? —pregunta William, frunciendo el ceño—. Parecía una despedida.

—Lo era —dice Nasira—. No voy a ir con ustedes. Pero Ali sí.

—¿Por qué? —suelta Dan antes de que William pueda hacerlo—. ¿Por qué no vienes, Nasira?

Ella lo mira, sus ojos oscuros brillando con lágrimas, pero sus labios aún sonriendo en las comisuras. —Por esto —dice tranquilamente, levantando la mano y extendiendo los dedos para revelar un corte fino en el interior de su dedo anular. La piel se está volviendo rosada alrededor del corte.

—¡Oh, mierda! —William retrocede un par de pasos, agarrando a Dan por el hombro—. ¿Es de un zombie?

—Lo es —dice Nasira, aún muy tranquila.

—¿Cómo lo conseguiste? —pregunta William, mirando de reojo a los dos zombies—. No te vi acercarte a ellos.

—No lo hice. Lo obtuve ayer. En el coche. Justo antes de que Henrik viniera y nos salvara. La chica me arañó justo cuando estaba intentando cerrar la ventana.

—¡Mierda! —grita William—. ¿Y lo tuviste todo el tiempo? ¿Y no nos lo dijiste? ¡Jesucristo!

—¿Cuál es el problema? —pregunta Henrik, uniéndose a ellos—. ¿Por qué gritas así, William?

—¡Ella está infectada! —exclama William, señalando acusadoramente a Nasira—. ¡Ha estado infectada todo el maldito tiempo!

Dan ve a su padre mirar a Nasira, luego a su mano, y luego de nuevo a su rostro. —Oh, lo siento —dice.

—¿Lo sientes? —dice William—. Nos ha estado mintiendo.

—Por favor, déjenme explicar —dice Nasira—. Sé que he estado ocultando la verdad y lo siento por eso. Pero siempre tuve la intención de decirlo cuando fuera el momento adecuado.

—¡El momento adecuado era en el momento en que te hicieron el rasguño! —grita William.

—William —dice Henrik, su voz inusualmente firme—. Por favor, cálmate. No ha pasado nada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que no infectó a nadie más?

—No toqué a nadie excepto a mi hermano —continúa Nasira—. Y fui muy cuidadosa para no arañarlo. Soy la única enferma. Puedes creerme.

—Al diablo si te creo —murmura William, dándose la vuelta.

Dan y su padre miran a Nasira y a Ali llorando a su lado.

—¿Lo entienden, verdad? —pregunta, mirándolos a ambos—. Sólo quería pasar un poco más de tiempo con mi hermano en esta vida.

Dan siente un nudo formarse en su garganta, del tamaño de una naranja. Intenta decir algo, pero no puede, así que simplemente asiente.

—Oh, Nasira —dice Henrik—. Realmente lo siento mucho.

—No lo sientas —dice Nasira—. Sólo prometan cuidar de Ali.

—Lo haré —dice Henrik de inmediato—. Todos lo haremos.

—Sabía que lo harían —dice ella, sonriendo—. Él no entiende, es demasiado joven, y ya ha perdido a ambos padres. Así que por favor, tengan paciencia con él durante el duelo.

—Lo haremos —repite el padre de Dan, esta vez con la voz ahogada.

Nasira asiente, sonríe, luego mira a Ali y le dice algo en árabe. Él comienza a llorar aún más y se aferra a ella.

—Le dije que es hora de irse —dice ella a Dan y su padre.

El resto del grupo se ha unido a ellos sin que Dan se diera cuenta. Aparentemente, William les ha dado las malas noticias, porque todos están mirando a Nasira.

Josefine da un paso adelante, extendiendo su mano hacia Ali. —Ven conmigo, Ali.

—Por favor, ve con Josefine —dice Nasira, empujando suavemente a Ali hacia adelante.

—Espera —escucha Dan decirse a sí mismo, al principio, no lo suficientemente alto para que alguien lo escuche, así que lo repite—. ¡Espera!

Nasira lo mira y sonríe. —Está bien, Dan. No hay necesidad de—

—¿Cuándo dijiste que te hicieron ese corte?

—Ayer.

—¿Alrededor del mediodía?

Nasira piensa por un momento. —Sí. Pero, ¿qué importa?

Dan niega con la cabeza con firmeza. —Entonces no puede ser de un zombie. No estarías viva.

William lo mira. —¿Estás seguro de eso?

—Cien por ciento. He visto... he visto a personas morir por arañazos tan pequeños. —La imagen de Jennie aparece en su mente y necesita tomar una respiración profunda para continuar—. No vivieron ni media hora. La fiebre llegó en diez minutos más o menos. —Mira a William y a los demás—. Piénsenlo; probablemente todos han visto morir a gente. ¿Cuánto tiempo tomó? Seguramente no un día y medio. ¡Además, Nasira ni siquiera tiene fiebre todavía!

Todos miran a Nasira.

Ella mira a Dan, y por una vez, la sonrisa en sus labios vacila. —Estoy segura de que este corte fue hecho por una persona muerta; lo sentí suceder. Su uña me rozó.

—Eso parece el corte de una uña —añade William.

—Bueno, no puede ser —insiste Dan—. Simplemente no puede. No tiene sentido.

—Tal vez lo sea —dice su padre, mirando a Nasira pensativamente—. Y tal vez está pasando algo más aquí.

—¿Como qué? —pregunta William.

Henrik guarda silencio por un momento. —Nasira cree en Dios —dice—. Mucho. Tal vez su fe de alguna manera... no sé, la está protegiendo, controlando la infección. Diablos, tal vez incluso la esté combatiendo.

William inmediatamente niega con la cabeza. —Eso es ridículo. ¿Cómo va la fe a combatir un virus? Odio ser el aguafiestas aquí, pero escuché sobre un estudio sobre oraciones, donde probaron orar por personas enfermas, y no hizo ninguna diferencia.

El padre de Dan ignora a William y mira en su lugar a Dan. —Nos contaste cómo comenzó todo esto. No fue un experimento médico que salió mal o un súper virus hecho en un laboratorio... fue vudú. El vudú es un sistema de creencias.

Dan asiente lentamente, mirando a Nasira, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. —Creo... creo que mi padre podría tener razón. Dorte nos dijo que esto no era rastreable de ninguna manera en el cuerpo. He pensado mucho en eso. No creo que sea una enfermedad física; creo que es espiritual.

—Oh, vamos —dice William.

—¿Cómo lo explicarías entonces? —dice Dan, volviéndose hacia William—. Escuchaste lo que dijo Dorte.

—De acuerdo, entonces, espiritual o no —dice William, pasándose una mano por el cabello—. ¿Qué hacemos?

—Digo que la llevemos —dice Dan de inmediato.

—¿Qué?

—Necesitamos averiguar qué le pasa.

—Dan tiene razón —coincide su padre—. Nasira podría darnos la respuesta a esto. Tal vez incluso una cura.

—Estoy de acuerdo en que esto podría ser algo importante —interviene Sebastián—. Pero, ¿y si muere mientras estamos en el aire? Nos llevará al menos seis horas llegar a Noruega, y una vez que estemos sobre el agua, no habrá dónde aterrizar.

William está a punto de decir algo cuando alguien grita detrás de ellos.

Dan se da vuelta y ve a Eli parado junto a la alfombra con la mujer zombie enrollada en ella. De alguna manera, ha logrado sacar un brazo y se ha arrastrado hacia Eli. Ahora lo está agarrando del tobillo mientras él la patea frenéticamente para quitársela de encima.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —grita.

—Maldita sea —murmura el padre de Dan.

—¡Ayúdenme! —grita Eli mientras cae de espaldas e intenta alejarse arrastrándose, sólo logrando arrastrar a la mujer y la alfombra con él—. ¡Alguien, por favor, ayúdeme!

Dan da un paso adelante automáticamente, sin siquiera estar seguro de lo que va a hacer para ayudar a Eli, cuando William viene corriendo desde un lado. Se detiene a unos pasos de distancia, apunta con el rifle y aprieta el gatillo.

La cabeza de la mujer rebota en el suelo, y luego queda completamente quieta. Su mano suelta la pierna de Eli y él es libre de alejarse arrastrándose, jadeando y sollozando.

William se acerca a la chica y comienza a recargar el rifle. Desde el SUV, Dan puede escuchar al hombre rugiendo y lanzándose contra la puerta, haciendo que el coche se balancee de un lado a otro.

—¡No lo hagas! ¡No lo hagas, maldita sea! ¡Aléjate de ella! ¡Aléjate de mi hij...!

El hombre es interrumpido cuando William aprieta el gatillo nuevamente, ejecutando a la chica con un solo disparo bien colocado.

Dentro del coche, los gritos del hombre se convierten en lamentos inarticulados.

William se vuelve hacia el grupo con una mirada sombría en su rostro. —Es mejor así —murmura—. No causarán problemas a nadie más.

Nadie está en desacuerdo, excepto el hombre en el SUV.

William le entrega el rifle a Dan, luego se acerca a Eli, quien aún está sentado en el césped, respirando rápido, mirando a la mujer muerta que casi lo atrapa.

—Oye, tú —dice William, deteniéndose frente a él—. Muéstrame tu tobillo.

Eli lo mira, entrecerrando los ojos, con los labios temblorosos. —¿Qu... qué?

—Quítate el zapato. Muéstrame tu tobillo. ¿Estás herido?

No hay compasión en la voz de William; obviamente, no lo está preguntando por preocupación por el bienestar de Eli. Eli lleva zapatos Converse negros y desgastados, del tipo con ejes altos, que cubren los tobillos.

Eli sacude la cabeza y se limpia los mocos del labio superior con el dorso de la mano. —Ella... no me arañó... no pasó nada...

—Muéstrame tu tobillo —repite William tranquilamente—. O no subes a ese helicóptero.

—Vamos —dice Eli. Luego, cuando William no cede, mira alrededor al resto de ellos, aparentemente buscando apoyo. Todos lo miran en silencio—. ¿De verdad me van a hacer hacer

esto? —dice Eli, con algo de dolor en su voz ahora—. ¿No pueden simplemente confiar en mi palabra?

—Tu palabra no vale mucho —dice William sin rodeos—. Ese zapato se quita o te quedas aquí.

Eli lo mira con desprecio por un momento, el shock de ser atrapado por el zombie completamente ha desaparecido de su rostro ahora. Luego, con movimientos bruscos, desata el zapato y se lo quita.

—¡Ahí! ¿Ves? No hay marcas de rasguños.

—Espera —dice William, cuando Eli está a punto de ponerse el zapato de nuevo—. Déjame ver...

Eli extiende su pie con un suspiro de molestia, y William se acerca, inclinándose para estudiarlo.

—Gíralo —murmura.

Eli lo hace.

—Dan, ven aquí —dice William sin apartar los ojos del pie—. Dime si ves algo.

Dan se acerca y mira. No hay marcas de ningún tipo que pueda ver.

—Creo que está limpio —dice.

—Limpio es la última palabra que usaría —dice William, arrugando la nariz—. Huele a mierda. ¿Cuándo fue la última vez que te duchaste?

—Vete al diablo —murmura Eli.

—Pero tampoco veo marcas de arañazos —dice William, dirigiéndose al grupo—. Creo que está bien.

—Genial —dice Eli—. ¿Puedo ponerme mi maldito zapato ahora?

—Puedes. Ahora, vámonos antes de que más problemas nos encuentren.

CUARENTA Y CUATRO

Dennis solía ser un dormilón antes de que todo esto ocurriera. Por lo general, se quedaba dormido en cuanto su cabeza tocaba la almohada. Ahora, cada vez que se acuesta, es una lucha incluso conciliar el sueño. Y esta noche no es diferente; de hecho, esta noche es peor. Porque esta noche ni siquiera tiene a mamá durmiendo a su lado.

En cambio, está acostado en un sofá en el dormitorio de Holger, en el piso de arriba. Como el resto de la casa, esta habitación está llena de cosas inusuales como piezas de maquinaria, herramientas, pilas de libros y pósters extraños por todas las paredes. Hay una ventana inclinada que le muestra un recorte rectangular del cielo nocturno negro. Dennis intenta identificar alguna constelación para distraerse, pero sólo conoce Orión y la Osa Mayor, y no puede ver ninguna de ellas desde este ángulo.

Su reloj digital de Spiderman tiene un botón ingenioso que ilumina la pantalla, y Dennis sigue revisando la hora cada cinco minutos. El reloj se acerca a la medianoche.

¿Estará mamá durmiendo ahora mismo?

Intenta imaginarla, en el búnker, acostada en la cama. Pero le cuesta imaginar a mamá durmiendo. En cambio, la ve paseando de un lado a otro, esperando impacientemente a que él le traiga lo que necesita.

Un mechón de cabello.

De Silas.

Dennis no tiene idea de cómo podrá conseguirlo sin que Silas lo note. Planeaba esperar hasta que Silas estuviera dormido, pero ¿no te despertarías si alguien te arrancara un cabello?

El propio cabello de Dennis es rubio y corto, mucho más corto que el de Silas. Se arranca uno de la parte superior de la cabeza y da un tirón rápido. El dolor no es tan fuerte. De hecho, apenas lo siente.

Pero, ¿lo sentirá Silas?

Y si lo siente, ¿qué le hará a Dennis?

Aun así, Dennis sabe que no hay forma de evitarlo. Mamá lo necesita. No puede fallarle. Tiene que intentarlo.

Dennis respira hondo, y en ese momento exacto, la televisión de abajo se apaga. Ha estado escuchando su zumbido toda la noche, pero ahora la casa queda completamente en silencio.

Una voz desde abajo: —Voy a acostarme Silas.

Otra voz responde: —¿Revisaste las ventanas? Jonas.

Dennis contiene la respiración y se esfuerza por escuchar.

—Ajá. ¿Tú vas a dormir abajo? —pregunta Jonas.

—Nah, creo que me quedaré aquí. Oye, ya que estás levantado, ¿me traes otra cerveza?

—Emborracharte puede que no sea lo más inteligente.

—Bien, la conseguiré yo mismo.

—Tenemos mucho trabajo por delante en los próximos días.

—Claro, mamá. Que duermas bien.

—Idiota.

Risas entre dientes. Luego, pasos por el suelo. Una puerta se abre y se cierra de nuevo. Silencio.

Dennis se queda quieto durante un par de segundos, con el corazón latiendo en su garganta. Por lo que acaba de escuchar, Jonas se fue a la cama, probablemente en el dormitorio de Holger. Pero Silas se quedó despierto. Quería otra cerveza. Y va a dormir en el sofá del salón.

Si Silas se emborracha, tal vez duerma más pesado. Quizás esta sea la oportunidad que Dennis necesita.

Espera quince minutos, esperando que Silas se duerma. Intenta prepararse. Trata de pensar en una excusa en caso de que Silas se despierte y lo vea alcanzando su cabello. No puede usar de nuevo la excusa del insecto; Silas vería a través de eso. Cuanto más lo piensa, más se da cuenta de que no hay una buena excusa para que esté acechando a Silas mientras duerme y tratando de arrancarle un cabello. Si se despierta, Dennis simplemente tendrá que enfrentar las consecuencias.

Quizás Silas lo golpee. Tal vez incluso lo mate. Lo más probable es que lo encierre con mamá. Y honestamente, eso probablemente sería lo mejor que le podría pasar en este momento, incluso si tuviera que recibir una paliza primero.

Además, de esa manera podría llevarle el cabello a mamá. Mientras Silas no lo note, y un cabello no debería ser difícil de esconder en la mano; Dennis ya lo logró una vez.

El pensamiento de estar de nuevo con mamá le da a Dennis el valor suficiente para levantarse y salir de la habitación. Afortunadamente, ni la puerta ni el suelo crujen mientras se desliza hacia las escaleras. Baja un peldaño a la vez, tocando ligeramente la barandilla con la punta de los dedos y escuchando atentamente cualquier sonido.

A mitad de camino, la escalera gira, y agachándose, Dennis puede mirar a través de la barandilla y obtener una vista del salón.

La habitación está oscura excepto por un único punto de luz que inmediatamente llama su atención. En el sofá frente a la televisión apagada yace Silas, con la cabeza apoyada en el reposabrazos. La luz proviene de su teléfono, que está mirando, la pantalla iluminando su frente grasienta.

Extiende una mano y, sin apartar los ojos del teléfono, agarra una lata de cerveza de la mesa de centro. Bebe varios tragos grandes, luego suelta un eructo y vuelve a desplazarse por el teléfono.

Dennis se siente bastante seguro desde donde está agachado, las barandillas lo ocultan en su mayoría, y aunque Silas se levante y mire hacia aquí, tendrá tiempo para escabullirse de nuevo arriba antes de que lo vea. Así que decide quedarse donde está y esperar.

Resulta que sólo necesita esperar unos minutos.

De repente, Silas murmura: —Bueno, jódete también, perra —, luego apaga el teléfono y lo lanza descuidadamente sobre la mesa.

Luego bosteza y se gira hacia un lado, mirando la parte trasera del sofá, cruzando los brazos sobre el pecho.

Los ojos de Dennis ya se han acostumbrado a la oscuridad, y puede distinguir un mechón del espeso cabello castaño de Silas colgando sobre el reposabrazos.

Dennis no puede creer su suerte.

Es casi como si el cabello lo estuviera invitando.

Espera otros diez minutos más o menos, aunque parece más bien diez horas. Quiere asegurarse de que Silas esté profundamente dormido. Pronto, empieza a roncar.

Está bien, es hora. Puedo hacerlo.

Se levanta de su posición agachada, sus rodillas adoloridas por estar tanto tiempo así, y comienza a bajar lentamente los últimos escalones.

Logra llegar al suelo del salón sin hacer ningún ruido, y se dirige hacia el sofá, asegurándose de no tocar ninguna de las cosas de Holger.

El salón está completamente en silencio, además de los ronquidos de Silas, y Dennis apenas se atreve a respirar. Paso a paso, se acerca más al sofá, moviéndose desde el costado. Sus ojos están tan enfocados en el cabello de Silas que no nota mucho más.

Por eso, no es hasta que está al alcance del sofá que ve el rifle apoyado contra la mesa, con el cañón apuntando hacia el techo.

Dennis siente un nudo en el estómago al ver el arma. Es como si le recordara lo arriesgado que es esto. No tiene forma de saber cómo reaccionará Silas si se despierta. Tal vez simplemente agarre el rifle y le dispare a Dennis, sin hacer preguntas.

¿Debería tomar el rifle?

El pensamiento casi lo hace saltar. Es una locura, por supuesto. No tendría el valor de usarlo en nadie, ni siquiera en Silas. No es un asesino.

Así que decide seguir con el plan. Vuelve a fijar la mirada en el cabello de Silas. Y justo cuando logra forzar su mano para que se mueva hacia adelante, el teléfono de Silas se ilumina en la mesa y emite un ensordecedor ¡BLEE-BLEEP!

El sonido realmente no es tan fuerte, pero Dennis reacciona como si fuera un disparo. Se deja caer de rodillas y manos justo cuando Silas emite un gruñido y comienza a moverse.

Dennis se hace lo más pequeño posible, sin atreverse a mover un músculo, conteniendo la respiración, escuchando a Silas darse la vuelta en el sofá.

Girando la cabeza sólo un poco, Dennis puede distinguir, la mesa de centro y el arma descansando contra ella, con el rabillo del ojo. Espera que Silas extienda la mano y tome el teléfono, pero no aparece ninguna mano.

En cambio, Silas chasquea los labios, se aclara la garganta y luego vuelve a quedarse en silencio. Unos segundos después, vuelve a roncar.

El corazón de Dennis late tan fuerte en su pecho que su visión se está volviendo borrosa y se siente mareado, como si pudiera desmayarse en cualquier momento.

Está bien. No se despertó. No de verdad. Está bien. Se ha vuelto a dormir.

Intenta desesperadamente tranquilizarse, y poco a poco funciona, su ritmo cardíaco cayendo gradualmente a un nivel más estable. El sudor le pica en toda la espalda, y sus manos están temblando ahora. Espera un par de minutos más para que su cuerpo se relaje un poco.

Una vez que se siente relativamente bien de nuevo, se atreve a mirar hacia arriba. El cabello de Silas está justo frente a él, todavía colgando sobre el reposabrazos, aunque Silas ahora está mirando hacia el otro lado.

Dennis levanta la mano y toca cuidadosamente el cabello, tratando de separar un mechón. Es difícil porque su mano está temblando, y muerde fuerte para intentar detenerlo.

Sorprendentemente, en realidad funciona. Dennis logra agarrar un solo cabello y sostenerlo con fuerza.

Aquí vamos...

Contiene la respiración y tira del mechón de cabello.

Escucha el pequeño tirón cuando el cabello se desprende.

Y luego está en su mano.

No hay otros sonidos.

Silas ni siquiera se mueve ni deja de roncar.

Dennis casi no puede creerlo.

Yo... yo lo hice... ¡lo hice!

La euforia inicial se apaga rápidamente al recordar que todavía está a sólo unas pulgadas de Silas y que podría despertarse en cualquier momento.

Dennis gira la cabeza y mira hacia la escalera. Parece terriblemente lejana. Además, no sirve de nada volver arriba, se da cuenta Dennis con una sensación de hundimiento, al ver finalmente el gran agujero en su plan: necesita llevar el cabello a mamá de inmediato. Ella le dijo que tenía que ser fresco. No puede guardarlo hasta mañana y luego encontrar una manera de llevárselo; sería demasiado tarde, y todos los problemas que acaba de pasar serán en vano.

El problema es que mamá está encerrada en el búnker, y Silas tiene la llave.

El pensamiento de la llave hace que Dennis mire instintivamente hacia la mesa de centro. Y allí, entre las latas de cerveza, está el gran llavero que vio usar a Silas para cerrar la puerta de la habitación de mamá.

De repente, arrancar un cabello de la cabeza de Silas, parece una tarea fácil, en comparación con recoger un llavero que hace ruido al moverse sobre una mesa, justo frente a la cara de Silas.

Pero Dennis sabe que no hay otra forma. Está en esto ahora, y necesita seguir adelante.

Cambia el mechón de cabello cuidadosamente a su mano izquierda, liberando la derecha. Luego da un paso lateral, moviéndose más cerca de la mesa sin levantarse de su posición de rodillas.

Es suficiente para acercarlo al alcance de las llaves.

También lo coloca a plena vista de la cara de Silas. Mira de reojo y ve a Silas durmiendo con la boca abierta, una mano descansando bajo su barbilla como un niño pequeño. Dennis está lo suficientemente cerca para oler la cerveza en su aliento.

Está bien, está profundamente dormido. Sólo hazlo.

Dennis se enfoca en las llaves y extiende la mano, moviéndose sobre las latas de cerveza, y deteniéndose un momento para flotar sobre el llavero.

Luego, como una grúa, lo baja muy lentamente. La punta de sus dedos toca el metal, y los enrolla alrededor del anillo. Luego lo levanta con la misma lentitud. Cuando las llaves se levantan de la mesa, se juntan y emiten un leve tintineo.

Dennis se detiene por medio latido, sin atreverse a girar la cabeza para mirar a Silas. Pero una vez que lo escucha seguir roncando, Dennis puede moverse de nuevo, retirando su brazo. No se atreve a meter las llaves en su bolsillo, así que simplemente las sostiene como una granada sin el seguro mientras se pone torpemente de pie. Retrocede unos pasos con cuidado, luego se da la vuelta y comienza a alejarse, cuando...

De repente, un ruido corta el silencio. Es un sonido extraño, áspero y rasposo al mismo tiempo, y proviene de detrás de Dennis, por lo que al principio, piensa que Silas se ha caído al suelo por alguna razón. Pero al girarse, ve a Silas todavía acostado en el sofá.

El ruido vuelve, y esta vez, Dennis puede decir que proviene del otro extremo del salón, del exterior de la ventana. Ahora se oye el sonido de uñas rascando contra el vidrio y un gruñido gutural, y las piezas encajan en la mente de Dennis.

Es una persona muerta afuera. Están tratando de—

Sus pensamientos se interrumpen cuando Silas salta de pie con sorprendente rapidez, agarrando el rifle y apuntándolo salvajemente en dirección al ruido.

—Oh, joder —murmura, al darse cuenta de que no hay peligro inmediato, y baja el rifle mientras se da la vuelta—. Qué forma de despertar...

No ve a Dennis de inmediato, pero cuando lo hace, se queda helado. Durante un par de segundos, sólo se miran el uno al otro, los ojos de Silas escaneando a Dennis de arriba abajo, deteniéndose en el llavero colgando de su mano. Su expresión se vuelve sombría al comprender.

—¿Adónde diablos vas?

CUARENTA Y CINCO

Dennis intenta hablar, pero sólo emite un gruñido ronco.

—¿Eh? —pregunta Silas, acercándose—. ¿No entendí eso?

El rifle en su mano está apuntado hacia abajo, dirigido a las rodillas de Dennis. Instintivamente, Dennis retrocede, choca con una silla y derriba una pila de libros que cae estrepitosamente al suelo.

Silas ni siquiera se inmuta; simplemente mira a Dennis y sigue acercándose.

—Te hice una pregunta, Dennis. ¿A dónde vas con mis llaves?

Dennis no puede hablar. Se queda boquiabierto y sacude la cabeza, tratando de forzar las palabras, pero no sale nada. Quiere girar y correr, pero no puede. En cambio, tropieza con los libros y se estampa contra la pared.

Silas se detiene a unos pasos de distancia, coloca el rifle en su hombro y apunta al pecho de Dennis.

—Empieza a hablar, Dennis.

—¡No, no, no, no dispaes! ¡Por favor, no dispaes! ¡Lo siento! —exclama Dennis, soltando las llaves y levantando las manos frente a él, como si pudieran detener la bala—. ¡Lo siento, Silas! ¡No quise robar las llaves!

—¿Entonces por qué lo hiciste? —pregunta Silas con calma, sin bajar el rifle.

—Por favor, no dispaes —suplicó Dennis, mientras su labio inferior comienza a temblar y sus ojos se llenan de lágrimas—. Silas, me vas a matar ahora, lo sé, y no puedo evitar que las lágrimas salgan. ¡Lo siento mucho! ¡Lo siento mucho!

—Ah, deja de llorar —se burla Silas—. Eso es patético, eres un gran cobarde.

Dennis intenta detenerse, pero eso sólo empeora la situación. Pierde el control de su vejiga y la orina caliente comienza a derramarse por sus pantalones cortos y a escurrirse por su pierna.

—¿Qué demonios? —exclama Silas al ver la orina—. ¿Te estás orinando? ¡Por Dios, cuántos años tienes, hombre? ¿Tres?

—Lo siento —solloza Dennis—. Por favor, no me mates.

—¡Entonces dime por qué robaste mis malditas llaves! —grita Silas, avanzando y presionando el cañón contra la clavícula de Dennis, obligándolo contra la pared—. ¿Qué planeabas, pequeño ladrón? ¿Eh? ¿Vas a escapar mientras dormimos? ¿Huir como un gran llorón, eh?

—¡N-no! —solloza Dennis—. Sólo ... sólo ... me asusté y ... quería ver a mi ... mi mamá ...

—¿Querías ver a tu mamá? —se burla Silas, con desdén en la voz—. ¿Y te tomaste la libertad de hacerlo, verdad?

La luz entra en la habitación cuando se abre la puerta del dormitorio. Dennis gira la cabeza para ver a Jonas de pie allí, sólo en ropa interior.

—¿Qué demonios está pasando? —pregunta, mirando de Silas a Dennis y a la ventana, donde el muerto todavía raspa el cristal.

—¡Por favor, no dejes que me mate, Jonas! —exclama Dennis.

—Tuvimos un par de merodeadores nocturnos —le dice Silas a su hermano, ignorando a Dennis—. El de afuera y este aquí. Se coló aquí abajo y tomó mis llaves. Dice que quería ir a ver a su mamá.

—Yo ... yo me asusté cuando oí eso afuera —suplicó Dennis, mirando de Jonas a Silas—. ¡Por favor, no me dispaes!

Jonas gime y se frota el ojo.

—Guarda el maldito rifle, ¿quieres? Está aterrorizado.

—Lo sé, porque acaba de orinarse, ¡ese asqueroso imbécil!

Jonas se acerca.

—Déjalo ir, Silas. No está bien de la cabeza, ¿no lo entiendes? Está, como, lento o algo así. No puedes tratarlo así.

—¿Oh, pero él puede jugar conmigo? ¿Robar mis llaves y lo que sea? —Silas finalmente gira el rifle hacia su hermano.

—Estás borracho —dice Jonas, sonando muy cansado—. Han sido un par de días de mierda. ¿No podemos simplemente dormir un poco?

—¿No crees que eso era lo que estaba haciendo antes de que este imbécil comenzara a husmear? ¿Crees que deberíamos simplemente irnos a dormir y dejar que haga lo que le plazca sólo porque es un retrasado?

Jonas mira brevemente a Dennis.

—Déjalo dormir con su mamá. Sólo ciérralos ahí juntos. No entiendo por qué no hiciste eso en primer lugar.

Silas aprieta los dientes y mira a Dennis.

—No me gusta que estén juntos. Crearán problemas si tienen la oportunidad.

—¿Qué van a hacer? ¿Construir un lazo con las sábanas y estrangularnos la próxima vez que bajemos allí? Ponte las pilas, hombre.

Silas no responde; simplemente sigue mirando a Dennis. Dennis está temblando por completo, siguiendo la conversación de cerca. Está empezando a sentir una débil esperanza de que Jonas podría convencer a Silas de que no lo mate. Pero la forma en que Silas lo mira en este momento hace que dude de esa posibilidad; hay rabia en los ojos de Silas.

—Además, tenemos un problema mayor —continúa Jonas, señalando hacia la ventana—. Esas cosas afuera podrían atraer la atención de otros. Deberíamos deshacernos de ellas.

Silas no responde, simplemente sigue mirando a Dennis, sus labios moviéndose casi imperceptiblemente.

—¿Silas?

—¿Qué?

—¿Vas a matar a esa cosa afuera, o quieres que lo haga yo?

Silas de repente se da la vuelta sobre sus talones y marcha hacia la ventana. Aparta las cortinas, revelando a una mujer gorda apretada contra el cristal. Antes de que alguien tenga tiempo de reaccionar, Silas ha desbloqueado la ventana, agarrando la manilla y la ha abierto de golpe. Las rejas todavía detienen a la mujer muerta, pero ella inmediatamente estira sus gruesos dedos a través de ellas.

—¡Silas! —empieza Jonas, pero se detiene cuando Silas apunta el rifle justo entre los ojos de la mujer y aprieta el gatillo.

Dennis cierra los ojos un segundo demasiado tarde, y ve la cabeza de la mujer volar hacia atrás mientras cae al suelo y desaparece de la vista.

Silas cierra y asegura la ventana.

—Ahí tienes —dice, mirando a Jonas—. ¿Estás feliz?

—Eso no era exactamente lo que quería decir —murmura Jonas—. Pero supongo que servirá. ¿Puedo volver a la cama ahora?

—Claro.

—¿Y qué pasa con él? —pregunta, señalando a Dennis.

—Lo llevaré abajo —dice Silas, sonando de repente razonable—. Se quedará con su mamá de ahora en adelante.

—Bien —dice Jonas, bostezando—. Nos vemos en la mañana. Regresa al dormitorio y cierra la puerta.

Tan pronto como Dennis queda solo con Silas, siente que la atmósfera cambia. Pero Silas ni siquiera lo mira; simplemente recoge las llaves y se dirige a la cocina.

—¿Vienes? —llama por encima del hombro.

CUARENTA Y SEIS

Han volado menos de veinte minutos, pero para Eli, el tiempo ya no importa. Por lo que sabe, podría haber estado en el helicóptero durante horas o incluso días, escuchando el profundo aullido y sintiendo el agradable retumbar del suelo y la pared.

Está sentado en la parte trasera, con las piernas cruzadas, apoyado contra la pared, asegurado por una correa alrededor de su cintura. Una sonrisa vacía reposa en su rostro, sus párpados se mantienen medio cerrados, luego se abren nuevamente.

Delante de él están la chica árabe y su hermano, ambos dormidos, apoyados uno en el otro. Más allá están Dan y su padre, y al lado de Eli están William y su perro...

¿Cómo se llamaba otra vez? ¿Cooper? ¿Izzy? No, era otro Rockstar...

La memoria de Eli no está funcionando. Está muy cansado, realmente exhausto; no ha dormido durante más de veinticuatro horas, y está seguro de que se dormirá en cualquier momento. Pero una parte de él no quiere irse aún. Esa parte quiere seguir disfrutando del efecto de la droga que recorre su cuerpo.

Logró agarrar la botella mientras subían al helicóptero sin que nadie lo notara. Había caído al suelo, así que sólo tuvo que agacharse y recogerla, cubriendo el gesto con la excusa de revisar los cordones de sus zapatos, lo cual fue una distracción bastante estúpida, ahora que lo piensa, algo que harías para engañar a un niño.

Oh, bueno, no importa. Funcionó.

Consiguió la botella. Percocet, decía la etiqueta. Eli ya las había probado antes. Eliminan no sólo el dolor físico, sino también el emocional.

¿Cuántas tomé?

No tiene idea. La botella está más de la mitad vacía, así que probablemente no debería tomar más.

Lo cual está bien. Ha conseguido lo que necesitaba. Alivio. Dulce, dichoso alivio. Y La Voz Demoníaca se ha ido por completo.

Eli se reclina y respira profundamente, concentrando su atención en la sensación ardiente en sus brazos y piernas.

¿Cómo pudo haber creído alguna vez que era posible vivir sin esta sensación? Esto es obviamente la mayor experiencia que un ser humano podría vivir; el estado absoluto, libre de la más mínima incomodidad, donde no existe nada más que paz y placer. Pensándolo bien, Eli sospecha que podría ser el significado de la vida misma.

Se frota las piernas distraídamente, disfrutando la sensación de sus palmas contra sus espinillas desnudas. Es curioso cómo una de ellas se siente un poco más gruesa que la otra. Además, hay un leve pulso en una de ellas.

Eli mira hacia abajo soñadoramente. La piel en su pierna izquierda está extrañamente rojiza, el color se hace más prominente hacia el zapato. También está visiblemente hinchada.

Oh, es cierto, piensa Eli. El rasguño.

Está a punto de desatar su zapato para mirarlo, más por curiosidad que por preocupación, pero luego recuerda que no está solo. Algunos de los demás podrían notar que lo hace.

No pueden saber sobre el rasguño. William dijo que me echaría del helicóptero.

Eli se ríe ante una imagen divertida que aparece en su mente: un helicóptero de caricatura volando por el cielo, y una versión caricaturesca de sí mismo siendo expulsado por la compuerta trasera. Está mirando a la cámara con ojos grandes sorprendidos y hay un signo de exclamación flotando sobre su cabeza.

Sin embargo, no había nada gracioso sobre el rasguño cuando lo recibió. Recuerda sentirse aterrorizado. Ahora, al mirar hacia atrás, realmente no lo entiende. ¿Por qué se asustó por algo así? Claro, significa que va a morir, pero ¿no lo harán todos? Este es el fin del mundo, después de todo. El Apocalipsis Zombie.

—No vivieron ni media hora. La fiebre llegó en diez minutos.

La voz de Dan de repente resuena en su mente. Y, ahora que lo piensa, en realidad tiene fiebre; se siente cálido, y el sudor está escurriéndose por su espalda y frente. Casi no lo siente, sin embargo. El Percocet se ha encargado de eso. Además, con el aspecto que tiene su pierna, Eli está seguro de que dolería como el infierno si no estuviera medicado.

Eli se da cuenta de que en realidad está preocupado. El miedo está tratando de volver. Automáticamente busca su bolsillo y saca la botella de pastillas. La abre discretamente y toma tres más, tragándolas de un solo trago.

Ahí está. Me sentiré mejor en un minuto, se asegura a sí mismo y cierra los ojos.

Su mente regresa al momento en que acaba de recibir el rasguño, al momento en que la mujer zombie había agarrado su pie. Todavía no puede creer que se haya salido con la suya. Que William realmente se haya tragado el truco. En ese momento, Eli pensó que nunca funcionaría. Pero lo hizo de todos modos, esperando contra toda esperanza.

Fue tan simple.

Elegante, realmente.

Cuando William exigió que les mostrara su pie, Eli simplemente le mostró el derecho. No el izquierdo, que por supuesto era el que la mujer había agarrado.

William probablemente no tuvo tiempo de notarlo, todo pasó tan rápido. Y ninguno de los demás protestó tampoco.

Eli sonríe, sintiéndose satisfecho consigo mismo. El efecto de las tres pastillas adicionales parece estar comenzando ya. Está hundiéndose más en la neblina placentera de paz en lo profundo de su mente, donde estará más allá de cualquier pensamiento intrusivo.

Eli decide que ha luchado lo suficiente y simplemente se deja llevar.

Se siente como hundirse en agua negra, o más bien, como si el agua negra subiera y lo envolviera muy suavemente, ahogando todo lo demás.

Pero Eli no se detiene ahí.

Se hunde más allá de lo que nunca ha ido, por debajo del sueño inducido por drogas, hundiéndose incluso más allá de la inconsciencia profunda, alcanzando un estado parecido a un coma, y aún sigue hundiéndose, más y más profundo, dirigido hacia el nivel más profundo de donde no se asciende jamás.

Eli deja de respirar. Sucede muy silenciosamente. Nadie más en el helicóptero lo nota.

Durante unos sesenta segundos, no pasa nada.

Eli no está allí. Se ha ido. Destruído. La idea de Eli ha sido borrada por completo.

Luego, hay algo.

Es como el Big Bang, desafiando toda lógica, rompiendo todas las leyes naturales mientras algo aparece de la nada.

Una chispa en la oscuridad.

Y luego, Eli de repente está allí de nuevo. Excepto que no es él, no realmente, no todo él, al menos. Y la cosa que una vez fue parte de Eli comienza a elevarse lentamente desde donde no se supone que nada regrese...

CUARENTA Y SIETE

Dennis tiene un mal presentimiento. Algo le dice que Silas sigue furioso, aunque ya no lo demuestre.

Pero no tiene otra opción que seguir a Silas hasta el búnker.

Mientras caminan por el túnel, Silas no mira hacia atrás ni habla en ningún momento. Usa la llave para desbloquear la puerta de metal, y entran al búnker iluminado.

Silas va a desbloquear la puerta del baño. Pero justo cuando introduce la llave, se detiene. Da un paso atrás y agita el rifle hacia Dennis. —Tú ábrela.

Dennis duda por un momento, luego camina hacia la puerta y gira la llave. Abre la puerta.

Mamá está sentada en la litera, vistiendo su bata blanca, con las manos juntas en su regazo. Parece que estaba durmiendo. Sonríe brevemente al verlo. —Hola, Dennis.

—Mamá —gime él, comenzando a llorar de nuevo—. Lo siento, mamá... lo arruiné...

—No empieces a llorar otra vez —le advierte Silas desde atrás—. No puedo soportar más de eso. Sólo entra ahí.

Dennis camina hacia mamá y la abraza torpemente. Ella lo sostiene y le da un beso en la sien.

—Está bien, Dennis. Dime, ¿por qué estás mojado?

—Yo... yo, eh...

—Se ha orinado —dice Silas desde el umbral—. Menudo valiente que has criado, señora.

Dennis mira hacia atrás a Silas, que los está mirando con una mueca desde la puerta. Luego nota la expresión de mamá. Su rostro está helado mientras dice en un tono bajo: —Ha hecho cosas que ni siquiera puedes imaginar.

—¿Ah, sí? ¿Cómo qué? ¿Atarse los propios cordones? No, eso probablemente sea demasiado difícil para él.

Mamá no responde; sólo acaricia el cabello de Dennis. Dennis mira a Silas, esperando lo que venga a continuación. Para su alivio, parece que ha perdido interés en la conversación, y por un segundo, parece que está a punto de cerrar la puerta de golpe.

Luego parece notar algo en mamá. Entorna los ojos. —¿Qué demonios estás haciendo? ¿Estás tejiendo una muñeca?

Dennis nota la muñeca de lana que está al lado de mamá en la cama. También hay un ovillo de hilo, y las agujas todavía están sujetas a las piernas casi terminadas.

Mamá no responde, solo mira a Silas.

—¿Qué es lo que estás usando, de todos modos? —continúa Silas—. ¿Un camisón? ¿Quién demonios usa un camisón hoy en día? ¿Qué crees que es esto, el siglo diecinueve?

Silas suelta una risa breve. Mamá aún no responde.

—Sabes —continúa Silas, ahora mirando a mamá intensamente—. En realidad, te queda bien. Te hace parecer casi atractiva, dirían algunos.

Aún así, mamá no dice nada.

Dennis está desconcertado por el extraño cambio en la actitud de Silas. Está tratando de entender por qué de repente está hablando así.

Luego Silas hace algo que por alguna razón aterra a Dennis hasta lo más profundo: se lame los labios.

—Sabes, Dennis —dice, agitando el rifle nuevamente—. Creo que me gustaría estar a solas con tu mamá un momento. Necesitamos resolver algo entre nosotros. Ya sabes, cosas aburridas de adultos.

—No —dice Dennis, sacudiendo la cabeza—. No quiero irme.

—Realmente no era una petición —dice Silas, apuntándole con el cañón a la cara—. Sal de aquí. Ahora. Sólo serán un par de minutos.

Dennis sacude la cabeza nuevamente, abrazando a mamá con fuerza, apretándola. Por alguna razón, está aterrorizado de dejar a Silas a solas con mamá.

—Está bien, Dennis —dice mamá, con la voz sorprendentemente tranquila—.

—¡No, mamá! ¡Solo te hará daño!

—Nah, no le haría daño a una dama bonita como tu mamá —dice Silas, sonando casi juguetón ahora, lo que sólo asusta aún más a Dennis—. Ahora, lárgate de aquí, Dennis, antes de que te haga daño a ti en su lugar.

—¡No! —grita Dennis, sacudiendo la cabeza de nuevo.

—Está bien, Dennis —dice mamá nuevamente, liberándose de su agarre y mirándolo a los ojos—. Mírame, Dennis. Está perfectamente bien. Estaré bien. Sólo vamos a hablar, como dice Silas.

—Sí, sólo hablar —repite Silas. Hay algo borroso en su voz ahora, como si tuviera demasiada saliva.

—No quiero dejarte, mamá —dice Dennis, con las lágrimas derramándose de nuevo—. No quiero que estés sola con él. Entonces, antes de que mamá pueda decir algo, se le escapa en un susurro sollozante—: Lo tenía, mamá. Tenía el cabello. Pero lo perdí de nuevo. Lo siento mucho. Lo arruiné. Lo siento mucho, mamá.

—Sssh —dice mamá, colocando un dedo en su barbilla, cerrando suavemente su boca. Y cuando vuelve a hablar, su voz es tan cálida como Dennis la ha oído alguna vez—. Confía en mí ahora, Dennis. Todo estará bien.

Y ella le sonríe.

Y Dennis casi le cree.

—Última vez, Dennis —dice Silas—. Sal de aquí. Y deja de llorar, es un maldito apagafuegos.

Dennis apenas lo oye; sigue mirando los ojos de mamá mientras se levanta y retrocede del baño. Mamá sigue sonriéndole, incluso cuando Silas agarra a Dennis por el hombro y lo empuja, entrando en el baño en su lugar.

Y justo antes de que Silas cierre la puerta de golpe, Dennis tiene una última visión de mamá, y ella sigue sonriéndole.

Luego, ella se va.

Y Silas cierra la puerta desde adentro.

Y Dennis está sólo en el búnker.

Camina inquieto durante lo que parece la mayor parte de la noche. En realidad, solo pasan seis minutos; puede saberlo por el reloj digital en la pared.

Trata de escuchar, pero no oye nada.

Entonces, finalmente, la puerta se desbloquea y se abre de golpe.

Silas sale, llevando el rifle en una mano y metiendo su camisa en los pantalones con la otra, como si acabara de cambiarse. Pero es la misma que llevaba cuando entró en la habitación, recuerda Dennis.

Lo que ha cambiado es la actitud en el rostro de Silas; parece mucho menos juguetón o malvado. Más bien, hay algo relajado y casi cansado en él. Su cabello también está diferente, y el sudor le cubre la frente. Evita mirar a Dennis mientras agita el rifle.

—Bien, entras ahora.

Dennis no necesita una segunda invitación; pasa rápidamente junto a Silas y entra al baño. Nota que el aire en la habitación está más caliente y húmedo que antes. También hay un olor salado.

Mamá está sentada casi exactamente como antes, con las manos juntas en su regazo. Pero su vestido se ajusta diferente, y de alguna manera parece más pequeña. No lo mira de inmediato.

Dennis sabe que algo malo le ha pasado a mamá, que Silas le hizo algo muy cruel. Lo siente, aunque no está seguro de qué. No tiene cortes ni moretones visibles, así que probablemente no la golpeó.

—Duerme bien —dice Silas, cerrando la puerta y cerrándola con llave.

Dennis se queda allí, mirando a mamá. —¿Qué... qué pasó, mamá?

—Nada —dice mamá, aún evitando sus ojos. Su mirada está distante, y también su voz.

—¿Mamá? —dice Dennis, con la voz empezando a temblar de nuevo—. Por favor, dime qué te hizo.

Mamá sacude la cabeza lentamente. Al principio, Dennis lo toma como un no, que no le va a decir, pero luego finalmente lo mira a los ojos, y Dennis se sorprende al ver lo completamente cambiados que están los ojos de su mamá. Toda la cálida ternura se ha ido. Sólo queda una furia helada.

—Él no me hizo nada en comparación con lo que le voy a hacer yo a él —susurra, las palabras saliendo de sus labios como serpientes.

Luego parece notar lo asustado que está Dennis, porque intenta sonreír. —Está bien ahora. Lo tengo. ¿Me oyes? Tengo lo que necesito.

Dennis frunce el ceño. —¿Qué... qué quieres decir, mamá?

Ella sostiene su pulgar e índice con las puntas juntas. Dennis ve el mechón de cabello castaño brillando entre los dedos de mamá.

Dennis mira a su mamá mientras la comprensión llega a él. Mamá debe haber arrancado el cabello de Silas mientras él estaba haciendo lo que le estaba haciendo, y él debe haber estado demasiado ocupado para siquiera notarlo.

—Vamos a salir de aquí, Dennis —esta noche.

Dennis sacude la cabeza. —¿Pero cómo? No... no lo entiendo, mamá... ¿cómo puede un mechón de cabello sacarnos de aquí?

Mamá sonríe, y la sonrisa es aún más aterradora que la que Dennis vio en el rostro de Silas, porque está completamente carente de cualquier cosa que Dennis relacione con su madre.

—Confía en mí, Dennis —dice—. Sólo confía en mí.

CUARENTA Y OCHO

Knut estaciona el coche en el espacio más cercano al agua. A esta hora de la tarde, no hay otros coches en el puerto, lo que es perfecto; significa que no habrá disturbios.

Knut silba mientras sale y se pone su gorro, cubriendo su cabeza calva, con los binoculares ya colgando alrededor de su cuello.

Incluso a los ochenta y nueve años, Knut está muy activo, y la observación de aves se ha convertido recientemente en su mayor pasión. Anoche, caminando por el puerto, está casi seguro de haber visto un pato ferruginoso, que es muy raro en esta parte de Suecia. No tenía sus binoculares, por lo que no pudo confirmarlo, y por eso ha vuelto, con la esperanza de volver a verlo.

Inhala el aire fresco de la noche de verano, captando el olor a sal del océano tranquilo frente a él y el murmullo de Gotemburgo detrás de él.

Es sorprendente que el pato se acerque tanto a una gran ciudad, pero eso sólo hará que sea una sensación aún mayor si lo vuelve a ver; podría incluso aparecer en las noticias locales.

El pensamiento hace que levante los binoculares y comience a escanear la playa, luego el agua. Las luces de la ciudad se reflejan en las olas bajas, creando un patrón hipnótico de flujo.

Unas pocas gaviotas están dando vueltas a una distancia considerable, y un par de cuervos están revolviendo algunos desperdicios arrojados en la playa. Pero no hay rastro del pato raro.

Knut está decidido a pasar la mayor parte de la noche aquí, si es necesario para avistar al tímido pato. Está a punto de caminar más abajo en el puerto, cuando de repente lo ve.

Deslizándose calmadamente sobre el agua a sólo quince metros de la orilla está el pato ferruginoso, hermoso con sus colores marrones.

—Vaya, vaya —susurra Knut, su aliento casi empañando las lentes—. Te tengo, amigo.

No puede creer su suerte.

¡Y ahí hay otro! Emergiendo del agua a sólo unos metros más allá, probablemente después de bucear en busca de comida.

—Entonces, trajiste una pareja —sonríe Knut, enfocando el segundo pato—. No puedo esperar a conocer...

Se queda congelado al ver el segundo pato claramente y se da cuenta de que no es un pato en absoluto. El primer pato se da cuenta de lo mismo y de inmediato emprende el vuelo.

—Oh, no —murmura Knut—. ¡No lo asustes!

Pero es demasiado tarde. Gime y se enfoca nuevamente en el recién llegado. Es una cabeza humana. Una chica, a juzgar por el cabello pegado a su rostro.

Alguien decidió darse un baño nocturno, piensa Knut con decepción. Típico de los adolescentes. Probablemente también ha estado bebiendo.

Escanea la playa nuevamente, esperando encontrar a otros jóvenes jugando, pero no encuentra nada. La chica parece estar sola, lo que le parece extraño.

Deja los binoculares y observa a simple vista. A pesar de su edad, la vista de Knut sigue siendo buena, y puede ver que la chica se está acercando a la playa, y que está usando ropa normal en lugar de un traje de baño.

¿Qué demonios?

Ella ya está cerca de la orilla, mostrando la mayor parte de su cuerpo superior, y la forma en que camina hace fruncir el ceño a Knut. Lo que al principio tomó como el vacilante andar de una persona borracha parece más bien alguien en apuros.

Su brazo derecho parece herido.

—Dios mío —murmura Knut para sí—. Mejor asegurarme de que esté bien...

Deja el estacionamiento y se dirige hacia la arena, sus botas hundiéndose ligeramente mientras trota hacia la chica.

—¡Hola! —llama y agita la mano, ya que la chica aparentemente no lo ve—, se dirige en ángulo alejándose de él.

Mientras llama, ella duda, gira la cabeza, lo mira y luego cambia su rumbo.

—¿Estás bien? —le pregunta Knut—. ¿Qué estabas haciendo allá?

La chica no responde, pero extiende los brazos y emite un gemido bajo, un gesto que Knut interpreta como una súplica de ayuda. Y responde instintivamente abriendo sus propios brazos mientras se acerca a ella.

Justo antes de encontrarse, Knut ve el brazo herido de la chica y se da cuenta de lo gravemente desgarrado que está; grandes trozos de carne han sido arrancados y el hueso está claramente

expuesto.

Su primer pensamiento es que algo en el mar la atacó, aunque los tiburones son una vista rara por aquí. Luego, justo cuando abraza a la chica, ve su rostro, y un tren rápido de pensamientos pasa por su mente, terminando en esas imágenes horribles que ha visto en televisión todo el día desde Dinamarca.

El virus, piensa Knut antes de que la chica muerda fuertemente su clavícula, hundiendo sus dientes profundamente en su chaqueta.

Gime y se echa hacia atrás, la chica rasga parte de su chaqueta y la escupe, lanzándose nuevamente hacia él.

Si no hubiera estado en la arena, Knut podría haber logrado apartarse con éxito. Pero el suelo blando bajo sus botas sólo le permite tambalearse hacia atrás, casi perdiendo el equilibrio, los brazos agitados, mientras le dice a la chica que se aleje, que se mantenga alejada, que no lo toque.

Ella no escucha, sino que simplemente se acerca más rápido de lo que él la ha visto moverse antes, y logra agarrar su muñeca y llevar su mano a su boca.

—¡No! —grita Knut, tirando de su brazo con fuerza suficiente para liberarlo, pero también lo suficiente para perder el equilibrio.

Cae de espaldas, quitándole el aire de los pulmones, y la chica no pierde tiempo, arrojándose sobre él.

Knut lucha por recuperar el aliento, lucha por mantener la boca mordedora de la chica alejada de él y sus manos de arañarlo. Es imposible, por supuesto, y en menos de medio minuto, la chica ha rasgado su chaqueta y cubierto su pecho y rostro con marcas de arañazos y mordeduras.

Así es como me voy, piensa Knut con sorprendente claridad. Siempre ha imaginado morir en su sueño o tal vez algún día encontrar un bulto en algún lugar y recibir un diagnóstico de cáncer. Ser desgarrado en una playa de noche nunca entró en su imaginación.

Luego, justo cuando está a punto de dejar de luchar, encuentra una fuerza oculta y lanza a la chica con un gemido forzado, lo suficientemente fuerte como para que ella gire un par de veces. Le da el tiempo justo para ponerse de pie. Le duele todo el cuerpo, y su visión está borrosa, y detrás de él puede escuchar a la chica levantándose también y persiguiéndolo.

Pero Knut fija su atención en su coche, decidido a no morir aún.

Imposible, realmente llega de vuelta al Saab, abre la puerta y se sube con un gemido de dolor. Justo cuando cierra la puerta, la chica llega al coche y se aprieta contra la ventana, arañándola, ensuciándola con sangre, su sangre.

—No así —murmura Knut, apenas dándose cuenta de que está hablando, y gira la llave.

Retrocede, haciendo que la chica se caiga hacia adelante, luego sale del estacionamiento y cruza el puerto, dirigiéndose hacia la ciudad.

—No así —repite, sus párpados se ponen pesados a medida que las luces de la ciudad se fusionan en una pantalla de colores flotantes.

Knut da un último suspiro y se hunde contra la puerta, soltando el volante mientras su pie queda flojo y presiona el acelerador.

«Sólo quería ver el pato», es su último pensamiento mientras se queda dormido y el coche choca contra una tienda, enviando vidrios por todas partes, despertando a todos en un radio de tres calles.

De vuelta en el puerto, la cosa que una vez fue Mille Klitgaard ya ha olvidado todo sobre Knut, cuya sangre aún está fresca en sus labios. Su atención está en cambio en las miles de personas vivas todas a una distancia a pie, y se dirige lentamente pero decidida hacia Gotemburgo —la segunda ciudad más grande de Suecia.

¿Quieres seguir leyendo?

Vaya al Libro 6 en **nick-clausen.com/dia6**

O, si aún no lo has hecho, puedes obtener la precuela gratuita, *Día 0*.

Te contaremos todo sobre cómo empezó todo esto.

Sólo disponible en **nick-clausen.com/dia0**